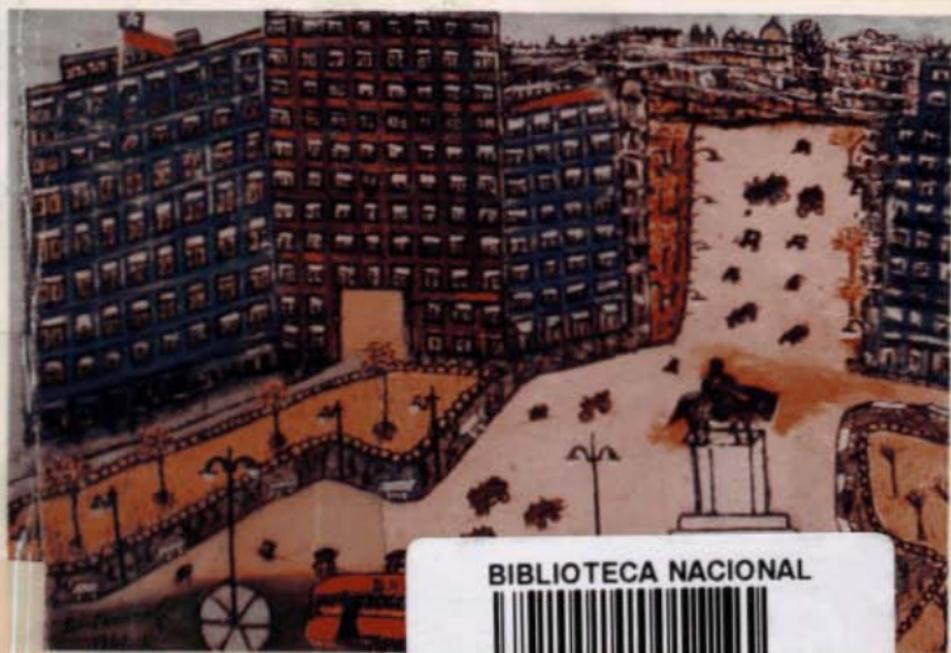


Hugo Correa

La Corriente Sumergida



BIBLIOTECA NACIONAL



0293297

Novela

Hugo Correa

Hugo Correa inició en Chile la ciencia-ficción con su novela "Los Altísimos", publicada en 1959. A este campo, que lo hizo conocido internacionalmente, pertenecen también su novela "Los títeres" y la colección de cuentos "Cuando Pilato se opuso". Presentado en Estados Unidos por el gran Ray Bradbury, sus narraciones aparecen en las prestigiosas revistas neoyorquinas "The Magazine of Fantasy and Science-Fiction" y "American Science-Fiction".

En 1971 su relato "Alter Ego" es seleccionado por tres destacados profesores de universidades norteamericanas para el estudio titulado "Introductory Psychology through Science-Fiction", editado por Rand McNally, donde fue el único escritor de habla hispana incluido junto a los grandes de la ciencia-ficción mundial como Bradbury, Sturgeon, Heinlein, y otros.

La revista española "Nueva Dimensión" dedica su número 33, de junio de 1972, íntegramente a la obra del autor chileno. Sus cuentos han sido traducidos al alemán, francés, portugués, sueco, danés, polaco, etc.

Pero además Correa ha escrito realismo mágico y fantástico, a los cuales pertenecen sus novelas "El que merodea en la lluvia", "Los ojos del diablo", "El nido de las furias" y "Donde acecha la serpiente". Buscando siempre nuevos cauces de expresión, es autor de las obras teatrales "El diablo en la cabaña", "La señora Laura no vive aquí" y "La conspiración".

"La corriente sumergida", obra que hoy entregamos al público, es realista, y su trama se despliega en la década de los 60 en Santiago de Chile.

La Corriente Sumergida

132093

*A un padre,
a la que nunca supe amar
ni comprender*

Hugo Correa

Libros de la colección "El mundo de los libros"

Registro de Propiedad Intelectual
del Copyright 1985

Diseño de la Portada: María García

La edición impresa de este

libro forma parte de la colección "El mundo de los libros"

publicada por Editorial de la

135093

Este libro fue hecho en la Imprenta y
Litografía Guerra de Valparaíso (Chile)
en una edición de 1.000 ejemplares.

Registro de Propiedad N° 83837
del 7/Agosto/1992.

Diseño de la Portada: Mario Quiroz.

La portada representa el cuadro
"Plaza Bulnes" de Luis Herrera Guevara,
propiedad del Museo Nacional de Arte
Contemporáneo.

Escrito el borrador general de la constitución
sumergida a fines de 1974, en la ciudad nortea-
mericana de Iowa, cuyo río habíamos, que en
instituto se congreja, me siguió el título. Inter-
por entonces el International Writing Program,
que en ese tiempo dirigía Paul Engle y auspiciaba
la Universidad de Iowa.

Reclaman pues una agredidamente con distin-
guido poeta, ya fallecido, y también, el escritor
Carlos Morand, cuyos buenos oficios pusieron
mi cabeza a esta obra.

A mi madre,

*a la que nunca supe amar
ni comprender lo suficiente.*

Juan Ramón Padró Ferrer.

*Escribí el borrador general de **La corriente sumergida** a fines de 1974, en la ciudad norteamericana de Iowa, cuyo río homónimo, que en invierno se congela, me sugirió el título. Integraba entonces el International Writing Program, que en ese tiempo dirigía Paul Engle y auspiciaba la Universidad de Iowa.*

Reciban pues mis agradecimientos este distinguido poeta, ya fallecido, y también, el escritor Carlos Morand, cuyos buenos oficios posibilitaron mi acceso a esa beca.

El Autor.

*Y aunque no había niños jugando,
ni palomas, ni tejados azules,
sentí que el pueblo vivía.*

*Juan Rulfo. **Pedro Páramo.***

CAPÍTULO I

Cruzando el oscuro vestibulo ocasional de la puerta, Alejandro se encontró sin cigarrillos. Perdió el vaso con el contenido que coronaba la puerta de Morley, el chupachupante, le sirvió de faro.

—Venga conmigo al Centro Blanco, ahora mismo tengo que cumplir una misión.— Morales le guió en la penumbra, capotado.— Voy a buscar una mina vieja. Después se la vamos a dejar a una amiga, que vive en un departamento. Yo le consigo una mujer con la suficiente...

Imposible seguir corriendo de las actividades del detective, no teníamos de fondo lo suficiente. Aguardar en un bar, en el bar "El castillo", en la noche monótona. Más allá de la plaza Baquedano el letrero rojo de Correo se despedía acompañado. Dos...
En aquel Santiago de los años sesenta...

—Estaba esperando que con alguna otra... me iba a ir con unas ganas de hacerme a un... La otra noche salí a hacer una redada, y le di un golpe a un... todo que se me iba a dar... La mujer se quedó en la... de la guata. Se puso a bailar ahí... Los chicos de... guardó. Con la mujer se me iba... le... La mujer bien... de un... toda...

CAPITULO I

Cruzando el oscuro vestíbulo octogonal de la pensión, Alejandro se encontró sin cigarrillos. Pero el ventanuco iluminado que coronaba la puerta de Morales, el rechoncho detective, le sirvió de faro.

—Venga conmigo al Cerro Blanco, ahora mismo. Tengo que cumplir una misión. —Morales le guiñó un ojo pequeño, capotudo—. Voy a buscar una mina regüena. Después se la vamos a dejar a una amiga, que tiene casa de niñas. Yo le consigo una mujer con la señora Olga.

Imposible seguir corriéndose de las invitaciones del detective: no convenía defraudarlo siempre. Aguardaron el bus frente al bar "El castillo", en la noche otoñal. Más allá de la plaza Baquedano el letrero rojo de Cinzano parpadeaba acompasado. Dos ebrios salieron del establecimiento, empujados por un hálito turbio y un bullicio de voces, risas e interjecciones estropajosas. Se balancearon en la vereda, miraron al detective y al estudiante, se contemplaron mutuamente con sus ojos bovinos, y uno lanzó un eructo sonoro.

—Estaba esperando que me largaran una, no más. ¡Ando con unas ganas de badaniarme a uno...! La otra noche salimos a hacer una redada, y le dí como caja a un güeón que se me botó a choro. Le hundí el puño en lo que es guata. Se puso a buitriar ahí mismo. "Eso es pa' que aprendái, güeón. Con la autoridad no se juega", le dije. Lo charqué bien charqueado. ¡Se va a acordar toda la vida!

—¿Nunca se le ha pasado la mano?

—¡Son muy reduros! El turco Misle, que es un tremendo guailón, se cargó a uno la otra vez. Pero fue por mala cueva. Le aforró un flaite, y el güeón se fue de espaldas y se golpeó la nuca. Ahí mismo se quedó con los ojos blancos. ¡El turco anduvo cagao varios días!

Al filo de la medianoche, el tránsito comenzaba a disminuir. Transbordaron de bus en Ahumada. La Plaza de Armas con sus farolas envueltas en falenas y sus hileras de escaños vacíos bajo los frondosos blaquiquitos, quedó atrás. Independencia, bordeada de casas viejas, una al lado de la otra como un sólo muro perforado de puertas y ventanas, con afiches de la última elección parlamentaria y grandes letreros pintados a brochazos, los dejó frente a la mole oscura del Cerro Blanco. Su ladera árida, desprovista de vegetación y pródiga en grandes peñascos, remataba en una cima proyectada contra una densa multitud de estrellas titilantes.

—¿Dónde vamos?

—Allá arriba hay una callampa. ¡No tenga miedo! Llevo el revólver listo. —Trepaban por un caminillo angosto, escabroso—. Quédese junto a mí, no más. Esta población es mansa, comparada con otras. ¡Viera usted La Legua! Hace dos semanas fuimos a buscar a uno que se nos arrancó de las manos. ¡Le juro que se me cayó...!

Al tope del sendero empezaban las macilentas construcciones, hechas de tablas, fonolitas, y alguna que otra plancha de cinc enmohecida, aferradas a la falda del cerro, apiladas una sobre la otra. El hedor de una letrina, al comienzo de la población, y el ladrar de perros andrajosos, invisibles en la oscuridad, les dieron la bienvenida. Alejandro eludió una franja barrosa que cruzaba la huella, y se metieron entre las callampas, pisando con cautela para no tropezar. Voces entrecortadas, dormidas, emergían de pronto por las rendijas de las débiles murallas. Alguien preguntó qué buscaban a esas horas. La brasa de un cigarrillo brillando en el aire se asomó a una puerta, por la que surgieron también las estridencias sofocadas de un mambo.

—Buscamos la casa de doña Leonor —informó Morales.

Murmullos de niños se escucharon en la casucha de

doña Leonor, cuando Morales golpeó la puerta desquiciada.

—¿Está la Rosita?

Alejandro, a media pendiente sobre un suelo terroso, respiró trémulo el aliento de comidas añejas, humo, y emanaciones humanas que expelió la callampa al abrirse la hoja.

—Vengo a llevármela, Rosita. —El rostro de la muchacha apenas se columbraba en las tinieblas.

—¡A la horita que viene...! Estaba durmiendo de lo mejor.

—Ligerito seguirá haciendo tuto, m'hijita. ¡Y acompañada, todavía!

La mujer rió nerviosa, por lo bajo. Adentro estallaron algunos denuestos ininteligibles de Leonor, la dueña de casa. Rosa entró en la casamata, conversó en voz baja con su anfitriona, y reapareció luego con una maleta, un abrigo salmón, e irradiando un fuerte perfume que disminuía la pestilencia del lugar. Morales no hizo siquiera amago de llevarle el equipaje.

—¿Y ha sabido de su tierra?

—¿Quién me va a escribir? Mi familia no quiere saber nada de mí desde que me metí en la vida. ¿No supo que la señora Emilia, mi patrona, se lo contó todo por carta a mi mamita? Quedó picada porque me fui con el Lalo y la dejé sola. ¡Si hubiera sabido para lo que me quería ese desgraciado, renunca me habría ido con él!

—¿Qué le hizo?— Alejandro estuvo a punto de verse a tierra con un resbalón.

—¡Chsss! Me engañó. Me prometió este mundo y el otro. Y fue a dejarme a una casa de niñas. Era amigo de la señora... ¡La vieja me gritaba todo el día!

—Donde doña Olga lo va a pasar bien. ¡Van gallos de pura plata! Va a ver usted...

Cuando bajaron del bus semivacío, que los había zarandeado como una batidora conduciéndolos al otro extremo de la ciudad, debieron meterse por una callejuela sin pavimento, flanqueada por casas de ladrillos de un piso. Un automóvil marrón dormitaba en el bordillo, frente a la puerta de la casa donde Morales tocó el timbre.

—¿Ve? ¡Puros clientes con autos!

Una vieja encogida los condujo a un salón con una electrola bajo un enorme espejo de marco dorado, y pretenciosos muebles forrados en terciopelo rojo. La señora Olga saludó al detective y sus acompañantes con una voz engolada, artificiosa. Del escote de su vestido negro, que ceñía su rollizo cuerpo, rebalsaban sus grandes senos brillosos.

—Aquí le traje la niña que le prometí. —Morales miraba a Olga con sus ojillos entrecerrados.

—¡Tiene que dárme la probada, como me prometió!
—Olga examinaba a la muchacha morena, algo maciza, desde sus ojos hundidos en grandes ojeras lubricadas, refulgentes. Entre los gruesos labios de la proxeneta, mezquinos en sonrisas, fulguraban de pronto algunas tapaduras de oro.

—¡Al retiro, pues! Déme una pieza, no más. ¡Estoy como tigre! Pero préstele una niña a mi amigo, para que no se quede aquí con la boca hecha agua.

“Probador oficial de la señora Olga”, fue el título que desde entonces exhibió Morales, orgulloso.

—Todos se arreglaron el bigote antes que yo—. De vuelta, al amanecer, debieron afrontar largas calles solitarias, con algunos borrachitos desplazándose precariamente, y perros vagos que escarbaban entre las basuras acumuladas en los bordillos. —¡Viera el turco Misle como vive! Tiene un departamento en el centro, lleno de licores importados, cigarrillos americanos, ropa de nylon... ¡Saca lonjas de todas partes! Le tocaron los mejores barrios. En cambio a mí... Pero ahora comenzaré a tirar pa'riba. Le tengo echado el ojo a varias minitas de oro. ¡Va a ver no más!

La larga fachada blanquecina del hospital San Borja, y el viejo edificio de Alameda con Vicuña Mackenna empezaban a recibir la luz un tanto melancólica del sol. Dos niños vagabundos dormían entrelazados, junto a las cortinas metálicas de la ferretería. Automóviles, camionetas y buses invadían la ancha avenida y una carretela atestada de verduras, remolcada por un caballo overo, huesudo, y con un conductor rojizo, de manta y chupalla, hizo rodar estrepitosas sobre el pavimento sus gran-

des ruedas con llantas metálicas. El vendedor viajero, hombre macizo, de pelo corto y piel saludablemente sonrosada, bajó de un taxi con su maleta, y desapareció por la puerta de la residencial.

—¡La mansa piedra que debe traer! Hace como quince días que anda afuera —comentó Morales, caminando por la amplia vereda embaldosada, al lado de la vieja construcción de altos ventanales y balcones con balaustradas ennegrecidas por la suciedad acumulada durante años—. Va a hacer zumbiar a la rucia. ¡Tan rebuena que es! Un poto blanquito, inflado, como pelota de playa. ¿Como dicen que es tan buena la pega de vendedor? Este vive en una pensión buena para estudiantes como usted, o pa' mí, que gano menos que una doméstica....

—Ha tenido muchos problemas de familia, me contó la señora Margarita. Se le murió un niño, y tuvo a su madre muy enferma. Parece que es el único que saca la cara por la familia.

* * *

Como Rolando, su marido, andaba en el norte, y quedarse sola en la residencial la deprimía, especialmente en los días de sol, Carmen partió ese domingo, después de almuerzo, a visitar la tumba de su único hijo. Las filas de nichos blanquecinos se sucedían inmersas en una gran quietud. A su izquierda los inmóviles cipreses sombreaban las cruces del camposanto, y en los pretilos de una zanja a medio excavar menudeaban viejos huesos enmohecidos. A lo lejos un cortejo fúnebre desapareció tras los nichos, en medio de un orden somnoliento.

El muchacho emergió de una callejuela leyendo un libro de tapas claras, y al ver a Carmen orando frente a una tumba se detuvo.

—¿Vino a visitar a un pariente? —Sonrió, exhibiendo una fila de dientes blancos, parejos. Vestía una polera roja, y pantalón oscuro.

—Tengo a mi hijo enterrado aquí. Murió el año pasado. —Sorprendida, Carmen salió de su recogimiento.

— ¡Cuánto lo siento! Lo que es yo sólo vengo a estudiar. — Se puso el libro bajo el brazo. “Derecho romano”, alcanzó a leer Carmen en la tapa—. Aquí es donde más me cunde el estudio. No sé por qué en mi casa no puedo concentrarme. Debe ser por el ruido que viene del vecindario. En la casa del lado viven varios niños chicos. Y si cierro la ventana de mi dormitorio, igual los oigo.

Viendo que Carmen se disponía a marcharse:

— ¿Va para el centro? Ando en auto. Por esta tarde he estudiado bastante. Me llamo Francisco Valdés.

Y entonces el rostro del muchacho se perfiló en el recuerdo de Carmen con unos diez años menos, riendo sobre una camisa escocesa, con su pelo castaño desordenado, pegado a las sienes por la transpiración, efecto de una larga carrera en la tarde veraniega.

— ¿Su papá se llama Pablo? ¿Y su mamá María Luisa?

— ¿Cómo lo sabe?

— Porque lo conocí cuando usted tenía ocho años. Su cara ha cambiado muy poco. — La mujer lo miraba con una cierta ternura maternal—. Yo soy Carmen Escobar. Vivía en Peñalolén, donde comenzaba el fundo de ustedes.

— ¡Qué curioso! Cuando la vi también me pareció conocida. Por eso le hablé.

* * *

El detective Morales había llegado a la pensión de la señora Margarita por recomendación de un colega de Investigaciones, Aliro Faúndez, ex marido de Eliana, la hija menor de la dueña. Morales no tardó en abrir dos agujeritos en el tabique de madera que separaba los dos baños de la residencial, uno solo provisto de tina y ducha. Disimulándolos con pelotitas de masilla de quita y pon, pronto pudo conocer “al natural” a todas las mujeres de la pensión: la esposa del vendedor viajero — la mejor de todas, a su juicio —, la visitadora social, la flaca farmacéutica, las dos hijas de doña Margarita, viuda la mayor y ya bastante ajada, y maciza, pero bien formada y de pelo negro la menor. Aparte de Alejandro, sólo los dos estu-

diantes de agronomía estaban en el secreto. Ni a la anciana dueña de casa habría perdonado Morales. "¿Cómo será esa vieja en pelotas? Me gustaría mirarla por pura curiosidad". Pero Margarita no se bañaba.

Gruesa, siempre vestida de negro, con su acartonado rostro inexpresivo, y la boca entreabierta para facilitar su acezante respiración, se bamboleaba como un pavo gordo por el pasadizo del vetusto departamento. Quejumbrosa, se detenía a veces a tomar aliento sobre sus botines de caña alta, arrugadas como ella, casi siempre frente a las puertas. Pero su madre sólo lo hacía para descansar, sostuvo airadamente Isaura, su hija mayor, y no a escuchar lo que conversaban los pensionistas, como la acusó una vez la farmacéutica. Pues sus 80 años no habían alterado la finura de los oídos de la anciana.

Cuando los huéspedes, en las mañanas, golpeaban impacientes la puerta del baño chico, Morales explicaba al salir que la dureza de su barba lo hacía demorarse.

—¡A veces ese gallo no se afeita! No sé qué se queda haciendo adentro...— protestó un día Rojas, el enorme constructor civil, cuya pieza, al fondo de la residencial, colindaba con la de doña Margarita, junto a la cocina y los cuartos de la servidumbre.

* * *

El padre de Carmen, profesor primario, arrendaba una casa pequeña en la hilera de viviendas bajas, de un solo piso, algunas con sus muros a medio revocar, muy pocas pintadas y casi todas mostrando las cicatrices de viejas grietas. Su patio de tierra reseca, que ni las lluvias resblandecía, contrastaba con la calle cubierta de polvo suelto, arremolinado en densas nubes en los veranos por las micros, camiones y automóviles, y lanzado como chaparrones de lodo a las veredas en el invierno. La plazoleta donde quedaba la escuela señalaba el comienzo del enorme fundo de los Valdés, que trepaba hasta la cumbre de la codillera y llegaba al límite con Argentina, con bien trazados potreros y paños de chacarería y hortalizas en sus bajos.

—¡Oligarcas desgraciados! Pasan en sus autos muy echados para atrás, como si fueran los dueños del país. —Así solía expresarse su padre los domingos, durante los almuerzos—. El medio fundo que tienen, y aquí, a las puertas de Santiago. ¡Hasta en micro podrían venirse! Y uno ni siquiera puede asomarse a mirar sus potreros. El otro día no más el señor Valdés llegó en su auto a la escuela y llamó al director. Lo trató como a un peón. Sin bajarse de su coche le dijo que los chicos de la escuela se metían en su fundo y le hacían destrozos. “A la próxima vez que pille a uno, lo mando preso...” Y el director nos reunió a todos para transmitirnos las palabras del patrón... Y tú, Carmen, debes tener mucho cuidado. Ya estás grande y esos pitucos no respetan nada. El año pasado solamente la Florinda tuvo ese chasco...

A Florinda, la desarrollada hija de quince años de una modista del barrio, empezó a vérsela seguida con un primo de los Valdés, que se la llevaba en su auto a lugares poco concurridos, no lejos de la hacienda. La muchacha gozaba de mucha libertad, pero de resultas de estas citas furtivas, quedó embarazada. Su madre la hizo abortar con una comadrona, y Florinda anduvo pálida como muerta durante meses. El responsable no volvió a ser visto por los alrededores, pero seguía visitando a sus parientes, según los peones del fundo.

—¡Así que nada de subirse en los autos de esos futres, Carmen! Si llegara a verte un día, creo que me acriminaría.

—No asustes a la niña, Ramiro —dijo la madre, mujer regordeta, de rostro rubicundo, apacible.

Carmen, la mayor de cuatro hermanos, había heredado el pelo rubio, los ojos claros y el cutis blanco, sin una peca o lunar, de su abuela materna, hija de alemán. Siempre esperaba el bus para ir al liceo en la misma esquina, y esa tarde calurosa, distraída, no reparó en el automóvil que torció al fondo de la calle, donde se abría la plazoleta, y avanzó en medio de un remolino de polvo acercándose al bordillo. Sonriente, el señor Valdés la invitó a subir y ella, nerviosa, temiendo que alguien pudiese verla y partiera donde sus padres a contárselo, trepó al vehículo, impregnado con el aroma del cigarri-

llo. Dos compañeras de liceo se acercaban al paradero. ¿La habrían pillado?

—¿Va al colegio? Siempre paso frente al liceo, y varias veces la he visto salir en medio de otras niñas, que cruzan la calle sin preocuparse del tránsito. Una vez le toqué la bocina, para llevarla. Llovía fuerte, pero usted no se dio cuenta. Conversaba con varias compañeras en el umbral de un garage. —Y Valdés agregó—: Usted es igual a María Luisa, mi hija mayor. ¿Qué edad tiene? María Luisa tendría ahora quince años... Murió hace cuatro años de una pulmonía fulminante. —Suspiró—. Era muy porfiada y nunca quería abrigarse. Cada vez que la vemos con mi mujer, yo le digo: “Es como estar viendo a María Luisa, ¿no? Algún día tenemos que conocerla...”

Los ojos oscuros de Valdés brillaban con suavidad en su rostro firme, mientras las bajas inflexiones de su voz modulaban las palabras con un ritmo particular.

—Una de estas tardes va a ir mi mujer a conversar con su mamá, para que la deje ir al fondo. ¡Todos allá quieren conocerla...!

Viéndola descender del elegante automóvil sus compañeras creyeron que sus padres se habían sacado la lotería. Carmen, aún alterada con la aventura, y recordando la amistosa sonrisa del señor Valdés al despedirla, no supo qué decir.

Nada le contó a su familia, pero al día siguiente por la tarde el mismo automóvil se hallaba estacionado frente a su casa. María Luisa de Valdés, vestida de blanco, llenando la habitación que les servía de estar y comedor con su perfume, la esperaba conversando con su madre.

—Aquí está su hija. —Miró a Carmen con sorprendido detenimiento—. ¡Es igual a María Luisa esta niñita! Sólo que mi hija tenía un lunar en la mejilla derecha, y los ojos más bien verdes... —A Carmen—: Supe que ayer mi marido te había llevado al liceo, y te contó la historia de María Luisa...

—¿Cómo no nos dijiste? —preguntó su madre, que no disimulaba su agitación.

—Tú mamá me dio permiso para llevarte a “Los Nogales” el próximo domingo. Te vendré a buscar y a

dejar. Vístete como siempre. ¡No te compliques!

Su madre, contrariada con la intempestiva visita, sólo respiró aliviada cuando la espigada mujer se hubo marchado. Algo desarmó a su padre la actitud amistosa de los Valdés

—¡Total, mal no lo vas a pasar allá! Pero no vayan a creer que estoy traicionando mis principios y mi clase.

—¡Qué señora tan buena moza y educada! —comentó la mamá, mientras pegaba botones en el comedor, bajo la luz de la lámpara. Los muros blanqueados a la cal relucían limpios—. ¡Siempre es bueno estar bien con gente así...!

—¿Para qué? —El papá no ocultó su escepticismo—. Nunca van a ser nuestros amigos, ¿no es cierto? Si no fuera porque la Carmen se parece a su hija, ¿crees que nos habrían dirigido la palabra siquiera? Lo que es yo no les pediría un favor aunque me estuviese muriendo de hambre.

Pero la amistad de Carmen con los hijos de los Valdés —cuatro, dos hombres y dos mujeres— solamente duró ese verano, porque al poco tiempo su padre fue trasladado a Copiapó. Allí la madre murió de una deficiencia cardíaca congénita y únicamente ahora, transcurridos diez años, volvía a saber de los Valdés.

Carmen se percató tarde de que Francisco la llevaba directamente a su casa de Vitacura. María Luisa y sus hijas Florencia y Amelia la reconocieron casi de inmediato. Aunque cohibida al principio con la gran casa, la buena ropa de las mujeres, el amplio jardín florido, de donde llegaba el susurro del riego automático, pronto la frescura del ambiente, la fragancia de los rosales, claveles y crisantemos y la alegría espontánea de María Luisa y sus hijas, le devolvían la confianza. La hicieron sentirse un miembro de la familia. ¿Por qué te perdiste? ¿Qué hiciste durante todo este tiempo? ¿Estabas enojada con nosotros?

—Nuestro único hijo se nos murió de una complicación pulmonar. Después se enfermó la madre de mi marido, y tuvo que afrontar los gastos. Vendimos el sitio donde pensábamos edificar. Se retiró de su ocupación, porque le pagaban poco. Ahora sigue de vendedor, pero

le toca atender provincias. ¡Se queda semanas afuera...!

—¿Dónde trabaja? —preguntó María Luisa.

—En Acomsa.

La madre y los hijos se miraron, y estallaron en carcajadas.

—¿De qué se ríen? —indagó Carmen, nerviosa.

—¡Ya lo verás! —replicó Francisco, riendo—. Te llevarás una sorpresa.

CAPÍTULO II

Después de haberse casado, al día siguiente, el matrimonio se estableció en una casa cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad. Allí, Loreto y el papá se dedicaron a trabajar. Loreto era la única hija, y los empleados se encargaban de vestirlo, limpiarle las uñas o cortar el pelo, y de mantenerlo siempre peinado y compuesto. En sus recuerdos infantiles de Ignacio sobresalía la presencia de gente preocupada de su apariencia, de que se viera como "un principito", según Loreto.

Hasta los ocho años, su infancia transcurrió en compañía de personas mayores. Entonces entró al colegio, inicialmente a tercera de preparatoria, porque los abuelos curules los hizo en su casa, con profesores particulares. Recordaba a una mujer tienda, de paciencia infinita, y a un viejo de melena larga y bigote como el tío, colgándole por ambos lados de la boca, con una gran tija, tartamudeante. El resto de la jornada transcurrió en una gran pieza de juego subterránea, o en el jardín, durante el tiempo bueno. También Loreto le recordaba una sala de estar vecina a su dormitorio, donde leía, hojeaba revistas o resolvía rompecabezas. Recurría las amigas o parientes de Loreto con hijos de la edad de Ignacio, y así raramente acudían niños a jugar.

Pero el abuelo colmaba esa etapa. Aunque, muy guiado para caminar, vestía de manera distinta a todos los hombres que conocía. Solo en revistas extranjeras había visto trajes parecidos; largo chaquetero negro, pan-

CAPITULO II

Muerto el papá, al disparársele casualmente su escopeta de caza cuando atravesaba una cerca, la mamá y el abuelo llenaron su mundo. Tanto Loreto, su madre, como su única hermana, tres años mayor, y las empleadas se encargaban de vestirlo, limpiarle las uñas o cortárselas, y de mantenerlo siempre peinado y compuesto. Entre los recuerdos infantiles de Ignacio sobresalía la cantidad de gente preocupada de su apariencia, de que luciera como "un principito", según Loreto.

Hasta los ocho años, su infancia transcurrió en compañía de personas mayores. Entonces entró al colegio, directamente a tercera de preparatorias, porque los primeros cursos los hizo en su casa, con profesores particulares. Recordaba a una mujer tímida, de apariencia enfermiza, y a un viejo de melena larga y bigote como guías, colgándole por ambos lados de la boca, con una voz baja, tartamudeante. El resto de la jornada transcurría en una gran pieza de juegos subterránea, o en el jardín, durante el tiempo bueno. También Loreto le acondicionó una sala de estar vecina a su dormitorio, donde leía, hojeaba revistas o resolvía rompecabezas. Escaseaban las amigas o parientes de Loreto con hijos de la edad de Ignacio, y así raramente acudían niños a visitarlo.

Pero el abuelo colmaba esa etapa. Altísimo, muy erguido para caminar, vestía de manera distinta a todos los hombres que conocía. Sólo en revistas extranjeras había visto trajes parecidos: largo chaquetón negro, pan-

talones rayados y sombrero gris, con una ancha cinta oscura y zapatos con polainas. Su voz timbrada, nítida, y sus ojos celestes brillando siempre con una misteriosa picardía en el rostro aún terso, permanecían indelebles en la memoria de Ignacio. Lo levantaba hasta una altura vertiginosa, y soltándolo bruscamente volvía a sujetarlo por las axilas antes de que tocara el suelo. Ignacio alcanzaba a gritar de miedo, pero al aterrizar sano y salvo, reía a grandes carcajadas diciendo:

— ¡Más, tata, más!

Constantemente su abuelo lo llevaba al fundo "La Rinconada", en Pirque, o a su casa de Pedro de Valdivia. Pasaba a recogerlo en su automóvil negro, siempre reluciente, y con un chofer vestido de correcta librea, que mantenía abierta la portezuela al subir y bajar, inclinándose ceremonioso en cada ocasión. Compenetrado de su papel de servidor eficiente, Ascanio trataba a Ignacio con el mismo respeto que a su abuelo, anteponiendo siempre la palabra "señor" al dirigirse al niño. El abuelo, sentado muy tieso junto a él, le conversaba con un tono reposado, haciéndole sentirse una persona mayor, importante. Anécdotas de su vida de minero en el norte, o en Bolivia y Perú. Cientos y cientos de kilómetros a pie o a caballo, por zonas desérticas o selvas plagadas de bichos venenosos. Buscando un legendario yacimiento incásico se había extraviado en el desierto de Atacama, y a punto de morir de sed, el perro de un campamento salitrero lo descubrió desmayado en un hirviente pedregal.

También había conocido los altibajos, le explicaba durante sus largos paseos. En su juventud prefirió afrontar las mayores privaciones, miserias y peligros, que entrar como ingeniero al servicio de los norteamericanos. Tampoco quiso trabajar en Santiago, ganando buen dinero con sus parientes, aunque nunca tanto como el que a la larga le rindieran sus minas. Si uno tiene fé en algo, hay que seguirlo hasta el final, solía exclamar entonces. Porque así es la vida del minero: muere en la pobreza o termina por hallar un filón.

Recorrían la ciudad incluyendo los barrios más apartados y míseros, y oía una y otra vez las historias que impregnaban los muros de adobones de las casas de "La

Rinconada", con sus altas habitaciones y vigas a medio desbatar, en medio de un parque de 20 hectáreas, bien mantenido. El fundo integraba una encomienda adjudicada a su familia durante los primeros años de la colonia. Desde 1680, la enorme casa había sido reconstruida dos veces, pero siempre en base a su plano original. ¡Qué utilidad prestó durante la guerra de la independencia, como lugar de ocultamiento próximo a Santiago!

Paseaba con el abuelo por el amplio patio empedrado, entre sus grandes naranjos, paltos, pataguas y densos rosales. A veces se detenía para mirarlo desde abajo, y le parecía un gigante. O salían a visitar el fundo de a caballo o en un viejo coche tirado por una piara. Entonces el abuelo le señalaba las zonas más aptas para tales o cuales siembras, o le anticipaba cómo serían las cosechas de ese año de los productos cultivados en la hacienda. Pero de pronto el abuelo partía al extranjero, y transcurrían meses sin que Ignacio lo viera.

Entonces aguardaba con ansias su regreso para volver a oír sus inacabables historias.

* * *

A Elvira la llevó otro estudiante a casa de Mario, uno de sus compañeros de derecho, pero casi de inmediato, aprovechando que su pareja conversaba con el anfitrión, se puso a bailar con Alejandro. El pequeño salón rebosaba de muchachos bulliciosos, y pronto el aire se hizo sofocante con el calor y los cigarrillos.

—¿Vámonos de aquí? —le propuso Elvira, de súbito.

—¿Y tu amigo? —Porque cada vez que el otro muchacho le pedía un baile, lo postergaba muerta de la risa.

—¿Qué te importa? Lo conocí hace una hora, igual que a ti. Que no nos vea salir juntos, eso sí, porque puede armar una escena. Ha tomado mucho, y hace rato que no nos despega la vista.

Enfilaron por las calles solitarias de las dos de la madrugada, bordeando la oscura mole del San Cristóbal, rumbo a la fiesta de un pintor amigo de Elvira. Desem-

bocaron en Bellavista, frente a la Escuela de Leyes y siguieron su camino bajo la luna casi en el cénit. Las casas proyectaban hacia la calle plateada sus sombras de alquitrán. Los plátanos orientales del parque Forestal cabeceaban ceremoniosamente bajo la brisa nocturna, más allá del Mapocho, y desde la torre de la vieja iglesia los ángeles con sus trompetas pregonaban una secreta advertencia. Un oculo pasadizo los condujo a un vestíbulo en tinieblas. En el segundo piso, luces filtrándose por los resquicios de las puertas, entrelazadas con algunas voces bajas, cuchicheantes. Una escalerilla exterior conducía al desván de Rafael, el pintor, neblinoso con el humo de los fumadores y rebosante de las risas y conversaciones de una decena de personas. Rafael besó a Elvira y sus ojos febriles escudriñaron a Alejandro. Cuadros, marcos, atriles, divanes y sillas viejas, en medio de un añejo olor a óleo y trementina, se hacinaban en la vieja buhardilla. De una gran olla humeante, los amigos de Rafael sacaban con un cucharón el vino tinto aderezado con canela, y llenaban sus vasos. Una antigua electrola, desde un vetusto baúl, esparcía el ritmo de una guaracha, que una mujer teñida de un rubio platinado seguía con exageradas contorsiones de sus amplias caderas, alentada por el batir de palmas de la concurrencia. Cuando giraba, la falda se convertía en un ruedo en torno a la cintura, descubriendo unos calzones negros con encajes, fugaz visión que arrancaba bramidos de un tipo de rostro redondo y barba densa. Alejandro escogió un rincón sombrío, pero de pronto Elvira, sin disculparse, partió a conversar con Rafael. Alejandro empinó dos vasos de tinto caliente viendo como la rubia se quitaba el vestido, y el de la barba con otro muy barrigón y voz de señora se abalanzaban sobre ella para disputársela. En medio de la turbamulta, Alejandro se encontró con Elvira en sus brazos. Al conducirla tras una hilera de cuadros, donde se apilaban cojines, opuso una resistencia débil y reidora, y cuando Elvira dejó de defenderse, los gritos de la rubia y sus acosadores se perdieron en el infinito.

De madrugada se abrieron paso entre un montón de ebrios dormidos, y unos pocos que conversaban, bamboleándose a cada palabra. La rubia había concluido en

el tejado, y Rafael debió tirarle la ropa para que no se pescara una pulmonía. Su número, repetido con escasas variaciones, estaba haciéndose tedioso, les explicó el pintor, ya semidormido. Porque siempre desencadenaba escandalosas peloterías.

Del bus pasaron a la vereda mal iluminada de Brasil, y caminaron hasta llegar a Compañía. Con un mohín repentino, Elvira le dijo:

— Aquí puedes tomar micro. Yo sigo sola. Te llamaré cualquier día.

Ni la dirección le dió. Al alejarse por la acera desierta, su figura se desdibujó bajo la marquesina de una tienda, junto a un perro viejo que olisqueaba un montón de desperdicios.

Tentado estuvo por seguirla, pero al recordar sus terminantes palabras se retacó.

* * *

Hasta un mes antes, Pablo Valdés se conformaba con asistir a las reuniones de directorio, que presidía Gregorio Méndez. Pero ahora, convertido en uno de los principales accionistas, al comprar la parte de Méndez, cuyo último infarto había desencadenado su vejez hasta entonces retenida, su interés por la marcha de Acomsa se duplicó. Nada dejaba pasar: los nuevos negocios, la situación del personal, la búsqueda de representaciones extranjeras, las propuestas, los ascensos, etc. Su oficina de corredor de la bolsa de comercio, en Bandera, a menos de dos cuadras de Acomsa, facilitaba su progresiva ingerencia.

Ese lunes pidió los antecedentes del marido de Carmen, y a los pocos minutos ordenaba al subgerente de ventas, su sobrino Antonio, que nombrara a Rolando vendedor en Santiago.

— Ese Rolando no es ninguna maravilla, tío. El nuevo jefe de ventas lo conoció en Soinco. ¿Por qué le interesa tanto?

— Por la misma razón que he ayudado a un sobrino a

salir de algunos líos. — En el teléfono, la voz de Pablo no varió de tono—. Y a propósito del jefe de ventas, ¿Vásquez, se llama? Anda demasiado listo para dejarse ver y oír... Los tipos así siempre me han provocado una gran desconfianza.

A raíz del nombramiento de Antonio como subgerente de ventas, la jefatura del departamento quedó acéfala. El propio Rolando Cárdenas sugirió el nombre de Vásquez, porque habían trabajado durante años juntos. Antonio se informó con uno de sus amigos de Soinco.

—Es muy ambicioso. Aquí no le ha ido muy bien, porque nuestra línea de maquinarias se fue al suelo desde que nos quitaron las representaciones que tú sabes. Además se echó encima a Martín Leyton, el subgerente general, porque quiso pasarlo a llevar. Es muy vivo. Invitaba a su casa a Manuel, el gerente general, y prácticamente le entregaba a su mujer en la cama. A mi no me consta, pero aquí se comentó mucho. La mujer es muy atractiva, y al parecer le gusta el dinero y la *dolce vita*. En todo caso es muy trabajador y no retrocede ante nada.

Conocer a Daisy fue determinante para Antonio Valdés, porque al finalizar su primera entrevista con el candidato a jefe, Raúl Vásquez lo invitó a su departamento. Al cabo de cinco años de un matrimonio sin hijos, Daisy conservaba un cuerpo de adolescente. Vásquez se aseguró el cargo, pero en lugar de apoyar a Cárdenas, al que bastante le debía, comenzó a evitarlo desde el principio. Le daba continuas y largas misiones en provincias, y por último, lo nombró vendedor fuera de Santiago, desentendiéndose de sus protestas. Rolando comprendió tardíamente su error, y andaba buscando un nuevo puesto, cuando Carmen se encontró con Francisco Valdés en el cementerio.

—Te he dicho que ese tipo no sirve. ¿Por qué este cambio? —preguntó irritado Raúl Vásquez.

—Ordenes superiores.

Antonio ocultó el nombre del protector de Rolando, lo que agregado a su manera insidiosa de darle la noticia, mortificó doblemente a Vásquez. Porque Antonio visitaba a Daisy durante las horas de oficina, y cuando salían

a comer y bailar, eludía llevar a su esposa.

—Nunca nos ha invitado a su casa —comentó esa tarde Raúl, aún dolido por lo de esa mañana—. A lo mejor te apuraste mucho.

—Tú me dijiste que había que andar rápido. —Daisy, sin alterarse, se pintaba las uñas sentada en el borde de la cama.

—Es cierto, pero las cosas no han salido como debían. Con Manuel fue distinto: tú fuiste una gran amiga de su mujer. ¡Antonio ni siquiera nos ha presentado a Teresa!

—Pero en todo caso estás mucho mejor que en Soinco. ¡No puedes negarlo!

—Es que yo esperaba conocer personas influyentes a través de Antonio. ¿Ves? Pero me ha puesto una barrera. El es sobrino de Pablo Valdés, el accionista más poderoso de Acomsa. En cambio Manuel era un simple empleado de los Sierralta, lo dueños de Soinco. Y con esos coños no había nada qué hacer. Con Pablo Valdés podría ascender más rápido. ¡Si Antonio no fuese su sobrino, jamás habría llegado a subgerente de Acomsa!

—A lo mejor eres demasiado impaciente.

—¡Es que estoy estancado! Antonio goza cubriendo de misterio cualquiera decisión que emane de arriba, ¿ves? Y usa de su posición para molestarme a mí. Cuando pregunto algo se pone su máscara de sobrino del dueño. Y me deja con la mierda hirviendo.

—Todo llega a su tiempo. Es cosa de esperar un poco, solamente.

Antes de dar una respuesta ácida, Raúl encendió un cigarrillo. Y prefirió callarse. Sí: pudo haber controlado el proceso, aprovechando el primer impacto que su mujer produjera en Antonio. Comenzaba a sopesar las consecuencias de su error, porque Antonio, obtenido lo que quería, cambió con él. En esos asuntos, el sobrino de Pablo Valdés se manejaba bien.

—¿Qué te preocupa? —Daisy terminó de pintarse las uñas.

—Me obligaron a entregarle una excelente cartera de ventas a un infeliz, que fue compañero mío en Soinco.

— ¿Lo conozco yo?

— No. Es un vendedor de tercera. Y de repente aparece con un protector en Acomsa, según Antonio.

— A lo mejor es verdad. ¿Para qué iba a mentirte?

Si realmente la orden venía de arriba, debía tratarse de alguien muy poderoso. La ocurrencia aumentó el escozor de su herida.

* * *

Transcurrida una semana sin noticias de Elvira, Alejandro visitó al pintor. Lo acompañaba una mujer muy alta, de perfil aquilino, y pelo armado en un moño sobre la nuca. Rafael la presentó como Rebeca, gran amiga y cliente en la restauración de cuadros.

— ¿Usted también pinta? — preguntó Rebeca, con su voz firme—. Vaya por mi tienda. Queda en McIver, casi esquina de Agustinas. Tengo cosas muy bonitas.

— ¡Todas sus cosas son muy bonitas, Rebecuita! — El pintor hizo un guiño a Alejandro, mientras ella lanzaba una alegre carcajada, y clavaba hondamente en el muchacho sus ojos verdosos. Y cuando Rebeca se hubo marchado—: Es buenaza para la cama esa judía. ¡Muy caliente...! Vaya a verla, usted le cayó bien.

Rafael desconocía la dirección o el teléfono de Elvira.

— Llegó una vez aquí con un turco muy rico, que de tarde en tarde me encarga algunos trabajos. Es una chica muy independiente. Se mete con hombres mayores, de plata. ¡No se le vaya a ocurrir enamorarse de ella! Es preferible que llame a Rebeca...

Poco supo de Elvira la noche en que se iniciara en la bohemia santiaguina. Invitado a última hora por Mario, estuvo a punto de no ir. Amiga de tipos maduros y adinerados...

— Mi amigo Reinaldo, que la trajo, quedó hecho un quique contigo. Si te encuentra te va a sacar la cresta — le advirtió Mario, mitad en serio mitad en broma.

— ¿Dónde la conoció?

— Creo que dos horas antes, a la salida de un cine.

Había trabado amistad con Mario durante el primer mes, cuando comenzaba a integrarse a la vida universitaria. Alegre, flaco, cuya apariencia perezosa constituía un débil barniz de su notable vitalidad, Mario parecía incapaz de concentrarse en nada. No prestaba atención a lo que le decían, y siempre miraba a los demás, como buscando otras amistades, así fuesen hombres o mujeres. Abruptamente, sin decirle nada a nadie, dejaría de asistir a clases al empezar abril, durante los primeros fríos del año.

Una amiga de su madre había sugerido la residencial, porque años antes se hospedó allí uno de sus hijos. Al comienzo el nuevo ambiente lo deprimió, y le costó bastante tolerarlo. Dos matrimonios amigos de sus padres, a quienes podía visitar, no tenían hijos de su edad, y de este modo prefería ocupar sus ratos libres en leer encerrado en su dormitorio. Porque los estudiantes de agronomía, que ocupaban el dormitorio contiguo al de Alejandro, también orientado a la Alameda, le parecían demasiado infantiles y un tanto vulgares. Armaban frecuentes jolgorios con otros compañeros. En cuanto a Morales, el detektivista, comenzaba sus actividades a eso de la medianoche. A veces lo topaba en las mañanas, cuando se dirigía al baño con su bata deshilachada y los ojos adormecidos, llevando los implementos de afeitarse, la escobilla de dientes y una toalla al brazo.

Tendido en su cama esperaba el llamado de Elvira, sobresaltándose al oír el campanilleo del teléfono, en el ensanchamiento del pasillo frente a los baños, donde se abría la única ventana. Cuando el sol se ponía, el recuerdo de Elvira se le hizo intolerable. Superando su natural timidez, llamó a Rebeca.

— ¡Véngase al tiro para acá! Pronto llegará un amigo a verme.

Vivía en una antigua casona frente al cerro Santa Lucía, con sus tres pisos atiborrados de jarrones, cuadros, muebles de marquetería, gobelinos, vitrinas con figurillas de marfil, porcelana, jade, onix, lapislázuli. Como hallarse en un museo fuera del tiempo. De su marido, muerto hacía cinco años, Rebeca heredó el negocio de antigüedades y la propiedad. Una empleada de

uniforme y gorro almidonado trajo una bandeja con un jarro de pisco *sour* y copas de cristal cortado. Los rumores de Huérfanos irrumpían apagados en la salita, filtrados por una gruesa cortina. Rebeca, de traje sastre oscuro y con una translúcida esmeralda en el anillo, se sentó frente a Alejandro, y su voz segura, un tanto baja, se explayó sobre el origen de esta o la otra porcelana, o del enorme jarrón decorado con una escena campesina salvado del incendio de las Tullerías. A eso de las ocho apareció su única visita. Alto, desgarrado, de pelo blanco y vestido de negro, Rebeca lo presentó con una cierta grandilocuencia como el escritor Horacio Bernales.

—¡Oh, sí, lo conocía de nombre! —balbuceó Alejandro.

—¿Quién no lo conoce? Es el más grande escritor chileno. Los que no lo admiran, lo envidian.

Complacido, Bernales acompañó a Alejandro en el sofá, pero su impenetrable majestad no lo abandonó durante su corta permanencia.

—¿Y qué es de Gastón Lizama? —Su voz profunda no alteró su hermetismo—. No ha cumplido su promesa, Rebequita.

—Pasado mañana la cumpliré. Tenga paciencia, Horacio...

Porque Gastón Lizama, un joven escritor, ansiaba mostrarle previamente los originales de su primera novela a Horacio Bernales.

—Bernales sabe que Gastón es muy buen mozo. Por eso está loco por conocerlo. —De nuevo solos, Rebeca bebió un sorbo de pisco *sour*, risueña—. Un amigo mío me dijo que el arte y la literatura están en manos de maricones, comunistas y masones. Aunque creo que los masones es poco lo que cuentan ahora...

CAPITULO III

¿Raúl Vásquez los invitaba a comer? Cogido de sorpresa, Rolando aceptó. ¡Imposible olvidar sus malintencionadas maniobras, que estuvieron a punto de hacerlo renunciar como vendedor de Acomsa! Sintiéndose acorralado, había ido a Soinco para buscarle una explicación a la imprevista inquina de su jefe. Y así se enteró de algunos pelambrillos, de los que sus problemas de siempre nunca le permitieron hacer caso. Ahora vino a intuir las probables causas de la aversión de Raúl: su retorcida convicción de que Rolando sabía como su carrera en Soinco había repuntado después de enredar a su mujer con el gerente general.

¿Por qué su brusco cambio? ¿Sabría quien era su protector en Acomsa? Siendo su jefe, tampoco parecía prudente negarse. Nunca fue hombre de rencores. Y su repentino nombramiento en Santiago lo había revestido de un misterioso prestigio. Hasta el presumido subgerente de ventas, Antonio Valdés, lo saludaba ahora con especial cordialidad. Conversando con Carmen, no tardaron en identificarlo como al seductor de Florinda, la hija de la modista.

Y así los Vásquez conocieron los orígenes de la amistad de Carmen con los Valdés, y de cómo, al cabo de diez años, se había reanudado por obra del azar. Para creer en milagros, pensó esa noche Raúl, con irritación.

* * *

Entre los primeros en llegar a casa de Rebeca se destacaba Sofía, actriz de voz gruesa, audaces ojos glaucos y labios acorazonados. Hacía pareja con el encorvado y flaco periodista Darío Fuentes, de mirada perezosa y una rara ceja torcida. También el inédito Gastón Lizama fue puntual. Bernales, muy tieso y de negro, se retrasó bastante. Se separó con Lizama de los otros invitados, y desde la distancia Alejandro escuchaba su voz repentinamente almibarada conversándole al escritor de grandes ojos claros y hablar estentóreo, como un adolescente en plena conquista amorosa. Alejandro fue presentado por Rebeca como “un joven amigo, muy inteligente e inquieto”. Sofía le leyó las líneas de las manos bajo la gran lámpara de lágrimas del salón, frente a una vitrina que reflejaba la luz como un espejo.

–Ambicioso, imaginativo, con tendencia al vicio.

–La actriz no le quitaba su mirada penetrante, expirando el humo de su cigarrillo, e intentando quizá descifrar la reacción de Alejandro.

–Mientras la derecha lo controle todo, estaremos liquidados –decía Fuentes a Rebeca, con una mueca de amargura–. El poder debe llegar a manos del pueblo.

Desde un estrecho sofá, emplazado en un rincón, saltó la voz meliflua de Bernales:

–¿Para qué quieren entregarle el poder al pueblo, hombre? Ni siquiera saben usar los cubiertos.

Del coro de carcajadas descolló el vozarrón de Lizama. Sofía sonrió entre desdeñosa, divertida y crispada. Darío Fuentes se inclinó al oído de Alejandro, ya obnubilado de tanto beber:

–Este viejo maraco es un agente del imperialismo. Un lacayo de la derecha, solamente... Lo mismo que Fedón, el crítico.

–Pero Fedón ha descubierto a escritores importantes, como Gabriela Mistral y Neruda –arguyó Alejandro.

–¿Usted cree que Gabriela y Pablo necesitaron de ese pederasta para imponerse? ¡Igual habrían llegado a ser lo que son!

La actriz entrecruzó fuertemente sus dedos con los de Alejandro, transmitiéndole el calor de su piel.

–Me gustas mucho –le susurró al oído, con su alien-

to impregnado a tabaco y alcohol—. Anda a verme al Petit Rex. Estoy ensayando “Vive como quieras”.

Al despedirse, Sofía lo besó en la comisura de los labios, y le prometió invitarlo a una de sus reuniones. Rebeca lo acompañó hasta la puerta, y con Lizama se internaron en la noche fresca, neblinosa. Bernales se había retirado una hora antes, porque nunca se acostaba después de las doce.

—¿Qué clase de relación tienes con Rebeca? —A sus espaldas, el Santa Lucía conformaba una sola mole oscura—. Para Rebeca hay dos clases de amigos: con los que se acuesta, y con los que conversa de arte, música, antiqüedades y otras huevadas...

— Debo ser de los segundos... ¿Y tú?

—Fuimos amantes un tiempo. Le gustan los hombres inteligentes y famosos. Ahora somos muy amigos. Es buena galla. Siempre está dispuesta ayudar. ¿Cómo la conociste?

A su vez, Alejandro le preguntó:

—¿Cómo se llama tu novela?

—¡Ah! *La vida de Andrés*, simplemente. Cuento lo primeros años de la vida de un adolescente. A Bernales le encantó el tema. Y en Santiago, Bernales es el mejor padrino para un escritor, junto con Fedón. Pero a Fedón es difícil agarrarlo.

—¿También eres amigo de Sofía?

—¡Por supuesto! Es una mujer extraordinaria. Se casó a los 16 años con un agricultor del sur, vivió un año encerrada en el fundo de su marido, y de repente se cabrió y lo dejó. Partió a Santiago, se integró a la bohemia, se colocó de amante de Tejada, el actor, estudió teatro y ahora es una estrella.

—¿Qué relación tiene con Fuentes?

—Se acostará con él de vez en cuando. Nada más. De repente le bajan grandes amores con alguien, hombre o mujer. Pasa por períodos de lesbianismo. ¡Sabe una barbaridad en la cama! Fue mi primera amante. Me inició en el amor, cuando tenía 15 años y ella 18. Todavía le encantan los adolescentes. Se mantiene bien, aunque de repente engorda...

Bajaron por Huérfanos hasta Estado, y Gastón lo

invitó al "Goyescas". Buen charlador, entretenido, deslenguado, aunque no inspiraba gran confianza. Alejandro se abrió tímidamente sobre sus inquietudes literarias, pero no se atrevió a confesarle que a veces también escribía. De madrugada se les plegó un actor acompañado de un joven pálido, ojeroso, de aspecto enfermizo, que Lizama presentó como un distinguido poeta.

* * *

A muy temprana edad, Ignacio descubrió que su presencia nunca dejaba indiferente a los demás, así fuesen hombres o mujeres, jóvenes o viejos. Donde quiera llegase lo acariciaban y cubrían de halagos. Exclamaciones como ¡qué chico más lindo!, pero ¡si es un querubín! ¡nunca había visto nada tan precioso...! no tardaron en hacérsele naturales. Tampoco su madre y su hermana escatimaban los elogios y arrumacos. Sólo su abuelo lo trataba como a una persona mayor.

Junto con aprender a considerar su belleza como algo normal, descubrió la fealdad en otras personas, niños o mayores y la ninguna ventaja que este hecho deparaba. A Loreto le preocupaban las empleadas y evitaba que regalase en exceso a Ignacio, o le prodigasen caricias. Pero la servidumbre era de fiar, porque todos llevaban años en la casa, y habían sido suficientemente probados. Ciertas amigas de su madre lo sofocaban con abrazos y besos, o sentándolo en sus regazos lo cubrían de mimos, algunos bastante inusitados, aunque no en presencia de Loreto. Optó por esfumarse en cuanto las veía aparecer, o escuchaba de lejos sus voces.

De ciertas conversaciones oídas subrepticamente, comprendió la particular delicadeza, preocupación y cuidado que significaba para su madre la crianza de un niño como él. Permaneciendo en casa, las precauciones se limitaban a controlar a la servidumbre y las relaciones más asiduas, sostenía Loreto. Los problemas comenzarían cuando Nachito entrara a estudiar. Pensaba en el *King George*, en vista del auge de la educación inglesa. Aunque le gustaban los colegios religiosos, excepto los

jesuítas, la manera de sonsacar los pecados de ciertos sacerdotes, alertando a los niños contra un mundo atestado de morbosas corrupciones, podría alterar a un chico tan sensible como Ignacio. Por supuesto, el chofer esperarí­a diariamente al niño a la salida de clases, para eludir a los corruptores, porque algunos acudían en elegantes automóviles. ¡También entre la gente conocida se daban esas aberraciones!

Su permanencia en el *King George* fue bastante feliz, hasta la cuarta de preparatorias. Al cursar la quinta, recién cumplidos los 9 años, el profesor de música lo llevó mañosamente a una sala desocupada, y trató de besarlo, mientras con voz acezante le declaraba su amor. El maestro fue exonerado de inmediato, y la dirección del colegio cubrió de explicaciones a su madre. Como el incidente no tuvo repercusiones, pues Ignacio se reía al recordar la fealdad del profesor y su trémula voz, terminó en el mismo establecimiento sus preparatorias.

Sus prejuicios contra los sacerdotes, no impedían que Loreto se preocupase de la educación religiosa de su hijo. El día de su primera comunión, vestido con uniforme del colegio y llevando un cirio encendido y un rosario entre sus manos, se dirigió al altar integrando una doble fila de chicos que cantaba "Por el camino de Emaús". Buscó con disimulo a Loreto entre la multitud de padres y apoderados, y la descubrió al lado del pasillo, enjugándose los ojos y sonriéndole débilmente.

Como norma general, las vacaciones se pasaban en el extranjero. Con gran parte de su juventud vivida en Europa, con toda seguridad Loreto habría terminado casándose en Francia o España, de no mediar el casual conocimiento de Ignacio Valdés en el funeral de una tía.

* * *

Apenas pisó el departamento de Sofía, hizo oír su voz poderosa:

—¡Su atención, por favor! —Gastón esperó el silencio—: A Bernales le encantó mi libro. Además se lo dio a leer a Latham, el crítico de *La Nación*. ¡Puros elogios! *La*

vida de Andrés se encuentra en prensa. Se hará una tirada de mil ejemplares para comenzar, financiada por el propio Bernales. ¡Recibo toda clase de felicitaciones y homenajes!

Imprevistamente, Alejandro había sido invitado esa tarde por Sofía a una "pichanga". Una muchacha alta, tal vez maciza, algo como una walkiria de larga cabellera rubia, cuyo rostro parecía la réplica femenina de Gastón, aunque con rasgos más finos y proporcionados, acompañaba a Lizama.

—¡Me tinca tan poco ese libro! —comentó Darío Fuentes en voz baja, en medio del bullicio que desató el anuncio del escritor—. Estos maracos se las arreglan muy bien entre ellos. Bernales debe estar dándole como caja a Lizama. O al revés. Porque aquí el éxito de los escritores se traduce en sexo, del tipo que sea. Mientras más amantes consigue un escritor, más grande es. Me acuerdo de una de estas flores de un día, que ahora está muerto. Según él, en venganza, se había acostado con las mujeres o novias de todos los que hablaron mal de su libro... ¡Y era difícil probarle lo contrario!.

—¿Es cierto que Bernales es homosexual?

—Es muy sabido, y él no lo niega. ¿Nunca has leído sus libros? Se refocila describiendo el cuerpo de los hombres, especialmente de los rotos. Tenía una quinta en Macul donde oficiaba misas negras, con grotescos rituales. Pero un día fue acusado de corruptor por el padre de un joven y "promisorio" poeta. Dicen que sus gritos se oyeron en toda la manzana cuando Bernales lo inició en la sodomía. Allanaron la quinta, pero todo quedó en nada. El poeta obtuvo lo que quería, y su libro de versos circuló por Santiago. Fue ensalzado por los críticos adictos a Bernales. ¡Todos maracos como él!

—Fuentes se sirvió un vaso de vino. Conversaban separados de los demás, cerca de la mesa con las botellas—. Algo parecido debe estar ocurriendo con Lizama. Se le conocen incursiones por Sodoma. Son cuatro hermanos, todos muy bellos. Los Karamazov, los llama Gastón. Esa que llegó con él es Ingrid, la menor.

Desde lejos, los grandes ojos celestes de Ingrid se habían fijado risueños en Alejandro.

—¿Te gusta mi hermana?

Porque Alejandro e Ingrid habían sostenido una larga conversación, mientras en torno la reunión ganaba en entusiasmo y estridencia. Ahora caminaban por la vereda húmeda, mal iluminada, Gastón con la cabeza gacha y un libro apretado contra el pecho. Y antes que Alejandro, sorprendido con la pregunta, respondiera:

—No te hagas ilusiones, hijo. Mi hermana no sabe lo que quiere. Es una frustrada, como todos los Karamazov, excepto yo, que estoy a punto de realizarme como escritor. Ingrid no sabe si le gustan los hombres o las mujeres. Y se mantiene virgen...

—¡No le hagas caso, Alejandro! —Ingrid rió alegremente, sin alterarse—. Le gusta “epatar” a la gente con sus genialidades. Pero ligerito aburre, porque siempre se repite.

—¡Pero repetir genialidades es bueno...! —Gastón movió grandilocuente su mano libre, y abrió inusitadamente los ojos—. Ojalá todos los grandes artistas pudieran repetir sus genialidades. ¡Ojalá!

* * *

El frío que se colaba en el invierno por los resquicios de las paredes de fonolita, se introducía bajo las cobijas. Se arrebujaba y encogía, adhiriéndose al cuerpo magro de su hermano Pedro, porque José de solo toparlo despertaba. A esa hora las emanaciones personales desplazaban el olor a comida, aunque también de afuera provenían hedores generados en los basurales amontonados entre las callampas, en los orines humanos o de perros. Y cuando despertaba, los ronquidos de su madre, a menos de un metro, las incoherencias de Estefanía, la mayor de sus hermanas, y la respiración sibilante de Fernanda, la menor, conformaban un clima tranquilizador, que le devolvía el sueño. Porque Pedro y José dormían de un tirón, aunque el primero se mojaba a veces, y lo meados, al helarse, lo obligaban a cambiar de posición refunfuñando.

A veces ciertos rumores fantasmales de los alrededores le hacían aguzar el oído. Ladridos famélicos, interjecciones lejanas, y los raros aullidos animales de Efraín, que vivía casa de por medio, y siempre regresaba borracho al amanecer. Ni siquiera escarmentaba con las andanadas de insultos que le propinaba el vecindario. De pronto algún acontecimiento insólito alteraba esta relativa monotonía nocturna. Como ocurrió cuando apuñalaron a Simón, el hijo de doña Rosa. Los gemidos del agonizante despertaron a Rafael, y fue el primero en llegar junto al caído, que se retorció en medio de su sangre. Sus atacantes huyeron sin ser vistos, al amparo de la oscuridad. Debieron seguirlo desde que se bajó de la micro, a la entrada de la población, y lo acuchillaron para robarle. Las callejuelas reseca del verano permitieron correr rápido a los hechores después de su fechoría, sin miedo a resbalones.

Otra noche, voces furiosas e insultos se impusieron al ruido de un motor. Bajo la luz de la luna los uniformes de los carabineros haciendo una redada cobraron su odiosa familiaridad. Al Pirca, monrero de oficio, lo sacaron a la rastra de su casamata, y una lluvia de lumazos desanimaron al Ganso y el Medio Pollo, que acudieron a defenderlo. Pero nada les impidió quedarse despoticando contra los pacos hasta bien entrada la mañana.

Acompañado de su hermano José y dos amigos, se internaban durante el día en los barrios vecinos. Rastrojeaban en los tarros de basura, o intentaban escamotear cualquier cosa de las casas aprovechando la distracción de sus dueños. Pero un hombre que alcanzó a aventarles algunos puntapiés y cachuchazos los hizo tornarse cautelosos. Entonces prefirieron los barrios con propiedades extensas, porque resultaba fácil encaramarse a los muros y sacar frutas de los árboles colindantes. También se ofrecían para trabajos rápidos, como cumplir algún encargo de las señoras que los llamaban al verlos pasar. Volvían al atardecer, cuando los más chicos jugaban entre las callampas, y los mayores perseguían a las muchachas para llevárselas a los rincones oscuros. O se topaban con jóvenes muy pintadas, que se ganaban la vida patinando en el centro de la ciudad o en los barrios acomodados.

Algunos partían a tentar suerte en los bolsillos ajenos con la complicidad de la noche, aunque otros no temían hacerlo de día, y después descansaban como cualquier cristiano.

Las hazañas del colorado y alegre Ruperto, eximio lanza, perdurarían años en los recuerdos de Rafael. Solía permanecer días enteros sin moverse de la población, para despistar a los tiras, o los eludía alojando en las casuchas de otras familias. Iban seguido por él.

— Aunque la vereda estaba llena de gente, le agarré la cartera a una viejita. Pero no me fijé que la llevaba pescada a la muñeca... Le dí un manso tirón, y la veterruga se vino al suelo. Quedó la grande... Yo seguí tirándola, a ver si se cortaba la correa. Pero era muy refirme. La vieja gritaba como barraco. La arrastré como dos metros. Los demás se quedaron con la boca abierta. ¡Se demoran mucho en que les caiga la teja! Por eso nunca hay que tenerle miedo a la gente. Al final tuve que salir apretando coliza, porque andaban unos verdes cerca...

Pero también sobrevenían reveses. Ruperto y el Chunchu, su compañero esporádico de andanzas, se aprestaban a desvalijar el almacén de los Gil, unos españoles muy ricos que vivían al comienzo de la ciudad, cuando el cuidador los pilló en plena faena. Ruperto alcanzó a huir, pero el Chunchu tropezó, y el guardián lo molió a patadas. Le quebró todas las costillas. Debió quedarse un tiempo en el hospital antes de que lo “pasaran para adentro”. De nuevo libre, sólo pensaba en vengarse del cuidador, pero no se atrevía a enfrentarlo sin ayuda. Tampoco los de la población quisieron arriesgarse.

Al revés de Ruperto, al Chunchu todo le salía mal. Le robó la bicicleta a un cartero, y dos días después fue embestido por un automóvil cuando atravesaba una esquina. Lo vieron saltar como veinte metros por el aire, y caer de cabeza sobre el pavimento.

Su carrera de hampón en ciernes se truncó para siempre.

CAPITULO IV

La vida de Andrés fue aclamada como una de “las más auténticas revelaciones de los últimos años”. Gastón recorría los cafés y corrillos literarios exhibiendo exultante, entre escritores y poetas, consagrados o en ciernes, cualquier nuevo comentario, o mención de los incondicionales de Bernales que aparecía sobre su novela.

— Siempre ha pontificado, pero ahora está insoponible — comentó Fuentes, en un ensayo de **Vive como quieras**—. Ahora se ha botado a protector de los escritores jóvenes. Se siente un árbitro de la literatura. Y la novela es una cagada. Veremos que dice Fedón, cuando regrese de Europa. Aunque es otro maraco, sigue siendo el crítico más influyente. Hace y deshace escritores. Por eso Gastón se apuró tanto en publicar el libro. Está aprovechando su ausencia. Porque Fedón arremete con saña contra los protegidos de Bernales. ¡Líos de maracos! Bernales, que siempre ha sido rico, le levantó un jovenzuelo que se las daba de poeta a Fedón. El mismo de que te hablé hace días. Fedón jamás se lo ha perdonado. Dicen que el mismo acusó a Bernales al padre del poetaastro.

— ¿Y por qué Gastón no buscó a Fedón en lugar de Bernales? — preguntó Alejandro.

— Porque Fedón es muy jodido. Le gustan los jovenzuelos suaves, delicados, de la mejor sociedad, en lo posible. Una vez le presentaron a Gastón, y opinó que “era un joven potro muy bello, pero mal educado”.

Pero Gastón disponía de por lo menos un mes para

proclamar su euforia en cada rincón de la bohemia santiaguina. Con la certeza de que Fedón comentaría su libro, inició una campaña entre los amigos del crítico para que lo predispusieran en su favor cuando arribase. Le advirtieron los riesgos de tales gestiones, porque Fedón solía reaccionar negativamente. Ni sus más íntimos conocían de antemano sus juicios literarios: era necesario aguardar la crónica que, domingo a domingo, publicaba *El Mercurio*.

Con Ingrid, su relación no tardó en consolidarse en compañerismo. La muchacha no parecía dispuesta a nada más íntimo. Largas sesiones escuchando las variadas anécdotas que desgranaba con su voz monótona, pero secundada por sus expresivos ojos. O sorprendiéndose siempre con la grandilocuente desaprensión de Gastón cuando regresaba temprano a casa.

—Así es mi hermana. ¡Pura palabrería! Porque es incapaz de resolverse a enfrentar su vida de mujer. —Gastón entró a la pequeña sala de estar con un montón de ejemplares de su novela, cuando Ingrid exponía el argumento de *Las moscas*, de Sartre—. Hay que hacer cosas, muchas cosas, de lo contrario uno termina enmohecido...

—Hazlas tú, mientras puedas —replicó Ingrid, desafiante.

—Eso hago, precisamente. Vivo mi vida sin ninguna de tus represiones. Porque tú nunca has podido librarte de la tara católica que nos inculcaron desde chicos...

—¡Por favor, no vengas a pontificar! Estás viviendo un mundo de ilusiones con tu famosa novela. Y estoy segura que ni siquiera crees que es buena.

—¡Idiota, cretina! —rugió Gastón, tirando al suelo los libros que se desparramaron por el piso. Alejandro se sobresaltó, pero Ingrid le hizo un guiño—. ¡Claro que creo en mi novela! Todo artista tiene que creer en su obra. —Y con un cómico gesto de desamparo, surgido de lo más hondo—: Si yo no creo en mi libro, ¿quién va a creer?

—¡Por fin dices algo cuerdo! —Ingrid reía de buenas ganas.

—¡Estúpida! Acuéstate con un hombre. ¡O con una

mujer! Haz algo que te revele a tí misma, en vez de posar como intelectual de café. ¡Por lo menos siempre he sabido ser yo mismo!

—¡Es lo que tú crees...! Pronto veremos quien se engaña más a sí mismo, si yo o tú.

—Ese día te vas a llevar un gran chasco. —Gastón comenzó a recoger sus libros, repentinamente calmado—. Un gran chasco, chicuela. Tú no conoces a tu hermano, no lo sospechas siquiera...

A principios de mayo Elvira reapareció impensadamente, y lo citó para las once de la noche en "El Bosco". Alejandro dejó el bus en San Antonio, frente a la iglesia de San Francisco, y recorrió anhelante la vereda oscura con lustrabotas conversando de fútbol, y una callejera que se paseaba ante los escaparates de abrigo blanco y zapatos rojos. Desde su cara como una máscara, donde el rimel y el carmín resaltaban agresivos, envió al muchacho una mirada incitante.

Elvira ocupaba una mesa adosada al muro, frente a la multitud noctámbula que bebía café o cerveza, o devoraba sandwiches y salchichas chorreantes de mayonesa y salsa de tomate, sumergida en un bronco zumbido de conversaciones dispares. ¿Qué se había hecho? Seguir viviendo, simplemente. Nada más. ¿Y él? ¿No hizo lo mismo acaso?

—Hay que vivir con rapidez. Hacer la mayor cantidad de cosas en el menor tiempo. —Como estar oyendo a Gastón—. Fue una gran lección que me dieron. Este es el siglo de la velocidad. Mientras más cosas se hacen, más cunde el tiempo. No hay que mirar nunca para atrás. ¡Echarle para adelante, solamente!

—¿Eso dicen tus amigos? —No pudo reprimirse.

—¿Qué amigos? —Se puso al acecho.

—Sé que tienes muchos. Algunos bastante mayorcitos...

—¿Quién te lo dijo? —Su ceño se contrajo, sospechosa.

—Me lo contó tu amigo, el pintor. —Acudió una garzona, y Alejandro pidió dos cafés.

—Por eso prefiero los hombres mayores —dijo ella, con lentitud—. ¡Los jóvenes son tan tontos...!

—Y no tienen plata. —Tarde se arrepintió.

La palidez se hizo visible en su rostro, y cuando Alejandro ya la oía prorrumpir en histéricos insultos, se puso de pie y le espetó con voz ahogada:

—¡Aprende a ser hombre, primero! Por eso aborrezco a los mocosos como tú.

Se marchó muy erguida, sin volver la cabeza. La garzona lo atajó con los cafés, mientras Elvira tomaba por Alameda abajo. La alcanzó en la esquina de Estado. Se hizo que no lo veía ni escuchaba sus explicaciones entrecortadas. Un tipo lo miró con miserado, imaginando quizá que Alejandro intentaba sin fortuna un abordaje. El automóvil surgió lentamente por Estado, y Elvira miró al interior, inclinándose un poco desde el bordillo. Una lúbrica sonrisa contrajo el rostro ancho del hombre de avanzada madurez. Abrió la portezuela y Elvira, sin mirar a Alejandro, se coló junto al conductor. Cuando el coche se alejaba, iban conversando como antiguos conocidos.

Alejandro se sintió colmado por un infinito vacío y desamparo.

* * *

Dos y tres veces por semana señoras en auto acudían con ropas, juguetes y comida, que distribuían entre los pobladores en colaboración con el cura gringo. También traían ropa para el lavado, o encargaban muchachas para el servicio doméstico.

—¡No se vendan por esas porquerías que les tiran las jaibonas! —vociferaba Venancio Muñoz, ahora militante de las juventudes comunistas—. Y no les entreguen sus hijas. Después el patrón, o los hijos del patrón se las tiran, y las dejan con guaguas. Y tienen que dedicarse a la vida. Son unos degenerados. El marido de una de esas viejas es maricón, y ya se ha llevado dos cabritos. Pero no se atreven a acusarlo. El otro día agarramos a peñascazos su auto. ¡Le rompimos todos los vidrios! Por lo menos se quedará un tiempo sin venir a hueviar. Lo que tenemos que hacer es irnos de aquí. Hay un sitio desocupado bien

grande, con agua potable y luz. Vamos a ir a tomarlo en un tiempcito más. Yo les avisaré, porque estamos organizándonos para hacer las cosas bien. No necesitamos las limosnas de los ricos. ¡Hay que quitarles las cosas! Porque todo se lo han robado al pueblo...

La efervescencia política, apoyada por parlamentarios y activistas, cundía al concluir el invierno. El pueblo debía prepararse para el asalto final al poder burgués, insistía Venancio. Porque el actual gobierno de derecha sería el último.

Abundaban las chicas con amigos que llegaban a buscarlas o dejarlas en automóvil. Pero los coches nunca rebasaban los límites de la población, quizá por miedo a sus familiares, o para que sus acompañantes no supiesen donde vivían. Salían bien vestidas y acicaladas, después de hacer cola largo rato para ocupar la letrina, o llenar un jarro de agua en el grifo comunitario. Pero al final de las callejuelas hediondas olvidaban sus miserias en el automóvil de su pareja. Una vez Rafael siguió a Edelmira, con siete hermanos y un padre borracho, haragán y pendenciero. Y la vió meterse en un elegante coche negro conducido por un hombre mayor. Al poco tiempo Edelmira desapareció de la población, y no regresó más.

Cuando se dirigía a robarle duraznos y peras, le salió al encuentro la señora Melania, dueña de la quinta que Rafael y su grupo tenían de turno. Se quedó paralizado, temiendo que la mujer de pelo canoso, dientes grandes y rostro muy blanco, le reconociera como uno de los ladrones de su huerto. Pero quería que la acompañara a un almacén a buscar unos paquetes. Recibió algunos pesos y un montón de frutas, de las mismas que con sus amigos sustraían de su parcela.

—Los martes y jueves voy de compras. ¿Por qué no vienes esos días a mi casa y me acompañas? Te pago como ahora, y puedes comer aquí. ..

Fue su primer trabajo. Luego una sobrina de doña Melania, casada con el dueño de una fuente de soda, le ofreció ocuparlo en el local. A los 16 años, Rafael dejó la población, porque disponía de alojamiento en la bodeguita del negocio. De ahí se enroló como garzón en la boite "La sirena", mejor pagado y con más libertad y

expectativas porque colaboraba con el voluminoso turco Batarce como datero de drogadictos, y un cafiche argentino le proporcionaba direcciones de casas de citas y departamentos. Ganaba bastante.

Pero Batarce terminó sus noches baleado por un traficante en su local repleto de público. Sólo Rafael logró huir de la redada policial. Compartía una pieza con un amigo por el barrio Estación Central, donde se fondeó durante una semana. Entonces recordó a un detective que una vez en "La sirena" le diera su teléfono y dirección. Aunque separado, Aliro Faúndez mantenía buenas relaciones con su ex mujer, hija de la dueña de una residencial que necesitaba un mozo. Sin ser muy buena la paga tenía alojamiento y comida.

Faúndez le aconsejó alejarse de sus conocidos de "La sirena", mientras durasen las investigaciones.

* * *

Raramente Francisco se metía en los grupos que proliferaban en el patio embaldosado, en torno a la pileta, o charlaban en las graderías, disfrutando del sol otoñal, o frente a un café en las mesas del casino. Algunos compañeros de su colegio, pero ninguno de sus amigos, había escogido derecho. Raramente se juntaba con ellos. A veces se quedaba mirando las partidas de ajedrez en el cuarto piso, y cuando sucumbía a la tentación de jugar perdía alguna clase.

Con Alejandro compartían el mismo profesor de derecho romano, y en una ocasión prosiguieron en el recreo una charla iniciada a hurdadillas minutos antes.

—Mi papá lee mucho. Tiene una biblioteca grande y muchos discos, especialmente de ópera —comentó Francisco, al enterarse de las inquietudes literarias de Alejandro.

Concluía la jornada universitaria, Francisco embataba con su moto por Santa María y Costanera hasta Vitacura. Casi siempre llegaba a casa cuando su madre, acompañada por alguna amiga o una de sus hermanas,

esperaban el almuerzo bebiendo aperitivos. Porque sus actividades impedían a Pablo Valdés regresar temprano, e incluso solía atrasarse para la comida. Solamente Francisco y Amelia seguían con sus padres, aunque Florencia, casada y con dos hijos, almorzaba habitualmente con ellos. Pablo, el mayor, administraba un fundo de su padre en Chillán, pero viajaba constantemente con su familia a Santiago.

Ese día volvió a encontrarse con Lina Miller, una compañera de colegio de Florencia, que viviera años en Europa después de casarse.

—No me gusta tu amiga Lina —había comentado su madre la primera vez que Florencia la llevó a almorzar—. ¡Todos los alemanes son hipócritas! Tu amiga observa mucho. Parece que siempre estuviera calculando lo que debe decir. Y sus padres no son católicos. Pusieron a su hija en el colegio para que hiciera buenas relaciones solamente. La Teruca conoce a la familia de Lina. Tenían una fiambrería en Salvador.

Aún sin hijos, menuda, rubia, pecosa, con rasgos toscos y un cuerpo admirable, los ojos grises de Lina adquirían a veces un tono acerado. Pero su sonrisa le confería una curiosa apariencia de colegiala. Combinaba tan adecuadamente el color de sus vestidos, que hasta su madre María Luisa, la describió una vez como “hecha en technicolor”. Aunque las mujeres casadas, tan preocupadas de su apariencia, agregó, le inspiraban mucha desconfianza, al percatarse sin duda del atractivo que Lina parecía ejercer sobre Francisco. Porque aparte de la religiosidad hogareña, todavía le penaba a su madre el escándalo desencadenado por su hermano Benjamín, que había abandonado a su segunda esposa para casarse con la mujer de Enrique, hijo de una hermana menor, muerta años antes. También Delfina disfrutaba exhibiéndose en tenidas audaces y haciendo gala de una aparentemente ingenua coquetería.

—Benjamín se ha dedicado más a las mujeres que a la profesión. Pero en las dos cosas le ha ido muy bien —comentaba el tío Alfredo, hermano solterón de Pablo, y que tenía a Francisco por su “sobrino regalón”—. Sus dos primeras mujeres también las consiguió levantando-

selas a otros, la segunda, a su gran amigo Augusto Ruiz. Claro que quitarle la mujer al hijo de una hermana es como mucho, ¿no? Con razón tu madre no quiere recibirlo... Pero Enrique, ¡tan pajarón también! Hay que ser bien de las chacras para no darse cuenta de que algo pretendía Benjamín cuando comenzó a invitarlos a los dos, tupido y parejo...

—Es que es tan difícil pensar mal de un tío. Si yo me casara jamás desconfiaría de usted.

—¡Es muy distinto el caso! Entregarle la mujer a Benjamín era como dejar las gallinas al cuidado del zorro...

—Es que a Delfina le gustaba pasarlo bien, comer en lugares caros, ir a bailar, fiestear... Enrique no tenía plata para esas cosas. Así que debió darle gracias a Dios que el tío Benjamín, a pesar de su mala fama, comenzara a invitarlo de repente...

—Ahí fue donde tu primo debió parar la oreja, porque esos cambios no ocurren porque sí.

En una comida en casa de Florencia, Lina llegó con su marido, y lo presentó a Francisco, diciéndole:

—Estoy seguro que serán buenos amigos.

Profesor de sociología en la Universidad Católica, doctorado en Lovaina, donde había sido compañero de Camilo Torres, lo que al parecer constituía para Lina un hito dentro del currículo de su marido.

—¡Cualquiera creería que simpatizas con la revolución! —rió Lennard desde su cara huesuda, donde los anteojos sin marcos enfriaban su mirada—. Me decía Lina que usted estudia leyes en la Universidad de Chile. ¡Excelente carrera! Despierta la inquietud política, abre el espíritu a cosas nuevas, contribuye a despojarlo a uno de muchos mitos. Todos deberían pasar algunos años por la universidad, especialmente por leyes, sociología o pedagogía. —Se quedaron solos en una esquina del amplio salón, mientras Lina conversaba con otro matrimonio—. Tengo un gran amigo, que es profesor de procesal. Posiblemente usted lo conoce: Patricio Araya...

—En primer año no tenemos procesal. Pero en segundo sí.

—Le recomiendo a Araya. Es muy inteligente, muy capaz. Sé que tuvo algunos problemas políticos, porque entiendo que el actual decano es muy reaccionario. —Tampoco Francisco lo sabía—. Lina me había hablado de usted. Lo encuentra muy inteligente y con grandes inquietudes. —Y notando que Francisco se turbaba—. Me gustaría mucho que fuese para la casa. Siempre invitamos a personas interesantes: profesores, intelectuales destacados, como Danilo Espinoza, por ejemplo. No sé si usted lo conoce. Hizo un interesante estudio sobre el arribismo del chileno. Piensa que en Chile no existe una aristocracia como en otros países latinoamericanos, porque siempre la clase alta se está renovando con personas procedentes de otros estratos. Al principio los rechaza, pero como una manera de atraerlos más, según Espinoza. O sea aquí la oligarquía cultiva sus propios mitos para no echarse al trájín.

* * *

Transcurridas dos semanas de su regreso, y cuando Gastón alentaba la esperanza de que Fedón guardase silencio, al menos, apareció su crónica en *El Mercurio*. Sus párrafos más demoledores los conoció Alejandro en el "Petit Rex" por Darío Fuentes: "...lenguaje descuidado, con un adocenamiento de lugares comunes y una trama ingenua, transparente, sin ninguna sutileza en la descripción del personaje. Se trata de un muchacho vulgar, lleno de ideas preconcebidas respecto a su hábitat... El señor Lizama carece de las condiciones mínimas que exige el noble oficio de las letras".

—¡Es el discurso fúnebre de Gastón Lizama! ¿Qué estará haciendo ahora?

Porque Gastón se esfumó de los sitios que frecuentaba. Se pasaba los días echado en la cama, clavados los ojos en el techo, sin hablar, comiendo apenas, e Ingrid, olvidada de sus riñas, trataba de consolarlo. Afortunadamente su madre había vuelto del sur, de una de sus largas temporadas en casa de familiares, y compartía con

su hija la preocupación de acompañar a un Gastón demolido, encerrado en sí mismo, por completo abúlico, incapaz de esas peroratas tan pródigas en él durante su breve etapa de gloria en el ambiente intelectual.

Pero entonces, con Bernales y otros amigos, partieron de gira por Chiloé.

— Todos del gremio — comentó Fuentes—. Así pasan las penas estos maricones. ¡Se consuelan muy bien...!

Al cabo de 15 días, Gastón regresaba de mejor ánimo y, brevemente al principio, se dejaba ver en los lugares de antes, desentendiéndose de las pesadeces que más de alguien le endilgaba. Aludió al artículo de Fedón en medio de un grupo de íntimos, luego de haber bebido bastante.

— ¡Imagínense! Eligió el trozo más débil de mi novela para su comentario. Fue especialmente negativo y perverso conmigo...

Pero el poeta Isaac Eskenazi, que había escuchado a Gastón desde una mesa vecina, le diría a Fuentes:

— ¡Lizama está loco! Fedón escogió lo mejor de ese bodrio. Es una de las pocas veces que lo he visto comentar un libro con honestidad...

— La otra tiene que haber sido cuando criticó su libro de versos — añadió Fuentes.

Finalizada la función nocturna de *Vive como quieras*, el periodista y Alejandro esperaban a Sofía en una fuente de soda cercana.

— ¿Quién es Eskenazi? — Alejandro, distraído, miraba de reojos las oscuras cortinas metálicas de una tienda, cerrada a esa hora.

— Es un poeta muy especial, que encuentra mediocres y truculentos a todos los escritores y poetas de la humanidad, incluyendo Kafka, Shakespeare, Cervantes, Goethe... Uno de los pocos que se salva es Proust.

— Y él, ¿es buen poeta?

— Su primer libro, que publicó a los 17 años, tiene cosas buenas. Fedón lo puso por los cuernos de la luna, y desde entonces Eskenazi comenzó a pontificar en todos los tonos. Fuimos amigos en una época. Vivía en una casa miserable, pero a Isaac le tenían una pieza sola para él. Así podía escribir. Su madre y una hermana ocupaban la

CAPITULO V

El abuelo de Ignacio enviudó a los 35 años, y como no volvió a casarse, sus hijos Loreto y Salvador quedaron a cargo de nodrizas. De 27 años —uno menos que Loreto—, muy alto y con un cierto parecido al padre, aunque desprovisto de su reciedumbre, Salvador había vivido toda su juventud en Europa, a costa de la prodigalidad familiar. De improviso regresó a Chile, y un domingo, a comienzos de la primavera, el tío Salvador vino a almorzar.

—Encuentro muy grande a Nachito para sus diez años. Me han dicho que eres un buen alumno. ¿Sabes? El próximo domingo voy a pasarte a buscar en la mañana para que recorramos Santiago. ¡Ya ni me acuerdo como es...!

Loreto lo acuciaba por noticias de Europa, de las amistades comunes, de la vida social, de las modas y Salvador, en un tono mesurado, con gran acopio de hechos pintorescos, divertidos e imprevistos la puso al tanto de comidillos, escándalos, separaciones, matrimonios, últimos nuevos ricos en circulación, aventureros y aventureras de moda, etc. Miraba de reojos a Ignacio, o le hacía guiños, sonriéndole amistoso con su cara juvenil.

—Sólo en Europa se puede vivir de veras. ¡Ahí se presentan las mejores oportunidades de pasarlo bien! Nadie se mete en la vida del prójimo, y no hay que rendirle cuenta a nadie de sus actos. En cambio aquí todos están pendientes hasta de las personas que uno saluda...

Ignacio acababa de meterse en la ducha, cuando la voz de su tío llegó desde el dormitorio. Descorriendo la

cortina, Salvador se largó a reír al verlo tan asustado y avergonzado de su desnudez.

—¡Yo te voy a jabonar, muchacho! —Alegremente Salvador se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa.

Pero Ignacio, aterrorizado, saltó de la ducha y cogiendo una toalla se envolvió en ella. Salvador lanzó una carcajada.

—No hay que avergonzarse de la desnudez, Nachito. Todos los hombres tenemos el cuerpo parecido. Algunos son más gordos o más flacos. O son deformes... ¿Dónde está tu ropa? ¡Yo te serviré de valet...!

Y ante la trémula negativa de Ignacio, que seguía acurrucado en un rincón del baño, regresó al dormitorio.

—Es agradable que a uno lo vistan o desvistan. En París siempre lo hacíamos con un grupo de amigos. Nos turnábamos. A veces nos quedábamos desnudos todo el día en la casa de cualquiera de nosotros. Porque la verdadera belleza se aprecia sin ropa. —Ignacio, aún asustado, fue a sentarse en su cama—. Uno debería vivir siempre desnudo. Es natural y saludable. Tú estás desarrollando un cuerpo perfecto, de una estatua griega. ¿Nunca te ha gustado el arte? No es bueno que te hayan criado en forma tan provinciana. Después que demos una vuelta por Santiago, te llevaré a mi casa para que veas lo que traje de Europa. Pero vístete. No me tendrás vergüenza, ¿verdad?

¿Como temerle al hermano de su madre? Además decía las cosas más inusitadas con gracia y naturalidad. Y nunca había encontrado tan mala la desnudez propia o ajena, aunque Loreto opinase lo contrario. Pero no fundamentaba su condena por la falta total o parcial de ropa. ¿Cómo juzgar entonces esas estampas religiosas con Jesús, los apóstoles y santos semidesnudos o desnudos enteramente? Le parecía más cuerdo el punto de vista de Salvador. Tímidamente, Ignacio, con lo pantalones ya puestos, comentó el enfoque que su madre daba al tema. El extraño rostro joven de Salvador se iluminó con la risa, lo que acentuó el parecido con su abuelo.

—Desnudarse ante una mujer es malo. Pero no delante de un hombre. Eso es lo que ha querido decirte Loreto. Los cuerpos de los hombres y las mujeres son

distintos. Por eso nos produce una impresión rara ver a una mujer desnuda. Y si las mujeres se encuentran con un hombre desnudo sorpresivamente, gritan como chanchos... ¡Es graciosísimo!

E imitó a una mujer enfrentando sorpresivamente dicha circunstancia. Imposible no reír de buena gana. Pero al recordar su miedo y vergüenza en el baño, una curiosa, insistente duda lo asaltaba. En la Quinta Normal se embarcaron en el trencito, bogaron en la laguna y Salvador le compró maní tostado. Y desde la terraza embaldosada, en la cumbre del San Cristóbal, pasearon la vista sobre la extensa ciudad con sus casas, edificios y calles desleídos tras una bruma.

—Voy a estar con Nachito, mi sobrino, en la buhardilla —le dijo a la empleada, en el vestíbulo de su casa— Cuando llegue Gabriel, que suba.

El piso del desván alfombrado, y las densas cortinas de sus ventanas, ahora descorridas, habrían permitido oscurecer la habitación aislándola del mundo. Ignacio contó cinco espejos a cada lado, montados sobre bastidores, que giraban como puertas o las hojas de un biombo. Salvador, parándose ante una luna, colocó su mano sobre el hombro de Ignacio.

—¡Hacemos una buena pareja, sobrino! Nadie podría dudar que somos la mejor raza del mundo, ¿no?

Y desplegó tres álbumes con fotografías, casi todas en brillantes colores, de hombres y niños desnudos, que el mismo seleccionara según la armonía de sus formas en su estudio de París. Muchas tomas destacaban una sola región del cuerpo: los hombros, las manos, las piernas o el pubis. Y sobre las correspondientes a las nalgas, Salvador se detuvo a describir extasiado su redondez. Porque los glúteos deben ser esféricos y no alargados o deformes, sostuvo. Ya bastante perturbado, Ignacio no pudo evitar un sobresalto: allí se encontró con su tío Salvador, como Dios lo echara al mundo, en actitudes estatuarias, o en mitad de un movimiento estilizado. A Salvador le faltaban adjetivos para ponderar la equilibrada proporción de su propio cuerpo. Jamás debemos descuidar nuestra figura. Los excesos afean: la grasa demás, los músculos exagerados o la extrema flacura. No

logremos la fortaleza física convirtiéndonos en sansones de circo. Lo demostraría. Y procedió a desvestirse con rapidez.

Conteniendo apenas un irrefrenable impulso de huir, Ignacio vio como un espejo empezaba a reflejar el redondeado trasero de su tío. Ante la cara descompuesta del niño, Salvador se quedó vacilando, ya casi enteramente desnudo. Ahora Ignacio retrocedía, con una repulsión y espanto crecientes alterando su rostro. Lanzando una carcajada, Salvador volvió a vestirse. Tartamudeante, Ignacio le pidió que lo llevase a casa.

—¡Cómo se te ocurre! Todavía no hemos almorzado. Te tengo puras cosas ricas. Eres demasiado niño aún. Debes hacerte hombre, destruir los mitos que inculca la educación imbécil de los países latinoamericanos, que todavía no se desprenden de las costumbres hispánicas. Solamente quiero sacudir tu provincianismo. Nada más. Sería estupendo que hiciésemos algunos ejercicios juntos, frente a los espejos. Así es mucho más fácil perfeccionar los movimientos. Vestido y en grupo, como en los colegios, uno depende de lo que dice el profesor.

Aún estremecido con la escena de la mansarda, las palabras de su tío sonaban sinceras y cuerdas. Al hablarle, su voz adquiría una cariñosa serenidad, pero el miedo seguía pugnando por mostrarle su rostro informe. La llegada de Gabriel lo distrajo momentáneamente. De unos 15 años, y más bien bajo, Lorenzo lo saludó besándolo en las mejillas.

—A la francesa— explicó de paso.

Lo presentó como “un joven discípulo”. Desde su curioso rostro de muñeco, los ojos oscuros de Gabriel lo escudriñaban inamistosos. Su amaneramiento y voz afectada lo habrían hecho reír en otras circunstancias. Aguardaba con ansias el fin del almuerzo, porque el diálogo pleno de ambigüedades entre su tío y Gabriel avivaron sus temores del desván. No esperó a que Gabriel recogiese todo el manjar de su plato con un resto de panqueque para pedirle a Salvador, con la voz más entera posible, que lo fuese a dejar. La cara de su tío se revistió de una extraordinaria dureza. Su respiración se acortó, y sus aletas nasales amarillearon en los bordes.

—No te irás ahora. —Pronunció cada sílaba calmoso, con claridad, mientras los ojillos de Gabriel auscultaban despectivos a Ignacio—. Te quedarás hasta que yo lo ordene. Vamos a la buhardilla, Gabriel. Te mostraremos lo que hacen los verdaderos hombres. ¡Y no quiero escándalos! ¿Entendido?

Despavorido, arrastrando los pies, subió al tercer piso con Lorenzo, y Gabriel a sus espaldas, que conversaban con naturalidad, como aprestándose a ver una película.

* * *

La actitud amistosa de Felipe agudizó su conciencia, haciendo que su interés por Lina experimentase un brusco descenso.

—Una de las maneras recomendadas por los conocedores para conquistar a una mujer casada es hacerse amigo del marido —había dicho su tío Alfredo—. Las mujeres casadas saben lo que hacen. Por eso nunca he juzgado con demasiada severidad a Benjamín, aunque lo encuentro un carajo. Sobre todo por su vida profesional... Me acuerdo cuando le mandó una amiga de vida muy alegre a Marcial Larraín, para conseguir que firmara una escritura de compraventa. Marcial venía saliendo de un infarto, y se pescó el otro casi en seguida. ¡Es muy cabrón tu tío, Panchito! Pero las oportunidades hay que tomarlas, pienso. ¡Siempre que uno no quede como un cabroncete! Si uno se aprovecha de la confianza para hacerse un trabajo de joyería y seducir a la señora de un amigo, me parece malo. Benjamín lo justifica todo diciendo que cuando se le mete una mujer en la cabeza no puede vivir tranquilo ni concentrarse en nada. ¡Era algo de vida o muerte! Pienso que cualquier caballero normal, puede controlarse, ¿no te parece? Pero si la mujer te lo pone, no hay que dejarlo pasar. De lo contrario, lo toma otro...

El mismo problema se lo había planteado al padre Alfonso, su guía espiritual desde los años de colegio, pero como algo ajeno y no propio.

—Meterse en esos líos es fácil. Lo difícil es salir. Además se puede destruir un hogar. Si el hombre viviera para aprovechar las oportunidades que se le presentan, todavía estaríamos en las cavernas... Y eso corre tanto para los pecados como para los delitos. Muchos ladrones me han confesado que robaron aprovechando la ocasión. ¡Le estaba dando la oportunidad en bandeja! O los que cometen una estafa, o cualquier vileza. Si no lo hago yo, lo harán otros. En las guerras y dictaduras muchos asesinan porque se aseguran la impunidad. Pero, ¿es este un procedimiento civilizado o cristiano? Aprovechar una oportunidad es actuar con ventaja, ¿no es cierto? Como los tipos que se enredan con su secretaria o la empleada de la casa. ¡Hasta la mujer casada más decente puede sentirse atraída por otro hombre! Porque la debilidad es consubstancial a la condición humana. Además una caída trae otra. No se pierde impunemente la inocencia. Por eso hay que controlarse, despreciar las ocasiones, excepto en las compraventas de objetos... El hombre verdadero es el que avanza sin buscar el azar, y no el que vive atento para sacar partido de los descuidos o negligencias del prójimo. Dile a tu amigo que rece, que lea buenos libros, que practique la caridad, que se confiese. Y si quieres, ¡tráelo a conversar conmigo!

Interminables discusiones políticas en el pequeño salón penumbroso de los Miller, con finos muebles de estilo, quizá excesivamente bien dispuestos, y música elegida por Felipe. Debussy, Stravinsky, Ravel, Bartok, o cualquier conjunto o cantante *pop* famosos, bebiendo café, algún trago o refrescos.

—Fui atleta en un tiempo —explicaba Francisco. Una polera negra ceñía el busto perfecto de Lina. Felipe y Roberto Gómez, profesor de historia de la Universidad de Chile, planteaban sus puntos de vista sobre las estrategias marxistas—. Corría cien metros planos... Tenía condiciones para *sprinter*. Por eso no fumo ni bebo.

—Eres un modelo de perfección —comentó Lina, con su voz ronca.

—¡Destruir los mitos burgueses, esa es la meta! Desenmascararlos, ponerlos en evidencia. Atacar la alienación. Y después, desprestigiar las costumbres de la

clase alta, ridiculizarlas.

— Cuando uno desalienta, termina autoalienándose...

— Como frase no es mala. Pero uno debe tener fé en lo que defiende. No importa la autoalienación. Si destruimos el sistema burgués, destinado a alienar al pueblo y mantenerlo alejado de las inquietudes sobre cambios estructurales profundos...

— ¿Y la religión? Durante siglos ha estado al servicio incondicional de la burguesía... — dijo Felipe, mirando a Francisco.

— ¿Piensas eso de la religión?

Lina le sonrió enigmática en la media luz, envuelta en un suave perfume y el reflejo de sus cabellos.

— No, en absoluto.

— Es un factor alienante, claro. — Felipe, cada vez más excitado—. Pero hay que buscar una manera de comprometer a la iglesia en la lucha. No echársela encima. Ese ha sido un error del marxismo. Si no es posible hacer la revolución, hay que procurar los cambios compatibilizando muchas cosas que la burguesía cultiva. Por eso es tan nefasta la acción de los extremistas...

— El pueblo debe disfrutar de los cambios — interrumpió Gómez—. ¿O siempre vamos a estar ofreciéndole futuros utópicos? Por eso estoy en desacuerdo con los comunistas, que luchan a favor del tiempo. Es indispensable apurar la revolución, imponer como sea el poder popular, en vez de contemporizar y hacerle el juego a la derecha. De lo contrario seguirá cultivando sus mitos y eternizando sus mecanismos de explotación. Las circunstancias van cambiando día a día, y no siempre favorecen a los movimientos izquierdistas.

— Pero la burguesía tiene cosas tan buenas, tan agradables — comentó Lina—. No encuentro tan malo ser burgués...

— ¿Ves? Te has vendido a la burguesía. Antes te burlabas de las costumbres burguesas, de las pretensiones aristocráticas de la burguesía chilena, de los apellidos...

— acusó Josefina, la mujer de Gómez, de rostro filudo y ojos muy rasgados, aunque con sus paropias caídas. Hasta entonces había permanecido escuchando.

—Tengo muy claro el valor de todas esas cosas. Pero nací en un hogar burgués, y me criaron buguesa. ¡No puedo nacer de nuevo!

—La conformidad burguesa arruina las revoluciones. Bastan algunos éxitos económicos o sociales para que las inquietudes por los cambios se esfumen... Por eso el capitalismo estimula tanto el éxito individual, el triunfo personal, el arribismo...

—Pero Josefina —Felipe miró a Francisco—, todos los promotores intelectuales de las revoluciones, los gestores y teóricos, nacieron en hogares burgueses. Marx, Lenin, Engel, sin ir más lejos. Además creo que no tiene nada de malo vivir como burgués. Picasso, Neruda, Allende, viven como burgueses. Interesa la meta, no los procedimientos. ¡No quiero justificar el maquiavelismo! Pero si no es posible hacer la revolución como corresponde, hay que vivir entre la burguesía minando siempre sus costumbres, sembrando la desconfianza, ganándose a la juventud para la causa revolucionaria. Me parece que ahí hay una gran obra. Y para que hablar de la educación... ¡Los profesores tienen la mayor responsabilidad, porque son los encargados de preparar las huestes revolucionarias!

—¿Y la prensa? ¿Y los medios de comunicación?

—Es otro de los bastiones de la burguesía que los revolucionarios han comenzado a infiltrar desde hace tiempo. Prácticamente, hoy están en sus manos.

—¡Francisco debe estar escandalizado! —exclamó Lina, mirando al muchacho.

—¿Por qué? Es joven, con inquietudes, y universitario además. Debe tener la mente abierta para recibir cosas nuevas. ¿No lo crees así? —El comentario de Josefina no dejó de sorprenderlo, porque hasta ese momento lo había ignorado por completo.

Sin duda la mujer no se había perdido detalle de nada. Francisco se limitó a sonreír, asintiendo levemente, mientras la esbelta silueta de Lina cruzaba el salón, y desaparecía en la cocina.

CAPITULO VI

Nada sobre Elvira. Y aunque prefería no volverla a ver después de esa triste noche, su imagen aún efectuaba rápidas irrupciones en su recuerdo. La escuela de derecho, la residencial, Rebeca, Ingrid, y Sofía. Rebeca solía invitarlo, pero sin darle pie para una mayor intimidad. Y Sofía no alteraba su tranquila relación con Fuentes. Al parecer "había sentado cabeza", según supuso Gastón Lizama antes de la arremetida de Fedón. Pero brusca-mente se enamoró de un muchacho que se aprestaba a publicar su primer libro de cuentos. Porque tampoco Alejandro descartaba una relación amorosa con ella, así fuese desplazando a Fuentes, o compartiéndola con él a hurtadillas. La esperaba al término de la función vespertina, porque Darío acudía al comenzar la nocturna, concluido su despacho en el diario, para poder conversar un rato a solas con la actriz. A veces lo recibía en los camarines, y la veía cambiarse de ropa, sin inhibiciones, hablando sobre cualquier tema con su desenfado de siempre. Luego iban con los demás actores a comer en una fuente de soda donde les aceptaban vales. Su necesidad de ver a Sofía se acentuó luego de su incidente con Elvira, y la prefería a Ingrid porque no lo perturbaba. Pero sus encuentros transcurrían precariamente: nunca faltaban testigos.

El repentino disloque de Sofía por Víctor Garcés pulverizó sus ensueños. No tardó en conocer al nuevo favorito cuando aún intentaba vanamente asirse a sus fantasías. Se habían conocido en casa de un tal Isidro

Sotomayor, un hombre de negocios de éxito que de pronto apareció en la bohemia. Liquidó una sociedad, y compenetrado de inquietudes literarias, bruscamente manifestadas, pronto se vinculaba al ambiente. Su departamento pasó a constituirse en algo como una peña, y su nombre de *Walhalla* surgió de la verdadera locura de Sotomayor por Wagner. Sofía y Darío fueron introducidos al naciente círculo por un amigo común, y como les quedaba cerca del "Petit Rex" tomaron el hábito de visitarlo al concluir la última función. Enemigo de trasnochar los días de semana, Alejandro demoró en llegar al *Walhalla*.

Cuando Sofía le presentó a Víctor Garcés, se quedó a solas con el juvenil escritor —dos años menor que Alejandro—, porque los actores volvieron al teatro apenas tragarón un plato de tallarines.

—Esta Sofía es una mujer extraordinaria. —Garcés hablaba con un tono reposado, incoloro, pronunciando bien cada palabra—. La conocí hace apenas una semana, donde Isidro. ¿Nunca has ido para allá? Isidro era casado con una prima mía. Con Sofía me pasó algo curioso. Cuando la ví me dije: ahí no puedes fallar.

—¿Andaba con Darío Fuentes?

—¡Por supuesto! Pero ese tipo necesita tanto de Sofía que hace la vista gorda. De repente Sofía fue al baño, y me hizo un gesto que apenas noté. Estaba conversando con un actor amanerado, que no se me despegaba. Eran como las tres de la mañana, y todos habíamos bebido bastante. Fuentes cabeceaba en un sofá, e Isidro cantaba a voz en cuello un aria de Lohengrin. Aprovechando que el actor iba a servirse vino, me fui para adentro. Sofía atisbaba el corredor por la puerta entreabierta del baño. Me colé ahí, y nos conocimos, bíblicamente hablando. Nadie se dio cuenta, excepto tal vez el maraco, que esperó mi regreso con santa paciencia. Me lanzó una mirada picaresca, bastante repulsiva.

—¿Y a qué horas te juntas con ella?

—En los camarines, cuando termina la función. Todo a la carrera. Yo estudio literatura, y salgo tarde del Pedagógico. Sofía me ha hecho sentirme muy bien. He madurado desde que la conocí...

— Pero, ¿sigue con Fuentes?

— Sí, pero ya ni se acuestan. A Fuentes le gusta sentir la presencia de Sofía, tenerla cerca. Desde que empezó conmigo le dijo que se fuera. Fuentes le lloró y le rogó que por lo menos lo dejara vivir un tiempo más junto a ella. Es un tipo débil, frustrado. Un periodista muy mediocre que, según Sofía, tuvo pretensiones literarias. ¡Y lleno de resentimientos! Ataca a los comunistas, porque manipulan la cultura, según él, y a la derecha, porque es dueña de todo...

— Tú también escribes, me contó Sofía.

— Sí. Estoy terminando un volumen de cuentos. Una tía es amiga de Fedón, y le mostró una vez un cuento mío. Quedó maravillado, y quiso conocerme. Así que una tarde tomamos té con él. Conversamos mucho de literatura, y me aconsejó que escribiera de todas maneras. Soy su tipo parece. Claro que no voy a darle en el gusto, porque no nací para maricón. ¡Pero hay que aprovechar estas cosas!

El olor a salchichas, salsas, tallarines y cerveza se acumulaba en el reducido local.

— ¿Leíste *La vida de Andrés*, de Gastón Lizama?

— ¿Ese bodrio? Lo empecé, pero no pude terminarlo. Fedón lo puso en su lugar. Lo único bueno que tiene ese tal Lizama es su hermana Ingrid.

— ¿La conoces también?

Unos muchachos bulliciosos ocuparon una mesa no lejos de Víctor y Alejandro.

— La conocí primero que a Sofía, por intermedio de Isidro. Porque Gastón era amigo de Isidro de antes, y le prometió este mundo y el otro en asuntos literarios. Todo esto antes del fedonazo. Y una vez llegó con Ingrid donde Isidro. Me tiró mucho boleto desde la partida. Esa noche la fui a dejar a su casa, y como no pasaba nada de movilización, tuve que tomar un taxi. Nos fuimos atracando todo el camino. ¡Qué mujer más caliente! Se abría de piernas, resollaba... Dos días después la fui a buscar en el auto del papá, y la llevé a un lugar bastante solitario. La desnudé entera. ¡Tiene un cuerpo sensacional, y las tetas mejores que he visto! Enormes, duras. Pero no hubo caso. Simplemente no quiso... ¡Es una tonta muy

reprimida, llena de prejuicios y huevadas...! Es de las que quiere llegar virgen al matrimonio, que le tiene terror al que dirán. Sofía me contó que Isidro está muy enamorado de ella. ¡Pobre...! No va a llegar a ninguna parte con Ingrid. Porque otro de sus prejuicios es su terror a los hombres separados. Me lo dijo la misma Sofía.

—También Ingrid me parecía un poco rara. —Alejandro bebió un sorbo de cerveza, para disimular su nerviosismo y aplacar una íntima desazón.

—Son mujeres jodidas. Hay que pillarlas en momentos muy especiales, cuando están con las defensas bajas. Habría que tener mucha paciencia. Y aún así. Los mecanismos de represión son tremendos en algunas mujeres. Llegado el momento se cierran como ostras. Aunque todo el mundo sepa que son calientes, no les importa. Pero les horroriza llegar a la cama, porque temen quedar en manos de los hombres. La primera es la que cuesta. Y mujeres tan calientes como Ingrid quizá se lanzarían a todo trapo. No está muy equivocada. Si cae con alguno de su grupo, al día siguiente se sabría. Yo creo que pude haberme acostado con ella. —Los ojos pardos de Víctor brillaron en su rostro proporcionado—. Pero cometí un error. Si hubiese leído antes *Narciso y Goldmundo*, no me habría pasado. Pero lo terminé anoche, solamente.

—¿Por qué?

En la mesa vecina estalló una carcajada, como si alguien hubiese contado un chiste.

—¿Te acuerdas de la escena en que Goldmundo se acuesta con dos hermanas? Las cosas caminaban perfectamente, cuando a una se le ocurre hablar. Y el hechizo se esfuma de inmediato. Yo cometí el mismo error. De repente dije algo, cuando comenzaba a acomodarla en el asiento de atrás. ¡La cagué, simplemente! Fue como despertarla de un sueño. Como a los dos días volví a buscarla en el auto, pero me recibió muy fríamente. Ni siquiera quiso salir a dar una vuelta conmigo. Y como ahora sé que le gusta a Isidro, no puedo insistir. Además no me disloca, voy a decirte. Es buena, pero tiene una manera de ser medio amachotada que no me gusta. Y

hay tantas mujeres más fáciles y sin complicaciones. ¿No te parece?

Pero a él todavía no le tocaba ninguna, estuvo a punto de decir. Excepto Elvira, aunque no había sido particularmente feliz con ella.

* * *

Con barbas blancas rematando su espigada silueta, el señor Valdés prefería el atardecer para caminar lentamente por la terraza embaldosada de su casa. Cuando Lina Miller regresaba del colegio lo veía con sus trajes oscuros que destacaban la palidez de su rostro delgado, deteniéndose a veces a observar la calle o para examinar una flor del antejardín. Una tarde reparó en la chica uniformada que pasaba por la vereda mirando hacia la terraza, y la saludó con una ceremoniosa inclinación de cabeza. Lina respondió con una tímida sonrisa, y apretó el paso un tanto inhibida al sentirse descubierta. Quizá el señor Valdés la había sorprendido atisbando otras veces la residencia, e incluso parándose breves segundos frente a la verja de hierro. De ahí que se sobresaltase la tarde en que la voz del señor Valdés surgió detrás de un rosal, junto a la reja:

—¿Te gustan las flores? —preguntó con su voz gruesa, aún joven.

Riendo, le abrió la cancela y la invitó a entrar. Lina, cortada, dudó sólo unos breves instantes, y Valdés la llevó a recorrer el jardín explicándole pausadamente los períodos de floración de cada planta con la paciencia de un profesor. Y cualquiera duda se la aclaraba con un tono paternal. Como Lina respondía con monosílabos, intercalando una que otra pregunta aislada, un tanto medrosa, le dijo alegremente:

—¡No soy de esos viejos mañosos que corretean a los niños...!

—Es que siempre hablo poco... También mis compañeras me encontraban rara al comienzo. Me dicen que soy muy callada.

—¿Vives en el barrio?

—Desde hace tres años. Lo conocía mucho de vista...

Casi le contó que le había preguntado su nombre al cartero, cuando lo vio una vez entregándole la correspondencia a la empleada. Valdés le mostró toda la casa, sus amplios recibos con muebles de estilo, las cerámicas, porcelanas y cuadros, cuyos méritos describía con especial parsimonia. Fascinada, Lina le oyó alabar un grabado de Picasso, obra cumbre de su colección, con la devoción del que describe un objeto sagrado. Terminaron en una amplia habitación que albergaba su estudio, bien iluminado por un patio de luz.

—Ahora que estoy viejo me ha bajado la afición por la pintura. Pero no creo tener un talento particular. Lo hago más que nada para relajarme.

Y le mostró bosquejos de figuras humanas, seguramente de transeúntes que veía pasar desde su terraza, captados con unos pocos trazos vigorosos.

—Se ven muy naturales —comentó Lina, pensativa.

—¿Crees tú? —Y añadió, con algún excepticismo—: Quizá disfruto demasiado de lo bello en la vida cotidiana para convertirme en un artista. Un amigo me dijo una vez que yo vivía artísticamente. Y a lo mejor no tengo talento para el arte de verdad.

Había hecho edificar la casa a su gusto, y en decorarla y amoblarla demoró veinte años. Cada mueble, cada jarrón, cada figurilla, cada objeto de arte por insignificante que fuese, había implicado una acuciosa selección. Un matrimonio, cuyo marido servía de chofer y ayudante de jardinero y su mujer de cocinera, constituían su servidumbre.

—Este jardín lo diseñé yo. Escogí y planté con mis propias manos cada una de estas flores, plantas y arbustos. Hasta esas ceibas, que han crecido tanto. El sitio lo compré pelado.

En sucesivas visitas, a contar de ese día, Lina supo que Ricardo era tío de Pablo Valdés, padre de Florencia, una compañera de curso, pero a sus parientes sólo los veía de tarde en tarde. Nada le contó a Florencia. Evidentemente Lina lo estimulaba a explayarse, como se lo confesó días después, porque su natural tendencia al

aislamiento se agudizó a partir de su viudez. Aunque nunca se preocupó de acrecentar su heredad, supo mantenerla. Trabajaba su fundo de Buin sin apremiarlo, dejando reposar la tierra por temporadas, pues el suelo es algo tan vivo como un ser humano. Sobre el valor de las cosechas le preocupaba la belleza que ofrecía su predio a la vista. Elegía los cultivos para que al germinar ofreciesen una hermosa y armónica combinación de colores, y no porque el año fuese mejor para tal o cual siembra. Seguramente la reforma agraria, manejada con criterio político por los ilusos demócratas cristianos, terminaría por quitarle su predio.

—Espero llevarte un día a conocerlo. Aunque vieja, la casa es muy agradable y cómoda.

* * *

Después de un año a su servicio, todavía a Harry le gustaba hacer recuerdos, en su mal castellano, de su principesca vida en Estados Unidos antes de partir en busca de "mejores aires". Quizá el gringo había tenido líos con la justicia, pensaba Samuel, y de ahí su solitaria existencia en Santiago, porque sólo recibía esporádicas visitas. Las cartas le llegaban a otra dirección, donde el gringo iba a recogerlas día a día. Los pocos que acudían a verlo eran gringos como él, muy bien vestidos y educados. Gente de la embajada, le dijo Harry una vez.

—Ser muy buenos amigos...

Emplazada en La Reina, al comienzo de la ladera andina, la casa poseía un extenso sitio con árboles frutales y una piscina. Con el verano, el gringo empezó a vivir en traje de baño. Se asoleaba sobre el césped y se daba periódicas zambullidas, alternándolas con largos tragos de "scotch on the rocks". Samuel se preocupaba de mantener adecuadamente abastecido el depósito de hielo.

—¿Piensa volver a Estados Unidos, para que me lleve? —le preguntó una tarde Samuel.

Luego de meditar un rato, el gringo contestó que

nada podía resolver aún. Quizá tuviese que permanecer varios años en Chile, cuyo clima le parecía ideal. Aunque extrañaba a sus amistades y parientes, a veces es bueno desaparecer un tiempo para que se acuerden de uno. Se había separado al cabo de diez años de matrimonio, quedándose sus dos hijas a cargo de su ex esposa, ahora vuelta a casar. Problemas de convivencia le impidieron encariñarse en exceso con su familia. Todo puede olvidarse, y es lo mejor de la vida, decía el gringo. Es cuestión de tiempo, solamente. Pero Samuel pensaba distinto. En la población donde se criase, ciertos hechos nunca se olvidaban. Los rencores, por ejemplo, permanecían vivos por años. Recordaba a un tipo que le hizo una muy fea a un vecino y luego se marchó. Tanto duró su ausencia, que muchos lo dieron por muerto. Pero de pronto regresó, y alguien le dió la nombrada al vecino, que trabajaba de carpintero. Nadie lo defendió mientras su enemigo lo "faenaba" recién llegado, en presencia de todo el mundo. Hay tipos vengativos, que nunca olvidan, pero no son los más peligrosos, comentó el gringo al oír la historia. Los peores son los que actúan friamente, porque les pagan. Los que matan para garantizar la impunidad de otros, o como medida ejemplarizadora. No por la gravedad de la ofensa.

De rostro redondo, rubicundo, siempre cuidadosamente afeitado, al gringo se le habría echado diez años menos de los que confesaba. Su corpachón carecía de grasa, aunque su vida en Chile, bastante sedentaria, le hiciera subir varios kilos. Pero largas tandas de ejercicios matinales junto a la alberca lo mantenían en forma. Samuel había llegado a su servicio a fines del año anterior, por un dato del jardinero. Trabajaba como mandadero de una botillería, con un salario escaso, sin alojamiento ni comida. El ofrecimiento de don Harry, como le decía el jardinero, que acudía dos veces al mes a desbrozar la quinta, le vino al pelo. Además su nuevo patrón le largaba plata por cualquier motivo, aunque Samuel no le pidiese. Se comía bien allí, y disponía de una pieza con baño propio, separada de la casa. Únicamente el gringo le recomendó discreción. Nada de comentar entre los vecinos y negocios de los alrededores

que su patrón vivía sólo y era extranjero, porque los ladrones podían sentirse estimulados. Pero Samuel conocía poca gente en el barrio, y mantener la lengua quieta no constituía ningún problema.

A las diez de la mañana, don Harry tomaba su auto, impecablemente mantenido por Samuel, y enfilaba hacia el centro de la ciudad, cuyas calles y manzanas repletas de casas se desplegaban en el bajo. Su diario destino lo mantenía en secreto. Regresaba para el almuerzo, y el resto del día escuchaba música, se zambullía en la pileta, o leía libros y revistas en inglés, frutos de sus viajes al centro.

Los domingos, Samuel hacía uso de su salida, y volvía tarde por la noche. Como durante la semana no probaba el trago, solía pasársele la mano en el beber, y para que don Harry no lo viese así se metía en su dormitorio, y no despertaba hasta el lunes. Ese domingo de principios de febrero asistió al bautizo de un sobrino, y tanto bebió y comió que como a las dos de la tarde empezó a sentirse mal. Al llegar a la casa, lo recibió el típico pataleo del gringo en la piscina. Su dormitorio parecía un horno. Partió al fondo del huerto, porque podía hacerlo sin que su patrón se enterase y, tendido bajo una frondosa higuera, el sueño lo sumergió en la fresca penumbra vercosa.

* * *

Esa mañana Daisy pasó a buscarla en el auto de Raúl, un Ford de segunda o tercera mano, para presentarle a su modista.

—No creas que siempre me lo presta. ¡Lo tiene flamante, como ves! Lo cuida más a que a mí —rió—. Después de mucho pelear, quedamos en que me lo dejaría dos veces por semana, en las mañanas.

Siguieron por Bustamente, donde Rolando había tomado un pequeño departamento en el sexto piso de un edificio de líneas clásicas.

—Me encantaría conocer a Francisco Valdés. Me

tinca tan simpático, por lo que nos contaste la otra noche. ¡Debe ser encantador!

Cruzaron frente a un liceo, detrás de cuyas ventanas con los vidrios rotos por alguna reciente refriega estudiantil, las salas de clases rebosaban de alumnos bulliciosos. Daisy conducía torpemente, arrancándole bruscos tirones al automóvil cuando efectuaba los cambios.

—Un día lo voy a invitar a comer con ustedes. —La halagó que Daisy se interesara por sus amistades—. Es muy simpático, en realidad. A don Pablo y la señora María Luisa no me atrevería a convidarlos, porque son tan elegantes... Pero con Francisco tengo confianza.

Esa noche comentó con Rolando sus proyectos.

—Es una buena idea. Así le hacemos una atención a la familia Valdés, también. ¡Claro que Vásquez se portó tan mal conmigo! Pero hay que olvidar el pasado, ¿no te parece?

¡Increíble que ese reciente pasado hubiese quedado atrás! Horrorizada, se veía haciendo cola ante los baños mal aseados, viejos y con altas murallas descascaradas, que en invierno parecían heladeras. Y todo gracias a los Valdés, exponentes de esa clase que su padre tanto odiaba y seguía odiando, porque sus ideas políticas permanecían incólumnes aún después de jubilado.

—Se han portado bien contigo, no lo niego —reconoció, enterado del reencuentro de Carmen con Francisco, durante el almuerzo sabatino en su casita de Gran Avenida—. Pero es un caso aparte. Porque esa gente le ha chupado la sangre al pueblo durante generaciones. Y siempre han sido tan soberbios, tan orgullosos. Pero pronto les llegará su hora. No pierdo las esperanza de verlos caer antes de morirme. ¡Y cuando se cae desde lo alto, el porrazo duele pues...!

A la sombra del parroncito, la mirada viva de su padre se empinó sobre los anteojos que brillaban en su rostro cubierto de arruguillas no del todo avejentadoras.

Francisco trajo dos botellas de vino envejecido en la bodega de su casa. Daisy, ceñida y escotada, y Raúl, de correcto azul, lo acapararon hasta que el muchacho se retiró en su moto, pasada la medianoche. Sólo entonces Daisy se acordó de los dueños de casa.

—¡Qué caballeroso es Francisco! Y que estupendo...
¡Harto más distinguido que su primo Antonio! ¿No?

—¡Por favor, m'hijita, no hagamos comparaciones!
Son distintos, eso es todo. —Vásquez no disimuló su
disgusto.

—¡Huy! Si estamos en confianza, ¿no es cierto,
Carmen?

CAPÍTULO VII

—Su madre la consolaba poco, permitiendo que
algunas veces en la casa de su prima seoga, se sometiese
llanto a purificas interrogaciones.

—Me caso joven, como a veces que crecí desde que
era una niña de casa. Viví con un amor de gran felicidad,
según me cuentan luego, como me Ricardo—. Pero mu-
cho de repente, después de un día con fiebre y tres días
después se murió de una pulmonía.

—Su terreno de un campo enorme, de un campo de
hecho pedía de rasgos enlazados como las mujeres de
Medigiano. Los otros hombres de Rusia le seguían con
los brazos cruzados frente a la chimenea, con los brazos
sobre el hombro a pesar de la avanzada primavera. Una
danzarina del fuego y de la música, ritada de la
lluvia.

—Hemos vivido siempre en departamentos. No era
más que las cosas dan mucho trabajo y la impresión
que se quedaban.

—Si se puede las haba de los detalles, pronto
reconoció con tarde. Su voz se eleva pero nunca se
gusta a ellas sus arrastres de un humor o sus mismas
decisiones, como la que se han tenido el departamento
del centro, y trasladarse a Nueva, pues allí ella era
la casa viva. Todo era por un momento en sus recuerdos.
Y las películas con su madre, aunque ella siempre se
movía dando la razón. ¿Fueron felices? Sí, según
Dora. Tanto que se van a la soltura y no había vuelto a

CAPITULO VII

Su madre la controlaba poco, permitiéndole que alojase a veces en la casa de alguna amiga, sin someterla luego a prolijos interrogatorios.

—Me casé joven, con una niña que conocí desde que tuve uso de razón. Vivimos 30 años de gran felicidad, aunque no tuvimos hijos —contaba Ricardo—. Pero murió de repente. Amaneció un día con fiebre y tres días después se marchaba de este mundo.

Su retrato, de un artista europeo, destacaba su belleza pálida, de rasgos estilizados como las mujeres de Modigliani. Los ojos risueños de Rosa la seguían amistosos cuando cruzaba frente a la chimenea, que Ricardo aún encendía a pesar de la avanzada primavera. Lina disfrutaba del fuego, y de la misteriosa vitalidad de las llamas.

—Hemos vivido siempre en departamentos. Mi mamá opina que las casas dan mucho trabajo. Y es peligroso que se queden solas.

Sí: su padre las había dejado demasiado pronto, reconoció esa tarde. Su voz severa, pero tierna al dirigirse a ella; sus arranques de mal humor o sus súbitas decisiones, como la que le hizo vender el departamento del centro, y trasladarse a Ñuñoa, pues allí salía más barato vivir. Todo eso permanecía fresco en sus recuerdos. Y las peleas con su madre, aunque ella siempre terminaba dándole la razón. ¿Fueron felices? Sí, según Nora. Tanto que se mantenía soltera, y no había vuelto a

enamorarse, para no molestar en su tumba al marido muerto.

—No voy a meterme en tus asuntos sentimentales, puedes estar segura. Quiero que te cases con un hombre de buena familia y trabajador. Que sea caballero, fino, educado, con buenos modales. Pero que antes conozcas varios hombres, y no te amarres al primero que se te presente. Hoy día la mujer debe vivir todo lo que pueda, y casarse solamente cuando esté muy segura de lo que está haciendo.

Sentada en la alfombra, a los pies del sillón ocupado por Ricardo, Lina contemplaba el fuego. Y él, ¿no se había enamorado otra vez? Ricardo comenzó a acariciarle el pelo con sus manos huesudas.

—Hasta hace algunos años no concebía la vida sin estar enamorado. Nunca he tenido amoríos. Sólo amores verdaderos, grandes amores, creo. Pero ya estoy viejo. Llego un momento en que uno sólo desea dedicarse a la contemplación, a escuchar música, a conversar con algún amigo...

—Pero nunca he visto gente en su casa.

—Llegan más tarde. Y son contadas las personas que invito. Además, prefiero verlas en los fines de semana.

Desde el rincón penumbroso, la voz cálida de una viola entonó los sonos premonitorios de *Haroldo en Italia*. Lina cerró los ojos, y se quedó así, escuchando la música, en medio de la tibieza de la chimenea. Insensiblemente apoyó la cabeza en las rodillas de Ricardo, quien volvió a acariciarle el pelo ceniciento.

—¿Y tú? ¿Nunca te has enamorado?

—No, nunca, todavía. No me gustan los muchachos de mi edad. Son tan tontos y atarantados. Y los hombres jóvenes son muy aprovechadores. ¡Me dan miedo!

—¿Qué edad tienes?

—14 años. Represento más, ¿no es cierto? Mi mamá me dice que ya terminé de desarrollarme, que no voy a crecer más.

—¡Podrías ser mi biznieta!

—¡Tanto como eso no...! —Lanzó una carcajada alegre—. ¿Y no ha seguido pintando?

—Todos los días me encierro dos o tres horas en el

estudio, y trazo algunos bosquejos. Tuve intenciones de seguir un curso. Pero la idea de convertirme en el alumno de un tipo joven, a lo mejor, no me hace mucha gracia. ¡No estoy en edad para cumplir obligaciones!

—¡Yo pensé que usted se sentía joven!

—Sí, suelo sentirme joven, es cierto. Especialmente cuando me comparo con los tipos de mi edad.

—¿Para qué toma profesor? Cómprase buenos libros de pintura, y así estudia en su casa. —La voz baja, timbrada de la chica, y sus ojos gris verdosos brillando en su cara llena de pecas, que sonreía con una cierta picardía, activaron sus presentimientos—. Y como lo que le interesa es el cuerpo humano, yo podría posar para usted.

—La idea la encuentro excelente, porque tienes una muy linda figura. —Vaciló risueño—. Pero me acusarían de corruptor de menores. ¡Imagínate! Vendrían a incendiarme la casa, o poco menos...

—¡Las cosas que usted dice! —Lina le tomó la mano, y apoyó su mejilla en el dorso venoso—. ¿Por qué va a saberse? Y no encuentro nada de malo en servirle de modelo. ¡Tengo confianza en usted! Sé que no trataría de aprovecharse de mí...

Lina se puso de pie, y con su uniforme de colegiala, su silueta menuda se delineó contra las llamas. También Ricardo se incorporó.

—Vamos a su estudio. Así me veo demasiado niña. —Habló con un tono resuelto—. Pero verá que soy una mujer hecha y derecha.

En el sótano, al que el crepúsculo abandonaba rápidamente, Lina se desvistió con mucha calma, mientras Ricardo la observaba, nervioso. Y cuando el cuerpo juvenil se fue revelando, una inefable expresión transfiguró el viejo rostro.

* * *

Pocas veces integraba algún grupo con su alta estatura, pelo ondulado claro, y mejillas extrañamente sonrosadas. Vestía bien, y su estela a lavanda despertaba

socarrones comentarios. El corpulento Nazar, de nariz ganchuda y gruesos labios amoratados, cliente de todos los garitos de Santiago, lo había catalogado de "pituco". Y he aquí que Andrés Rodríguez le entabló conversación apenas concluía la clase de historia constitucional, cuando bajaban las escaleras. Arrastraba las erres, herencia de su educación parisina, porque una de las primeras designaciones de su padre había sido en la embajada chilena en Francia. Lo invitó a un café en el casino, para capear el frío, porque la niebla tornaba inhóspito el patio.

—Hace tiempo que quería hablar contigo. —Los envolvía por momentos un bullicio intolerable—. Una vez que pasé junto a tí, te oí hablar sobre teatro. Decías algo de O'Neill y *El emperador Jones*.

La casa de Rodríguez, de ladrillo rojos y con su fachada revestida en parte de hiedras, quedaba en Pedro de Valdivia. En el librero de su dormitorio resaltaban las obras completas de Wilde y Dostoiewsky, y una edición francesa de *A la recherche du temps perdu*.

—Admiro la belleza, pero también respeto la inteligencia. A mis amigos los elijo por su figura o por su talento.

—Yo debo estar entre los segundos —comentó Alejandro, irónico.

Rodríguez rió con ganas.

—¿Estás enamorado?

Aún le roían sus recientes desventuras con Elvira, y los comentarios de Garcés sobre Sofía e Ingrid irrumpían seguido en su mente. Se abrió con una cierta precipitación, como para liberarse de esos recuerdos untuosos que alteraban su imaginación, corroyéndole. Rodríguez le palmoteó los hombros, amistosamente.

—Debes alejarte de las mujeres por un tiempo. Son caprichosas, inestables, huecas. No recuerdo haber conocido más de dos mujeres inteligentes en toda mi vida. Entre ellas incluyo a mi madre, pero no a mi hermana. ¡Ya la conocerás! Claro que es una mocosa todavía, apenas de 15 años. Pero ya hace gala de todas las características de su sexo: frívola, superficial, prejuiciosa, hueca, mojigata... Sólo se preocupa de las fiestas y los vestidos.

Es preferible la amistad de los hombres. Especialmente de los tipos inteligentes, con alguna madurez. Así lo hago yo. Puedes tener amigos mayores o menores que tú. Ahora, por ejemplo, me he hecho amigo de un adolescente de 14 años. Muy hermoso, de gran sensibilidad. —Abrió un armario y sacó una corbata—. Se la compré para regalársela. ¡Vieras lo que me costó elegirla!

Se recostó en el diván pensativo, ante un Alejandro que lo escuchaba y observaba mitad sorprendido mitad interesado.

—¿Qué te parecen nuestros compañeros de leyes? ¿Has visto una mayor cantidad de tipos vulgares, mal educados y mediocres reunidos en un solo lote? Las personas finas son escasísimas. No podría mencionarte más de tres compañeros de curso en este momento. Incluyéndote a tí, por supuesto. En cuanto a las mujeres... ¡Mejor ni hablar! La mayoría son putillas dispuestas a cualquier cosa por un poco de plata o una invitación a salir. ¡Las evito como si estuvieran pringadas! A propósito: te he visto con un muchacho de muy buena facha, realmente buen mozo. También me he topado con él en una o dos fiestas. Pero no sé su nombre.

—Debe ser Francisco Valdés. No se me ocurre otro.

—¡El es! Alguien lo llamó una vez por su nombre. Esos son los amigos que debes cultivar. ¿Sabes? Me gustaría que me lo presentaras... Espera sí que haya alguna coyuntura favorable. ¡No vaya a pensar que estoy desesperado por conocerlo!

—Mi amistad con Francisco es superficial. Nos limitamos a conversaciones en los recreos. ¡No es aficionado a explayarse sobre sus asuntos personales!

—A todos los hombres les gusta hablar de sus cosas, y que se les escuche —puntualizó Andrés—. Es cuestión de buscarles su lado flaco. En ese aspecto los hombres se entregan con mayor facilidad que las mujeres. ¡Basta inspirarles confianza, solamente!

—También a las mujeres es cuestión de inspirarles confianza...

—Con la diferencia que las mujeres no distinguen entre la amistad y el amor. Para ellas es todo lo mismo. En cambio los hombres pueden ser grandes amigos en-

tre sí. Y también llegar al amor...

Arrastró especialmente la última erre. Sus ojos orientales se rodearon de maliciosas arruguillas al reír.

La madre de Andrés no paraba de hablar desde su rostro vivo, chispeante. Baja y de pelo negro, en nada se parecía a Marcela que, no siendo bonita, poseía una mirada raramente cálida. La política, la moda, la carestía de la vida, sus amistades, nada dejó de abordar Eugenia con su voz un tanto chillona. Y con un cierto ingenio. Así supo Alejandro que el padre de Andrés enfrentaba un reciente nombramiento como embajador en Perú. ¡Que de intrigas tuvo que eludir su marido! Porque dentro del país los funcionarios del Servicio Exterior ganaban un sueldo de hambre, y necesitaban aprovechar su turno de salir. Pero los demócratas cristianos y marxistas, que desbordaban el ministerio, casi lo malogran todo con sus artimañas. ¿Qué sería de Andrés? Marcela planteó el asunto, porque su hermano se quedó repentinamente callado, sumido en reflexiones.

— Andrés se quedará en Chile, para no interrumpir sus estudios — puntualizó Eugenia.

Andrés quería vivir independiente, y así lo expuso de inmediato. Nada de alojarse en casa de parientes o amigos. La idea de dejar a su hijo solo en Santiago atraía poco a Eugenia. Resolverían la cuestión de común acuerdo con su marido.

Oscurecía cuando Andrés lo acompañó hasta el bus, ocultando apenas una íntima satisfacción, caminando entre casas, faroles y personas con sus contornos imprecisos por la niebla. El frío de las postrimerías del otoño mortificaba las orejas y manos de Alejandro. Gran cosa la de quedarse solo, arrendando algún departamento, comentaba Andrés, como hablando consigo mismo. La bruma estiraba su espigada figura. Vivir con sus padres frustraba muchas de sus aspiraciones, porque las deformaban con sus criterios de buenos burgueses.

Por fin podría realizarse a sí mismo, concluyó.

* * *

¿Qué lo despertó? A través de la fronda de la higuera, el muro de pandereta reflejaba el sol. Otro quejido ahogado. No le cupo duda: venía de la piscina. Cauteloso, Samuel separó las ramas que topaban el suelo, conformando una especie de cúpula. Dos hombres macizos arrastraban a don Harry, aún con su traje de baño a rayas rojas y blancas, al borde la pileta. Ambos usaban guantes. Uno muy alto, calvo, de anchas espaldas; el otro rechoncho, de pelo tieso y tez oscura. Con sus casacas parecían choferes de micros o mecánicos. Trémulo, intuendo el peligro, permaneció inmóvil, aún mareado con lo bebido durante el almuerzo. En un santiamén el pelado se desvistió, mientras el otro encañonaba al aterrorizado Harry con una larga pistola. Con sus ojos desorbitados, el gringo buscaba ayuda en todos los rincones de la quinta. Pero ya una definitiva derrota se reflejaba en su rostro generalmente alegre.

Desnudo, aunque enguantado, el grandote avanzó hacia Harry. Como el gringo, despavorido, iniciase un grito, le hundió el puño en la boca del estómago. Harry cayó de rodillas. El grande se sumergió en el agua hasta la cintura, y el moreno alzó al gringo por las piernas. Su cabeza desapareció en la alberca, donde el pelado la mantuvo con fuerza. Porque recuperado con el agua de su momentáneo desvanecimiento, Harry se retorció con increíble vigor, haciendo tambalearse al de tez morena. Paulatinamente sus contorsiones cesaron. Por último, se quedó muy quieto. Pero sus ejecutores no lo soltaron, esperando calmosos que el tiempo transcurriera. Conversaban entre ellos en un tono discreto, sin que sus palabras llegasen a oídos de Samuel, riendo seguido. Luego largaron el cuerpo.

El calvo se secó rápidamente y se vistió. Los dos se marcharon sin gran premura. En la quinta imperó el silencio. Todavía aguardó unos minutos, temiendo que los otros volviesen. El cuerpo del gringo, boca abajo en el fondo de la pileta, se delineaba confuso a través del líquido no muy transparente. Dominando un pavor convulsivo, se desnudó y pudo sacar el cadáver ya helado. Lo dejó sobre el reborde de laja, tratando de no mirarle el rostro, mientras el agua surgía como un chorro de sus

labios entreabiertos.

Refrenó un primer impulso de correr el retén de carabineros. Porque no podía contar que había visto como asesinaban al gringo. Un amigo de Samuel debió afrontar interrogatorios, golpes, insultos y un encierro preventivo por el sólo hecho de haber sido testigo de una riña callejera donde destriparon a uno. Pero tampoco podía quedarse sin hacer nada. Recordaba las bondades de Harry. Y si huía lo acusarían de su muerte. ¿Alguien lo habría visto volver esa tarde? ¿O a los asesinos entrar o salir de la quinta? Su terror aumentaba progresivamente. Le diría a los carabineros que había encontrado a su patrón muerto en la piscina al regresar.

No dudaron de su historia. Algún síncope o calambre había sorprendido al gringo mientras se bañaba. Ninguna señal de violencia. Nadie recordaba sospechosos rondando por los alrededores. Frank Trabucco, nombre de Harry Wiley, conspicuo mafioso norteamericano, había obtenido la libertad atestiguando contra sus compañeros cuando fuera detenido tres años antes, informó la prensa. Tráfico de drogas. Vino a ocultarse en Chile huyendo de varios contratos abiertos para matarlo. En la embajada de los Estados Unidos no descartaban la posibilidad de una "ejecución". Nada aportaron las investigaciones preliminares. La casa se hallaba en orden, sin que nada revelase algún registro.

Pero le acometían remordimientos. Nada había hecho para salvar al gringo: pudo salir en busca de auxilio sin que los criminales se hubiesen percatado. No reaccionó con la debida celeridad. Pero se consolaba achacando su falta de iniciativa al miedo que lo paralizaba en esos instantes.

Con sus magros ahorros arrendó una pieza por Mapocho abajo, en un entretecho maloliente, caluroso y pródigo en grietas, donde las ratas se paseaban como por su casa. Su amigo Rafael, oriundo de la misma población, que había conocido a varios detectives en "La sirena", lo llevó donde Aliro Faúndez, el ex marido de Eliana, porque Morales no le inspiraba confianza alguna. En bata y fumando un cigarrillo tras otro en su estrecho departamento, Aliro escuchaba sin interrumpir, mirán-

dolo con unos ojos saltones incrustados en una cara de mejillas hundidas.

— Esa es gente muy desconfiada e implacable. — Habló lenta, calculadoramente, con su voz tabacosa—. No se van a conformar con lo que le contó a los carabineros. ¿Entiende? Es posible que ya lo anden buscando...

— ¿Cree usted? — preguntó Samuel, aterrorizado.

— Para ellos un testigo es vital. No pueden irse con la duda de que usted haya visto u oído algo. Manténgase escondido un tiempo. Haré todo lo posible por ayudarlo. Pero recuerde que detrás está la mafia de las drogas... ¡Y eso es cosa seria!

CAPITULO VIII

Sus sesiones como modelo de Ricardo terminaban a las siete u ocho de la tarde. Sólo se marchaba antes cuando el pintor debía recibir alguna visita. Una vez debió permanecer oculta en el estudio hasta la hora de comer ante el sorpresivo arribo de un sobrino de Ricardo, que recién se había casado. Con los libros que comprara aconsejado por un amigo artista, y Lina posando con santa paciencia junto a una estufa, porque al sótano no llegaba la calefacción, progresó rápidamente. Su mano adquirió seguridad y precisión. El estudio se llenó de bocetos de la adolescente, en actitudes captadas con pocos trazos, de ciertos movimientos del cuerpo, o de sombras que de pronto surgían y se esfumaban fugaces. Así se fue la primavera. Ya en el verano, Lina solía acompañarlo al fundo durante las tardes.

El chofer y su esposa no habían tardado en habituarse a las diarias visitas de la colegiala. Indudablemente, el patrón se había encariñado con esa niña tranquila, poco habladora, que siempre los saludaba. Porque Ricardo, cuando necesitaba que le asearan el taller, metía los cuadros en un armario para mantener el secreto. Pero la señora Lastenia, casada con un vendedor de vinos, dueño de la casa del lado, comentó suspicaz:

—¡Hay caballeros viejos muy diablazos! Y que le gustan las colegialas. —Pues se enteró de que no existía parentesco entre ellos—. Y don Ricardo es tan buen mozo, tiene tan buena facha todavía. ¡Estoy segura que le están cuidando las espaldas al patrón!

—Don Ricardo es muy serio. Hace quince años que trabajamos con él. ¡Claro que ha tenido sus amistades! Pero le gustan las mujeres mayores, no las mocosas. Y siempre ha respetado mucho la casa. Además tiene casi 75 años...

Nora se inquietó un tanto al conocer la identidad del amigo de su hija.

—No veo de qué te asustas. Soy grande y podría ser mi abuelo.

—¡Qué vas a ser grande! Apenas tienes 14 años. ¡Ojalá no trate de sobrepasarse contigo! Eso de quedarte a solas con él en esa casa... —Porque Lina le informó que posaba para él, pero sin decirle como lo hacía. Semejante revelación habría horrorizado a Nora.

Lina se lo mostró una tarde en que pasaban en su auto frente a la casa de Ricardo, y lo vieron contemplando unos crisantemos en el antejardín.

—Se mantiene muy bien, y su facha es estupenda, realmente —comentó Nora—. Se ve que es todo un caballero.

Y sus bonos subieron al enterarse de que Valdés poseía un fundo cerca de Santiago. ¿Por qué no trataba de casarse con él? Lina debía aprovechar esa coyuntura. El expresivo rostro de su madre se transfiguró con la ocurrencia. Ella no se opondría, porque sólo veía conveniencias en algo así. Total: antes de diez años, cuando mucho, se convertiría en una viuda joven y rica. Lina, parsimoniosamente, replicó que algo así le parecía monstruoso. ¿Cómo podría afrontar a la gente con un marido de esa edad? Además, no se hallaba enamorada de Ricardo. La atraían su facha, su caballerosidad, su modo paternal de tratarla, su enorme ternura, su refinamiento y distinción.

—¡Ya me llegará el momento de buscar marido!

El movimiento, la gracia, el colorido, los rasgos idealizados de Lina, se plasmaban en composiciones de gran delicadeza. En las postrimerías del otoño, Ricardo mostró sus óleos a Ismael Huidobro, un pintor emparentado con él, a instancias de la propia Lina. ¿Cómo un autodidacta había logrado expresar con tanta maestría la gracia a través de un desnudo? Y la sorpresa de Huidobro se

duplicó cuando Ricardo le aseguró que no usaba modelo. El mismo se encargaría de conseguirle una sala para que expusiese sus obras.

—Estos cuadros deben ser conocidos. Pero necesitas por lo menos unos veinte.

Ricardo se comprometió a terminarlos para la próxima primavera. En septiembre, al cabo de agobiadoras jornadas compartidas con Lina, remató su última tela. Pero no asistiría a la inauguración de la muestra: murió el día anterior de un infarto cardiaco. Todos los cuadros fueron adquiridos por sus amigos y parientes. Lina se preocupó de ocultarle a su madre la exposición, porque Nora habría reconocido de inmediato a la modelo de Valdés.

—Mira lo tonta que fuiste. ¡Ya estarías rica...! —comentó su madre con mucha seriedad.

—Es que a él no le gustaban las colegialas. —Lina se veía abatida—. Si hubiese querido algo conmigo, tuvo tiempo demás para decírmelo. ¡Siempre me trató como a una nieta...!

Había estado con él por última vez tres días antes de su muerte. Se acostó esa noche de buen ánimo, preocupado de despachar personalmente las últimas invitaciones, según el chofer y la cocinera, y no despertó.

De colegiala, Lina permaneció largos minutos contemplándose a sí misma en sus imágenes desnudas, recordando las interminables horas que debió posar para Ricardo. Quien la hubiese visto allí, con los ojos llorosos, no habría asociado a la modelo con las estilizadas figuras de los cuadros.

* * *

Olvidando los consejos de Rodríguez, fue donde Ingrid y la encontró con un pañuelo atado a la cabeza, vestida de *bluejeans* y una blusa celeste, barriendo y sacudiendo el polvo de la sala de estar.

—Tuve que salir temprano hoy, así que no hice el aseo en la mañana. Mi mamá está resfriada, en cama, y

por suerte Gastón salió. ¿Y tú? ¿Qué te habías hecho?

Viéndola tan fresca y de humor, con el frío penetrando por las ventanas abiertas de par en par, recordó a Víctor Garcés. ¿Por qué a él las mujeres sólo le mostraban una cara? Después de dos meses de amistad apenas le había tomado una mano al pasar, muy nerviosamente. En cambio Garcés... Se estremeció en la pequeña habitación helada, pero no de frío. Ingrid le ofreció café, y luego, entre ambos, encendieron la chimenea. El rojo aletear de las llamas, al esparcirse por la sala a oscuras, levantó su ánimo.

—Un hermano de la mamá estuvo a vernos la semana pasada. Es todo un personaje. Vive en Puerto Montt. ¡Me gustaría que lo conocieras! —Ella, en un pisito junto al fuego, y Alejandro, en un sillón en el lado opuesto—. Te darías cuenta de porqué Gastón explota tanto la locura familiar. Aunque con mala suerte... ¡Te morirías de la risa! Es un solterón sempiterno. Viajó mucho de joven. Se empleaba de mozo en los barcos, y así recorrió el mundo. Vivía obsesionado con la idea de que descubriría un tesoro.

—¿Y lo descubrió? —El calor trajo bienestar y paz a su mente inquieta.

—Eso contó al volver de su último viaje. Montones de zafiros, esmeraldas y rubíes. Pero un amigo se lo robó todo. Se aprovechó de que mi tío se curó para celebrar su buena suerte... Cuando despertó, su amigo se había esfumado con el tesoro.

—¿Y dónde lo había encontrado?

—Era un tesoro pirata, que estuvo por siglos enterrado en las costas de Venezuela. ¡Esperándolo a él, por supuesto!

Alejandro comprendió que no tomaba en serio la historia, pero a él le abrió la válvula del ensueño. Tampoco el ladrón pudo disfrutar el tesoro. Transcurridos algunos años, y de nuevo en Chile, el tío descubrió, engastadas en las enjaezaduras de los caballitos del carrusel de un parque de entretenimientos, todas las piedras preciosas que le sustrajeran. Debíó dar varias vueltas en el tiovivo, en medio de las burlas de los niños. Seguramente el ladrón las había colocado allí para sacar-

las de Venezuela a escondidas de las autoridades aduaneras. Alejandro escuchaba ensimismado la voz desabrida, desprovista de inflexiones de Ingrid. Su tío averiguó que esos juegos venían de Caracas, y luego de cumplir sendas temporadas en Rio de Janeiro y Buenos Aires, llegaron a Chile. El tesoro que buscara durante toda una vida, se ponía milagrosamente al alcance de sus manos por segunda vez. Porque nadie, ni el dueño de los entretenimientos, imaginaba la fortuna que valían sus caballitos de cartón piedra.

— Pero, ¿y qué había sido del amigo?

— Se quedó en Venezuela, porque sufrió un grave accidente. Mi tío se hallaba de paso por Santiago, y le rogó a Gastón que lo acompañara a rescatar las joyas.

Gastón, que siempre celebraba las historias de su tío —indescifrables mezclas de realidad y fantasía—, no se hizo de rogar. Entraron al parque cobijados por la noche y una intensa lluvia. Con escoplo y martillo, y calados hasta los huesos, Gastón extrajo todas las piedras de los caballitos. Los ojos desorbitados, brillantes en medio de la leve claridad que las luces de la calle procuraban, el tío iba señalando cada piedra por su nombre: ese rubí, ahora ese zafiro. No dejes esa esmeralda. ¡Mira que preciosidad! ¡Ah...! Su excitación cundía. El diluvio y un viento cuyas ráfagas inflaban el toldo del tiovivo, arrancando ruidos como de aletazos de enormes aves, los protegió en su singular tarea. ¿Qué destino habían corrido las joyas? Nunca se supo. Pretextando que podían traerle mala suerte, el tío no le dejó ninguna a Gastón. Ante cualquiera pregunta sobre el tesoro, respondía enigmático:

— Está a buen recaudo.

Pero seguía viviendo en Puerto Montt con la modestia de siempre. Quizá sólo usaba las piedras para contemplarlas a lo lejos, como esos clásicos avaros que viven en medio de nauseabundas miserias, y por las noches cuentan su fortuna a la luz de una vela.

¡Qué cara debió poner el dueño de los entretenimientos al encontrar a sus caballitos sin adornos! Alejandro reía de solo imaginar la escena. Gastón pasó días después por el parque. Los caballitos habían sido pinta-

dos de nuevo para disimular la ausencia de las piedras. A la luz de la chimenea, la larga cabellera rubia de Ingrid ardía rojiza. En cuanto a la autenticidad del tesoro, ella no se pronunciaba. En el personal y hermético mundo de su tío cabían tesoros y otros portentos, fuesen o no reales. Cuando no se quieren para enriquecerse, los tesoros los fabrica uno. ¿Por qué Gastón no escribía mejor las aventuras de su tío, y no esas novelas plagadas de vagas disgresiones? Porque en el mundo de Gastón solamente cabía su desmesurado ego, que se burlaba de las enigmáticas, extravagantes y pintorescas fantasías de su tío.

—Conocí a Víctor Garcés, el nuevo amor de Sofía —empezó Alejandro, con una voz incolora, aprovechando una breve pausa.

Ingrid enarcó sus cejas perfectamente trazadas, se encogió de hombros, pero mantuvo la mirada fija en las llamas.

—Siempre a Sofía le han gustado los jovencitos bellos —comentó calmosa, como si el tema le fuese indiferente.

—¿Y qué has hecho durante este tiempo? ¿Sigues sin enamorarte?

—Conocí un hombre interesante, pero separado, que es pariente político de Víctor Garcés.

Isidro Sotomayor, pensó Alejandro. Pero prefirió mantener en reserva que conocía sus andanzas por el Walhalla.

—No estoy para mosquearme. ¡Hay tantos hombres solteros! —prosiguió riendo.

Las llamas agónicas de la chimenea generaban sombras aleteantes.

—¿Por qué le temes tanto al que dirán?

—No le temo. Pero no he conocido a ningún hombre que me guste tanto como para atropellar ciertos principios.

—A lo mejor te cierras ante cualquiera posibilidad de enamorarte. ¡No te lo digo por nadie en especial!

—Cuando se me presente algo interesante, te lo contaré primero que a nadie.

Su manera de expresarse reflejaba paz interior, un cierto relajamiento espiritual. Semanas antes Ingrid parecía acosada por perpetuas tensiones, y ahora se veía

como liberada. ¿Consecuencias quizás de su aventura con Víctor Garcés, de esa cuasi entrega? Una experiencia así pudo hacerla reaccionar. Cogiéndole una mano y bajando la voz —la madre en su dormitorio, posiblemente dormía a esa hora — Ingrid le dijo:

—Voy a contarte un secreto. Hice una tontera, pero conscientemente.

¿Sería lo de Garcés?

—Por favor, no vayas a decirle nada a nadie. ¿De acuerdo? No puedo darte el nombre de esa persona. Pero es uno de los que suele juntarse con nosotros.

Comieron en el "Miraflores", y terminaron en la "Posada del Corregidor". Resolvió seguir el juego. ¿Para probarse? Bailaron en la oscuridad, bebiendo vino caliente con canela. Ya de madrugada, se fueron a un hotel de las cercanías. Desde el dormitorio, decorado con espejos en las paredes y el techo, su acompañante ordenó unos tragos. Ingrid observaba los pretenciosos adornos del hotelucho. Y rompió a reír. Cuando él trató de abrazarla, lo rechazó con violencia. Una espantosa mezcla de excitación, rabia y frustración asomó al rostro del hombre. Asustada, lo apartó de un empujón, y se precipitó al corredor. Casi se estrelló con la garzona y su bandeja. Corrió dos cuadras sin tomar aliento. Ya a salvo, siguió caminando por las calles solitarias. Un señor en auto ofreció llevarla, y la dejó cerca de su casa.

El hombre de la historia debía ser Sotomayor. Frente a la chimenea casi apagada, irradiaba una extraña serenidad. ¿Satisfecha tal vez por haber salido airoso de dos cruciales situaciones, tan seguidas una de la otra? Escogió la que consideraba más gloriosa, pero calló lo de Víctor Garcés. Pero detrás de su bella y plácida faz los instintos, pasiones y deseos debían seguir fluyendo invisibles como la corriente sumergida de esos ríos de Aysén, cuya superficie el invierno congela, según le había contado su padre años antes.

Nada tan engañoso como la expresión de un rostro.

CAPITULO IX

La acción comenzaba temprano en la oficina del diputado Diógenes Peña, que se encaramaba en el décimo piso de un sobrio edificio de Ahumada. Sus propios clientes, los más madrugadores, le salían al camino en el vestíbulo, y subía conversando con el ascensorista, que lo aguardaba con la puerta abierta cuando lo veía cruzar la portada de acceso.

Ya el moreno Venancio Muñoz, su hombre de confianza, y Eduvigis, su secretaria, esperaban en sus puestos de combate, como Diógenes decía. Los que hacían antesala se levantaron para saludarlo, y el diputado, estrechando manos y palmoteando hombros, se metió en su privado.

—Por favor, ubíqueme al tiro a Felipe Lennard, en la Universidad Católica. Y también a José Albornoz, de Madeco. Dígale que se presente hoy mismo en Hilanderías Lolas, a conversar con el jefe del sindicato, ¿cómo se llama?

—Esteban Rojas.

—El puesto está asegurado. Hablaron con Moisés Lolas, y le recomendaron a José. El turco picó. Y no olvide a Lennard. Los demás, que esperen un ratito.

Felipe llegaba a las diez a la facultad, y Peña lo hizo llamar a su casa.

—Sí. Juan Pablo vino a comer anoche. Le planté el asunto tal como me explicó Rivera. ¡O sea, como usted se lo dijo a él!

—Perdone la complicación —rió Peña—. Pero yo no

lo conocía a usted. ¿Qué dijo nuestro hombre?

—Es muy cauteloso. Pero lo noté interesado. Es socialista desde los 18 años. Pero en el partido lo critican por su origen aristocrático.

—Conozco muy bien a los socialistas y sus contradicciones.

—La idea de ser candidato le interesa mucho, aunque lo disimuló delante de mí. Quedó de ponerse directamente en contacto con usted.

—Perfecto, perfecto. ¡Muchas gracias!

—¿Es del partido? —indagó Venancio.

Diógenes, apoyado en el respaldo de la silla giratoria, con un gran retrato de Lenin sobre su cabeza, esperó que Venancio bajase las persianas para suavizar el sol. Los muros del estudio desaparecían detrás de anaqueles repletos de libros y los escasos huecos los ocupaban las fotos de Diógenes con Fidel, el Che Guevara y otros líderes cubanos, tomadas en sus visitas a la isla. Y también la enseña roja con la hoz y el martillo.

—Es amigo de un compañero de ruta. Gente muy útil, realmente. Su amigo Samuel ha resultado de primera.

—¡Sabía que era de fiar! —El pelo de Venancio crecía tieso sobre su rostro redondo, moreno, con ojos en perpetua ebullición—. ¿Me puede contar?

—Por él supimos que Lolas necesitaba un operario especializado en su fábrica...

Gracias al incansable Muñoz, el partido conocía a todos los simpatizantes, adversarios e indiferentes de la población "Las arenas". Y cuando Diógenes se enteró por su amiga Dorila Gómez, íntima de Eloisa Ramírez, la encargada de administrar la quinta de Moisés Lolas, que necesitaban un mozo, rápidamente buscaron a un tipo de fiar, fuese o no militante. Difícilmente se presentaría otra oportunidad de infiltrar ese antro de corrupción, que Lolas destinaba a la atención de sus amigos políticos. Pero, ¿a quién poner? Muñoz buscó en su población, y le dieron el nombre de Rafael, que recordaba como un muchacho juguetón, desordenado. Servía de garzón en una residencial, y no le interesó el puesto, quizá por sus implicancias políticas. Pero recomendó a Samuel, tam-

bién de "Las arenas", que acababa de verse envuelto en la confusa muerte de un norteamericano. Los tipos con problemas son siempre más fáciles de convencer para las misiones de confianza. La recomendación de Dorila Gómez fue suficiente para que lo contratasen de inmediato. Samuel debía proporcionar al partido los nombres de los políticos, especialmente de gobierno, inscritos en la lista de invitados de Lolas a su jardín de delicias, porque Eloisa se convertía en una ostra hasta con Dorila tratándose de los asuntos de su patrón. Pero además Samuel supo ganarse la confianza de Bernardo, el mayordomo de la quinta, y supo que su hermano, operario de Hilanderías Lolas, acababa de retirarse. Samuel daba sus informaciones directamente al diputado.

—Dígale a Albornoz que el candidato para ese puesto es primo de usted. ¡Es importante! ¡El pueblo no puede esperar! O, por lo menos, no debe... ¡Haga pasar al primero!

—¿Qué dice el compañero Peña? —preguntó uno de la antesala—. ¿Marchan las cosas?

—¡Del uno! —replicó Muñoz—. Y a usted, ¿cómo le ha ido?

—Los demos siguen metiéndose. Pero la población está en nuestras manos, en todo caso.

—En la mía la decé jode cada día más. ¡Las revuelven mucho con su promoción popular!

—¡Babosos! —Venancio se sentó en su escritorio, resoplando—. Pero es fácil demostrar el paternalismo de la tal promoción popular. Es un organismo ciento por ciento estatal, cuya finalidad es alejar al pueblo del verdadero camino para su liberación... ¡Por ese lado hay que atacar! Por suerte los demos no son capaces de sostener por mucho tiempo esas acciones. ¡Nunca han sabido qué quieren!

—Pero en mi población les ha ido bien. Por lo menos una vez a la semana llega un carro con películas y propaganda, y cada día se reúne más gente a escucharlos. Especialmente los jóvenes.

—¡Y tienen la plata del fisco! Ya nos llegará nuestro turno. ¡Entonces verán lo que es canela...!

—Pero mientras algo cosechan, camarada. Están

creando la conciencia de que el pueblo no sólo es de la izquierda. ¡Y eso es muy malo!

—También yo lo he visto —acotó otro.

—¿Está preparando algo el partido?

—Por el momento, háganles el juego. Cada vez que el carro llegue, los primeros en asistir al show debemos ser nosotros. ¡Hay que coparles el espacio! ¿Entienden? Y hacerles preguntas comprometedoras. Prepararemos un cuestionario para que no se pongan saltones y descubran el juego. Si es necesario, iniciar una discusión sobre algún tema general, disimulado. Y, en último caso, armar una pelotera. ¡Debemos pararlos de cualquier manera!

—Los pacos también andan jodiendo. De repente les ha bajado una tremenda preocupación por los pungas... Hasta hace unas semanas podían cogotearlo a uno a plena luz del sol, y no se veía un paco ni de muestra.

—A los pacos los están haciendo actuar políticamente en las manifestaciones. Eduvigis, ¿todavía no logra comunicarse con José Albornoz? Es urgente. Debe presentarse en la mañana a Hilanderías Lolás.

—¿Vamos a tener alguien ahí?

—Sí, desde hoy.

—¡Esa estuvo buena! Ese turco cabrón tiene una verdadera Gestapo en su fábrica. Ahí tenemos que hacer un trabajo de joyería.

—Desde luego, camaradas. ¿Cuándo hacemos las cosas mal nosotros? No somos socialistas...

Risa general. El teléfono hizo oír su campanilleo en el brevísimo lapso en que la secretaria cortaba para insistir.

—¡Sí, señor! ¿De parte de quién? ¡Ah! Muy bien...

—La secretaria se asomó al escritorio de Peña—. El señor Castillo lo llama. ¿Lo atiende?

—¡Por supuesto! Pásamelo. —Hizo un gesto de espera al hombre que tenía al frente—. ¿Sí? Gusto de saludarlo, compañero Castillo. Y de conocerlo, aunque sólo sea por teléfono. Tengo urgencia de hablar con usted personalmente. ¿Podría venir por mi oficina? Perfecto. ¡Lo espero, entonces!

Flaco, estirado, de voz agresiva y nervioso gesticular, hasta ese momento un opaco abogado, Juan Pablo Cas-

tillo inició su carrera política gracias a una coyuntura circunstancial. Y cuando empezaba a descorazonarse, viendo a sus compañeros de colegio y universidad ya consolidados en la política, incluido su muy historiado amigo Ignacio Valdés.

* * *

—¿Sabes la última, Julio? Los Vásquez arrendaron casa cerca del Estadio Español. El próximo mes se mudan...

—¡Qué bueno! Me alegro que sigan progresando...

En la breve sala de estar, que el edificio vecino oscurecía desde temprano, Julio ojeaba el diario, mientras Adelaida le daba la comida a los niños, ayudada por la empleada. Tres años antes los Vásquez llegaron a ocupar el departamento de enfrente, cuando Raúl se desempeñaba como vendedor de Soinco. Como buenos vecinos, los Sánchez se apresuraron a ofrecerles el teléfono. Trajeron muebles viejos, bastante estropeados y con sus tapices rotos, y al poco tiempo los cambiaron por nuevos, señal evidente de prosperidad. Pero desde temprano comenzaron los desajustes.

—¡Tan engreída que es Daisy! Y tanto que le gusta aparentar. Todo el tiempo me habla de sus vestidos y amistades. Por lo menos, Raúl es más simpático —comentó Adelaida, como a la semana.

Raúl se preocupaba especialmente de la pulcritud de sus trajes, camisas y corbatas. Las mutuas visitas pronto se distanciaron, porque los Vásquez invitaban a comer una y dos veces por semana, casi siempre a hombres solos, y por lo general, a los mismos. Julio y Adelaida, con siete años de matrimonio, tres hijos y una estrecha situación, no podían hacer una vida social intensa. Además pronto comprendieron que sus vecinos preferían no compartir sus relaciones.

Julio venía entrando al edificio, después de una interminable y estéril reunión en su oficina, con la noche ya avanzada, y se encontró con Raúl, bastante achispado.

Acababa de despedir a un señor muy compuesto y de edad madura, que subió a un auto pesado, bien tenido. Más de una vez Julio y Adelaida volverían a toparse con el mismo personaje y a diversas horas.

—Todos mis amigos son gerentes o subgerentes. ¡Conviene cultivar a la gente bien colocada...! De otra manera uno se estanca. —Fue algo como una declaración de principios que le hizo Raúl esa vez.

Al año los Vásquez se hicieron de un coche pequeño, usado, pero en inmejorables condiciones mecánicas, según Raúl. Durante los fines de semana él mismo lo lavaba y limpiaba hasta dejarlo reluciente. Y aunque invitaron a los Sánchez a probarlo, jamás les ofrecieron hacer un paseo juntos. Tampoco los horarios de trabajo coincidían, como para que Raúl se hubiese visto en la necesidad de proponerle a Julio encaminarlo a su oficina, o, al menos, de hacer el amago. A mitad del segundo año, sus contactos quedaron reducidas a los esporádicos encuentros en la escalera. Adelaida comentaría que en más de una ocasión había escuchado como la puerta del departamento de sus vecinos se cerraba rápidamente y en silencio cuando sus pasos resonaban subiendo los escalones. Hasta el teléfono dejó de constituir un nexo, porque también los Vásquez terminaron por conseguir línea.

—¡Menos mal! —exclamó entonces Adelaida—. No he conocido mujer más abusadora que Daisy. Se pegaba por horas al teléfono. ¡La hubieras oído cuando levantaba la voz para nombrar algún apellido rimbombante! Seguramente, lo hacía para impresionarme...

—¡Hay gente tan especial! ¿Por qué no habrán tenido hijos? Llevan cuatro años de casados.

—¿Nunca te conté? Una vez le pregunté a Daisy. Y me contestó con un tono despectivo: ¿crees que voy a perder mi silueta con el embarazo? Prefiero morirme antes...

Y procedía de común acuerdo con su marido. Porque la última vez que los Vásquez los invitaron, cuando Raúl celebraba su contratación como jefe de ventas de Acomsa, el alcohol no tardó en disolver su escasa inhibición.

—¡Una buena facha es más importante que la inteligencia! Y especialmente en un país como este, con una sociedad tan estirada. Tú vez como se fijan en los modales, la buena educación, la caballerosidad, la figura... Me dan pena esos matrimonios que solamente se dedican a echar hijos al mundo. ¡El matrimonio debe servir para abrise paso en la vida! —Daisy escuchaba extasiada—. Si uno no se casa con una mujer rica, debe buscarse una mujer bella. Porque una mujer buena moza, distinguida, ayuda más en la vida que cualquiera carrera. La mayoría de los ejecutivos que conozco están casados con mujeres sensacionales...

Ya de vuelta en su casa, Julio comentó:

—Estos son los tipos que triunfan, después de todo. ¿Sabes? El otro día estuve con el corredor del edificio donde vivían antes. Se acordaba muy bien de los Vásquez. Me contó que hubo un escándalo, que un hombre se había metido a la fuerza al departamento una mañana. Pero no conocía detalles...

—¡Quizá qué líos tienen!

—Una vez le comenté a Raúl que a su empleada siempre la venían a buscar hombres maduros en auto. Me contestó muy tranquilo: “Sabe que es preferible juntarse con caballeros y no con rotos. Además es una empleada de primera. ¿Qué más se le puede pedir?” Pensé que me lo decía en broma. Pero ahora comprendo que hablaba en serio.

—La tal Ruty le imita todo a la Daisy. Nunca he visto una empleada tan siútica y metida. Hasta en sus gestos y modales trata de ser como su patrona. —Adelaida se quitó el vestido—. A Daisy siempre la viene a ver un tipo joven, de buena figura, cuando Raúl no está. Antes era un señor maduro... ¿Te acuerdas? La Eulalia también lo ha visto. Y una vez lo encontró conversando con Raúl en la escalera, encantados de la vida. Y ese tipo debió estar toda la tarde con Daisy...

—Los hombres como Raúl son invencibles, realmente. ¡No retroceden ante nada! Pero hay que nacer así.

Julio había heredado la oficina de corredor de propiedades de su padre, un coronel de ejército en retiro. Pero la creciente competencia no tardó en deteriorar el

negocio. Al comienzo podía vivir con las comisiones, y hasta ahorra con la idea de comprarse un auto. Pero al decaer las actividades se despidió de sus sueños: sólo ganaba para mantenerse.

Pero entonces apareció el gringo Wiley.

* * *

Desde su cama, Alejandro observaba el techo sucio, con la ampolleta manchada con cagarrutas de moscas colgando del alambre retorcido. El cenicero de concha de loco rebosaba colillas. Almorzó en la residencial, y se puso a dormir. Las piernas se le helaban progresivamente, pero la modorra le impedía acostarse. Paraba la oreja a cada campanilleo del teléfono, a los distantes pasos de la flaca sirvienta dirigiéndose pachorra a atender el llamado. Su voz gangosa se arrastraba ininteligible a lo largo del angosto pasadizo. Y de nuevo sus pisadas. ¿Hacia dónde? No al dormitorio de Alejandro. Como a las nueve golpearon los vidrios de su puerta. El detective Morales se asomó con el sombrero puesto y subido el cuello de su viejo sobretodo. Lo saludó con sus ojillos entrecerrados de siempre.

—Hice una pillada anoche. ¡Esta sí que es buena!
—Bajó la voz—. Ví al constructor salir de la pieza de la Eliana, como a las cuatro de la mañana. ¿Qué me dice?
¡Se hace la huevona, no más!

—¿Cómo los pilló?

—El oficio, pues. —Llevándose el índice a un ojo, cerró el otro. Se sentó en la silla de madera, junto a la mesa que servía de escritorio y comedor—. Anoche me desperté con unos tremendos retorcijones de guata. Fui al baño, y se me pasó. Pero no pude quedarme dormido. Entonces oí que alguien caminaba por el pasadizo en punta de pies. Me asomé sin hacer ruido, y ví como se abría la puerta de la Eliana. Había luz adentro. Y entonces entró un bulto. Al tiro reconocí al constructor civil, por la mansa cuerpá que se gasta. Iba en pijama y cerró la puerta muy apurado...

Concluía su trascendental revelación, Morales esperó la reacción del estudiante, que lo observaba perplejo.

—¿Por qué no podré conseguirme una mujer así, seria, limpia, y no esas chuscas que siempre me tocan? ¡Tengo muy mala cueva!

—¿Y la señora Olga?

—Se me acabó la mina. Le clausuraron la casa porque le pillaron dos menores. A mí no me contó que tenía esas cabritas. Iban por las tardes, no más. Alguien la acusó, y la pillaron chanchita. ¡Vieja cabrona! Por avivarse le pasó. Y a mí me dejó colgado de la brocha. Pero parece que pronto voy a tener algo bueno... ¡Soy tan requemado!

Había sorprendido varias veces a Morales en largos conciliábulos con Rafael, el mozo, muchacho de rostro ladino, apartadizo. Rafael había sido garzón en una boite famosa por el expendio de drogas, según los estudiantes de agronomía. Tal vez Morales alentaba sus esperanzas de prosperidad futura en los contactos de Rafael con los traficantes.

En los recreos, largas disgresiones de Rodríguez sobre literatura. Chile de hoy equivalía a la Francia de Proust. Institucionalmente estabilizado, con un problema social solucionable por la vía del derecho y libre de los altibajos internacionales. Tampoco los conflictos creados por la postguerra y los entretelones de la guerra fría alteraban la vida cotidiana de los chilenos.

—¿De veras crees eso? Yo noto una gran efervescencia.

—Pero es más aparente que real. Los marxistas la agrandan. La derecha sigue siendo muy poderosa, aunque muchos la creen en decadencia. Está muy sólidamente estratificada, con raíces muy hondas, especialmente en las instituciones armadas.

A Chile le faltaba una réplica de Proust, insistía, capaz de plasmar en novelas la inquietud intelectual, la industrialización, el surgimiento de nuevas fortunas, la renovación de la sociedad, las intrigas de alcoba, etc.

—No lo veo así —Alejandro quería llevar la contra ese día—. Creo que hay una intranquilidad social honda, real, más allá del comunismo y de la izquierda. Hay ver-

daderos deseos de progreso social, de materializar ciertas inquietudes básicas, de cambios en general...

Rodríguez sonrió, contemporizador, pero ni siquiera alcanzó a iniciar una respuesta, porque Francisco apareció de pronto frente a ellos en el vestíbulo y Alejandro hizo las presentaciones. Pero los temas de Rodríguez, expuestos con su acostumbrado tono doctoral, no entusiasmaron al muchacho durante ese primer encuentro. Desentendiéndose de su indiferencia, alabó su "innato refinamiento, su indiscutible distinción y caballerosidad". A su vez Rodríguez le presentó a Rodrigo Bezanilla y Sebastián Vergara, compañeros de colegio ambos, con los que raramente conversaba.

—Son demasiado infantiles. No toman nada en serio. Interrumpen cualquiera conversación cuando pasa una mujer para decir vulgaridades.

Para eludir la caja de resonancia en que se convertían los pasillos y el enorme vestíbulo en los recreos, impidiendo cualquiera conversación en un tono normal, salieron al patio embaldosado, cuya fuente sin agua miraba el cielo anubarrado, frío, melancólico, como una gran cuenca.

—Porque se preocupan de vestirse y acicalarse, algunos creen que las mujeres no cagan, no se suenan los mocos o no se peden igual que los hombres. Claro que esas cosas y otras las disimulan. Muchas son hediondas a sobacos y a potto. Y se afeitan las piernas y las axilas, y después andan con los cañones asomados en las medias... ¿Nunca has visto mujeres con los vestidos mojados por el sudor? ¿O no has sentido su fetidez a patas? ¿O no has visto los bigotes de algunas? ¿O sus calzones meados o cagados?

Y pasó a su adolescente amigo, y cómo su relación iba consolidándose y madurando. Ya empezaba a interesarse en la literatura y el arte, adentrándose en ese mundo que la vulgaridad de su hogar de clase media ignoraba y hasta miraba despectivamente. El, Andrés Rodríguez, como un maestro de antiguo cuño, iba moldeando intelectual y humanamente a un discípulo todavía con arranques de animal joven, indómito. ¡Nada tan gratificante como formar un espíritu a nuestra imagen y

semejanza! Es el arte auténtico, que se materializa en algo real, vivo, pensante, como en esos felices tiempos de la cotidiana relación maestro-discípulo. Porque la actual educación adocenada inhibe la posibilidad de establecer lazos profundos, sólidos, perdurables.

Los griegos decían que el conocimiento precede al amor. Sólo puede amarse lo que se conoce. Es lo grande de la amistad entre hombres. Porque la relación hombre-mujer la rige el sexo, un factor animal y no espiritual, como es el verdadero amor, dictaminó Rodríguez.

La espléndida figura de Ingrid, con toda la animalidad que solía desplegar, irrumpió en medio de estas disgresiones. Se sentaba en el escusado, ensuciaba su ropa interior, se sonaba, pues no podía sustraerse a su naturaleza humana. Muchas veces notó sus blusas humedecidas en las axilas, y también el olor acre del sudor. Pero nada de eso le quitaba atractivos.

Pensó que Rodríguez deshumanizaba los vínculos entre hombres, revistiéndolos de una falsa y antojadiza espiritualidad.

CAPITULO X

Todas las mañanas Julio aguardaba el bus en la esquina de Providencia, cerca de su casa. Y solía recordar entonces un comentario de Raúl Vásquez, para quien la categoría social de la gente se reflejaba en su horario de trabajo. Antes de las ocho de la mañana los buses rebozan pasajeros hasta en las pisaderas, y los automóviles de segunda o tercera hacen nata. Pero la calidad y el año de los coches mejora pasadas las nueve. Y después de las diez, la calle queda a merced de los últimos modelos, propiedad de los grandes "tiburones", que hasta disponen de vía libre. Y los buses vienen vacíos.

Rememorando el raciocinio de Vásquez, que se había mudado sin dejar su nueva dirección, Julio no reparó en un moderno Chevrolet detenido por el semáforo, ni en su conductor de rostro colorado y ojos azules, ofreciendo llevarlo. Norteamericano de origen, le dijo en su precario pero entendible castellano, que llevaba tres años en Chile, mientras afrontaba calmoso el tránsito.

—Siempre vengo al centro a la misma hora a recoger mi correspondencia. ¿En qué trabajar usted?

Buen momento para desahogarse. Hasta la oficina se le hacía grande, porque con la caída de los negocios debió despedir a su único empleado.

—Yo poder arrendar la oficina que le sobra. Mi nombre ser Harry Wiley.

A partir de las diez y hasta la hora de almuerzo, le vendría muy bien algo como una base de operaciones para recibir su correspondencia y disponer de un telé-

fono, porque hacía frecuentes llamados a larga distancia. Carecía de fono en su casa, y prefería seguir así.

—A uno siempre llamarlo para malas noticias...
—comentó riendo.

La idea de compartir su oficina con alguien, y con un desconocido todavía, jamás había entrado en sus planes. Pero ahora le pareció digna de tomarla en cuenta. ¿Le permitiría conocer el local, mientras adoptaba una decisión? Julio disponía de dos amplios privados en el cuarto piso de un antiguo edificio de Bandera, no lejos de Compañía, con una sala de recepción que ocupaban su vieja secretaria, también heredada de su padre, y un auxiliar. Los cien dólares mensuales que le ofreció Wiley equivalían casi a sus ingresos totales de ese tiempo. Y además contribuiría proporcionalmente al pago de las cuentas telefónicas. Le rogó a Julio que no pusiese su nombre en la puerta ni divulgase su condición de arrendatario.

—Todos los gringos son raros —sostenía su padre.

Julio no lo pensó más. El gringo casi no se dejaba ver y pagaba puntualmente. Ni siquiera revisaba las facturas del teléfono, a pesar de sus cifras estratoféricas.

—¡Todo eso ser mío! —decía.

La vida social no figuraba entre sus actividades. Las dos veces que Julio lo invitó a su casa se excusó. También evitaba los bares y restaurantes céntricos y nunca dió su domicilio. Pero Julio dedujo que vivía por el lado de La Reina. Aunque desconcertantes, estos detalles perdían toda relevancia ante el cumplimiento de Wiley y su extrema discreción. Al poco tiempo incorporó a su oficina una caja de fondos, porque todos los pagos los hacía en dólares billetes.

Pero aún no cumplía los tres meses, cuando dejó de acudir. Julio hubiese demorado en notar su ausencia, de no haber sido por su secretaria y el muchachón de los mandados. Cuando mucho, Wiley desaparecía por dos o tres días, pero nunca por una semana completa como ahora. Grave error el no haberle exigido la dirección, pensó Julio. Y aparte de vulnerar su convenio con el gringo, que quizá volviese, llamar a la policía podía perjudicarlo con su clientela. De continuar desaparecido,

perdería un ingreso apreciable, y debería cargar con la cuenta del teléfono.

Esa mañana el titular del diario lo sacó de sus abstracciones: "Norteamericano aparece muerto en su piscina". Se encerró en su privado para enterarse del fin de Harry Wiley o Frank Trabucco, exponente del hampa norteamericana, cuya cara bonachona le sonreía desde una antigua foto. Se aclaraban sus precauciones para defender su privacidad. Pero en su casa de La Reina quizá guardase algunas de las cartas dirigidas a la oficina. ¿Llegarían los investigadores donde Julio? Inquieto, comprendió que sólo le cabía esperar.

Únicamente con su secretaria comentó el caso, pero le encareció absoluta reserva, porque los detectives y periodistas no aflojan a sus víctimas. En cuanto al mozo, se le dijo que Wiley había resuelto viajar a los Estados Unidos y no volvería por un largo tiempo. El hermetismo de la caja de fondos exacerbaba su curiosidad. El único cajón con chapa del escritorio, cerrado, y los demás acumulaban papeles inocuos. Ni direcciones o anotaciones orientadoras. Las cartas que llegaban a nombre de Wiley prefirió reexpedir las por "cambio de dirección". Sólo de algunos bancos suizos y una compañía de seguros inglesa. Por *El Clarín* se enteraba de las pesquisas. Pero nada alteró la primitiva versión. Y nadie se asomó por la oficina.

Una espera de tres semanas le pareció prudente para abrir el escritorio. Se sobresaltó al ver su nombre manuscrito en el único sobre que ocupaba el cajón. "Abrir sólo en caso de mi desaparición o muerte". Oscurecía rápidamente, porque esperó hallarse a solas para actuar. Encendió la luz. "Si no regreso, el contenido de la caja de fondos es para usted". Junto a la tarjeta, una llave. Tardó media hora en contar una y otra vez los billetes de 50 y 100 dólares amontonados sin ningún orden. 135 mil en total.

Permaneció un rato inmóvil. Y lanzó un profundo, interminable suspiro de satisfacción.

* * *

Antes de subir al comedor, Alfredo bebía un aperitivo en el bar del club.

—¡Qué de borrachos se juntan aquí! ¿No? Vieras en las tardes. Se llena de viejos que no se olean.

Ocuparon una mesa junto al muro. El bullicio de los jugadores de cacho se diluía en los rincones del enorme recinto. Muchos bebían y conversaban en la vara interminable, "la más larga de América", según Alfredo. Toda gente mayor. Su tío se echó atrás en el asiento, y paseó la mirada por el bar, que abarcaba todo el ancho del edificio. Sorprendía la apariencia juvenil de Alfredo. Pelo abundante, escasas canas, mínimas arrugas en su cara ovalada, de rasgos finos, y los ojos pardos siempre risueños. Siendo dos años menor, representaba diez menos que Pablo, el padre de Francisco, cuyo cabello canoso lo avejentaba.

—Mira ese que llegó ahí. Un siútico de siete suelas. ¡De los que se santiguan cuando pasan frente al club! De esos que se hacen socios sólo para poder decir después entre sus amigos: "¡Estuve tomándome un trago en el club, hombre...!" Fue gerente del Banco del Estado, y le hizo favores a medio mundo.

—No es una mala persona, entonces —comentó Francisco.

A veces los acompañaba algún amigo de su tío. Popular entre garzones y maitres, siempre le reservaban una buena mesa.

—No le recomiendo el congrio, don Alfredo... Pero los erizos están de primera. Y tenemos ese chanchito lechón que a usted le gusta.

Y al ordenar lo vinos:

—Tráeme ese envejecido en el club, como Lucho Reyes.

Porque Luis Reyes había acumulado años bebiendo en el club sin parar hasta quedar revenido, según Alfredo.

—¿Y esa mujer que tanto te preocupaba? —Aludía a Lina Miller.

—Me he hecho amigo del marido, y ha dejado de preocuparme. Siempre convidan gente muy interesante. ¡Casi todos de izquierda, eso sí!

—¡Vas a terminar izquierdista tú también!

—¿Y cómo se defiende uno de la izquierda si no la conoce? Hay muchos izquierdistas valiosos y honrados. Green sinceramente que sólo la izquierda será capaz de traer justicia al pueblo chileno.

—¡El pueblo tiene toda la justicia que quiere! Mucho más que en los países comunistas. Esos tipos le buscan los cinco pies al gato. Lo mejor que debes hacer, Panchito, es buscarte una buena mujer. O ponerte a pololear. Apréndeme a mí. Tengo 56 años, y nunca me faltan amores. El amor es de lo poco bueno que va quedando en este mundo... Cada vez estoy más contento de no haberme casado. ¡Me gustan todas las mujeres! No habría podido serle fiel a mi esposa.

—A lo mejor casado estaría tranquilo, lo mismo que el papá.

—Tú papá ha sido hombre de una sola mujer desde que se casó. Y a Ignacio las mujeres no lo dejaban vivir en su soltería. Pero una vez casado, no volvió a fijarse en ninguna otra. En cambio a mí me costó mucho conseguir mujeres de joven. Fui muy tímido, además. Pero con los años todo se facilita. Uno se pone más ducho, sabe dónde tirar el anzuelo. Lo más importante es que nunca me ha faltado la plata. Sin plata no hay amor, Panchito. La honra de las mujeres se disuelve en joyas, dinero y alcohol, decía Lucho Reyes. Aunque creo que el alcohol y las joyas están demás: a la larga, todo se traduce en plata.

—Pero usted ha sabido ganarla. Sin esforzarse mucho, según mi papá.

—Es cierto. La plata me ha llegado sola, porque no soy tan trabajador como tu padre. Vendí a buen precio el fundo que heredé, me compré "Los Alamos", lo vendí también con una muy buena utilidad, y ahora me embarqué en "Santa Clorinda", que es inexpropiable. Porque estos desgraciados de los demócratas cristianos están manejando la reforma agraria con un criterio criminal. ¡Han expropiado los fundos mejor trabajados! Pablo, que siempre ha tenido buen olfato, comprendió que la reforma venía en serio. Y pudo achicar a tiempo "Los Nogales". ¡Se llenó los bolsillos al lotear la parte baja!

—¡No sabe lo que sufrí cuando el papá empezó a vender!

—¡Es tan lindo el campo! No podría vivir sin un pedazo de tierra. Eso y una mujer son la sal de la vida para mí. Porque estoy empezando algo nuevo, Panchito. Y espero que no sea un simple amorío, como los llamaba el tío Ricardo.

—¿El tío Ricardo, el pintor?

—El mismo. ¡Tú eras muy chico entonces!

—No tan chico. Tenía 12 años cuando murió.

—¡Era un tipo extraordinario! Comenzó a pintar de viejo, porque en los últimos años se aisló mucho. Únicamente hizo una exposición. Su tema favorito es una muchacha desnuda que nunca existió. A propósito, en tres semanas más hay una exposición retrospectiva del tío Ricardo. ¿Vamos a verla? Te invito. Porque seguramente no conoces sus obras. La familia se quedó con dos o tres cuadros, no más. El turco Lolas, que es criador de caballos como yo, tiene cuatro, los mejores tal vez. También creo que van a la exposición, porque el turco los prestó. ¡Qué lesera no haber comprado ninguno! Habría sido un magnífico negocio. Imagínate que uno de los gringos de la ITT le ofreció a Lolas cinco mil dólares por una pintura del tío Ricardo, y no quiso aflojarla.

* * *

Tras el humo de los cigarrillos, y en el aire recargado de perfumes, algunos rostros de hombres flotaban congestionados, y los dientes de las mujeres fulgían entre labios a veces pintados en exceso. Sobre la cubierta de vidrio de la mesa de centro, una coctelera proyectaba su imagen invertida en los diarios y revistas a medias ordenados.

—¡Dame otro poco de pisco *sour*! Te quedó del uno...— Esteban Lagos se alisó el abundante cabello negro, que reducía su frente a una franja estrecha, hendidada, y bebió un trago—. Nada me has contado de tu entrevista con Peña, Felipe.

—Sólo hablé por teléfono con él. En todo caso, Juan Pablo quedó de venir. Ahí nos contará todo.

Con sus flacas piernas, frágiles para sostener su cor-pachón, Rita fue a la electrola, y dio vuelta los discos.

—Como te decía, pienso que en el matrimonio los dos deben pensar lo mismo —prosiguió Berenice.

—Es que jamás discutimos de política con Lina. —El rostro de rasgos alargados, intelectuales de Felipe, se distendió en una leve sonrisa—. Hemos hecho un pacto. ¡Por eso nunca trato de convencerla!

—¿Crees que podrías convencerme? Hay cosas en las que soy porfiada como mula.

—Me tinca que ese matrimonio anda mal —susurró Rita al oído de Gilberto, su marido.

—Es posible. Lina es tan reaccionaria. ¡No sé cómo se casó con Felipe!

—¡No sea pelador! Yo la encuentro muy inteligente, y con mucha personalidad.

—¿He dicho lo contrario? —De lejos la bien timbrada voz de Gilberto alcanzó a escucharse como un sonido, pero no lo que decía.

—Pienso que el matrimonio debe ser una comunidad de todo, incluso de ideas —dijo Renato, cuyo rostro enrojecido revelaba su incipiente ebriedad. Ya pronunciaba mal las palabras, arrastradamente, comiéndose sílabas enteras. Pero se esforzaba para hablar con lentitud—. Si marido y mujer piensan diferente en cosas tan importantes como la política...

—Depende del valor que se le dé a la política —acotó Lina, serena—. Y también donde uno vive. Si aquí hubiese una dictadura o algo así, marido y mujer no podrían pensar distinto. Pero en Chile todavía una puede desentenderse de la política...

—¡No, no, no! Eso es una monstruosidad. ¡Uno tiene que comprometerse con los tiempos actuales!

—¡Dale con el compromiso!

—Es que es importante, Lina. —La frente de Gilberto se prolongaba en un trazo con su nariza, como el perfil de una efigie arcaica.

—Es buena la casa de Gilberto, ¿no? —le susurró Berenice a Lina—. Esta sala de estar es más grande que la

mía... A propósito, ¡qué encantador es ese muchacho Francisco Valdés!

—¡Ahí viene Juan Pablo! ¿Con quién viene? Debe ser algún miembro del partido...

—¿Qué te pasó que te atrasaste tanto? Ya no queda trago, casi. ¡Todo se lo han tomado estos curados...!

—hipó Renato.

—Tuve una reunión política y me desocupé recién.

—Juan Pablo Castillo estrechó las manos de los más próximos, y a los otros los saludó levantando el puño—. Les presento a Nelson Santana. No quería venir, porque no lo habían invitado. Pero le dije que todos son de confianza, y que se sentiría en su casa. Nelson es miembro del partido comunista de La Cisterna, para que no metan la pata. Es el secretario de la comuna.

—Que lo eligirá diputado en las próximas elecciones —agregó risueño Nelson, señalando a Juan Pablo con un gesto.

—¡Esa sí que es noticia! Siéntese, Nelson. ¿Qué se sirve? Pero cuéntenos todo, Juan Pablo.

—Sí, realmente es una gran noticia. Costó bastante, pero lo conseguimos. —Una gravedad prefabricada impregnó la voz de Juan Pablo—. Todo ocurrió en menos de una semana...

—Encuentro tan engreído a ese tipo. —Su doble barbilla confería jovialidad al rostro de Berenice—. ¿Será socialista de veras?

—Eso cree Felipe. ¡No sabría decírtelo...!

—Va a ser una lucha muy dura. Pero esa comuna es de la izquierda. ¡Jamás hemos perdido una elección! La derecha no tiene ninguna posibilidad. Seguramente apoyará al candidato decé, que es una muy buena carta.

—Difícil la cosa, entonces.

Juan Pablo insistió en los obstáculos opuestos por sus propios correligionarios, que se resistían a su nominación. Pero una hora atrás había surgido ¡por fin! humo blanco.

—O sea esta es una celebración, en todo el sentido de la palabra. ¿Lo sabe Luz?

—Sí, hace media hora la llamé a Buenos Aires y le conté. ¡Está feliz!

—¿Luz es su mujer?

—Su segunda mujer —informó Lina—. Estuvo casado antes con una niña Lira, muy buena moza.

—¿Sabes por qué se separaron? —indagó Berenice, con su boca acorazonada.

—¡Qué curiosa eres! —rió Lina, por lo bajo—. No lo sé, realmente. Pero era gente de plata.

—¿Y qué tal es la Luz, esa?

—También separada. Es inteligente y de mucha personalidad, según Felipe. Sólo la conozco de vista. Tiene buena facha, pero es feona.

—¡Salud por el futuro candidato! —exclamó Gilberto, imponiendo silencio con la sonoridad de su voz.

CAITULO XI

Tranquila, segura, aunque menos comunicativa, Ingrid ya no frecuentaba el teatro ni a sus amigos de la bohemia. Ni tampoco el departamento de Sotomayor, según Víctor Garcés.

—Debe asustarla su misma calentura —comentó, con su voz incolora—. ¿No le has hecho empeño?

—No da oportunidad. Sale muy poco ahora. Le ayuda a la mamá en la casa. Me corretea temprano, porque se siente cansada y quiere acostarse.

—Estos períodos de tranquilidad son muy comunes en las mujeres inestables. No hay que hacerles caso. ¡Métetele en la cama! Qué sé yo... Hazla sentirse ridícula, que es incapaz de ser una mujer de verdad. ¡Pícale el amor propio!

Rió para sí con los graves consejos de Garcés. Cuestión de realidades. Porque Ingrid, luego de su última confidencia, se sumergió en un completo mutismo, y cuando Alejandro intentó vulnerar esa actitud, comentó en un tono desabrido:

—Quiero quitarme, por un tiempo, todas las morbosidades que tanto le gustan a Sofía. Por eso mismo me he alejado del grupito. Estoy mucho mejor así. Y creo que tú deberías hacer lo mismo.

Sí: necesitaba cortar esa estéril relación con Ingrid. Tenía que seguir el consejo de Andrés Rodríguez. Únicamente le interesaban ciertos temas, como la literatura, pero de pronto le sobrevenían frustrantes ausencias, y

olvidaba el presente, mientras Alejandro se quedaba hablando a solas.

—¿No será que estás enamorada? —hizo un último intento por romper sus barreras.

Se sobresaltó. Lo miró con los ojos muy abiertos, y luego, sin ninguna convicción:

—¿Yo, enamorada? ¿De quién? Te lo habría contado. Sólo me junto, o me juntaba, con la misma gente que tú conoces...

* * *

Con la viudez, Hortensia Ravanales debió trasladarse con su única hija, Elvira, de 19 años, a una residencial de tercera categoría. Se ayudaba con esporádicas costuras, porque el magro montepío se le iba en pagar la pensión. Elvira no tardó en desligarse del control materno. A veces desaparecía días enteros. Quería pasarlo bien, pero sin casarse, replicaba cuando su madre la llamaba al orden. Y sobre buscarse un trabajo, ni siquiera quería conversar.

—No me voy a apolillar en alguna oficina pública, ganando una miseria, o como secretaria de esos frescos que andan a manotones... Estoy muy bien así.

Pero aparte de algunos regalos que sus amigos le hacían, Elvira no tenía plata ni para el bus. Sacarle algunos pesos a su madre le significaban largos regateos. Así el casual encuentro de Hortensia con Dorila Gómez, una compañera de liceo, resultaría providencial a la larga. Porque Dorila era como hermana de Eloisa Pizarro, encargada por un magnate árabe de una quinta privada de diversión. Contando con su asentimiento, y siendo mayor de edad, Dorila podía recomendársela a Eloisa. Afortunadamente Elvira había falseado su edad en el carnet, pero sin decirle para qué a su madre. Aunque a primera vista no impresionaba dada su delgadez, poca estatura y rostro un tanto paliducho, Dorila la halló atractiva. Mirándola con atención, sus finas facciones y ojos almendrados le conferían el encanto de uno de esos

retratos que suelen olvidarse en el cajón de una vieja cómoda.

—¡Como ves, es una tragedia griega! Quiere algo mejor para Elvira. Le gustan los hombres mayores, pero se mueve en un ambiente no de lo más selecto. La chica tiene condiciones y merecimientos.

—¿Estás segura que no es menor de edad? —inquirió Eloisa—. Es muy fácil meterse en líos. Don Moisés es muy serio para sus cosas...

—No te preocupes. Además su madre me responde a mí. ¿Te he fallado alguna vez?

Habilidosas argucias legales permitieron a su marido no sólo abandonarla sin compensación económica alguna, sino además ganarse la tuición de sus tres hijos. Tiempos muy duros se abatieron sobre Eloisa. Obtuvo una mediocre ocupación en Acomsa, gracias a Dorila Gómez, que oficiaba de telefonista, y haciendo un esfuerzo, entre ambas tomaron un departamento. Para financiarlo, a Dorila se le ocurrió subarrendarlo por horas para citas amorosas. Gracias a su emplazamiento en pleno centro, podrían obtener hasta tres turnos diarios entre las 9 de la mañana y las 6 de la tarde. Así el canon le saldría gratis, dejándoles además una ganancia extra. Como telefonista Dorila se preocuparía de establecer los contactos, y Eloisa de entregar las llaves y cobrar la tarifa. Eloisa aceptó a regañadientes, porque temía algún conflicto, obviables para Dorila mediante la selección de los clientes. Ante cualquier contratiempo, terminarían con el negocio. A los dos años, una pareja de amantes disputó y se tiraron con cuanto tenía a mano. No respetaron ni la radio de velador de Dorila, ni las escasas pertenencias de Eloisa, como una pieza Capi di Monti, que constituía todo su orgullo.

Pero la venta de artículos santuarios internados por el puerto libre de Arica, se convirtió pronto en una aceptable fuente de ingresos para Eloisa. Hasta pudo ahorrar. Azuzada por Dorila, dejó su mezquino cargo en Acomsa, y viajó al norte a probar suerte. Durante tres años sus afanes fueron los licores, cosméticos, alimentos finos, la ropa interior y bitusería, etc., adquiridos por ella misma en Arica, y distribuidos entre una creciente clientela. Se

hizo íntima de Lucrecia Gianolli, secretaria de Moisés Lolas, y se enteró de la vida del magnate, de como había llegado rico a Chile, al revés de la mayoría de sus coterreños. Porque su familia, al cabo de una generación en el Perú, afrontó la etapa de amasar una suculenta fortuna en el paraíso latinoamericano. Tarea simple, le había dicho el mismo Lolas a Lucrecia, porque ellos provenían de naciones donde "encontrar agua es difícil".

Aconsejado por un pariente, Lolas armó en Chile una hilandería, durante el auge de la protección a la naciente industria nacional con un complejo control de cambios internacionales y liberalidades aduaneras. En pocos años las empresas de Lolas se multiplicaron. Habilísimo para los negocios, su patrón había amasado millones y millones de dólares desviando los barcos cargados de algodón, mediante la alteración de los documentos de embarque, a países donde el pago se hacía en dólares corrientes, transables en el mercado a dos y tres veces el valor de las divisas preferenciales entregadas al amparo de la ley. Porque siempre las cuotas fijadas por la autoridad superaban con creces las necesidades de las hilanderías Lolas, bendiciendo estos "embarques brujos".

—¡No se lo vayas a contar a nadie! —le encargó Leticia, respirando excitada, y con sus ojillos brillando en su rostro maquillado como el de una actriz de vodevil al comienzo de su decadencia—. Sólo yo lo sé, porque siempre oía cuando don Moisés conversaba estas cosas con el gerente general, que también es árabe.

Consejo perfectamente demás, porque Eloisa no se empinaba sobre el nivel de las secretarías y de los empleados menores, donde las hazañas de los patronos, de cualquier tipo que éstas fuesen, integraban su ingenua mitología cotidiana.

—Don Moisés me dice que ellos no son como los judíos. Porque los árabes han creado industrias y empresas productivas, en cambio a los judíos los trajo el gobierno para labores agrícolas, como colonizadores del sur, pero prefirieron quedarse explotando "parcelas" en los pasajes del centro de Santiago. Todos se convirtieron en intermediarios. No crean nada, dice don Moisés. Han abierto joyerías, peleterías, casas de regalos, o simple-

mente cobran sus comisiones como representantes de firmas europeas y norteamericanas... Se dedican a la usura y la especulación...

Inefable resultaba para Lucrecia la corrección, caballerosidad e ilimitado potencial de trabajo de su patrón. Y a pesar de sus atractivos, no se le conocían líos de faldas.

—Su vida familiar es un ejemplo —afirmaba Lucrecia.

Esa tarde Moisés Lolás llegó con un hombre gordo, bien vestido y perfumado, y sorprendió a Eloisa guardando un cartón de *Walter Raleigh*. El empresario compró los cigarrillos y los regaló a su acompañante, un alto funcionario del Banco Central, según Lucrecia.

Escudriñada por la mirada penetrante de Lolás, Eloisa había atisbado en su fino rostro moreno, coronado de pelo liso, bien engominado, una expresión entre calculadora y apreciativa durante el brevísimo lapso que permaneció en la antesala. A la mañana siguiente, antes de las nueve, Lucrecia la llamó al departamento:

—Don Moisés quiere conversar contigo. Ven a las once. ¡No dejes pasar esta oportunidad!

* * *

A la vista de las ostras grandes, gordas y luminosas, la cara de Alfredo se transfiguró. Ordenó más tostadas, y mientras cumplía con el ritual de exprimir limón en cada molusco, prosiguió:

—¿Qué te decía? ¡Ah! Yo creo que lo mejor para conseguir la felicidad es ser un buen término medio. Ni demasiado buen mozo, ni demasiado inteligente, ni demasiado rico, ni con demasiada suerte con las mujeres. Ahí tienes a Nacho, tu primo. Es precisamente el tipo que no envidio, porque es demasiado de todo...

—Hasta un poco extraño —comentó Francisco, cogiendo el limón—. Pero la política le ha hecho bien, me dijeron. A mí me prohibían ir a su casa, ¿sabía usted? Vivía solo, en la práctica, y en ese tiempo la diferencia de siete años entre los dos le parecía excesiva a la mamá.

—Me imagino. Nunca he visto un tipo igual. ¡Ni los actores de cine más famosos! Y es tan simpático, además. Todos ustedes son buenos mozos, pero tienen cara de hombres. En cambio Nacho habría sido una mujer regia.

—La Loreto se parece a él, y es estupenda. Mejor dicho, Ignacio se parece a ella.

—Me acuerdo que hace años se disfrazó de mujer para una fiesta, y quedó la grande. Los tipos andaban como locos tras él... Con su pelo negro ondulado, y esos ojos celestes... ¡A veces comprendo a los maricones!

—Alfredo, riendo, saboreó una ostra—. Yo, con la pinta y suerte de Ignacio, me lo habría llevado encamado. ¡Habría muerto de tisis, creo...! Realmente, no hay justicia en esta vida. ¡No es que esté desconforme! Pero mira a Nacho. Aparte de su facha, tiene cualquier cantidad de plata. Es millonario en dólares, ¿entiendes? Su abuelo le dejó no sé cuántos millones. Porque los mineros se arman o se arruinan. Más corriente es que se arruinen. Y es inteligente. Imagínate: graduado en economía en Harvard, nada menos, con las mejores notas. Y ahora diputado... Es como mucho, realmente.

—En eso se basa la gente de izquierda y el marxismo.

—Pero ni todo el marxismo del mundo podría hacer buen mozo a un adefesio, por ejemplo, o inteligente a un tonto. Ahí va muerta esa gentuza amargada, que sólo sabe aleonar al pueblo contra los que tienen algo o trabajan. Pero dejemos la política... Como te decía, no me quejo. Pero reconozco que la naturaleza o la Providencia distribuye mal las cosas, a veces.

—Pero la gente que todo lo recibe, como el caso de Ignacio, no siempre es feliz. Al contrario.

—¡Por supuesto! Al mismo Nacho, ¡qué cosas no le han pasado! Claro que son algo raros por parte de la madre. Su tío Salvador era un degenerado completo: maricón, corruptor de menores, morfinómano... pero de muy buena facha, como todos los Pinto. ¡No he conocido tipo más desagradable! Tincado, lleno de cosas retorcidas, amanerado... Dicen que murió en Europa, en un lío de maricones.

—La tía Loreto nunca lo nombra.

—¡Qué lo va a nombrar! Un hermano así es para

olvidarlo, solamente. Menos mal que toda su fortuna pasó a manos de Loreto, porque heredó la mitad de los millones de don Rodrigo. También don Rodrigo fue algo raro, pero en otro sentido. Y supo ganar dinero. Ese es otro de los tipos con buena facha que he visto. Las mujeres no lo dejaban vivir. Mi hermano Ignacio me contaba que don Rodrigo se había hecho una cubrecamas con los calzones de sus amantes. ¿Qué te parece? —Sus carcajadas hicieron un dúo, y de varias mesas se volvieron a mirarlos—. Tenía mucho sentido del humor. Ignacio salió a él. Es más Pinto que Valdés.

—Pero su afición a la política la heredó de los Valdés.

—Y lo simpático, también. Porque es encantador. Yo lo quiero mucho. Y no solamente porque es el hijo de mi hermano mayor. —Hizo crujir una tostada y bebió un sorbo de vino blanco—. Estas ostras están de primera, ¿no? Me van a venir muy bien, porque anoche tuve bastante trabajo... ¡No es un gran amor, todavía! Pero interesante. ¡Nunca me había resultado nada tan fácil! Supongo que a Nacho deben pasarle estas cosas todos los días.

—No haga tantos preámbulos, y cuénteme. ¡Puchas que le da color!

—Es que a la vida hay que darle color. —Sorbió otra ostra, se enjugó los labios con la punta de la servilleta—. ¡Y dicen que la vida es triste! Como te estaba contando... Hace como una semana, fueron a comer a mi casa unos amigos. Andaban a pie, y los fuí a dejar. Al volver por Compañía, como a las tres de la mañana, ví a una mujer rubia, de pelo liso y largo, caminando muy apurada por la vereda. A veces miraba atrás, para ver si venía un bus, me dijo después. Cumplió recién los 18 años. Muy alta, quizá un poquito maciza, medio alemanota. La madre es una gringa del "sure", danesa o sueca. Se veía muy nerviosa. Me contó que acababa de plantar a un hombre. Llegaron hasta la pieza de un hotel, y lo dejó allí, con los crespos hechos. ¿Te das cuenta? La invité a tomarse un trago a mi departamento, para que pasara la emoción. Se tomó un whisky al seco. Estaba virgen, imagínate mi sorpresa. ¡Vieras lo que trabajó tu tío! Después se echó a llorar, como suelen hacerlo estas niñas... Que por favor

no le fuera a contar a nadie. Que su familia era así y asá. Que serían capaces de matarla. Que nadie volvería a saludarla. La tranquilicé como corresponde, con otros tres gloriosos sacrificios, como diría Valle-Inclán. Y ahí estoy con mi nuevo amor. ¿Qué te parece?

—O sea, usted cosechó lo que sembró otro.

—Los que otros sembraron. Había estado a punto de entregarla en otra ocasión, con un jovencuelo inexperto. ¡A la tercera es la vencida! Aunque es muy regia, muy estupenda, no es mi tipo de mujer. Las prefiero más femeninas. Tiene un ceño duro, como de walkiria. Ojos y pelo lindísimos. —Despegó una ostra y la tragó con fruición—. ¡Un cuerpo sensacional! Carne dura, apretada. Pero a mí me gustan más delgadas, con todas las cosas bien puestas, ni muy grandes ni muy chicas. Además es muy neurótica, y llena de leseras. Lo mejor es que la estoy enseñando a mi manera. Es el ideal, según Nacho. Y ese sabe de estas cosas... ¿Ves tú? Algo así deberías buscarte.

—Tengo otros proyectos, tío. ¡Ya se los contaré!

—Es una buena cosa una mujer joven a mi edad. Ojalá cambie un poco, porque me cabrean mucho sus chinchocerías. No quiere quedarse a pasar la noche conmigo. Tengo que levantarme de madrugada para ir a dejarla. ¡Ya no estoy para esos troles! Tampoco le gusta que la pase a buscar a su casa, para que su familia no me vea y vaya a sospechar algo. He querido llevarla al fondo los fines de semana. Tampoco puede. En fin, ya veremos como se presentan las cosas más adelante. Y tú, ¡no vaya a ser que tus proyectos sean meterte al partido comunista! O algo así. Mira que con esas juntas...

Francisco rió de buenas ganas.

—¡No tiene por donde venirme lo comunista! Usted lo sabe muy bien. ¡Qué raro que usted y mi papá hayan sido tan poco políticos!

—Sí, es cierto, considerando que mi padre fue diputado y dos veces senador.

—Estamos rodeados de políticos. La tía Marta, casada con Cristián Concha, diputado. Ignacio, que también es diputado...

—Bueno, es que Ignacio fue político, también.

Cuando murió estaba preparando su candidatura a diputado. En cambio a tu padre y a mí nunca nos ha dado por esas cosas. Yo creo que por comodidad, más que nada. Los dos somos miembros del Partido Nacional, vamos a las reuniones, pagamos nuestras cuotas. Pero nada más.

—Pero usted, ¿aceptaría una candidatura si se la propusieran?

—Para empezar, no creo que alguien pudiera ofrecérmela. Saben muy bien como soy. Y si llegara a pasar, la rechazaría de todas maneras. ¡Para eso sí que no estoy en edad! Puedo aceptarle los caprichos a Ingrid, como se llama mi amorcito, pero nada más...

—Ingrid: es un nombre exótico.

—Ingrid Lizama Nielsen. Una buena mezcla, ¿no? Como te digo: puedo aceptar los caprichos de las mujeres, pero no de la política. ¡Eso se lo dejo a otros...!

CAPITULO XII

—Lo único que busca Varela es el éxito. ¿No se han dado cuenta en el partido? —Renato miró de soslayo a Santana, sentado en un puf de cuero.

—El partido también necesita gente así. Sé que cae mal, porque siempre trata de estar en el primer plano. Pero es un buen escritor, y en el pedagógico lo aprecian mucho.

—¡Como escritor no vale nada! Se acercó al partido para que lo promuevan, solamente.

—No diría tanto. En todo caso, lo necesitamos.

—¿Y lo seguirán necesitando en el estado socialista?

—Tenemos que llegar primero al estado socialista. Uno es el partido en el gobierno, y otro es el partido que lucha por conquistar el poder. Tenemos que pulsar todos los resortes, sin despreciar ninguno. —Aunque llevaba un solo pisco *sour*, la cara ancha, oscura y tosca de Santana reflejaba la acción etílica. Algo debía haber bebido antes de llegar.

—¡Eso es maquiavelismo!

—Los capitalistas hicieron lo mismo en su tiempo. ¿Cómo acumularon riqueza sino a costa de la explotación más inicua? Acuértese de las minas inglesas, donde enganchaban a niños de diez y doce años. Antes de cumplir la mayoría de edad, ya estaban físicamente destruidos. Los capitalistas dicen que lo importante es lo conseguido: el despegue industrial de la humanidad. Conforme: ahora nosotros queremos el despegue del pueblo. Y para lograrlo utilizaremos todos los recursos. Porque esa ruin

explotación tiene que ser pagada, ¿no lo cree así?

—¿Todos tenemos que pagar esa explotación? —indagó Lina, pendiente de Santana.

—Sólo los que están con los explotadores.

—¿Con quién estás tú, preciosa? Felipe no te escucha, dilo con confianza. —Renato mantenía apenas los ojos abiertos, y arrastraba las palabras.

—Con la gente que me hizo como soy. ¿Con quién habría de estar?

—¿Y usted cree que la hicieron bien? —El tono y la actitud de Nelson Santana reflejaban seriedad.

—¡Esa estuvo buena! Lina, ponte de pie para que Nelson te vea. ¡Es la mujer mejor hecha que hay! —La risa general hizo enrojecer intensamente a Santana.

—¿Quién está hablando de las hechuras de mi mujer? —Felipe se dió vuelta, con fingido enojo.

—Yo entendía que el marxismo repudiaba a los que solamente buscan el éxito personal... —Extinguidas las risas, Renato volvió a la carga.

—¿Y a quién no le gusta el éxito personal? —Lina aun reía con el exabrupto de Renato—. ¡Habría que estar enfermo para no desearlo!

—Al revés: el partido busca a las personas de éxito —dijo Santana, ya repuesto—. O ayuda a obtenerlo. En los países capitalistas el que triunfa es un centro de influencia, de poder, y es preferible conquistarlo para la causa. Por eso a usted le parece que hay personas ideológicamente discutibles junto al partido.

—¡Claro que la gente de éxito es centro de influencias! —apoyó Lina, convencida—. Y es lógico que se trate de captarla.

—¡Me opongo a esa idea! ¡No la acepto! ¡La encuentro monstruosa! —exclamó Renato, repentinamente excitado—. No podemos ser tan utilitarios en la vida. ¿Dónde quedan los ideales, entonces? ¿Qué mundo queremos para nuestros hijos?

Cabeceaba y sus palabras surgían a borbotones. Lina le palmoteó el hombro, tratando de serenarlo.

—¿Por qué tomará tanto? —murmuró Berenice al oído de Lina—. Sano y bueno es encantador. ¡Y tan inteligente, además!

—Se siente frustrado, eso es todo —replicó Lina, aprovechando que Renato, vuelto hacia Nelson, insistía en sus planteamientos—. Es demasiado independiente. Y para un profesor como él, que le gusta escribir, eso es malo. Tiene unos poemas preciosos. ¿Los has leído? En el ambiente intelectual, el compromiso con la izquierda es indispensable. Renato lo comprende, pero se revela. ¡Los marxistas lo controlan todo!

—En Chile, solamente.

—En todo el mundo, casi. Así dice Felipe. Cuando vivimos en Europa, uno se daba cuenta del poder que tienen. Sólo los muy bien vinculados socialmente se abanicen con el compromiso político. O los muy ricos...

—Pero ya ves a Juan Pablo...

—También tiene alguna frustración. Estoy segura que se metió en el partido porque la izquierda está en alza en el mundo. Y aquí, especialmente.

—Este Renato se pone insoportable cuando toma, ¿no? —comentó Juan Pablo— ¡Es un majadero!

—Pero es un buen amigo. ¡Yo lo aprecio mucho! —comentó Esteban, mirando a Renato que heroicamente intentaba concentrarse en las palabras de Santana.

—Necesitamos gente de pelea, que se juegue. —Juan Pablo se encogió de hombros—. Daremos una batalla frontal sin transigir. O lo conseguimos ahora, o seguiremos empantanados durante quizá cuánto tiempo. ¡Es muy importante lo que viene...!

* * *

Un aroma a perfume y tabaco rubio salió a su encuentro cuando entró en la extensa oficina de Moisés Lolas, con muros revestidos en encina. Muy afable, la invitó a sentarse.

—Entiendo que usted es una mujer independiente, que vive sola. Puedo hablarle con toda confianza, ¿verdad? —Su voz suave, bien timbrada, medía las palabras, sin quitarle los ojos retintos—. Lo que más agradecen los hombres es que los atiendan con mujeres. Porque mu-

chos son reacios a aceptar regalos. En cambio si uno les proporciona una mujer, con toda discreción, difícilmente se negarán. ¡Excepto que sus gustos sean otros! —rió con una dentadura pareja, muy alba—. Hace tiempo que le estoy dando vueltas a una idea, pero aun no puedo materializarla: comprar una propiedad en los alrededores de Santiago, rodeada de jardines, con una buena piscina, para destinarla exclusivamente a la atención de algunos personajes importantes que necesito tener gratos. Habría que contratar una servidumbre especial, muy discreta, y una buena cocinera. ¡Ah! También sería conveniente disponer de una sala de juegos. Porque hay muchos aficionados a las cartas...

Difícil disimular el desconcierto que las tranquilas, mesuradas palabras de Lolos le despertaban, unidas a una secreta vergüenza.

—Lo más importante son las mujeres. Pero no quiero líos. Por eso necesito alguien de absoluta confianza. Hay que evitar las menores y, en lo posible, las casadas. No quiero enfrentarme con un padre furioso, o un marido engañado, ¿entiende? Deben ser mujeres jóvenes, muy atractivas, y que sepan lo que hacen. No llevarlas con engaños ni usando drogas. ¡Debe conocer decenas en las oficinas de Santiago! La paga sería la mejor. No es necesario que me conteste de inmediato. ¿Hoy es miércoles? Digamos, respóndame el viernes. Respecto a la sala de juegos, lo afinaremos más adelante, porque con eso tal vez podría recuperar en parte la inversión. —Remató la frase con una amplia sonrisa.

Los ojos de Dorila se desorbitaron al conocer esa noche las condiciones económicas del trabajo.

—¡Tendrás que ser cretina para dudarlo! Nunca se te va a presentar otra oportunidad igual en tu vida. Debías darte con una piedra en “los pechos” por tu suerte.

La expresión inocua de su amiga la enardecía, mientras iba de un lado a otro de la estrecha sala de estar, con su figura regordeta y el rostro algo mofletudo, sus ojos amarillentos en perpetua ebullición. Cuando hizo un alto, agotada por el esfuerzo, Eloisa contestó calmosa:

—Me has demostrado que es un trabajo decente. Es

lo más importante para mí. ¡No voy a engañar a nadie!

Un corredor de propiedades, conocido de Lolás, no tardó en hallar una quinta en el camino a Las Vertientes, con una gran casa a mal traer, numerosas habitaciones, y un vasto subterráneo y bodegas anexas. Refaccionándola y agregándole una piscina, quedaría lista para sus fines. Eloisa se mudó a un nuevo departamento, porque Dorila quería seguir con los arriendos por horas. Tanto prosperó en su negocio que a los dos años administraba una cadena de departamentos galantes, pero siempre como telefonista de Acomsa.

Al alero de Lolás, que la llamaba su "relacionadora sentimental", Eloisa también se puso las botas. Cumplió con tanto celo que al cabo de tres años a cargo de la quinta, sólo se había registrado un incidente: el gerente de un banco se emborrachó y agredió a una de las mujeres en un ataque de celos. Se le excluyó de la lista de invitados, y a la joven se le consoló con una suma extra. La sala de juegos, montada en el subterráneo y manejada por un hombre de confianza de Lolás, le retribuía con creces lo que gastaba atendiendo a sus invitados.

Eloisa incorporó a Elvira a su "elenco estable" de mujeres. Por esos mismos días, y también valiéndose de Dorila, Diógenes había hecho contratar a Samuel de mozo. Se conocían desde que Dorila, enamorada de un miembro del partido, estuviera a un tris de firmar los registros. Pero la ruptura con su novio enfrió su incipiente marxismo, y la alejó de la política, aunque mantuvo su amistad con Peña.

En muy poco tiempo, la quinta de Lolás recibió dos aportes de Dorila, pero que cumplirían papeles muy distintos: Samuel y Elvira.

* * *

De tarde en tarde Alejandro buscaba a Nazar, aguijoneado por una morbosa curiosidad, para escuchar su inagotable repertorio de chistes y aventuras eróticas,

reales o imaginarias. Y por Nazar conoció a Fuad Atala, cuyos negocios le impedían una asistencia regular a clases, porque debió hacerse cargo de una industria a la muerte de su padre. Macizo, alto, de corto pelo crespo y rostro redondo, estacionaba su coche deportivo rojo frente a la escuela, en un lugar visible, y cruzaba con incuestionable majestad el patio de ingreso, con sus elegantes trajes oscuros, fumando cigarrillos norteamericanos.

—Es muy pisador —comentó Nazar, una vez que Atala se marchó con una joven morena, alumna de segundo año.

Aunque dotado de un vozarrón, Atala siempre conversaba en un tono casi confidencial. Alejandro se enteró de sus vaivenes comerciales, de las zancadillas de sus propios paisanos, incluyendo parientes que su familia ayudara a levantarse. O con un lenguaje particularmente lúbrico, abordaba su tópico favorito: las mujeres.

En cuanto a Rodríguez, vivía ahora en un pequeño departamento, en una calle sinuosa, angosta, trazada a través de una doble fila de edificios relativamente nuevos, y que unía al parque Forestal con Alameda, no lejos de la pensión de Alejandro. Fue de los primeros invitados a conocer el amplio ambiente, alhajado con muebles, lámparas, cuadros y alfombras procedentes del menaje familiar. Y por supuesto, sus libros favoritos cuidadosamente ordenados en un anaquel de encina. ¡Qué diferente a la melancólica pobreza de su dormitorio en la residencial! Se limitó a ahogar un suspiro.

Durante los recreos, Rodríguez no se le separaba, y de este modo Francisco terminó aceptándolo, ya que por naturaleza rehuía los grupos. También en un comienzo Rodríguez dispensaba una cierta condescendiente acogida a los comentarios desbordantes de vitalidad sobre ropa, fiestas y gente adinerada de Rodrigo Bezanilla, su ex compañero de colegio.

Pero sus coloquios privados con Francisco comenzaron a distanciarse, porque pronto captó un indisimulado malestar en Rodríguez cuando llegaba a interrumpirlo. Pero sus atrasos, comunes desde que vivía solo, le permitían abrirse con Francisco, y exponerle sus confidencias,

aunque el muchacho mantenía en reserva sus propias intimidades. Sus paseos al fondo, los retiros espirituales con el padre Alfonso Soler, algún incidente familiar sin mayor relevancia. De mujeres, nada. Alguna amiga con la que iba al cine, o acompañaba a una fiesta. La vida de Francisco descollaba por lo austera, pero a Alejandro lo reconfortaban la serenidad e interés con que lo escuchaba. Sólo cuando mencionó a Ingrid, notó que se alteraba levemente.

—¿La conoces?

—No, no. Sólo que el nombre es muy raro. Ingrid...

¿Ingrid cuánto?

Y al concluir Alejandro de volcar sus descorazonadoras relaciones con la muchacha:

—Seguramente está enamorada de alguien, y no quiere decírtelo. Hay mujeres muy egoístas. Tal vez teme que te alejes si te cuenta la verdad. Es preferible que no vuelvas a verla por ahora. Deja pasar un tiempo.

Recién concluida la clase de romano, Rodríguez lo encaró con una expresión ambigua:

—Mira, Alejandro. Quiero ser muy franco contigo. Ya nos conocemos bastante para tener confianza. No sé que interés tienes en Francisco, pero no creo que sea algo muy especial. En cambio para mí Francisco es importante. Lo encuentro inteligente, refinado. No es un intelectual, como yo o tú. O sea, nada podría darte Francisco en ese terreno. Pero a mí su aspecto humano me parece lleno de expectativas, ¿ves? Por eso quiero que cuando me veas conversando a solas con él no te aproximes. Excepto que yo te haga un guiño, o cualquiera señal parecida. ¡Son muchas las cosas que quiero conversar con él, en los pocos momentos que lo veo! Pero con tu llegada se frustran... Espero que me comprendas.

—Realmente, no te entiendo bien.

—Francisco es muy especial, y aunque lo he invitado a mi casa, siempre tiene algún problema. O se corre, simplemente. ¡Para que veas que soy sincero contigo! O sea, sólo aquí puedo conversar con él. Me harás un favor. Y a propósito, ¿sabes que mi hermana te encuentra buen mozo? ¡Las mujeres no tienen remedio...!

Aunque riendo, recapacitó en sus palabras.

—Encuentro bastante raro tu pedido.

—Es muy importante para mí. Además tú tienes varios amigos. Siempre te veo conversando con alguno distinto. Hasta con ese turquito bufonesco llamado Nazar. Y te has hecho bastante amigo de Rodrigo Bezanilla. Y Rodrigo te lo presenté yo. Tú me presentaste a Francisco, y por lo tanto estamos a mano.

Aunque los recovecos síquicos de Andrés Rodríguez siempre lo sorprendían, resolvió llevarle la corriente. Tres días después, cuando Alejandro cruzaba el puente Pío IX, sobre un Mapocho escaso de agua y con dos pelusas jugando al lado del paredón de piedra, Francisco lo alcanzó.

—¿Y tu moto?

—La tengo en pana. Quería hacerte un comentario bien en privado. Andrés Rodríguez es medio raro, ¿no es cierto?

—¿En qué sentido? —Adoptó un tono ingenuo.

—¡Sabes muy bien a qué me refiero! No te hagas el leso...

Aguardaron que el semáforo les diera la pasada. Muy serio, Alejandro le explicó que la preferencia de Rodríguez por la compañía masculina no debía malinterpretarse. Tal vez necesitaba conocer una niña joven, pero inteligente. Con muchachas huecas, frívolas o vanas, difícilmente cambiaría.

—Conmigo es muy atento, muy amable. Pero de repente me habla del amor entre hombres, de la belleza masculina, el refinamiento... Eso quería contarte.

Atravesaron la perspectiva de la doble hilera de plátanos orientales del Parque Forestal, ahora desnudos de hojas, con las ramas sarmetosas vibrando en las alturas bajo una brisa helada, mientras la hojarasca tapizaba en un tono rojizo el camino de grava. La Fuente Alemana, con su arca de bronce cargada de simbólicos tripulantes, navegaba en seco, porque los surtidores no derramaban agua sobre los escalones ya cubiertos de un moho bermellón.

— Me parece bien la idea de buscarle una amiga. Voy a plantearle el asunto.

— Sí, es mejor que lo hagas tú, y no yo.

— Lo conozco menos que tú —replicó Francisco—. ¿Por qué no le preguntas a Bezanilla si conoce alguna niña apropiada? Se lo lleva en fiestas y debe tener montones de amigas.

CAPÍTULO XIII

— Cuando el partido se propone, la realidad se rearranja conforme a la ideología marxista. Los adversarios quedan excluidos. — Nelson, cabecero, un separador de casa de Renato, a punto de dormirse. — Pero primero hay que conquistar el poder. Porque el mundo se cambia dando dentro de una sociedad con a todas estas cosas de estructuras, ya podridas. Debemos fundamentar nuestra estrategia en esa realidad para destruirla. Desde dentro se pelea mejor. (No hay que olvidar...

Renato se levantó y, tambaleándose, se volvió el talón sobre el baño.

— ¿Dobes, está peñimo? ¿Lino se xorra en el sofá y se arrumase a Santana? ¿Usted cree que el marxismo responderá algún día?

— No me cabe ninguna duda! Creo que las cosas se están dando favorablemente en todos los frentes.

— ¿En cuanto tiempo más cree usted? ¿En cinco, diez, veinte años?

— Dos siglos se marcaron en la frente cuadrada de Atenea, y una sonrisa se diseñó en sus labios finos.

— ¡Qué lástima! Es un problema grave, muy serio. El ideal sería que todo ocurriese en el momento. Por ejemplo, que estallara una guerra mundial y acabara la URSS.

— En una guerra así no quedarían sobrevivientes.

— Ese es el problema. Pero la guerra siempre es una posibilidad. Derrotado el imperialismo, el marxismo se responderá sin dificultad.

CAPITULO XIII

—Cuando el partido se impone, la sociedad se reorganiza conforme a la ideología marxista. Los individualistas quedan excluidos. —Nelson, calmoso, no separaba sus ojos de Renato, a punto de dormirse—. Pero primero hay que conquistar el poder. Porque el combate lo estamos dando dentro de una sociedad construida sobre viejas estructuras, ya podridas. Debemos fundamentar nuestra estrategia en esa realidad para destruirla. Desde adentro se pelea mejor. ¡No hay que olvidarlo...!

Renato se levantó y, tambaleándose, atravesó el salón rumbo al baño.

—Pobre, ¡está pésimo! —Lina se corrió en el sofá para arrimarse a Santana—. ¿Usted cree que el marxismo se impondrá algún día?

—¡No me cabe ninguna duda! Creo que las cosas se nos están dando favorablemente en todos los frentes.

—¿En cuanto tiempo más cree usted? ¿En cinco, diez, veinte años?

Dos surcos se marcaron en la frente cuadrada de Nelson, y una sonrisa se diseñó en sus labios finos.

—¡Ojalá pudiese saberlo! Es un proceso paulatino, progresivo. El ideal sería que todo ocurriese en un solo acto. Por ejemplo, que estallara una guerra mundial, y ganara la URSS.

—¡En una guerra así no quedarían sobrevivientes!

—Ese es el problema. Pero la guerra siempre es una posibilidad. Derrotado el imperialismo, el marxismo se impondría sin dificultad.

—¡Hitler pensaba lo mismo! Imponer el nazismo en un mundo sometido por la guerra.

—Sí: los vencedores imponen cualquier cosa. Pero entienda esto: el marxismo contempla un nuevo orden, una nueva estructura social y económica. Usted mismo lo decía denantes: la hicieron burguesa —sonrió al recordar—, y cuando a uno lo hacen de cierta manera, sólo lo cambian a la fuerza o haciéndolo creer en una mística. Pero la mayoría de la gente es cómoda. Todos siguen la línea del menor esfuerzo. Aunque uno le demuestre a esa gente que viviría mejor regida por una doctrina política-económica más justa, prefiere seguir en el barro. El pueblo es conservador, apegado a las tradiciones, aunque éstas se basen en el hambre y la miseria. Por eso al sistema capitalista le cuesta poco mantener las cosas como están. Tienen esa gran ventaja sobre nosotros, además del ejemplo desorientador de algunos países desarrollados capitalistas. Los Estados Unidos son el peor enemigo del marxismo, porque con sus oropeles y seudocultura alienante, ejercen una enorme fascinación sobre la humanidad. ¡Han convertido el éxito personal en una nueva mística!

—¿Y qué de malo tiene? En Estados Unidos cualquiera puede triunfar. O hacerse millonario.

Casi todos escuchaban a Juan Pablo, y así Lina y Nelson conversaban a solas, porque Renato no volvía del baño y Berenice escogía discos con Rita.

—Esa es la gran falacia del capitalismo, su mayor triunfo: vender la idea de que dentro de su sistema cualquiera puede triunfar. Es la misma propaganda de la lotería: cualquiera puede ser millonario. Pero eso es falso. Los que triunfan en Estados Unidos o los que se sacan la lotería son uno entre miles. Por cada persona de éxito en Estados Unidos no menos de 500 se frustran, se quedan al comienzo del camino. Y se entregan a las drogas, al alcoholismo, a la prostitución, al crimen. O se suicidan. ¡El país de los millonarios! ¿Cuántos millonarios hay en Estados Unidos? ¿Diez mil, cien mil, quinientos mil? Y todo eso para una población de 200 millones.

—Pero, ¿usted cree realmente que la gente rica es mala?

—Sí, porque mira la realidad con la deformación psicológica y social que da la riqueza. Por eso luchan para que las cosas no cambien, sigan iguales. Son los grandes defensores del *establishment*.

—Pero yo conozco gente rica que nunca se mete en política.

—Los ricos influyen por presencia. No necesitan actuar en política contingente: de todas maneras ejercen el poder desde sus oficinas, desde sus compañías, desde sus salones...

—¡Eh! ¿Qué es ese conciliábulo? Cuida a Lina, Felipe, porque la están concientizando...

—Un trabajo menos para mí. ¡Siempre que no me deje por el concientizador!

—¿De qué hablaban? Oí nombrar a los ricos...

—Nelson aborrece a los ricos. Dice que todos son malos, insensibles.

—¿Y dudas que los ricos sean malos? ¿Qué de bueno hacen?

—Vivir bien es bueno, sin duda...

—Mientras millones y millones se mueren de hambre, frío y miseria.

—¡Eso no es culpa de los ricos!

—¡No seas burguesa, Lina! ¿Qué hacen los ricos aparte de acumular más dinero y explotar a los incautos y al pueblo?

—Está bueno de conversas. Aquí hay más trago... ¡Brindemos por el triunfo de Juan Pablo!

—A propósito, ¿a quién llevan de candidato a senador por el sur, para reemplazar al conservador Fernández?

—Todavía no está resuelto. Tenemos que buscarle un muy buen contendor a la derecha, que tiene la mejor chance.

—¿Y quién va por la derecha?

—Pablo Valdés, según supe extraoficialmente —dijo Juan Pablo.

—¡Pablo Valdés! —exclamó Lina. Y volviéndose a Berenice—: Es el papá de mi amiga Florencia y de Francisco. ¡Esta sí que es noticia!

—¡Salud, Juan Pablo!

— ¡Por la revolución!

— Eso es: ¡por la revolución!

Renato volvió al salón y cogió un vaso. Se había mojado la cabeza y el rostro. Pero en sus mejillas aleteaba implacable la "mariposa etílica".

* * *

Ignacio había llegado esa tarde muy pálido, diciendo que se sentía mal, le informó la empleada. Acostado, aunque despierto, el niño mantenía los ojos fijos en el vacío con una expresión de atontamiento en su cara demacrada. No la escuchó entrar, pero al verla rompió en grandes sollozos. Loreto lo abrazó.

— ¿Te pasó algo donde tu tío Salvador? ¿Estuviste toda la tarde en su casa? ¡Cuéntamelo todo, sin miedo!

La firme actitud de su madre lo tranquilizó. El primer impulso de Loreto fue el de correr donde Salvador para tirarle a la cabeza lo que encontrase a mano. Pero prefirió llamar a su padre, para evitar el escándalo. El médico de la familia hizo enrojecer a Ignacio con su acucioso interrogatorio, y le recetó calmantes. Poco le costó a Loreto convencer a su padre de que obligase a Salvador a marcharse de Chile. Porque por esos mismos días una amiga le había escrito desde París, dándole detalles de una escandalosa orgía con menores en la que Salvador fuera uno de los protagonistas. Pero en resguardo de personajes políticos y sociales, la noticia fue controlada. Salvador huyó temiendo que los padres de las víctimas cumplieren su amenaza de hacerse justicia por sí mismos. Algo sospechaba Loreto de las debilidades de su hermano, pero lo ocurrido con Ignacio disipó todas sus dudas. Salvador voló a Brasil, porque Europa permanecía proscrita para él.

Ese mismo año Loreto partió con sus hijos a radicarse en Francia, para que completasen en Europa su educación. Matriculó a Ignacio en un colegio inglés de París, el *Prince of Wales*, no lejos del barrio donde instaló casa. En cuanto a Loreto, la puso en las monjas. Dando tés y comidas al rector y los profesores, pronto se impo-

nía en detalle de quienes eran los compañeros de curso de su hijo.

A los 14 años Ignacio estiró y enflaqueció hasta convertirse en un espárrago. El rostro alargado se hacía estrecho para albergar sus grandes ojos celestes. Pero pronto se recuperaba, y a pesar de las prevenciones alentadas por Loreto sobre los franceses —de ahí su elección de un colegio inglés—, durante esos cuatro años jamás debió sufrir zozobras por su hijo. Sus profesores lo tenían catalogado como serio, caballeroso y cooperador, aunque un tanto retraído. Ignacio conoció a Marie Chantal de Chateau-Ferrand, cuando recién cumplía los 16 años, una tarde en que, como de costumbre, el automóvil lo aguardaba frente al colegio, y una vez más había reparado en el Rolls Royce negro estacionado comunmente cerca del suyo. Con un compuesto chofer de librea al volante, se columbraba en el asiento posterior una mujer con sombrero y la cara invisible tras un velo oscuro. Un chico de los cursos inferiores, al que recordaba haber visto en los patios, salió del Rolls Royce y alcanzó a Ignacio cuando abría la portezuela de su coche. Su tía, la condesa de Chateau-Ferrand, quería convidarlo a una fiesta de un sobrino, dijo el chicuelo de rojas mejillas infladas. Cuando se acercó a dar las gracias, Marie Chantal se levantó el velo, e Ignacio se sorprendió ante el bello rostro de una mujer muy joven, y el parpadeo hipnótico de su joyas en la penumbra perfumada del automóvil.

Loreto se entusiasmó con “la conquista de su hijo”, porque en su círculo de amistades francesas, el tema de la condesa y su cercana viudez de un sultán petrolero, muerto en un accidente de aviación, acudía con frecuencia.

Marie Chantal ocupaba el castillo de su familia, en las afueras de París, rescatado por su marido de un empresario alemán, y redecorado en parte como lo conociera en vida de su abuelo, y en parte según la propia inspiración del sultán. La condesa guió a Ignacio por un mundo mitad oriental mitad europeo, sobre alfombras que su difunto esposo hiciera confeccionar en Irán, a través de un sin fin de habitaciones repletas de porce-

lanas, estatuillas, ídolos variados de dispares procedencias, muebles antiguos, tapices, cuadros, gobelinos, no todos del mejor gusto, porque Ignacio poseía un especial instinto para apreciar esas cosas, desarrollado con su madre y su abuelo. Las escenas inspiradas en *Las mil y una noches* se alternaban con episodios de la historia de Francia, algunos protagonizados por los ascendientes de la anfitriona.

Muchos de los gobelinos, mosaicos y tapices, le confesó la condesa a un Ignacio ignorante de esos virtuosismos, surgieron de la personal interpretación de su marido, que no siempre se atenía a la fidelidad histórica, concluyó riendo en una forma curiosa.

En el ensanchamiento de un pasadizo, que recibía una luz suave a través de una claraboya, la réplica en mármol del Antinoo de Belvedere llenaba el recinto sin ningún otro ornamento. La voz de Marie Chantal reveló una peculiar emoción, también reflejada en sus ojos glaucos:

—Fue el joven más bello de la antigüedad, ¿sabías? Pero sólo es una estatua, el recuerdo de algo que nunca más volverá a ser. En cambio tú eres el muchacho más bello que debe existir en el mundo. —Sobresaltado con la inesperada salida de la condesa, y acometido de un súbito rubor, Ignacio nada dijo—. Nunca había visto a nadie como tú, tan perfecto. Te ví una vez en que pasé a buscar a mi sobrino, porque su madre vino a visitarme. Y desde entonces sólo he pensado en tí. ¿Has conocido mujer? ¿No? Yo seré la primera, entonces. Nada temas, porque sólo deseo tu felicidad. Además sólo tengo 24 años, y creo que mi belleza es digna de la tuya. ¡No creas que me gustan los niños! Pero tú estás más allá del tiempo. Ese es el gran misterio de la vida y del amor. Mi marido, con su mentalidad oriental, decía cosas así. Sólo ahora vengo a comprenderlo.

* * *

Bien conocía Bezanilla las preferencias sentimentales de Rodríguez. En cuanto a buscarle una niña... Pensaría en alguna, y conversarían de nuevo.

—Pero por favor, manténlo en reserva —le encareció Alejandro.

Desde la cima de la escalera, que arrancaba del vestíbulo central, Rodríguez, acompañado de Francisco, lo llamó risueño.

—¿Te das cuenta, Alejandro? Francisco insiste en hacerme pololear. ¿Qué me dices?

Ultimamente Rodríguez soslayaba el tema de su amistad con José Miguel, el adolescente, que siempre abordaba con Alejandro a santo de cualquier cosa, como días atrás al toparse en el pórtico de la facultad, y alguien gritó desde lo alto de la gradería:

—¡Les ruego un minuto de atención, compañeros! —Rosenberg, conocido activista, enfrentó a una muchachada poco dispuesta a guardar silencio—. Esta tarde habrá una marcha, que partirá desde Alameda con Cumming y terminará en al Plaza de la Constitución. El pueblo protestará por las alzas de los artículos de primera necesidad autorizadas por el gobierno. Les ruego su asistencia. Es un deber de nosotros, los universitarios, solidarizar con el pueblo, demostrar nuestra capacidad de movilizarnos y no aceptar abusos de ninguna clase.

—¡Comunista repugnante! —comentó Rodríguez.

—¿Cuál será el verdadero motivo de la citación? —se preguntó Alejandro—. ¡Ah! Seguramente quieren aprovechar la marcha para solidarizar con los huelguistas del carbón. ¡Eso debe ser! Los comunistas son muy vivos: se cuelgan de los desfiles ajenos o de cualquiera manifestación que ellos no convocan, para plantear sus propios problemas...

—¡Ese es el tipo de observaciones que me gustaría oírle a José Miguel! —exclamó Andrés, mirándolo con asombro—. ¡Cosas inteligentes, oportunas...! Lástima que no tenga tu cerebro. Solamente es bello, pero no tiene talento para nada. ¡Todo está compensado en la vida! ¿Te gusta la política?

—Nada especial. —Alejandro se desentendió del sarcasmo implícito en las palabras de Rodríguez—. En una época me gustaba algo, porque en mi casa se conversaba mucho de política. Pero después me aburrí.

En los días siguientes notó a Rodríguez bastante

melancólico, coincidiendo este cambio con su pedido respecto a Francisco. Solamente ahora Alejandro, recordando esos detalles, vislumbraba el porqué de su insólita determinación. Pues aunque se preciaba de poseer una gran sutileza, comunmente pensaba de una manera y actuaba de otra.

—En el juego de la vida uno siempre debe guardarse cartas —sostenía—. No hay que ponerlas todas a la vista. Eso se llama tacto. Hay que usar siempre alguna máscara, pero con disimulo. Porque tampoco es recomendable la hipocresía total, la doblez.

La situación ofrecía ribetes irónicos: tanto le interesaba Francisco, que Andrés aceptaba pololear para complacerlo. Rodrigo Bezanilla propuso a la hija mayor del recién llegado embajador de Colombia, y Rodríguez aceptó siempre que Francisco, aparte de Bezanilla, acudiese a la cita de presentación. Según Bezanilla, Andrés se había comportado como pollo en corral ajeno, sin ninguna desenvoltura, disimulando apenas su íntimo desinterés. Muy tenso en el otro extremo del sofá, que solamente ocupaba Estrella, respondía con curiosa gravedad a cualquiera pregunta o comentario, o se reía con exageración de las trivialidades de Rodrigo, a quien nunca celebraba.

—¡Resultó grotesca la cosa! Estrella se lo comió con zapatos y todo. Es muy encantadora y coqueta. Y parece que Andrés le gustó... A ver si se compone el asunto más adelante.

Lo mismo pensaba Francisco. Pero Rodríguez se sentía satisfecho con la experiencia, porque esa mañana, embargado de un auténtico humor, le confesó a Alejandro:

—Estrella es una niña muy valiosa. ¿Sabes? Tiene una hermana encantadora, Leonor. Podríamos salir un día los cuatro a tomar té. ¿Qué te parece?

Salida que nunca se concretó, porque quizás Andrés se sentía incómodo ante una persona que, como Alejandro, conocía tan bien sus debilidades.

—Lo principal es que este pololeo cambie a Andrés —comentó Francisco, transcurrida una semana—. ¿No te parece?

CAPITULO XIV

—Don Raúl: le tengo un negocio de cinco millones de dólares para Acomsa. —La voz bronca, pero meliflua de Abraham Silberman despejó su flojedad mental, fiel compañera de los lunes—. Si usted interesa a su gente le aseguro una buena comisión.

Su absoluta calvicie y estatura hacían converger las miradas sobre Silberman donde quiera llegase. Aunque pronunciaba el castellano con un cerrado acento alemán, no carecía de elocuencia, que siempre le fue estéril con Mateo Sierralta, el avaro fundador y dueño de Soinco. Sierralta prefería marginarse de una operación antes que compartir utilidades con socios ocasionales. Todas las acciones comerciales de Silberman se encasillaban dentro del mismo esquema: mediar en las adquisiciones de las empresas fiscales con sus contactos claves. Jamás invertía un centavo.

—Supongo que los ejecutivos de Acomsa no tendrán el criterio paleolítico de Mateo Sierralta. ¿No? Tengo buenas referencias de Pablo Valdés. La cosa es simple: una empresa estatal piensa modernizar sus equipos, y creo que Acomsa tiene una representación japonesa precisa para adjudicarse la venta. Yo le daré a usted un porcentaje de mi comisión si Acomsa se la niega.

Se haría un llamado a propuesta para guardar las apariencias, pero la decisión final la tomaría el vicepresidente de la empresa, gran amigo de Silberman. Acomsa había dejado de concurrir a las licitaciones fiscales, porque a juicio de su directorio, todo se resolvía a nivel

político, prescindiendo de sus conveniencias.

Raúl efectuó un primer sondeo con Antonio Valdés, que consideraba sagrado el "conducto regular". Además calificaba todo lo nuevo de complicado o peligroso. Por fortuna, el descenso progresivo de las ventas estaba recayendo en el subgerente, y a pesar de su parentesco con Pablo Valdés, debía soportar mordaces alusiones de Marcelo Ugarte, el gerente general. Antonio condescendió en plantear la operación a la gerencia y como ignoraba los detalles y tampoco conocía a Silberman, Raúl se dió el gusto por primera vez de exponer cara a cara un negocio a la máxima autoridad ejecutiva de la firma, aunque en presencia de Antonio. Acomsa se llevó la propuesta, y los bonos de Vásquez experimentaron una inmediata mejoría.

—Don Marcelo me llama directamente ahora, sin consultarle a Antonio —comentó con Daisy—. Pero tienes que seguir siendo amable con él, para que no se ponga cachudo. ¡Me falta un apoyo mayor!

—¿Y Rolando? —Sentada junto a la lámpara de pie, su perfecto peinado desprendía un halo fosforescente.

—¡Sólo la idea de pedirle algo al tal Rolando me hincha...!

—Pero él conoce a Pablo Valdés —insinuó Daisy.

—¡Eso es lo injusto! Don Antonio Valdés las tiene todas, porque es sobrino del presidente de la compañía. Y don Rolando Cárdenas, que es un don nadie, de origen desconocido, que se viste como las pelotas, ha llegado tan arriba como yo, y va a seguir escalando porque también Pablo Valdés lo protege. ¿Cómo no va a ser injusto?

Aunque Rolando se hubiese casado con Carmen por su belleza, no sopesó las conveniencias prácticas de una mujer así, que además irradiaba una particular distinción, tan fortuita como su relación con la familia Valdés.

—Porque es bastante simplona, y se educó modestamente —agregó Vásquez.

En cambio él pensó que el innegable atractivo de Daisy podía serle de utilidad en su carrera. Ambiciosa, decidida, desde el principio resolvieron dejarse una mutua libertad de acción, con la mirada puesta en el objetivo común de triunfar. Aunque su actual posición

fuese mejor que la de Rolando a su edad, el deslucido vendedor no tardaría en sobrepasarlo con la protección del poderoso Pablo Valdés, obtenida sin saber leer ni escribir, en la práctica. En cambio Raúl debería seguir esforzándose en aportar buenos negocios al holgazán de Antonio, que en todo veía el lado negativo, mientras Rolando sonreía bondadoso a sus compañeros y a la clientela, con la íntima tranquilidad de saberse bien respaldado. Una situación tan cómoda o más incluso que la de Antonio, y sin ser pariente de Pablo Valdés. Miró a Daisy que, serena, había empezado a hojear una revista. Se tragó su furor. Desde la cocina llegó el ruido del agua en el lavaplatos, y el sonoro choque de una olla. La empleada preparaba la comida.

—¡Me olvidaba contarte! —Daisy cerró la revista—. ¡A qué no sabes con quién me encontré! Con Adelaida, la mujer de Julio. Iba muy echada atrás en un Volkswagen flamante...

—¿Estás segura? Adelaida no sabía manejar. Y tampoco tenía auto. Julio ganaba menos que yo.

—La llamé hace como una hora, y me contó que Julio había recibido una herencia inesperada de un pariente. Me dio la dirección de su nueva casa. Viven en Vitacura, y me dijo que fuésemos cuando quisiéramos a tomarnos un trago. ¿Vamos ahora?

—No sabía que Julio tuviese parientes con plata. Su padre fue un simple coronel de ejército. Tampoco es de un apellido importante. ¡Hay gente con mucha, pero con mucha suerte, en realidad...! —comentó Raúl, mientras subían por Vitacura flanqueados por un ejambre de coches, ya envueltos en una completa oscuridad.

Bien construida, con un jardín cuidado, la amplia casa se emplazaba en medio de buenas residencias. En el rostro de Julio no quedaban huellas de su expresión preocupada de antes. De la bonanza económica hablaban los muebles, cortinajes, cristalerías y lámparas, y las dos empleadas con impecables uniformes. En cuanto a la heredad, provenía de un tío lejano, a quien sólo conocía por referencias familiares. Julio no salió de ahí.

—¡Tienen que haber recibido mucha plata! —dijo Raúl, cuando regresaban—. Esa casa es cara. Además los

dos autos... Suma y sigue. ¡Me tinca tan poco lo de la herencia!

—Te quejas demasiado. No te ha ido tan mal, últimamente.

—¡Porque me las machuco! Todo tengo que pelearlo.

—Bueno, tampoco naciste en un hogar de gente rica.

—¿Y tú? —La furia acumulada durante la tarde por Raúl, estalló de pronto—. ¡No me vengas a decir que tu familia es aristocrática! Eso está bueno para que se lo cuentes a personas como Adelaida o Carmen...

—¿Por qué lo tomas así? Te decía solamente que tu familia no es rica. Por lo demás, a Francisco Valdés le sonaba mi apellido.

—¡Qué le va a sonar! ¿Por qué no le dijiste que tu papá trabajaba en el correo? ¡Eso le habría sonado...!

—¿Y el tuyo, que enmoheció haciendo copias en una notaría? ¿Lo encuentras muy distinguido? ¡No me hagas reír...!

—Pero era sobrino carnal de don Alfonso Estévez Iriondo. Y los Estévez Iriondo son de lo mejor de Requinoa.

—¡No conozco ningún Estévez Iriondo que figure!

—Porque todos perdieron hasta el último centavo. Pero es una familia muy antigua. Antonio Valdés los conocía...

El sólo recuerdo del subgerente lo abatió. Mordiéndose los labios enfiló por Apoquindo, en medio de una noche brumosa.

—¡No vale la pena que discutamos! —suspiró Daisy, intuyendo las causas de la explosión de Raúl—. Los dos somos de familias decentes. ¿Te fijaste como Adelaida se hizo la lesa cuando nombré a Francisco Valdés? ¡No tienen ningún amigo tan distinguido!

—¡Jamás! Seguramente ahora tratarán de buscarse buenas relaciones. Hasta cambiaron de barrio. Pero la plata no lo compra todo. ¡Con el desprecio que los verdaderos aristócratas miran a los nuevos ricos...!

—Y Adelaida, que siempre me ha tratado con un tonillo medio protector... ¿Qué se habrá imaginado?

—Entre paréntesis, sería bueno convidar a Francisco Valdés —suspiró Raúl—. ¿Te atreves a llamarlo?

—Desde luego. ¿Invitamos a los Cárdenas?

—¡Mejor que no! Francisco trata a la Carmen como si fuera su hermana mayor...

* * *

Se topó con Ingrid en el camino al Petit Rex, de abrigo marrón y cartera al hombro. No disimuló su alegría al verlo. Alejandro, como siempre, se sintió débil.

—Hace como dos semanas que no veo a Sofía ni a Víctor. ¿Quieres ir conmigo?

—¿Para que te juntas con esa gente morbosa? ¡Invítame a tomar un trago, mejor!

Andaba con algún dinero, y la llevó a un bar de MacIver, estrecho, bastante oscuro, pero acogedor, que conociera con Darío Fuentes y Sofía. Las risas, chistes y comentarios de Ingrid sonaban a poco espontáneos, alternados de pronto por breves períodos de ausencia. Pero volvía a su despliegue de fruslerías y anécdotas intrascendentes.

—¡Ese tipo de la vara te está mirando en una forma muy especial! —exclamó de súbito, rompiendo a reír.

Bien pudo escucharla el aludido, porque bebía sobre uno de los altos taburetes, a no más de dos metros de ellos, con un gran aburrimiento en su rostro avejentado. Siguiendo los pasos de su hermano, Ingrid gozaba desconcertando a la gente con exabruptos, como un tiempo atrás en un ascensor atestado: “¡Me van a matar la guagua...!”

—¿De dónde venías?

—Tuve que traer un reloj para que lo arreglasen.

Pero acababa de separarse de Alfredo Valdés.

—Solamente con mi marido me iría fuera un fin de semana —dijo, entre seria y risueña, poniéndose la falda.

—Pero yo no nací para casado, preciosa. ¡Qué quieres que le haga...!

Alfredo se abotonaba la camisa parsimonioso, el pelo entrecano alborotado sobre la frente, junto a la cama deshecha.

—¿Y piensas envejecer solo, abandonado como un perro?

—¿Por qué? Uno también puede cambiar de parecer.

—Pero no conmigo, ¿verdad?

Alfredo hizo un gesto de impaciencia.

—Por favor, Ingrid. ¡No empecemos de nuevo!

—Es que todo te ha salido muy fácil conmigo.

—Ingrid se calzó los zapatos—. ¡Porque me conociste en la calle te crees con derecho a tratarme como a un patín...!

—¡Nunca te he tratado así! —Alfredo olvidó la corbata, que empezaba a anudar, y se volvió airado—. ¿Qué importa como te conocí? La mayoría de los grandes amores comienzan con encuentros casuales. Me ha pasado otras veces. ¿Para qué volvemos sobre lo mismo? Vamos a destruir algo que podría ser muy bonito...

—¡Sabes muy bien donde vas a llegar conmigo! Me quieres como amante, ¡nada más!

Alfredo volvió a su nudo.

—Estás equivocada. ¿Para qué te engañas? Esto comenzó libremente, sin compromisos. ¿Por qué complicarlo todo ahora? ¡Francamente, no te entiendo...!

—Te aprovechaste de una situación, de un momento de debilidad. ¡Eso fue todo! —Ya de pie, su rostro reflejaba una ira creciente—. ¡Eres un cínico! Todos los hombres se ponen iguales con los años. ¡La mala suerte mía de caer en tus manos! Por lo menos debí meterme con un hombre joven. ¡No con un viejo...!

—¿Terminaste? —Alfredo se contuvo a duras penas—. ¡Eres libre de irte cuando quieras! Ni que fueras una mocosa de quince años. ¡Por lo menos pudiste haberte hecho mujer conmigo!

Ingrid, pálida, se sentó en el lecho, la cabeza inclinada, y encendió un cigarrillo. Pero Alfredo, cogiéndola por la barbilla, alzó su rostro enfurruñado.

—Una mujer tan regia como tú no debería amargarse por leseras. Tienes toda la vida por delante. ¿Por qué no tratas de pasarlo bien, mejor, en lugar de estar conmigo como el perro y el gato?

Ingrid agotó su segundo pisco *sour*, y Alejandro el primero. Encendidas las mejillas, las palabras de la joven surgían con cierta dificultad, faltándole de pronto sílabas enteras. Cerca de las nueve abandonaron el local.

—¡Oh! Me curé... ¡Tomé demasiado, Alejandro!

¿Vámonos en un taxi? Yo lo pago...

Cogida del brazo de Alejandro, aguardaron en el bordillo de la acera que el reflejo de un escaparate apenas alumbraba. Escasos transeúntes. También los movimientos de Alejandro revelaban un leve mareo, mientras Ingrid reía de cualquier cosa. Al arrellenarse en el asiento penumbroso del taxi, ella se recostó sobre su hombro, y Alejandro la abrazó, mientras el automóvil seguía por MacIver antes de tomar por Merced. Trató de besarla.

—No, eso no. Ahora no podría hacerlo contigo ni con nadie...

Desazonado, se quedó acariciándole el pelo con suavidad, pero ya en Plaza Baquedano, Ingrid se incorporó.

—No vale la pena que vayas a dejarme. Bájate, no más. A la vuelta te costaría tomar movilización.

Abatido se dejó caer en su cama, en el cuarto helado, sin quitarse el abrigo, y permaneció así un largo rato, compenetrado de una creciente amargura, y del aroma de animal joven de Ingrid.

* * *

—¿Señor Cárdenas? ¿Podría venir a la gerencia general? Don Marcelo quiere hablar con usted.

Durante la poco cordial reunión de ese lunes, Raúl Vásquez había despotricado por la baja de los negocios, y aunque no hizo cargos contra nadie, Rolando sospechaba que a la larga él los sufriría. Porque Vásquez mantenía su doble juego, tratándolo cortésmente dentro de la oficina, pero desacreditándolo con Antonio, el subgerente. La espigada secretaria de la gerencia general lo hizo pasar de inmediato, impidiendo que cundiese su nerviosismo ante la imprevista llamada. Temía que fuese el resultado de las maniobras de Vásquez. Y se encontró con una sorpresa: delante de la impecable biblioteca que revestía el muro del fondo, Pablo Valdés y Marcelo Ugarte se pusieron de pie para saludarlo. La aprensión de Rolando se desvaneció.

—Por favor, siéntese, Rolando. Mi sobrino, Ignacio Valdés, es un importante accionista de esta compañía. Uno de los directores que lo representaba, Patricio Eastman, renunció por motivos particulares, y me encargaron que buscara un sucesor para llenar su vacante. He pensado en usted, Rolando. Lo sé leal, serio y capaz. Ahora las conveniencias para usted son indudables: tendrá un nuevo estatus dentro de la empresa. Por ese motivo es preferible que no siga como vendedor. Le buscaremos una nueva actividad fuera de aquí. En todo caso, y para su tranquilidad, su participación como director de Acomsa equivale a tres o cuatro veces sus actuales ingresos. ¿No es así, Marcelo?

—Veamos. —Marcelo examinó una lista que tenía sobre el escritorio, e hizo un rápido cálculo en una hoja de block—. Digamos cinco veces. Y un poco más...

Rolando balbuceó un agradecimiento entrecortado.

—Usted sabe como queremos a Carmen en casa, ¿no? Mi mujer siempre está preocupada de ustedes, y yo también, por supuesto. No crea que ser director es cosa simple. Muchas veces le tocará apoyar acuerdos que a usted le merecerán dudas. O simplemente, que no le gustan. Y hay que agachar la cabeza... Porque para mí la lealtad es lo más importante. —Pablo se levantó.

—Entiendo que los directores almuerzan muy bien —dijo Rolando, en un esfuerzo por sacudir su embarazo, que incluso le trababa la lengua.

Pablo y Marcelo lanzaron una carcajada.

—¡De eso no podrá quejarse! —exclamó el gerente general, con su voz baja, de hondas inflexiones, el pelo negro cuidadosamente partido al medio, brillando bajo la luz que el ventanal engullía a raudales.

Pablo se despidió de Rolando, y Marcelo lo acompañó hasta la puerta. Recuperado el dominio de sí, Rolando preguntó:

—¿Cómo fue que don Pablo no pensó en su sobrino Antonio? Perdóneme que le haga esta pregunta.

—Pablo conoce muy bien a su gente. —Marcelo sonrió— Especialmente a sus sobrinos. Personalmente, me parece muy acertada la elección. ¡Debo decirle que Pablo nunca hace las cosas al lote!

Paula, la secretaria, fue la primera en conocer la noticia, porque Marcelo le presentó a Rolando como el nuevo director de Acomsa. Con el alma en el suelo, Vásquez partió donde Antonio, que apenas podía hablar de rabia.

—Estas son las cosas de mi tío Pablo... ¡Siempre sale con su domingo siete! Venir a nombrar a ese don nadie como director. ¡Para sacarme pica a mí lo hace...!

—¿No puedes hacer nada? —preguntó Raúl, muy pálido.

—¡Ya todo está consumado! Y todo por huevadas sentimentales. Porque la tal Carmen se parece a María Luisa, su hija regalona. ¿Sabías tú que Carmen es hija de un pobre maestro de escuela, que trabajaba en La Reina? Vivían en una casa mugrienta, como las de los inquilinos.

Las rabietas de Antonio se ajustaban siempre a un mismo esquema: un prólogo de maldiciones y un epílogo no exento de justificación, tratándose de gente importante.

—Pablo Valdés siempre ha sido así. ¡No va a cambiar ahora!

Pero con los subalternos el proceso variaba: aplicación de la ley del hielo por un lapso indefinido, con privación incluso del saludo, e ignorancia ostentosa del afectado. Sólo al convencerse de que el asunto carecía de gravedad cambiaba la actitud. De lo contrario su malestar se acentuaba hasta obtener el traslado o despido del culpable.

¿Cómo aceptar tan monstruosa injusticia? Y qué grotesca situación: tener bajo sus órdenes a un director de la compañía. ¿Debería presentar su renuncia? Pero Antonio también quedaba mal parado, quizá peor que el propio Raúl. Al pensar así recuperó un tanto la calma, aunque la ira seguía corroyéndolo. Superada la conmoción, el personal volvía a concentrarse en sus labores, pero el escritorio de Rolando permanecía vacío.

De pronto, una brusca perturbación entre los empleados. ¿Qué ocurría? Antonio venía del brazo de Rolando Cárdenas, cruzando la vasta sala entre un tumulto que lo felicitaba. Antonio desapareció con Rolando en su privado, con la adulación campeando en

su cara sonrosada, y cerró la puerta. Vásquez fue al baño y vomitó. Más aliviado, regresó a su oficina, y cuando Rolando concluyó su conciliábulo con Antonio, salió a su encuentro para estrecharle la mano, aún muy pálido.

Antonio se les plegó luciendo un incontenible buen humor.

— Rolando, ¿almorcemos juntos los tres en el club? Tenemos que celebrar esto, ¿no es así, Raúl?

Sólo entonces Vásquez sintió que le volvía el alma al cuerpo.

— ¡Muchas gracias! Pero tengo invitada a mi mujer. ¿Por qué no lo dejamos para mañana?

CAPITULO XV

—¡Vente al tiro al departamento de Andrés! —Era Rodrigo Bezanilla—. ¡Apúrate! Estoy llamándote desde temprano. Aquí te cuento.

Se encontró además con Francisco, Sebastián Vergara y Enrique Concha, a quien Alejandro no conocía. Pero viendo a Rodríguez se olvidó de todo: solamente los ojos, la parte inferior de la mandíbula y el cabello ondulado dejaban visibles los vendajes que cubrían su rostro. Inmóvil en su cama, extraviada la mirada, fumaba incesante, y su voz surgía deformada por el yeso de la nariz. A las tres de la tarde, cuando recién llegaba, tocaron el timbre, y Ricardo Urrutia, novio de la hermana de José Miguel, su amigo adolescente; León Velasco, tipo amatonado, famoso por sus hazañas boxeriles y un tercero desconocido, entraron violentamente. José Miguel lo había contado todo en una reunión familiar, se limitó a informarle Urrutia. Rodríguez permanecía petrificado. Con los otros dos montando guardia, y atinando apenas a cubrirse el rostro como podía, la saña de Urrutia consiguió fracturarle la nariz. La sangre salpicaba las paredes y hasta el mismo techo. Otro arrendatario escuchó la golpiza, y avisó al administrador del edificio, pero ya los ejecutores se habían retirado. De regreso de la asistencia pública, y aun atontado, Andrés llamó a sus amigos.

Ya había planificado la venganza. Como sus padres viajaban por Europa, Enrique Concha ofreció la casa, y

Sebastián Vergara a un atlético primo, campeón de rugby y boxeador aficionado. ¿Cómo capturar a Urrutia? Andrés había llamado a Germán González, un ex compañero de colegio y ahora condiscípulo en leyes de Urrutia en la Universidad Católica, para que lo invitara a almorzar, y en el trayecto desde el paradero de buses hasta su casa, en un tranquilo barrio residencial, darían el golpe.

A la una y media de la tarde del martes siguiente, Urrutia y González se encontraron en la vereda con tres jóvenes, uno de los cuales se afanaba sobre el motor de un automóvil aparcado. Vergara oficiaba de mecánico, mientras su primo y un compañero del equipo de rugby, tan macizo como él, esperaban con aire aburrido. González saludó a Sebastián con familiaridad —se habían conocido dos días antes—, y presentó a Urrutia, según una escena previamente ensayada. Vergara bajó el capot, e invitó a Urrutia y González para que comprobasen sus habilidades mecánicas. Negativa de Germán: se hallaban a un paso de la casa. Insiste Vergara: darían una vuelta a la manzana. González consulta con la mirada a Urrutia, el que asiente.

Urrutia se instaló en el asiento posterior, entre los dos corpulentos rugbistas y, apenas partió el coche, fue férreamente cogido por ambos brazos, mientras Germán, sin truncar su animada charla con Vergara, facilitaba a los captores su propia bufanda para que vendasen la vista al prisionero. Las ventanas de la casa de Concha se hallaban cegadas con frazadas y cubrecamas. Urrutia jamás supo donde lo habían conducido. Mortalmente pálido, encaró a sus aprehensores con entereza.

—Ustedes están defendiendo a un anormal. —Se dirigió con una voz bastante tranquila al semicírculo de muchachos que lo miraba acusador en un dormitorio del segundo piso. Alejandro hacía lo indecible para aplacar sus nervios.

Con su apariencia terrorífica y acento afrancesado, Rodríguez lo acusó:

—¡Cobarde! Te metiste en mi casa con dos matones y por poco me matas. ¡Ni siquiera me dejaste explicar!

—Te vamos a dar una buena lección para que apren-

das a no usar esos procedimientos gangsteriles –agregó Vergara, melodramático–. ¡Además le has hecho un grave daño moral a Andrés!

Porque Francisco, Alejandro, Sebastián y Rodrigo atribuyeron a la zurra la frustración del proceso de normalizar a Andrés, incluyendo su romance con la hija del embajador de Colombia. Pero esto no podían enros-trárselo a Urrutia...

El primo de Vergara descargó sus poderosos punos sobre el prisionero sin encontrar ninguna resistencia, y luego lo liberaron en las vecindades del Hipódromo Chile, en el polo opuesto de la casa de Concha.

Se rumoreó que los compañeros de leyes de Urrutia darían su merecido a cada uno de los participantes en el secuestro y Alejandro, aterrizado, acudió a Morales en demanda de protección.

–¡Chss! ¿Está loco que voy a meterme en líos de estudiantes? Ahí siempre uno sale mal. Pero quédese tranquilo: no creo que vengan a meterse aquí...

A pesar de las amenazas de linchamiento, Germán González se presentó a clases al día siguiente, y enfrentó la furia estudiantil con inalterable sangre fría. Y nada le hicieron. Rodríguez se refugió en la casa de su apoderado, y como el padre de Urrutia amenazara con llevar el asunto a los tribunales, fue convocado a una reunión de "alto nivel". El conflicto quedó reducido a locuras de muchachos idealistas e irresponsables.

Rodríguez partió a reunirse con sus padres al Perú, porque el miedo a la represalia y el fatal deterioro de su imagen ante sus amigos pudieron más que sus deseos de vida independiente. Alejandro se enteró por el propio Andrés, en vísperas de su viaje, que José Miguel se había horrorizado cuando le declaró su amor. Pero nunca previó el escándalo.

Las debilidades de Rodríguez quedaron en evidencia, porque hasta entonces no se las tomaba en serio. No así Alejandro, pues un par de días antes de la paliza, Rodríguez planteó en su tono ambiguo de costumbre la posibilidad de explotar el homosexualismo de un profesor para obtener una buena calificación.

—Seguramente me invitará a tomar un trago a su casa, ¿no es cierto? Y querrá bailar conmigo antes... ¡Qué hoggog! ¿Seré capaz de hacerlo?

* * *

La condesa enviaba a buscarlo con cualquier pretexto, o iba a recogerlo al colegio en las tardes, para estar con él aunque sólo fuese unos minutos. ¿Sospechaba Loreto la verdadera naturaleza de sus relaciones? Jamás dijo nada. Y para desvirtuar suspicacias, Marie Chantal la incorporó rápidamente a su grupo. Como fuese, Loreto notaba satisfecha que Ignacio había ganado en madurez y vigor a partir de su amistad con la condesa.

Marie Chantal vivía para Ignacio. Le arrendó un amplio departamento, con servidumbre de particular confianza, donde el muchacho se reunía con las amantes que la condesa le procuraba como una digna discípula de la Pompadour.

—Ninguna podrá darte lo que yo te doy. Conociendo a otras mujeres aprenderás a valorizarme. ¡Acuérdate que mi marido tenía un harén! Y nunca me importó.

Aunque el romance entre la condesa y el adolescente chileno transcurría sigiloso, durante una función de la ópera donde asistió Ignacio con su madre, escuchó a un sujeto alto, de rostro leonino e insolente mirar, decirle a su acompañante de rasgos y modales lánguidos:

—Ese es el juguete de Marie Chantal de Chateau-Ferrand. Precioso, ¿no?

Y ambos rieron. Ignacio se encogió de hombros, ostentoso, y Loreto, deslumbrada contemplando los vestidos y joyas de las mujeres, de nada se percató.

Ese verano Marie Chantal pidió permiso a Loreto para llevar a Ignacio al Medio Oriente, porque desde la muerte de su marido no había visitado sus pertenencias petroleras. La acompañaban su prima Catherine de Rohan y su hijo Claude, que también concluía la secundaria como Ignacio. Loreto aceptó volando, porque en esos mismos días Salvador había entrado subrepticia-

mente en Francia en pos de un amante brasileño. Localizado por un antiguo rival, lo acuchillaron en una callejuela donde agonizaría toda la noche. Aunque su padre la llamó especialmente desde Santiago, Loreto se negó a reconocer el cadáver, que albergaba la portentosa cantidad de 147 puñaladas, según el parte policial. Un funcionario de la embajada chilena, que conocía a Salvador, lo identificó. Pero Loreto ocultó la noticia a Ignacio.

El yate de la condesa los dejó en Beirut, y de allí se trasladaron por tierra a Damasco. Cuando abandonaban el hotel para visitar la ciudad, se cruzaron en el vestíbulo con un árabe corpulento, de unos 40 años y rostro particularmente agresivo. Sus ojos escudriñaron a Ignacio con particular rapacidad, y cuando disimuladamente echó una mirada a sus espaldas lo descubrió en la puerta del hotel dándole perentorias instrucciones a sus acompañantes. Pero Marie Chantal de nada se dio cuenta.

Las angostas arterias y acres basurales amontonados en los bordillos de la parte vieja de la ciudad, con sus mezquitas y antiguos palacios donde los califas disfrutaban de sus concubinas en los harenes custodiados por serviles eunucos, le hicieron olvidar al árabe. El grupo de hombres armados que rodeó el auto cuando salían de un abigarrado bazar, ya al comienzo del crepúsculo, lo pilló desprevenido. Sacado en vilo del asiento, el esfuerzo de Marie Chantal por sujetarlo fue vano. Abalanzándose sobre los captores comenzó a golpearlos y arañarlos, pero una serie de secas detonaciones la hizo caer al suelo gimiendo de dolor. Su rostro pálido, contraído por un espasmo, quedó grabado en las retinas de Ignacio al ser cubierta su cabeza con un capucha, y empujado dentro de un automóvil en medio del griterío de los árabes. Alguien le inyectó un poderoso sedante, y perdió el conocimiento.

El sheik Amin-el-Sheba poseía en pleno desierto un harén de adolescentes y niños, algunos no mayores de 10 años, cuyas vidas transcurrían sofocadas por el calor y atormentadas por nubes de moscas y tábanos insaciables, y el sadismo de sus guardianes. Solamente los sacaban de sus mazmorras para llevarlos a satisfacer los apetitos del amo. Bañados y perfumados los ponían a su disposición

de a uno o en grupos en una sala con densas alfombras y cortinajes, y grandes espejos en las paredes y el techo. La primera vez opuso una resistencia suicida. Pero una azotaina lo privó del conocimiento, y sostenido por dos guardias, seminconsciente, quedó a merced del sebosó Amin que lo empapó con su abundante sudor. Durante las noches Ignacio no hacía más que llorar.

En el día solían pasearlos por un gran patio amurallado, con palmeras macilentas y una noria que proveía de agua al campamento. Más allá, detrás de una robusta puerta custodiada por soldados, los camellos saciaban su apetito en montones de forraje. Tanto los guardias como los asilados desconocían el español, francés o inglés, e Ignacio debía hacerse comprender por señas, como los sordomudos. Muchos de los prisioneros —unos cien en total— se comportaban agresivamente, y el resto había sido aniquilado por el largo encierro y el trato vejatorio. Las moscas vivían en el paraíso, generadas y mantenidas por los estercoleros del cuartel y la general suciedad. No habiendo servicios higiénicos, cualquier rincón de los calabozos o los pasadizos cumplía este objetivo. Comunmente Ignacio encontraba su plato cubierto de una capa oscura, que se desintegraba al meter la cuchara en centenares de moscas.

Permanecían revoloteando en torno a su cabeza mientras intentaba tragar.

* * *

Al cabo de una tediosa jornada repasando romano, el rostro rosado, alegre de su tío, y su perenne optimismo le devolvieron los ánimos.

—¿Vamos a dar una vuelta por el Arrayán? El día está frío, pero hay un bonito sol.

Alfredo conducía calmoso, con el cigarrillo adherido a sus labios.

—¿Sabes si Pablo aceptó la candidatura?

—Hasta anoche no, por lo menos. Lo veo poco decidido.

—Debería aceptar. Es cierto que los negocios no le dejan tiempo, pero con el comunismo su talento empresarial no le va a servir de nada. Además, alguien debe retomar la tradición familiar. ¡Mal que mal tenemos dos presidentes! —Y señalando una casa a su derecha—. Ahí vive Alvaro Vial. ¡Tan buen tipo! ¿Lo conoces tú?

—Es un señor bajito, muy flaco, con cara de ratón.

—El Laucha Vial, le decían. Es lo más gracioso que hay. Estuvo enamorado de una señora muy entrada en carnes. Pero la dejó porque engordó demasiado. “Las nalgas se le pusieron *capitoné*, contaba... Y tú, ¿crees que Pablo dará el sí?

—Está indeciso, aunque consciente de que es algo muy importante. Pero mi papá es así: de repente se resuelve, sin consultarle nada a nadie. ¡Usted lo conoce mejor que yo!

—¡Ojalá que acepte! Pero prefiero no decirle nada, porque es un poco contreras...

La cordillera nevada y el cielo azul en la tarde sin nubes, en contraste con el diluvio del día anterior, la primera lluvia del año. Los patios y la fachada de la Escuela Militar se delineaban nítidos en el aire transparente.

—Un compañero de leyes conocía a Ingrid. Le gusta mucho, pero no le hace caso.

—¿Sí? Lo que es a mí me tiene muy aburrido. Nos llevamos pelando... ¡Así no se puede vivir! Uno comienza a olvidarse de todo lo bueno... ¡Hay mujeres tan jodidas! La juventud, también. Voy a tener que buscarme una mujer madura, de unos 30 o 40 años. No, hasta 35... ¡Es la mejor edad!

—Pero, ¿rompió con Ingrid?

—No, todavía no. Pero de repente la voy a mandar a la mierda. ¡Es cosa que me pille con el ánimo atravesado, no más!

Manejando siempre con parsimonia, se plegó a la caravana de automóviles, buses y liebres que enfilaba por Las Condes. Mientras Alfredo insistía en sus desventuras con Ingrid, a la memoria de Francisco acudió la invitación que le hiciera Daisy de Vásquez la noche pasada. Sólo consiguió ubicarla cuando mencionó a Carmen y

Rolando. ¿Podría comer con ellos? Tomado de sorpresa, había aceptado, aunque nada le unía a esa gente, dedicada a ganar dinero, pasarlo bien y trepar en el ámbito social. A Lina y Felipe al menos les interesaba la política, el arte, la literatura. Para colmo su motocicleta no funcionaba bien.

—Aquí estaba el fundo de los Echenique. ¡Qué bonito era eso! Y hace apenas unos 20 años. —Las casas se distanciaban por ambos lados del camino, siendo reemplazadas por propiedades extensas, e incluso por campos baldíos en proceso de urbanización. Alfredo señaló una vieja residencia de muros encalados, asomada detrás de corpulentos tilos—. ¡Imagínate con un fundo aquí, dentro de Santiago! Mejor ubicado que el de ustedes, incluso. ¡Ese Felipe Echenique...! Qué tipo más deschavetado. Con razón quedó en la cuerera. Imagínate que se enamoró de la cocinera de su casa, y se casó con ella. ¿Qué me dices? Y era una negrita ordinaria, que no valía nada. Don Luis Felipe casi se murió, y lo echó de la casa. Le fue muy mal al pobre... Tuvo tres hijos, que vine a conocer ya grandes. Pachachos, negros, getones, mal agestados. Pero tenían voces de caballeros, ¿qué me dices tú? Si tú los oías conversar en una pieza vecina, te imaginabas a tipos altos, de estupendas fachas... ¡Y te encontrabas con esos adefecios!

—¡Qué poco cristiano es usted, a veces! —rió Francisco.

—¡Pero si es la verdad! —Alfredo lo miró con sus ojos de chicuelo travieso—. Ahora Felipe anda todo jodido. Tiene gota, diabetes, y un montón de cosas. Y está sin un peso. ¡No dejó disparate por hacer! Como decía monseñor Lazcano: “Los pecados se pagan en el otro mundo, pero las huevadas se pagan en este...”

—¿Dijo eso monseñor Lazcano? —exclamó Francisco, con una risa de incredulidad.

—¡Yo mismo se lo oí!

CAPITULO XVI

La escuela de Independencia quedaba cerca de los cementerios, al cabo de calles sucias, angostas, bordeadas de casas con muros desconchados. Debía hacerle el quite a las pestilentes basuras apiladas junto a las veredas, a los perros vagos, a algún borracho o a los pelusas que lo insultaban o se reían de su flacura y de sus libros escolares. Sábados y domingos, prácticas deportivas y religiosas con el padre Juan, el párroco de San Gabriel. Entonces a su papá, funcionario del Servicio Nacional de Salud, lo trasladaron a Curicó, y la gris vida provinciana puso en evidencia la propia estrechez económica frente a los ricos comerciantes españoles y árabes y los latifundistas que lucían su opulencia en la Plaza de Armas, especialmente los días festivos. Pero sus padres, ajenos a los rencores sociales, se preocupaban de enviarlos a misa a él y sus hermanos, y los obligaban a rezar sus oraciones y a comulgar todos los domingos.

Durante las tardes la acostumbrada reunión en la plaza con sus compañeros de liceo, para solazarse contemplando a las muchachas que se paseaban o en los escaños de madera charlaban sin bullicios, en un tono mesurado, provinciano, bajo los árboles frondosos. Dos veces a la semana la retreta de la banda del regimiento, desde el quiosco metálico asentado sobre sólidos pilares, alteraba un tanto la rutina diaria. Sus secretos sueños los dedicaba a una chica trigueña, sonrosada, que caminaba muy erguida, sin mirar a los lados, y hablaba o sonreía contrayendo apenas los labios. De nombre Mónica, según pudo averiguar, era hija de una almacenero prócer de la

ciudad, corpulento, de rostro rubicundo, que aparcaba su moderno automóvil donde todos los vieran. Su voz gruesa, estentórea, y su inconfundible acento español lo anunciaban desde lejos.

¿Brillaron más los ojos de Mónica las dos o tres veces que se encontraron con los de Rolando? Fue uno de los enigmas que nunca pudo resolver. Volvía del liceo una mañana, y al atravesar distraídamente la calle, el chirrido de una brusca frenada, y un largo bocinazo reventaron en sus oídos. Paralizado, un gran frío se apoderó de su cuerpo. El automóvil, detenido a menos de un metro. Tras el parabrisas, una cara congestionada de furia, y junto al energúmeno, Mónica, con el uniforme de las monjas, mirándolo despectiva. El hombre bajó el vidrio, y su grito resonaría años en sus oídos:

— ¡Chierra la boca, roto de mierda, antes de cruchar las calleshh...!

El insulto del español y el rictus desdeñoso de Mónica aún permanecían en su recuerdo. Dejó de acudir a la Plaza de Armas, y llenó esas horas estudiando y con las actividades parroquiales. En su mente Mónica se despojó de atractivos y cuando volvió a topársela pudo mirarla con frialdad.

De regreso en Santiago, cuando Rolando cursaba el quinto año de humanidades, arrendaron una casa pequeña a una cuadra de Irrarrázaval, y tres años después su padre moría de una trombosis. Rolando debió emplearse como ayudante de vendedor en una ferretería del barrio. Conoció a Carmen en la parroquia, y durante seis años la visitó a diario. Enterado de que también trabajaba para las obras sociales de la iglesia, su futuro suegro le decía:

— ¡Los curas le hacen el juego al imperialismo! Siempre se lo digo a la Carmen... — Y parecía hablar en serio.

Viudo desde el año anterior, aun le penaba la muerte de su mujer.

Se casó con Carmen cuando cumplía los 25 años, y desde ese día los problemas le mantuvieron una inquebrantable fidelidad. Las dificultades de su mujer para procrear; la muerte de su único hijo; la enfermedad de su madre y las inacabables zozobras financieras. Y entonces Carmen y Francisco Valdés se encontraron en el cementerio.

Tiempo anubarrado, frío. La vereda, atiborrada de transeúntes aislados en sus propios mundos. Después de una vida de vendedor, Pablo Valdés resolvía cambiar su destino, pero el instinto le decía que sería para mejor. Raúl Vásquez. ¡Cómo había tratado de desembarcarlo de Acomsa! Comprendía la suspicacia de cualquier hombre cuando algo o alguien se cruza en su camino previamente trazado. Los deseos de atropellar el obstáculo son incontenibles.

Pero no le guardaba rencor, porque la suerte ¡por fin! se ponía de su parte.

* * *

Su madre lo dejó a pocos pasos del chalet de los Vásquez, idéntico a todos los del pasaje, cada uno con un pequeño antejardín y chimenea. Daisy vestía como para una ceremonia de gala y Raúl, de correcto terno oscuro, preparó pisco *sour* frente al fuego, describiendo al heterogéneo vecindario, la chiquillería, cuyo bullicio se encajonaba entre las casas durante las tardes, frustrando las siestas domingueras.

—Pero hay botillerías, farmacia y almacenes a mano. —Llenó la copa de Francisco con el espumoso coctel—. Aun no tengo el gusto de estrechar la mano de don Pablo Valdés, aunque va por la oficina dos veces a la semana, como mínimo. Claro que de entrada y salida, no más.

—El papá dirige otras compañías y un banco. Además es corredor de la bolsa de comercio y trabaja su fundo. Y ahora le han ofrecido una senaturía...

—Así oí decir. ¡Son demasiadas cosas, realmente! Cómo habrá gente con tanto cerebro, ¿no?

—¿Y qué es de los Cárdenas? Pensé que los iba a encontrar aquí.

—Estuvimos a punto de invitarlos —dijo Daisy, incómoda—. Pero ahora están tan importantes, desde que a Rolando lo nombraron director...

—Debe ser muy agradable sentirse poderoso, ver que tantas personas y tanto dinero dependen de uno —prosiguió Raúl, desviando el tema—. ¡Yo creo que me sentiría como pez en el agua...!

—Es que tú eres tan trabajador, tan empeñoso —comentó Daisy—. Y bueno para los números. ¡Hay que tener cabeza para todas esas cosas! Y pensar que Francisco va a heredar todo eso algún día.

—Tengo hermanas y un hermano. A mí no me gustan los negocios, pero a mi hermano mayor, sí.

—¿Qué te gusta a tí?

—Estudiar, ayudar al padre Solar en sus obras. Voy a los retiros espirituales que dirige. ¿Colaboran ustedes con la parroquia del barrio?

Marido y mujer se miraron, sorprendidos. Raúl sonrió.

—Llego siempre tan tarde y tan cansado... ¡Ni siquiera leer el diario puedo!

Desde una banqueta junto a la chimenea, Daisy adoptó a su vez una actitud de estudiada gravedad.

—Lo que es a mí la religión no me convence mucho, que digamos. ¡He conocido curas tan frescos...! Y hay tantas cosas de qué preocuparse.

—Todo el mundo tiene preocupaciones —comentó Francisco, pensativo.

—¿Crees tú? ¡Hay gente tan rica! En Apoquindo vive un señor estupendo, en una casa grande como un castillo. Es el hombre más buen mozo que he visto, y muy joven. Creo que además es diputado...

—Debe ser mi primo Ignacio. Tiene casa en Apoquindo, cerca de aquí.

—¿Es primo tuyo? ¿En serio? Pero, ¡si es la muerte!

—Es hijo del hermano mayor de mi papá, que murió muy joven.

—O sea, son primos hermanos. ¿Y de dónde sacó tanto dinero? —Bajo sus bien delineadas cejas, las pupilas de Daisy brillaron excitadas.

—Heredó de su abuelo materno.

—¡Preséntalo! —Al ponerse de pie la espigada silueta de Daisy bloqueó el fulgor de la chimenea—. Me muero por conocer esa casa. ¡Debe ser maravillosa...!

—¡Es un palacio! —El entusiasmo de Raúl corría a parejas con el de su mujer—. Debe costar una fortuna.

—Podríamos pasar a verlo después de comida. ¿Te atreverías, Francisco? ¿O no tienes mucha confianza con él?

—Ignacio es como un hermano mayor. Pero puede estar con invitados...

—Dejémoslo para otro día.

Pero durante la comida marido y mujer no le dieron respiro preguntándole sobre Ignacio, y Francisco se las ingenió para abundar en detalles intrascendentes sobre los éxitos sociales de su primo en Europa. Al enterarse de que Ignacio era accionista de Acomsa, Raúl exclamó:

—Pero... ¡Yo nunca lo he visto por la oficina! Y tampoco figura en la lista de directores.

—Entre los accionistas tiene que aparecer. Mi papá dice que Ignacio no quiere meterse en Acomsa. Precisamente Rolando Cárdenas fue nombrado director por las acciones de Ignacio.

—¡Ahí está la cosa, entonces! —exclamó Raúl, desabrido, echándole una significativa mirada a Daisy, que no disimuló su desazón.

Raúl insistió en irlo a dejar, y también Daisy se plegó, quedando prácticamente encima de Francisco en el estrecho asiento delantero del automóvil. En Apoquindo, Raúl torció hacia la cordillera.

—Quiero echarle un vistazo a la casa de tu primo...

La fachada luminosa de la residencia proyectaba un halo decreciente sobre el amplio antepatio de piedra, dejando los garajes laterales y la verja de fierro diluidos en la penumbra. Vásquez aparcó frente a la gran casa e hizo un gesto interrogativo a Francisco, que se encontró sin argumentos para negarse. Además llevaba los senos de Daisy prácticamente en la cara, y de este modo saltar a la noche helada le produjo un gran alivio. El mozo de chaqueta blanca apuró el paso al reconocer a Francisco.

—¡Don Francisco! Qué gusto de verlo. —Abrió la gran cancela—. ¡Por favor, pase!

—¿Está Ignacio?

—Sí, sí. Está con don Ascanio Ugarte y su señora, que deben irse pronto.

Daisy y Raúl, desentendiéndose de las vacilaciones de Francisco, ya habían iniciado la travesía del suelo adoquinado. Y en el amplio pasadizo que servía de vestíbulo, flanqueado de hornacinas con estatuas de mármol sobre pedestales, su actitud fue de un auténtico reconoci-

miento, mientras el mozo desaparecía por una puerta del fondo.

—¡Qué casa más sensacional! —exclamó Raúl, arrobado.

—¿Te gusta el estilo francés? Yo lo encuentro muy frío —comentó Francisco, en un tono crítico—. Pero como Ignacio vivió mucho en París...

Ignacio acudió de inmediato y abrazó estrechamente a Francisco.

—Espero que no haya llegado a molestarte.

—¡A los parientes hay que recibirlos a la hora que sea! ¿No es así? —Y miró a los Vásquez.

Francisco los presentó. Los Ugarte, sesentones ambos, envueltos en los fulgores rojizos de la chimenea, se pusieron de pie para recibirlos.

—¿Qué puedo ofrecerles? Porque he de decirte que traje un maestro de cocina directamente de Francia, y hace comida para un regimiento.

—¡Muchas gracias! Pero acabamos de comer en casa de Raúl y Daisy.

—¿Por qué te habías perdido tanto tiempo?

Ignacio se quedó de pie junto al hogar. Su elevada estatura parecía colmar la habitación.

—La universidad... ¡Estoy estudiando leyes!

—Entró solamente porque nosotros insistimos. ¡Viera usted que se hizo de rogar! —dijo Daisy, aún cohibida.

—Aunque me pasara toda la vida haciendo buenos negocios, nunca podría comprarme una casa así —añadió Raúl, tratando de darle énfasis a su voz—. Excepto que heredara plata...

—¡Como Ignacio! —exclamó Francisco, riendo—. Nunca le has trabajado un día a nadie, ¿no es así?

Ignacio rió de buenas ganas.

—Y entre paréntesis, Ignacio —intervino el señor Ugarte—. ¿Cómo están tus primas Adelaida y Rosalía? Llegamos a Buenos Aires al día siguiente del funeral de Marcos.

—Se veían muy bien. Adelaida está casada con un muchacho llamado Julio Sánchez, que trabaja en correaje de propiedades... Rosalía sigue soltera.

—¡No me vaya a decir que usted es primo de Adelaida! —saltó Daisy, en el colmo de la incredulidad.

—Sí, soy primo segundo de Adelaida. Su madre era prima de la mía. —Brillaron los ojos celestes de Ignacio—. ¿La conoce usted?

—¡Claro que sí! Fuimos vecinos durante dos años... ¡Quién iba a pensar que Adelaida tenía parientes tan encopetados! Se veía tan sencilla, tan no sé cómo...

Raúl, desconcertado, también se plegó a la general hilaridad.

—¿De qué se ríen? —preguntó Daisy, azorada.

—¡Fue muy gracioso lo que dijiste! —replicó Francisco, tranquilizándola.

La señora Ugarte pugnaba por contener la risa, que asomaba a su rostro pequeño, gracioso, con múltiples arruguillas.

—Es gente muy sencilla, en realidad —comentó Ignacio, risueño—. Adelaida se casó muy joven. Es una niña buenísima, muy católica. Mi mamá las quiere mucho.

—¿Usted no se ve con ella? Adelaida nunca lo nombró —dijo entonces Daisy, muy seria y estirada en su sofá.

—Sólo a lo lejos.

Francisco miró su reloj.

—¿Vas a decirme que piensas irte ya? —exclamó Ignacio, al verlo ponerse de pie—. Ya que te dignaste pasar, quédate un rato más.

—Pasamos a saludarte solamente —Francisco se desentendió de la mirada de súplica de Daisy—. Tengo clases mañana, y una prueba al mediodía. Quiero reparar algo.

—¿Usted es soltero? —preguntó entonces Daisy, compungida.

—Hasta ahora, sí.

—Ignacio es muy exigente —dijo la señora Ugarte, riendo.

—Debería casarse, con una casa tan linda como esta —comentó Daisy, en un tono melancólico.

Esta vez Raúl no se rió con los otros, porque el comentario de su mujer terminó por inhibirlo.

Al recrudecer el mal tiempo, Alejandro resolvió afrontar una novela. En un simple cuaderno de composición, con su letra dispareja, apretada, que ni él mismo lograba descifrar, despachó las primeras páginas rápidamente. Después de almuerzo la actividad en la residencial declinaba, pero el frío de su dormitorio lo obligaba a levantarse para desentumecer las piernas, o se metía en la cama y dormía una o dos horas hasta calentarse un poco. Ya a las seis de la tarde, los ruidosos estudiantes de agronomía, los pasos y voces en el vestíbulo, y la prometedora campanilla del teléfono, cortaban su inspiración. O lo llamaba alguno de sus amigos para proponerle un panorama, o él mismo tomaba la iniciativa. Ninguna noticia de Ingrid desde su encuentro fortuito la tarde del estrepitoso desmoronamiento del mundo entre real y fantástico de Andrés Rodríguez.

Sus conversaciones con Francisco en los recreos se prolongaban a veces durante la clase, cuando el profesor no lograba interesarlos. El tema de Dios, que obsesionaba a Francisco, sólo había inquietado a Alejandro en su niñez, cuando vivía apegado a su madre. El papá ejercía de abogado en Chillán, y aunque de una discreta religiosidad, hacía causa común con su esposa para que sus hijos cumpliesen sus devociones. Alejandro prefería quedarse leyendo alguno de los libros acumulados por su padre, en su mayoría heredados, casi siempre a hurtadillas para evitarse negativas, antes que juntarse con sus compañeros de colegio, cuya infantil vitalidad pronto lo aburría. La literatura terminó por desvincularlo de toda realidad e incluso de la misma religión, y de alguna manera lo fortaleció para afrontar los altibajos económicos familiares, que la mala salud de su padre nunca le permitió superar.

Pero a Francisco lo absorbían los asuntos religiosos. Comulgaba una vez por semana, e incluso a diario, cuando se sentía espiritualmente débil. Alejandro llevaba más de dos años sin comulgar, situación que prefirió no revelar a su amigo. Porque Francisco, por ejemplo, atribuía las desgracias de Andrés Rodríguez a su indiferencia religiosa. Había vivido preocupándose solamente de alimentar su mundo personal, sumergido en un ambiente

morboso, que exacerbaba sus debilidades.

—Las personas que se dejan dominar por el sexo se transforman en seres unidimensionales, monocordes, que unicamente saben hablar de su obsesión. Lo he visto en amigos y parientes. Creo que la vida espiritual ofrece oportunidades de vivir con una plenitud mayor.

Cumplidos los 18 años, Francisco nunca había mantenido relaciones íntimas con una mujer. Aunque no dudaba de la sinceridad de su amigo, Alejandro enfocaba el problema desde otra perspectiva, pero en secreto. Porque, ¿cómo se alimentaba mejor el espíritu, dentro de la pobreza o la holgura económica? En medio de las tentaciones y facilidades para pecar, parecía paradójicamente más fácil llegar a la vida espiritual que dentro de la lucha diaria por la sobrevivencia, donde las oportunidades, aunque fuesen miserables, debían aprovecharse. ¿Cómo podían esas personas disponer de la mínima tranquilidad para valorizar los factores que los condujesen a la salvación de su alma? Los tipos como Francisco podían darse el lujo de rechazar todas las ocasiones, pero en el medio del propio Alejandro, lejos de su familia, parecía vital cogerlas todas. Y no porque fuese lo más aconsejable, sino por la ausencia de coordenadas para una evaluación. Porque los económicamente acomodados son tuertos e incluso videntes en un país de ciegos.

¿Cómo pedirle espiritualidad a Morales, a la visitadora social, a la farmacéutica o a las hijas de doña Margarita, cuyas vidas cotidianas carecían de todo aliciente para buscar un camino hacia el espíritu? Y no porque se embrutecieran trabajando. Al revés: la existencia gris, sin altibajos, encauzaba a la gente a vivir dentro de los tonos grises. Quizá a un obrero le resultase más simple resolver sus angustias existenciales que a los pensionistas de doña Margarita, a excepción de los estudiantes, por cierto. Alejandro no veía como en un ambiente así una persona podía autotranscenderse, según la expresión favorita de los Lizama, especialmente de Gastón, antes de la demoledora crítica de Fedón.

La partida de Andrés Rodríguez se tradujo en una especial tranquilidad para Alejandro. A la ausencia de sus retorcidas disgresiones, se añadía el término de su

ambigua relación con Ingrid, jamás resuelta en nada positivo, y su obligada renuncia a cualquiera intimidad con Sofía, mientras durase su pasión por Víctor Garcés. El tiempo para escribir le sobraba. ¿Qué destino correría su obra? Conocía las reglas del juego dentro del medio intelectual chileno. Para Darío Fuentes sólo importaba pertenecer al partido comunista o a la camarilla del crítico del momento, aunque lo escrito fuese un bodrio. Lo otro era lanzarse a ciegas con la certeza casi absoluta de caer en el vacío. Víctor Garcés interpretaba las opiniones de Fuentes como resentimientos, como un producto de su frustración ante su falta de talento, realidad que nunca seguramente se resignaría a aceptar, y no como el reflejo de una verdad. Pero Alejandro sabía que la confianza de Garcés en su porvenir literario se cimentaba en la amistad de su familia con Fedón...

Las 30 primeras páginas de su novela le parecieron desoladoramente desprovistas de fuerza o elocuencia descriptiva. Como si no reflejasen su inspiración, sino la de alguna entidad traviesa o malévola que se deleitaba en deslizar subrepticamente rebuscamientos, mal gusto, cursilerías y lugares comunes.

Pero no se desanimó. Trazó la estructura, el esqueleto de la novela, cuya magnitud calculaba en unas 70 páginas. El original de *La vida de Andrés*, de Lizama, apenas alcanzó las 80 páginas, que bien pudieron no haberse escrito, después de todo. Pero nada impedía que en un país donde un crítico se arrogaba el derecho de hacer o deshacer escritores, una obra maestra fuese malévolamente descalificada, o, tal vez, ignorada. Pensando así, se reafirmaba en su soledad intelectual, pero el instinto lo impulsaba a seguir escribiendo, a terminar su novela, quedase bien o mal. Ya concluída vería qué hacer, pues renunciar a escribir por no contar anticipadamente con una crítica favorable, o un editor, le parecía el colmo de la miseria. Teniéndolo todo en tal sentido Gastón Lizama igualmente se había frustrado.

Morales se dejaba ver raramente. ¿Estaría explotando ese nuevo filón que le insinuase la última vez? No dejó de sorprenderlo el inusitado nerviosismo exteriorizado por Rafael, el mozo. Aunque doña Margarita

controlaba el uso del teléfono a la servidumbre, Rafael hacía constantes llamados, o los recibía con la tribulación impresa en su cara poco expresiva. Uno de los estudiantes de agronomía le contó que la desaparición de un amigo de su infancia, de un compañero de su población, tenía así a Rafael. Trabajaba con un señor muy rico, pero desde unas semana atrás nada se sabía de su destino.

En cuanto a Ingrid... Alejandro contenía sus casi irrefrenables deseos de partir a verla. Pero debía atenerse a los consejos de Francisco, porque se sabía incapaz de interpretar la secreta y contradictoria personalidad de Ingrid.

Pablo Veldes llevó a Florencia y a Lisa Miller, y luego cansado las mangó de debiles vueltas hacia la izquierda tranquilamente, mientras a la vez el mismo había prolongado sus riñones.

—Don Pablo, déjeme felicitarlo! —dijo Lisa, con sus ojos cerrados—. He sabido que va de candidato a senador por la provincia de Estrependo!

—Todavía no he aceptado, hija. No me entusiasma tanto, te lo decise!

—Es que te has puesto muy viejo, papá. No debes vacilar ni un segundo!

—Yo sigo lo mismo, don Pablo. Se necesita gran brío en el congreso. —La voz ronca de Lisa se detuvo a manera del cespar de la leña ardiendo—. ¡Debería esperar a esos cercados!

—No se apuren tanto. Todavía hay tiempo. Son cosas que deben pensarse bien. Y es cuanto a que me sea posible comodos, cualquiera cree que no haga nada. ¿Está en madre? ¿Y Francisco? Necesito ir a "Los Seguros", pero estoy tan agitado que preferiría no ir.

—Yo te llevaría encantada, papá, pero le di salir a la empleada, y los niños están con Jose Luis...

—Don Pablo, no la lleve. No tengo nada que hacer allí —propuso Lisa, con naturalidad.

—Pero, cómo voy a molarme allí!

—No es ninguna molestia, don Pablo. —Lisa, de blanco lino y chomba roja, durmiendo se sonaba

CAPITULO XVII

Pablo Valdés besó a Florencia y a Lina Miller, y alargó cansado las manos de dedos romos hacia la chimenea traqueteante, mientras afuera el viento helado prolongaba sus ráfagas.

— ¡Don Pablo, déjeme felicitarlo! — dijo Lina, con sus ojos risueños—. He sabido que va de candidato a senador. ¡Lo encuentro estupendo!

— Todavía no he aceptado, hija. ¡No me entusiasma mucho, he de decirte!

— Es que te has puesto muy cómodo, papá. ¡No deberías vacilar ni un segundo!

— Yo creo lo mismo, don Pablo. Se necesita gente decente en el congreso. — La voz ronca de Lina apenas se destacaba del crepitar de la leña ardiente—. ¡Debería aceptar a ojos cerrados...!

— ¡No se apuren tanto! Todavía hay tiempo. Son cosas que deben pensarse bien. Y en cuanto a que me haya puesto cómodo, cualquiera creería que no hago nada. ¿Está tu madre? ¿Y Francisco? Necesito ir a "Los Nogales", pero estoy tan agotado que preferiría no manejar.

— Yo te llevaría encantada, papá, pero le dí salida a la empleada, y los niños están con José Luis...

— Don Pablo, yo lo llevo. No tengo nada que hacer ahora — propuso Lina, con naturalidad.

— Pero, ¡cómo voy a molestarte a tí!

— No es ninguna molestia, don Pablo. — Lina, de pantalón blanco y chomba roja, iluminada de costado

por las llamas trémulas de la chimenea, despedía un halo rojizo—. ¡Tenemos que cuidar a nuestro candidato...! Vamos.

La actitud resuelta de Lina terminó con sus titubeos. Pronto enfilaban por Tobalaba, entre escasos vehículos.

—Es muy importante que acepte esa candidatura, don Pablo. No debe vacilar.

—¡Hay mucha gente que depende de mí! Doy ocupación, produzco, pronto nos meteremos en la industria, y ahorraremos divisas...

—Pero hay otras personas que también hacen eso. ¿No cree usted? Y los buenos senadores son muy pocos. ¡El país necesita de la gente de orden....!

—Estaba seguro que tus ideas eran más bien de izquierda... —Pablo la miró curioso, en la penumbra del auto.

El crepúsculo descendía rápidamente, y al encenderse las farolas la oscuridad se convirtió en una densa cúpula.

—¡No, no! Mi marido es de izquierda. A mí me gusta la derecha.

—Así que tu marido no te ha convencido.

—Ya no me convenció.

—¿Por qué dices eso? ¿Andan mal las cosas?

—No andan muy bien, don Pablo. Se lo digo a usted, no más. Ni siquiera a Florencia le he contado. Pero no hemos tenido hijos, ¿ve? Y nuestras relaciones han empezado a agotarse. Todo se va en largas conversaciones que no llevan a ninguna parte. Toma poco en cuenta mis opiniones. En cambio usted ha vivido para su señora y sus hijos. ¡Lo encuentro extraordinario!

Pablo fijó sus ojos adormecidos en el pretil que ocultaba las turbias aguas del canal San Carlos.

—Así es. De repente me he convertido en un viejo, sin darmé cuenta, siquiera.

—¡Qué va a estar viejo! Yo creo que mientras más se avanza en la vida, todo tiene un nuevo sabor.

—Nunca me he detenido a pensarlo. Siempre he vivido demasiado ocupado.

—Es bueno hacer un arito, a veces —rió Lina, mirándolo de reojos—. Me dan pena las personas que de

repente salen con frases como "he perdido toda mi juventud criando chiquillos", "no aproveché mis mejores años para pasarlo bien..." ¡Es raro que sea demasiado tarde para algo!

—Tus ideas son muy estimulantes. —Pablo la miró pensativo. En la semioscuridad la chomba roja diseñaba con nitidez el perfecto busto de Lina—. ¿Qué piensas respecto al futuro de tu matrimonio?

—Lo considero terminado, simplemente.

—¿No te estarás apresurando mucho? Hay cosas que vale la pena salvar.

Un atochamiento en la esquina de Príncipe de Gales la obligó a frenar, y Lina aprovechó la momentánea detención para sacar cigarrillos de su cartera.

—Los hombres se acostumbran a que les hagan todo, que les tengan la ropa limpia, la casa ordenada, la comida lista... ¿Ve usted? Por eso mismo se demoran en saber si siguen enamorados o no...

* * *

Trabajar en la quinta de Moisés Lolas era como revivir la época de don Harry. Excelente paga, comida de la mejor, y un buen dormitorio que compartía con Eugenio, el de los mandados. No tan simple resultaba llegar allí, a dos kilómetros del camino a Santiago, porque escaseaban los automovilistas o camioneros compasivos. Tampoco podía contarse con el furgón para las compras y trasladar a las mujeres. Y también éstas constituían un problema. ¡Tantas a la mano y no poder tocarlas, siquiera! Hasta les prohibían conversar con ellas.

Un invisible muro los separaba de "las niñas de doña Eloisa", como les decían los garzones. Mujeres jóvenes, bien hechas y bonitas, que la señora Eloisa enseñaba a caminar, vestirse y peinarse, para que luciesen impecables ante don Moisés y sus visitas. Meses atrás una chica había sido pillada "infraganti" con uno de los mozos, y los cortaron a los dos. De llapa, el muchacho recibió una concienzuda pateadura de Manuel, luchador y boxeador

profesional en su juventud, y encargado precisamente de mantener el orden en la quinta. Manuel sabía tratar a los insolentes y pendencieros. Su sola presencia inspiraba cautela: alto, desgarbado, con brazos muy largos, y unas manos inmensas, que pegaban como arietes.

Porque las mujeres disfrutaban exhibiéndose en sostenes y calzones por los pasillos, y a veces solo "en reloj pulsera". O los mozos las encontraban a medio vestir al llevarles el desayuno o algún refresco. Y con el tiempo bueno, algunas se tostaban en cueros.

—Si uno es cristiano como cualquiera —se quejaba Hilario, otro de los garzones—. No somos de "pieira".

—Tienes que buscártelas fuera, viejo —lo reconvinó Manuel, con su tono bovino, inocuo—. Estas son para el patrón, solamente, ¿entendiste? Y el patrón nos paga bien para que les cuidemos sus cosas...

Una escueta verdad: la quinta para agasajar a sus amistades demandaba dinerales a Moisés Lolos. ¡Y quienes venían! Diputados, senadores, ministros, gerentes de bancos y de importantes empresas privadas y estatales, gente que desfilaba día a día por los diarios y la televisión. Y a través de Samuel, Diógenes Peña se enteraba de quienes iban, de los que alojaban allí o perdían millones en la sala de juegos, según trascendía. Pero Lolos no invitaba a cualquiera. Samuel nunca presenció un escándalo, aunque solía comentarse el protagonizado por el gerente de un banco antes de su arribo.

Eloisa disponía de una dotación constante de mujeres, y cuando la cantidad de huéspedes lo exigía, enviaba por ellas a la ciudad. Entre las nuevas adquisiciones, una muchacha de estatura regular, y más bien delgada, insípida para Samuel, era muy apetecida por los amigos de Lolos. Algo debía poseer Elvira, quizá su extrema juventud. Aunque se decía mayor de edad, con 17 años tenía de sobra. A Samuel le dislocaban las opulencias de Dolores, una mujer grande, espectacular.

—¡Tiene una cuerpá que llega a doler las muelas...! —comentaba con Hilario.

—Y se pichicatea firme —afirmó Hilario.

Con frecuencia, se la veía a medio vestir, o con camisas transparentes, muy seria, impregnada en un pene-

trante perfume. O se asoleaba sin ropa durante horas, por el revés y el derecho. Engreída, altanera y suficiente, nunca saludaba a la servidumbre.

Samuel se reunía con Diógenes Peña o Venancio Muñoz en sus días de salida, los jueves en la tarde y domingos. Le enseñaron a manejar una cámara fotográfica en miniatura, como una caja de fósforos, destinada a ciertos personajes de especial interés. Le prometieron una paga extra por cada foto.

Cuando ese sábado Samuel iba con refrescos, Dolores le hizo una seña desde la puerta de su alcoba, y lo instó al silencio. Con una bata translúcida, atada al vientre con un cordón, la mujer cerró la puerta y risueña le ofreció un cigarrillo. Pero los mozos no podían fumar durante la jornada.

—Noto que siempre me miras, ¿te gusto? —Inquirió la voz delgada, de chicuela regalona—. ¿O tienes miedo de decírmelo? Sé que ustedes no deben fijarse en nosotras.

—Señorita —tartamudeó Samuel—. ¿Qué se le ofrece? Dolores rió.

—Me gustas mucho, ¿sabes? Mira: sé que aquí nada puedes hacer... —Al sentarse en la cama, la bata resbaló por sus muslos, revelando su carne tostada. En un papequito anotó algo, y se lo pasó con una mirada picaresca— Esa es la dirección de mi casa. Mañana domingo te espero a almorzar, ¿qué te parece? Claro que no le cuentes nada a nadie. ¿Te gustarían unas empanadas y un bisctec a lo pobre...?

Apretando el trozo de papel fragante con el perfume de la mujer, Samuel llegó trémulo a la cocina.

—¿Por qué estás tan pálido? —preguntó Manuel, sospechoso.

Le echó la culpa a un dolor de estómago. En la noche acudieron unas treinta personas, y no paró de trabajar hasta las cuatro de la madrugada. Dolores le sonreía al bailar con un hombre gordo, reidor. No le fue fácil levantarse temprano, y con una larga ducha sacudió la trasnochada. Fue a la población para dejarle plata a su madre, y se marchó aduciendo un importante compromiso.

A los pies del cerro San Cristóbal, la casa de Dolores sobresalía por los grandes balcones de su segundo piso, en la calle arbolada, apacible, solitaria a esa hora. Le abrió un señor alto, de mirada huidiza, como de 60 años. ¿Sería el padre? Afectuoso, el hombre lo invitó a pasar. Por la ventana se divisaba un parrón bordeado por macizos de cardenales rojos y blancos.

— Lolita estuvo aquí hace muy poco rato — informó el hombre, conduciéndolo hasta una pieza interior por una galería. Al fondo del jardín, y junto a un muro de adobes, Samuel descubrió un pretil de tierra recién removida—. Vino a buscar unos papelillos, pero tuvo que irse...

Por la puerta del fondo entraron un hombre moreno, macizo, con ojos de perro bravo y otro grande, de cara larga y bigote. El más bajo esgrimía una pistola de caño largo, y sólo cuando el grandote se sacó su espesa cabellera, descubriendo una reluciente calva, Samuel reconoció a los asesinos del gringo Wiley, mientras la inminencia de su muerte lo invadía atropelladamente. El dueño de casa dejó la habitación y por dos veces el silenciador sofocó las detonaciones. Samuel se dobló sin un quejido.

— Y se acabó el testigo — dijo el pelado.

El dueño de casa regresó.

— Cuando oscurezca llevaremos el cuerpo al patio.

— Menos mal que alcanzamos a terminar la tumba, ¿no? — Con un inevitable acento argentino, el hombre se puso la peluca—. Su amiga, señor Herrera, vale su peso en oro.

— Porque no puede vivir sin droga — replicó Herrera, conciso.

— Y no salió tan caro, después de todo — comentó el moreno—, excepto por los cinco mil dólares que pidió el detective para decirnos donde estaba ése. — Señaló a Samuel con la punta del pie.

Los tres salieron, dejando el cadáver encogido sobre el piso de tablas.

— Como no pienso mudarme de casa, y voy a plantar cardenales sobre la tumba de nuestro amigo, pueden pasar siglos sin que nadie lo encuentre—, comentaba

Herrera en la habitación vecina, sirviéndole vino a los ejecutores de Samuel.

* * *

Lina partió al desatocharse la vía.

—Don Pablo, ¿puede encenderme el cigarrillo?

—Una leve picardía brillaba en sus ojos grises.

Pablo empujó el encendedor en el tablero, mientras Lina adelantaba a una carretela vacía.

—Pero tu marido, ¿está enamorado de tí?

—Soy yo la que no está enamorada. Y es absurdo mantener una situación así, por las puras.

—¡Tan egoístas que son las mujeres! Piensan en ellas, solamente. —Pablo encendió el cigarrillo y se lo pasó a Lina.

—¿Por qué? Los hombres son egoístas, porque sólo piensan en su comodidad. Si tuviéramos hijos, le creo. Pero no habiéndolos, sólo el amor puede mantener un matrimonio.

—¿Eres católica?

—No practico ninguna religión. Creo que debe haber un Dios, es decir, no soy atea, pero es un problema que me queda grande. ¿Y usted?

—Soy católico, apostólico y romano. Y la idea del pecado siempre me preocupa.

—Para mí el pecado es sinónimo de culpa. Si hago algo y me siento culpable, me parece malo. Pero mientras eso no ocurra...

—Y la infidelidad, ¿tampoco es pecado para tí?

—La fidelidad o infidelidad dependen del amor. Si una está enamorada de alguien y lo engaña, comete una falta. Pero si el amor ha muerto...

—Creo que todo depende de otras cosas, además.

—¿Pero acepta a los que piensan distinto?

—¡Por supuesto! Pero solamente en materias religiosas. En política, no. A los marxistas los combatiré mientras viva y en todos los terrenos. Por eso creo que los indiferentes le hacen el juego al marxismo. No ven todo

lo malo que encierra esa ideología. Los católicos, los verdaderos católicos, en cambio, lo vemos muy claro.

—¿Quiénes son “los verdaderos católicos”?

—Los que siguen la doctrina de la Iglesia tal como fue expuesta por Cristo, y no andan buscándole los cinco pies al gato para justificar ciertas bellaquerías, dándoselas de progresistas o de criterio amplio...

Lina se concentró en la conducción por la estrecha avenida atestada de vehículos que se entrecruzaban. Porque no faltaban los hombres, mujeres o niños que desafiaban la muerte haciéndole el quite a los parachoques.

—Por eso mismo usted debería aceptar esa candidatura, don Pablo. Es una persona que tiene las ideas claras, que sabe donde va.

—Eres la primera mujer que me dice algo así —comentó Pablo con gravedad, mirándola bajo el brillo del panel de conducción.

—¿La señora María Luisa nunca se lo ha dicho?

—María Luisa nunca da juicios sobre mí, positivos o negativos. Tampoco se los he pedido. Cuando nos peleamos, suele increparme algunos defectos... Que soy dominante, que no escucho lo que me dice, porque ando pensando en los negocios.

—Yo soy su gran admiradora, don Pablo —dijo Lina, echándole una rápida mirada—. Lo encuentro el hombre más extraordinario que he conocido. Las primeras veces que fui a su casa me daba terror encontrarme con usted...

—¿Por qué? ¡Creo que siempre fui muy amable contigo!

—No sé... Lo he encontrado siempre tan atractivo, y con tanta personalidad. ¡Me inhibía completamente con usted! No sabía qué decir ni de qué hablar. Usted debe haberme encontrado una tonta de remate, seguramente.

—¡Las cosas que dices! —Lina percibió su íntima complacencia—. Eran tantas las compañeras de mis hijas que iban para la casa. Y siempre me parecían encantadoras, educadas, discretas...

Enfrentaron el final de la avenida.

—¿Y aquí? ¿Para dónde tomo?

—Sigue derecho dos cuadras, y doblas a la izquierda. Ya vamos llegando.

—Así que no se había fijado en mí. —Un reproche marrullero impregnaba la voz de Lina.

Ambos pares de ojos se cruzaron en la penumbra. Pablo sonrió, con su íntima satisfacción en creciente.

—Tengo poco tiempo para tratar con la gente. Siempre me he movido entre socios, parientes y antiguas relaciones de familia. Y las personas jóvenes como tú siempre me parecen demasiado lejanas.

—Hace bien conocer gente nueva. Creo que las mujeres jóvenes son muy distintas a las de su generación. ¡Tienen mucho que ofrecer!

Al enfilar por el camino vecinal los neumáticos rodaron sobre una tierra barroña por las recientes lluvias. El auto atravesaba ahora los campos destinados a chacarearías del fundo.

—Fue bueno que nadie de mi familia hubiera podido traerme— comentó Pablo con una voz curiosa, manteniendo la vista fija en la senda angosta, donde los baches se alternaban con los barriales—. Porque así he tenido oportunidad de conocerte...

—De empezar a conocerme, solamente, don Pablo.

—Sí, sí, desde luego. Pero podía haber ocurrido que nunca hubiese comenzado siquiera, ¿ves?

Al tomar la siguiente curva, el automóvil de Lina enfrentó a dos inquilinos. Debió dar un rápido golpe de volante para no arrollarlos. Los hombres se tiraron contra la cerca, y al reconocer a Pablo, recuperados del susto, lo saludaron.

—Lo que queda a los lados del camino o atrás, no importa. ¿No cree, don Pablo? Lo que interesa es lo que está adelante.

—Pero a mí me queda poco por delante. Ya tengo casi sesenta años.

—Es la edad en que las cosas se saborean mejor, pienso yo.

El camino desembocó en un tramo bien ripiado, que trepaba por una breve ladera, orillado de álamos que el viento mantenía inclinados. La ancha fachada de la casa, con su corredor bien iluminado, surgió cuando Lina des-

cribía la última curva. Una vieja con un vestido hasta los tobillos, que Pablo presentó como Eufrasia, la esposa del cuidador, los recibió en la escalera de ingreso. La chimenea esparcía una trémula iluminación rojiza en la sala de estar. Pablo encendió la luz, y pidió a Lina que lo esperase allí unos instantes.

Cuando regresó vió a Lina arrodillada frente al fuego, en la actitud de un misterioso ritual. Se puso de pie, y las llamas crecieron detrás de su cuerpo menudo, perfectamente formado.

—¿Quieres tomar un trago? —preguntó, acercándose a la chimenea.

—No, gracias —contestó ella, riendo extrañamente, sin quitarle la vista.

Pablo alargó su mano hasta cubrirle una mejilla ardiente. Lina la restregó suavemente contra su palma. El hombre se inclinó para besarle la mejilla, peternalmente, y se encontró con los labios entreabiertos, húmedos, de la joven.

CAPITULO XVIII

La conciencia de su brutal cambio de vida lo desquiciaba: de un día para otro pasaba de una existencia plena de caprichos satisfechos a una sordidez nauseabunda, a la cotidiana humillación, al mal trato gratuito. Al cabo de un mes comprendió que sería incapaz de oponerse a su progresiva degradación. Ya nada le importaba, como a varios de sus compañeros de desgracia. Comenzaba a sentirse un miembro más de ese infernal zoológico, donde algunos fieles al amo corrían a contarle al jefe de la guardia cualquiera actitud sospechosa a cambio de miserables recompensas. Aunque desconocía sus lenguas, supo de varios que nunca volvieron. Otros reaparecían con las huellas de bárbaros castigos, frutos de tales delaciones. Porque también en medio de esa carroña fructificaban los celos y la servil necesidad de complacer al todopoderoso Amin.

Dentro del patio rebosante de un sol mortífero, el susurro del guardia en un pésimo francés entró en su cerebro como en una pesadilla:

—Siga caminando, como si no me oyese. A su izquierda, en la tercera ventanilla, está Zobeida, la hermana de Amin-el-Sheba. Esta noche se irá de aquí con usted, aprovechando que el sheik anda fuera...

Atontado, Ignacio atisbó una remota esperanza. Y vivió las restantes horas en medio de un nerviosismo animal. Durante la noche los vigilantes de los asilados fueron degollados en medio de algunos débiles estertores. Caminando sobre los cuerpos sangrantes, algunos

aún con vida, Ignacio fue conducido donde Zobeida, cuyo rostro cubría un denso velo. La mujer permaneció callada, mirándolo febril. Cabalgaron hasta el mediodía siguiente. Con su albornoz, la hermana de Amin no se diferenciaba de los otros árabes. También a él lo habían disfrazado con una de esas túnicas.

La casa de Zobeida en las afueras de Bagdad poseía un amplio jardín, con fuentes y palmeras, ceñido por corredores embaldosados, donde retozaban dos guepardos mansos como gatos. Después de haber descansado y disfrutado de un buen baño, Zobeida se hizo presente. Alta, delgada, de caderas estrechas, escaso busto y miembros musculosos y membrudos, era una réplica de su hermano, aunque sin su jugosa adiposidad. Hedía a transpiración, ajos y dentadura descuidada, pero un insólito atractivo se desprendía de sus modales viriloides y su mirada en perpetua combustión. Dominaba el francés, y escuchó en silencio las cuitas, sufrimientos y ultrajes de Ignacio en manos de Amin.

—No voy a dejarte libre —La curiosa voz nasal de Zobeida no admitía duda—. Me arriesgué a echarme encima el odio mortal de mi hermano, porque desde que te ví tu imagen ocupa mis pensamientos, sin dejar hueco para otra cosa. ¡Ual-lah! Y no trates de huir, porque la guardia de Amin recorre la ciudad buscándote. Además mi gente tiene órdenes de matarte ante cualquier tentativa de fuga.

Como la casa había sido adquirida secretamente por Zobeida, allí Ignacio no corría riesgos. Y se le dispensaría el trato reservado a los príncipes, porque ocuparía las habitaciones y el lecho de Zobeida. Pronto Ignacio recuperaba su peso, y el amor tempestuoso de la mujer le sentó bien. Las interminables noches con la voraz Zobeida eran menos detestables de lo imaginado. Como fuese, una relación normal constituía una auténtica terapia después de las vejaciones recibidas de Amin. Porque el sheik recompensaba la gratificación de sus torcidas inclinaciones con azotes, torturas e insultos.

Sólo la fuga podría liberarlo, y como los andurriales de Bagdad distaban un par de kilómetros, debía esperar su oportunidad. Nada sabía del mundo desde hacía por

lo menos dos meses. La radio, la televisión, los diarios y revistas no existían para Zobeida. Como vivir en otro planeta. Pero Loreto y Marie Chantal nunca dejarían de buscarlo. ¿Qué sería de la condesa? No olvidaba el dolor que contraía su rostro al ser capturado por Amin.

Un líquido tibio se esparcía sobre su piel, a la altura de los homóplatos. Aún subsistía en sus oídos un gemido bestial, que murió bruscamente. El cuerpo desnudo, inmóvil de Zobeida, yacía junto a él en la oscuridad de la habitación. Aun no despierto del todo, trató de incorporarse. Una mano sudorosa le oprimía con fuerza la boca.

—¡No grites o te degüello! —le dijo una voz en francés al oído.

Intuyó la presencia de otros hombres en la alcoba. Semiasfixiado por su captor, Ignacio divisó un borde luminoso ensanchándose a lo lejos. Alguien se asomaba al exterior por la puerta entornada. Una luz parpadeante se agitó sobre su cara, y reconoció en el hombre que lo mantenía mudo al mismo guardia enviado por Zobeida para abordarlo en el cuartel de Amin. Un sudor frío resbalaba por su rostro, mientras su aprehensor lo conminaba a mirar a su lado. La luz de la cerilla alumbró la garganta de Zobeida prácticamente seccionada. La sangre aún manaba en abundancia por la enorme herida, y había empapado la espalda de Ignacio. Lanzó un estertor. La luz se apagó, y alguien le golpeó violentamente en la mejilla. Lo obligaron a incorporarse y ponerse un albornoz. Fue llevado a empujones hasta el muro exterior, hasta un cordel que colgaba desde lo alto. Por allí uno de los árabes trepó ágilmente y, a orcajadas en la cima, esperó.

—¡Sube por esa cuerda! —ordenó el guardia, sin dejar de apuntarle con la pistola.

—¿Dónde me llevan?

—Amin-el-Sheba te espera —contestó el otro, con una risotada—. ¡Apúrate...!

Gritos cercanos, trancos veloces de varios hombres aproximándose. Ignacio se izó en breves segundos. Intimidado por las voces de la guardia de Zobeida, el segundo captor se había lanzado al exterior desde la altura.

Cayó mal, porque se retorció de dolor en el suelo. El primer árabe comenzaba a trepar por la soga, cuando un disparo lo envió de espaldas sobre las baldosas, donde azotó el cráneo con un sonido pavoroso. Ignacio saltó, calculando aterrizar sobre el que gemía afuera con alguna pierna fracturada. Así suavizó su caída. Voló hacia la ciudad, que en la oscuridad parecía distante, con los contornos de un minarete delineados por la leve luz de las estrellas. Sorteó matorrales y un arroyo casi seco. Entró por una solitaria callejuela, con montones de basuras e inmundicias. No miraba atrás. Sin aliento, llegó a una plazuela, donde el motor de un automóvil comenzaba a roncar. Corrió, agitando los brazos y pidiendo auxilio en francés, castellano e inglés. Los faros del coche lo deslumbraron en medio de las palabras excitadas que surgían desde los contornos. Un hombre bien vestido bajó del taxi, y lo examinó con atención. Era un matrimonio norteamericano, que acababa de comer en un restorán típico de Bagdad.

Marido y mujer, tratando de calmarlo, lo hicieron subir al destartado vehículo.

* * *

Desplazarse entre la multitud que atestaba el Instituto Cultural de Las Condes requería de paciencia y tacto. Francisco y Alfredo se abrieron paso a través de personas que conversaban agolpadas ante los cuadros de Ricardo Valdés, impidiendo verlos con alguna perspectiva. Una imprevista carcajada surgió del fondo de un pasillo.

—Aquí está todo Santiago —Alfredo se detuvo bajo un vano—. Esperemos a que se despeje un poco, ¿no te parece? Nadie nos apura. Además, estamos a la pasada de los mozos. Su tío la sabe, Panchito.

Francisco repasaba derecho romano, para afrontar la prueba del día siguiente, cuando pasó su tío a buscarlo. Sabiendo lo puntilloso que era Alfredo en los

horarios, cerró los libros. Pablo ni María Lusía asistirían a la exposición.

—Terminé con Ingrid —informó Alfredo, al subir a su automóvil—. No pude aguantarla más. Al final sólo me hacía escenas...

—¿Cuándo fue eso?

—Anteayer. No estoy en edad, francamente. Además, encontré otra cosita muy buena y cariñosa. Me están gustando las mujeres jóvenes, Panchito. Ingrid me dejó eso.

—¿Y quién es la nueva? —Francisco pensaba en Alejandro.

De Vitacura pasaron a Manquehue con una velocidad cautelosa. La neblina disfumaba los árboles, convirtiendo los faros de los coches en manchas húmedas, amarillentas, como pinceladas de acuarela sobre el pavimento revestido de una película resbaladiza, líquida, que hacía de espejo.

—La semana pasada me invitó el turco Lolas a una quinta que tiene por Macul adentro. Nos hicimos amigos por la crianza de caballos. ¡Pero también le gustan mucho las yeguas...! —Alfredo rió—. Es el turco más caballero que conozco. Tiene buen gusto y mucha suerte con las mujeres. Además prefiere las cristianas a las moras. Pero no hay que meterse en negocios con turcos. ¡Siempre se termina a balazos con ellos! Así dice tu papá. Aunque Lolas me prestó sin pestañear un potro maravilloso para cubrir mis yeguas... ¿Crearás que tiene un especie de harén para sus amigos? ¡Sensacional, realmente! La otra noche dió una gran fiesta. ¡Supieras con quien me encontré! Con lo más granado del gobierno. Puro whisky en vasija de greda. En menos de una hora, estaban todos puestones... Entonces llegaron las mujeres y se armó el gran en pelote. ¡Te habrías muerto de la risa al verme como Dios me echó al mundo, con mi vaso de whisky en la mano, conversando muy serio con las niñas que apenas se quedaron con los anillos puestos! Y lo más gracioso: los mozos atendían de correcta librea, como si tal cosa...

Imposible permanecer serio con su tío.

—Y conocí a Elvira. Es muy bonita, delgadita, pero

con todo en orden. Voy a ponerle un departamento. Es muy cariñosa, y no me hace escenas como Ingrid. No quiero que Lolás se entere. ¡Es tan buena persona! Como a las cuatro de la mañana, abrió una puerta secreta y bajamos a una enorme sala subterránea. Había mesas de punta y banca y ruleta. ¡Como estar en Viña! No hay nada que hacer con estos turcos...

Floréncia y su marido aparecían y desaparecían en medio del oleaje humano. Una muchacha desnuda, en diversas actitudes, aunque con el rostro no bien visible, se repetía en todas las telas. En uno de los retratos, quizás el más logrado —“De la colección de Moisés Lolás”, comentó su tío, señalando la etiqueta—, se columbraban un poco mejor los rasgos en escorzo. En la imaginación de Francisco, la imagen de Lina Miller se superpuso a la del retrato. El color del pelo, y el cuerpo fino, bien proporcionado, le recordaron extrañamente a la mujer de Lennard. El bullicio y los topones no le impidieron contemplar el cuadro un rato largo. Al volverse, su tío le presentó al pintor Ismael Huidobro, hombre que derrochaba vitalidad a pesar de sus años, patentes en la blancura de su pelo y la múltiples arrugas de su piel sonrosada.

—¿Quién fue el modelo del tío Ricardo?

—¡Usted ha puesto el dedo en la llaga, joven! Es un secreto que Ricardo jamás confesó. Si alguna vez utilizó una modelo de carne y hueso, lo mantuvo en secreto.

—Las modelos siempre terminan de amantes de los pintores —comentó Alfredo, escéptico—. Y algo así no habría podido mantenerlo en secreto, porque vivía solo...

—¿A esa edad? —preguntó Francisco, con notoria incredulidad.

—¡No mire tan en menos a los viejos, jovencito! —exclamó Ismael—. Conozco tipos que se las pueden con las mujeres hasta pasados los ochenta. Y Ricardo murió a los setenta y cinco apenas.

La presión humana los fue desplazando insensiblemente hasta un rincón del pasadizo que conectaba los dos salones de la muestra. Un hombre alto, de largos bigotes, y rostro puntiagudo, con un leve aire mefistofélico, saludó a su tío y a Huidobro.

—¿Qué les parece esta reunión? ¿Se han dado cuenta que aquí está lo mejor de Santiago? Si cayera una bomba ahora, en Chile quedarían puros rotos...

Ismael, Alfredo y Francisco lanzaron una carcajada al unísono.

—Pero hay un problema, Talao —dijo Alfredo, poniéndose serio—. ¡También morirían todas las putas!

Una señora con una cara de cartón piedra pintarrajeado tomó el Talao de un brazo, y lo alejó del grupo.

—¡Qué tipo! Va a morir igual. ¡Ya debe tener sus setenta años fáciles! —comentó Huidobro.

—Y otros tantos de maricón, ¿no? Su último romance fue un mozo de mi tío Adalberto.

—O sea, ya no le hace asco a los rotos —rió Ismael.

—La necesidad tiene cara de hereje. ¡Tremendo para un tipo como Talao llegar a viejo! Siempre fue tan pretencioso, tan engreído de su figura. Ahora las arrugas le asoman por todas partes y hasta tiene voz de vieja. Pero lo pasó harto bien, a su manera. Alguien me decía que la peor tragedia de un tipo es ser maricón, pobre y feo. ¿No encuentras que es el colmo, Ismael?

—Y si a eso agregas la vejez, es para llorar a gritos.

CAPITULO XIX

Una infernal batahola en el vestíbulo lo despertó. Gritos de mujer. Dos o más hombres insultándose en medio de una lucha. Una puerta se cerró estruendosa. Golpes secos, implacables, seguidos del rodar de algo pesado por el piso. Afuera alguien encendió las luces. Alejandro saltó de la cama y se asomó. No lograba reconocer a los contendientes. Uno solamente con el pantalón del pijama le daba sin problemas al de la bata, que cayó estrepitoso sobre el entablado de la habitación octogonal. Solícito su atacante acudió a incorporarlo, y de otro puñetazo lo envió reculando hasta la puerta de la pieza de los estudiantes de agronomía, que recién la entreabrían. El vestíbulo se llenó con los pensionistas en ropa de dormir. Bajo el dintel de su alcoba, Eliana, la segunda hija de doña Margarita, se sujetaba por el escote su camisa de noche, y su hermana Isaura, que ocupaba el dormitorio vecino, cruzó corriendo el vestíbulo.

—¡Por Dios! ¿Qué ha pasado?

El hombre en pijama era Rojas, el constructor civil, y el que en esos instantes los estudiantes de agronomía reanimaban, Morales, el detective. Rojas desapareció en la pieza de Eliana con Isaura, y cerró la puerta. Alejandro ayudó a conducir a Morales hasta su cubículo, y con agua y una toalla le limpiaron el masacrado rostro. Las narices seguían sangrando en abundancia. De afuera llegaba la voz ronca de Rojas relatando a la visitadora, la farmacéutica, a Eladio Carrasco, un hombre de edad madura que ocupaba la pieza dejada por los Cárdenas, a

la flaca y desdentada sirvienta y a Rafael, el mozo. Al salir del baño escuchó el grito ahogado de una mujer, y luego una lucha. Corrió al vestíbulo, vio abierto el dormitorio de Eliana, y adentro al detective, bastante ebrio, intentando forzar a la mujer, la que se defendía con dientes y uñas. Mientras el constructor narraba, Isaura llamaba a los carabineros.

Con un ojo y la nariz terriblemente hinchados, y despidiendo un fuerte olor a trago, Morales apenas podía hablar. A veces se incorporaba, tratando de alcanzar el cajón de su velador, farfullando amenazas. Alejandro se adelantó, y descubrió un revólver. Se lo pasó a uno de los estudiantes, que corrió a esconderlo en su dormitorio. Según Morales, había llegado muy bebido, y privado de mujeres en los últimos días, se desvistió, y sólo con la deshilachada bata puesta, partió hacia la pieza de Eliana. Al intentar meterse en su cama, descubrió que había alguien. El constructor, despierto seguramente, encendió la luz y le propinó el primer puñetazo a la mala. Por razones obvias, sólo se divulgó la versión del constructor.

Los carabineros detuvieron a Morales por intento de violación. Cara le salió su aventura, porque Aliro Faúndez lo hizo expulsar de Investigaciones, y permaneció varios días preso.

La novela de Alejandro crecía a razón de una o dos páginas diarias. Iba llegando a la mitad, según su plan. Al releerla, ciertos trozos le resultaban francamente detestables. Pero desconfiaba de Víctor Garcés y aún más de Darío Fuentes, ya expulsado por Sofía de su departamento. Ni que pensar en Bernales. Pero a la anticuaria, Rebeca, le participó su secreto, por teléfono.

—¡Qué buena noticia! Recién conocí a un escritor joven, que se llama Jorge Alamos. Es sobrino de uno de mis clientes, Horacio Alamos. Tiene unos 25 años. Acaba de volver de Estados Unidos, donde estudió literatura. Hasta ahora no ha publicado nada, pero su tío me contó que Fedón leyó uno de sus manuscritos y lo comentó elogiosamente. Podríamos pasarle la novela a través de Horacio. Yo te hago el contacto.

Víctor Garcés sabía poco de Jorge Alamos. Muy sufici-

ciente, porque hablaba con un aire de superioridad, con un acento de *british schollar*, sus afeminados modales parecían cobijar algo más según ciertos rumores. Rodeado de un aparatoso aislamiento, alejado de los círculos literarios, se dedicaba exclusivamente a escribir, se decía. Su regreso al país no era tan reciente, porque llevaba por lo menos dos años en Chile, viviendo en Isla Negra o en los fundos de parientes y amigos. No le dijo a Víctor el por qué de su interés por Alamos, pero al escucharlo se desalentó bastante. Con Francisco sin embargo abordó el tema, y le volvieron los ánimos cuando lo instó a terminar su novela, a no darse por vencido, resultara como resultase. Se paseaban en torno a la pileta de la escuela de derecho, en medio de una gris, helada mañana, frente a las graderías vacías.

—¿Y has visto a Ingrid? —Francisco recordó a su tío Alfredo.

—No, no la he visto. Hace tiempo ya —suspiró Francisco.

—Yo que tú la visitarías. Las circunstancias pueden haber cambiado, ¿no te parece? Es bueno que ella sepa que la tienes presente. Pero si ya no te importa, no vale la pena insistir. A veces conviene liberarse definitivamente, y no vivir esclavizado a una ilusión. —Y pensando en Lina Miller—. A mí me costó bastante sacarme de la cabeza a una mujer casada, que me interesó hace un tiempo. Claro que no hice intentos por conquistarla. ¡Nunca me metería con una mujer casada!

—¿Y qué pasó?

—Nada. —Francisco se encogió de hombros. El timbre anunció el término del recreo—. Anduve jodido un tiempo. Hace unos días supe que se había separado. Pero ya no tiene importancia para mí. ¿Ves? Quizá a ti te ha pasado lo mismo con Ingrid.

La verdad es que su novela había desleído en su recuerdo la otrora obsesionante imagen de Ingrid. Pero el consejo de Francisco lo perturbó intensa y abruptamente.

* * *

Como siempre Diógenes Peña encontró a Venancio Muñoz en su puesto y a tres personas haciendo antesala.

—¿Supo algo de Samuel? Quedé esperando su llamado, porque ayer tenía salida. Y el sábado hubo una fiesta grande en la quinta. ¡Necesitamos saber quienes fueron!

—Hay que esperar, no más. No puede llamarnos de allá.

Sólo cuando Dorila Gómez pidió por teléfono la dirección de Samuel, Diógenes empezó a preocuparse. Eloisa estaba irritada con la deserción del muchacho. Rafael nada supo decirle a Venancio y en la población sólo lo habían visto de entrada y salida ese domingo. El tiempo se agotaba. Eloisa se vería forzada a contratar otro mozo, y los planes de Peña darían al traste. Nada en las postas ni en la morgue. Sólo entonces le pidieron a Rafael que diera parte a carabineros, recurso ingrato para Peña, aunque ineludible ahora. La semana terminó en blanco. Aunque Peña se apresuró a proponer un reemplazante de Samuel, esta vez Eloisa tomó a un recomendado del propio Lolás.

En su amplia aunque vieja casa de Lira, Diógenes se reunió ese domingo con Venancio, Rafael y el jefe del partido en la población "Las Arenas". En nada alteraron el panorama las indagaciones de carabineros. Hombre ordenado, de costumbres sanas, Samuel podía enfiestarse esporádicamente, pero nunca durante una semana completa. ¿Y si alguien se hubiese enterado de las funciones secretas que cumplía Samuel en la quinta de Lolás? Como Dorila las desconocía, cualquiera infidencia debía achacarse a Samuel. ¿Provendría la acción del mismo Moisés Lolás? Como buen comunista, Peña no descartaba ninguna vileza imputable a los explotadores del pueblo. Pero las orgías del magnate poco se diferenciaban de las que podía realizar cualquier grupo acomodado, según Dorila y el propio Samuel.

Sólo cuando Rafael sacó a relucir los años que su amigo trabajaba al servicio del gringo Frank Wiley, Peña se dio una sonora palmada en la frente, dentro del pequeño escritorio atiborrado de libros.

—¡Samuel estaba en la mira de la mafia internacio-

nal de las drogas! —exclamó—. La policía necesitaba el testimonio de Samuel para aclarar el asesinato del gringo. ¡Ahí está la madre del cordero!

También Rafael recordó que dos semanas atrás Aliro Faúndez, el ex marido de Eliana, lo había llamado a la residencial pidiéndole la dirección de Samuel.

—Bien —comentó Peña—. Ese detective le pasó el dato a la mafia. Samuel debe estar muerto, y sepultado en algún sitio secreto. En todo caso, sería bueno que usted tratase de averiguar si ese detective ha cambiado de pluma ultimamente. ¿Vivía bien? ¿Tenía auto? ¿No? Trate de informarse y me llama.

El lunes por la tarde, cuando Eliana le ordenó que fuese a comprarle cigarrillos, Rafael le preguntó por Aliro.

—¿No supo que Aliro se sacó la lotería? Se compró un cuarto de entero... Hasta a mí me pasó una plata, muy poca como siempre. Y el se fue a Brasil de paseo.

Peña comentó con Muñoz:

—El señor Faúndez pudo incluso comprarle un cuarto de entero al ganador, y hacerlo cobrar por un banco, para cubrirse las espaldas ante sus compañeros y superiores. Pero yo puedo jurar, como que me llamo Diógenes Peña y pertenezco al partido comunista desde los 15 años, que el verdadero origen de esa plata es la mafia de las drogas. Pero, ¿cómo probarlo?

* * *

Durante la tarde su habitación se llenó de frío, y mientras una densa niebla cubría la Alameda, la imagen de Ingrid se aferró como una ventosa a su imaginación impidiéndole escribir. Francisco sabía imprimirle una particular elocuencia a sus consejos, aún tratándose de trivialidades, porque nunca hablaba sólo por hablar. Pero recordando su último encuentro con Ingrid, cuando la abrazó en el taxi, sus impulsos de partir a su casa decrecían. El frío se tornó intolerable. De ir donde Ingrid debía esperar la hora de la comida, para asegu-

rarse de hallarla. Se metió a un cine cercano. La vida de un hombre perseguido por el infortunio, que acababa por destruirlo, lo deprimió atrocemente, a pesar de la nula calidad de la película. Imposible olvidarse de sí mismo, porque sentía que un destino aciago, maligno, lo acosaba sin tregua. Sumido en tan lúgubres pensamientos divisó la inconfundible silueta de Morales entrando en la cervecería alemana, con el cuello del abrigo alzado, anteojos oscuros, y el sombrero hundido, simbolizando al clásico detective en plena pesquisa. Pero su presente tarea nada tenía de confidencial: devoraba un lomito completo, con mucha mostaza y ají. Como que intentó hacerse el leso. Aún su rostro exhibía huellas de la no tan lejana paliza. Esperaba que Rafael, el mozo, le trajese sus cosas de la pensión. Recién había recuperado la libertad. Cesante ahora, partiría esa misma noche a Puerto Montt, donde su familia. Se dedicaría a la pesca, pero ahora en el mar, añadió con una torva sonrisa. Trabajando en investigaciones, siempre existía la posibilidad de algo bueno. Pero fuera...

El encuentro con Morales acható aún más su ánimo. El detective se las había buscado desde el principio, y parecía milagroso que con procedimientos tan primitivos y desprovistos de sutileza hubiese sobrevivido tanto tiempo, sin un revés serio. Lo veía derrotado, caído quizá definitivamente, obligado a regresar a su lejana provincia, de donde sin duda partiera con la esperanza de conquistar la capital. Aunque tenía merecido su destino, la imagen vencida de Morales terminó por abatirlo. De nuevo en su habitación, donde su aliento se condensaba en nubecillas, estuvo a punto de acostarse. Nadie lo llamó. ¿Iría donde Ingrid? ¿Desafiaría al destino haciendo el largo viaje hasta su casa? Y con tanto frío... ¿Y si no la encontraba?

El último par de cuerdas buceó bajo una niebla helada, densa, untuosa. La fantasmal silueta de un perro surgió bruscamente de ese mundo sumergido, ladrando. Se sintió mordido y con la ropa hecha girones. Pero el animal no lo atacó. Con pavor pensó que debería rehacer el mismo camino. Había un automóvil frente a la casa de Ingrid. ¿Estaría con visitas? Quizá se aprestaba a salir.

Darío, el hermano que seguía a Gastón, lo saludó con la característica efusión de los Lizama, y le presentó a un hombre maduro, bien vestido, amable. Ingrid en cama, resfriada. Posiblemente dormía. La desazón se extendió por todo su espíritu. Pero entonces la voz de Ingrid lo llamó desde la planta alta. Disculpándose, subió la escalera. Atrás, las voces de los dos hombres reanudaron una discusión que la llegada de Alejandro interrumpiera. Ingrid dejó caer el libro que leía sobre la cubrecama. Un chal calado, que cubría sus hombros, se deslizó, arrastrando un tirante de la camisa de dormir, mientras la larga cabellera rubia brillaba sobre su piel blanca. Se estremeció con una risa extraña, animal, sin alterar su relajada actitud. Sus senos se perfilaban nítidos en el escote y bajo la tenue batista. Avanzó trémulo, sin hablar. Ingrid reía ahora con una risa ahogada. Hundió su rostro en la carne tibia, fragante. Eludió los primeros besos. Abajo el diálogo se alejó hasta el infinito. Se desvistió a medias. Ingrid, los ojos desmesuradamente abiertos, dilatadas las aletas nasales con su acezante respiración, le dijo quedamente:

—Esta es la primera y última vez, ¿entiendes? No vuelvas a insistir. ¡No podría ocurrir nunca más! —Y rápidamente se quitó la camisa de dormir.

Entregó su cuerpo desnudo, oponiendo una resistencia decreciente, jadeante de un deseo no disimulado, quizá largo tiempo reprimido.

Darío lo llamó desde la sala de estar.

—¡Alejandro! Florencio se va, ¿quieres que te lleve?

Ingrid asintió. Pronto Darío subiría a acostarse. La besó por última vez, serenamente ahora, y bajó la escalera acometido de un gran optimismo, paz y vitalidad.

CAPITULO XX

Juan Pablo corrió a separar a sus hermanos, que peleaban en el dormitorio, porque ni los peores alaridos de los chicos hacían salir a la empleada de la cocina. Tiró el bolsón sobre la silla, y se echó de bruces en su cama. Las palabras de Bernardo insistían en corroerle los oídos. La pelea comenzó cuando Bernardo lanzó un escupo que fue a dar al zapato de Juan Pablo.

—¡Lo hiciste adrede...!

—Para que te lustres los zapatos alguna vez. ¿O no tienes plata ni para eso? —Muy tieso, el muchachito pálido, de ojos deslavados, agregó insolente—: Mi papá dijo anoche que tu papá estaba arruinado, porque se lo llevaba tomando...

Desprevenido, Juan Pablo no alcanzó a contestar, porque Bernardo desapareció corriendo entre los niños que colmaban el patio del colegio. Hijo de un español enriquecido con el corretaje de vinos, no le faltaban los adulones, porque a pesar de su edad sus bolsillos siempre rebosaban dinero, e invitaba a sus amigos con helados y refrescos. Podían gritarle “roto metido a gente”, “hijo de coño”, “siútico de mierda”, y se encogía de hombros impertérrito, esbozando una mueca despectiva.

—¿De qué le sirven los apellidos si no tienen plata ni para pagar el colegio? —solía replicar—. Seguramente los que se creen aristócratas comen puras porquerías en sus

casas. ¡Y algunos andan con los pantalones rotos y los zapatos agujereados...!

Y cuando lo acusaban al cura inspector, adoptaba una expresión sumisa, de total humildad, negando con una voz dolida que él hubiese hecho o dicho semejante cosa. Calumnias de sus compañeros, que lo aborrecían.

Su padre, arruinado... Algo sospechaba Juan Pablo, porque a pesar de sus trece años de vida bastante acomodada, en el último tiempo la escasez se asomó en la casa, y las riñas de sus padres por dinero se hicieron cotidianas. Aunque buen bebedor, a su papá raramente se le pasaba la mano. Pero ahora llegaba seguido con sus ojos y larga cara congestionados y la lengua torpe. Se irritaba por naderías, pero la mamá sabía convencerlo para que fuese a dormir. Juan Pablo oyó a su padre diciéndole a un amigo que pensaba vender el fundo para pagar sus deudas. Aunque pequeña, su viña producía buenas cosechas, las que fueron encogiéndose por la falta de cuidado: a veces ni siquiera la podaban, y los sarmientos entretejían impenetrables redes, bajo las cuales Juan Pablo y sus hermanos disfrutaban jugando a las escondidas. Tampoco hubo dinero para refaccionar las deterioradas casas de "Santa Beatriz", lo que acertaba las temporadas en el campo, porque las habitaciones de muros agrietados y pisos de tablas carcomidas, nada de acogedor ofrecían. En compensación partían al mejor hotel de Viña del Mar, y el papá despilfarraba grandes sumas en el casino. Y salía con Magdalena, su mujer, a comer a costosos restaurantes, y a la mañana siguiente se le oía quejarse por las descomunales cuentas.

Pero los hijos debían vestir harapos o poco menos para que les comprasen ropa, o demostrar que los zapatos carecían de suelas en la práctica. Al faltar el dinero, todo se agravó. Desde su dormitorio, Juan Pablo escuchó cuando su madre se quejaba por teléfono con una de sus amigas desde la vecina alcoba matrimonial:

— Los niños pueden ponerse cualquier cosa... Pero yo no estoy dispuesta a andar con ropa vista o fuera de temporada. Soy muy joven todavía, y siempre he vestido bien. Pero ya ves a Carlos: sigue como quien oye llover, tomando con sus amigos y olvidado del fundo... El otro

día conocimos a Moisés Lolas, un árabe muy encantador, joven y riquísimo. Le propuso a Carlos hacer una sociedad para embotellar vino. ¿Has de creer que Carlos se negó? Me dijo puras leseras... "Con turcos, ni a misa. Duermen con el código penal en el velador. Sólo le preguntan a sus abogados si los meterán presos cuando resuelven hacer una diablura..." Yo creo que se puso celoso, también, porque Lolas me piropeaba. Y es por lo menos tres años menor que yo.

El guardarropa de su madre rebosaba vestidos nuevos, abrigos, zapatos y montañas de ropa interior. ¿De qué se quejaba? Cuando la oía gritarle a su padre que sus roperos apestaban de "tiras inservibles", pensaba en los remiendos que debía hacerle la empleada a sus pantalones, a la chaqueta del colegio, brillante y con las mangas gastadas, a los grandes huecos de sus calcetines.

Precisamente Moisés Lolas terminó comprando el fundo. Las riñas por dinero cesaron un tiempo, y la comida mejoró. El y sus hermanos lucieron trajes y zapatos nuevos, pero la bonanza no tardó en pasar. Las deudas engulleron gran parte del precio pagado por Lolas, y el resto se fue en vestidos, comilonas, carreras de caballos y en las timbas clandestinas que su padre frecuentaba.

—¡Te juro que soy capaz de ir a Investigaciones y acusarlos a todos los que van a ese garito infesto! —le gritó Magdalena una noche.

De pronto las peleas comenzaron a distanciarse, pero no así las curaderas de Carlos. Juan Carlos lo pillaba dormido en el salón, roncando con la boca abierta y el rostro enrojecido, despidiendo vahos alcohólicos. Su madre faltaba a comer cuando se enteraba por teléfono que Carlos dormía, vencido por el trago. O aprovechándose de esta situación, salía después de hacer alguna furtiva llamada.

—¡Eh, Juan Pablo! ¿Eres tú? ¡Ven acá, chico...! —Su padre lo llamó desde el salón, cuando sofocado con el calor de noviembre regresaba del colegio.

Hundido en un sillón, con el cuello de la camisa desabrochado, respirando acezante y el sudor cubriéndole la frente y las sienes, su padre mantenía heroica-

mente abiertos los ojos.

—El dinero es la peor maldición, muchacho. ¡No lo olvides! El dinero corrompe, cambia a las personas, las hace desleales, infieles. Cuando tienes plata, te va bien. O crees que te va bien, porque todo el mundo te hace la pata... ¡Hic! “Don Carlos, por favor...” “Tenga la bondad, don Carlos”, “¡Por Dios que te ves joven, Carlos! Y estás tan buen mozo...” Pero cuando no hay plata, comienzas a comer mierda. ¿Entiendes? ¡Mierda, hijo, mierda! Por eso los socialistas tienen razón... Hay que nivelar a la gente. Terminar con los ricos... Si me hubiera gustado la política, me habría hecho socialista, como Salvador Allende. Métete al socialismo cuando seas grande. La derecha está podrida, no tiene remedio en este país. Porque sólo vive para rendirle culto al dinero... Tu madre... —Se quedó vacilando, con una expresión bovina en el rostro bermejo—. Total: que importa que lo sepas. Antes que lo escuches por fuera, en tu mismo colegio, quizá. Tu madre me engaña, ¿entiendes? ¿Y sabes con quién? Podrías suponer que con un caballero, con algún tipo decente, ella que se las dá de tan distinguida. ¡Ha llegado a decirme que su familia es mejor que la mía! ¿Qué me dices? Me pone los cuernos con un turco... ¿Entiendes? Con un turco asqueroso. Ese tal Moisés Lolas, el que me compró “Santa Beatriz”. ¡Para que vayas conociendo a tu distinguida madre! ¿Y por qué anda con ese Lolas, que es menor que ella? Solamente porque tiene plata, nada más que por eso... ¡Porque tiene plata!

—¡Por favor, papá! Es mejor que te vayas a dormir —dijo Juan Pablo, demudado.

—Ya me iré a dormir. Y pronto dormiré para siempre. Pero tú eres mi hijo mayor, mi primogénito. Y es bueno que sepas ciertas cosas. La falsedad de la vida y de las personas. Vivimos en medio de puras ilusiones, de oropeles. Detrás hay pura mierda. Y uno que creció creyendo en tantas cosas. En el amor, en la amistad, en el matrimonio, en la fidelidad. ¡Puras ilusiones! Si no hay dinero, nadie te considera para nada. La gente te escarnece, se burla de tí, pisotean tu honra, te levantan la mujer...

Nunca más su padre volvería a hablarle así, pero su

confesión hizo más circunspecto a Juan Pablo, lo tornó abúlico e irritable, y durante varios días anduvo sin apetito y acometido por frecuentes colitis. Poco le costaba eludir a su madre, porque raramente aparecía antes de que Juan Pablo se hubiese acostado. Y en las mañanas, Magdalena dejaba la cama cerca del mediodía. Un principio de cirrosis envió a su padre al hospital, y se inició una etapa sombría, con la casa en manos de la empleada, y la mamá sin nunca dejarse ver.

Una noche Juan Pablo, desvelado, escuchó unos pasos leves subiendo la escalera. Magdalena acababa de llegar. La luz pálida que invadía el dormitorio, y el canto de las avechillas en el jardín, anunciaban el amanecer.

* * *

El sábado Florencia vino a almorzar.

¿Te gustó la exposición, Francisco? ¡Qué gentío!
-El vestido blanco, juvenil, resaltaba la oscuridad de su pelo y sus ojos.

-¡Lástima que nadie de la familia se haya quedado con uno de esos cuadros...!

-¿Quién iba a pensar que las pinturas del tío Ricardo tendrían valor algún día? -Pablo untó un trozo de pan con mantequilla. Las cortinas filtraban el sol, y las aristas de los gallos de cristal cortado descomponían la luz en múltiples colores en el centro de la mesa. -Me dijeron que habían ofrecido diez mil dólares por uno.

-¡Diez mil dólares! ¡Qué barbaridad! -exclamó Pablo.

-¿Saben? -comentó Florencia, como recordando algo-. La modelo se parece mucho a Lina Miller. ¡En "La muchacha de la fuente" es igual!

-¡No pudo ser Lina!- intervino Francisco-. ¿Qué edad tendría en ese tiempo?

-Unos 14 años. Desde que la conozco, Lina tiene la misma figura. Además vivía cerca del tío Ricardo. Y lo conocía...

—¿Estás segura? —Su padre pareció interesarse en el tema.

—¡Segurísima! —exclamó Florencia, con énfasis.

—Y esa es capaz de cualquier cosa, como buena alemana —terció la madre, hasta ese momento silenciosa.

—¿Cómo puedes decir eso, María Luisa? —Pablo la miró con severidad.

—Nunca me ha gustado Lina. ¿Qué quieres que le haga? La he aceptado porque es amiga de Florencia, no más.

—¡“Eramos” amigas, mamá! ¿Sabías que se separó? Yo le tenía mucho aprecio, pero no quiero nada con separadas.

—Debes tener cuidado con esos comentarios sobre la modelo del tío Ricardo —empezó Pablo, con lentitud—. Mal que mal, esa niña fue tu amiga.

—¿Qué te preocupa tanto la tal Lina? —exclamó María Luisa, con su acostumbrada suavidad.

—Porque las mujeres que sirven de modelo a los pintores siempre tienen otro tipo de relaciones con ellas, ¿comprendes? —dijo Pablo, cortante.

—¿Y qué? Las alemanas son así. Son hipócritas, serviles, cuando están abajo, pero muy prepotentes cuando suben.

—¿Por qué le tienes tan mala ley a Lina, mamá? —intervino Francisco.

—Porque María Luisa nunca ha podido ver a los alemanes —se apresuró Pablo—. Tu abuelo tuvo una mala experiencia con un alemán durante la guerra. Pero es un caso aislado.

—Yo creo que la mamá no anda muy equivocada con Lina, papá —comentó Florencia—. Como fue vecina del tío Ricardo, pudo haber sido su modelo. Lo demás no lo sé: el tío era bastante viejo, y ella muy niña. Claro que a Lina le gustan los hombres de edad. Una vez me lo dijo...

—¿Cómo puede haber mujeres jóvenes que se meten con viejos? —exclamó María Luisa, como para sí.

—¡Es más común de lo que crees, mamá! —rió Florencia, haciéndole un guiño de solidaridad a su padre—. Hay viejos de viejos, también... ¡Y algunos muy atractivos!

—Esa Lina es una viva —prosiguió María Luisa, con ironía—. Deben gustarle los viejos para explotarlos, seguramente.

—Pero no cualquier tipo de viejo. ¡Tienen que ser distinguidos, aristocráticos, como me decía! —añadió Florencia, risueña.

—Y también arribista. ¿Por qué no se casó mejor, entonces?

—Basta ya, ¿quieren? —Pablo no disimuló su malestar—. No me parece un tema simpático ni positivo. ¡Y muy poco cristiano!

—¿Cómo va esa candidatura, papá? ¿La aceptas o la rechazas? —preguntó Francisco.

—Daré una respuesta el lunes.

—¿Será afirmativa?

—¡Creo que sí! —dijo Pablo, con un suspiro.

—¡Bravo! ¡Esa sí que es buena noticia! —exclamó Francisco, entusiasta.

—Lo hago solamente por el país. No puedo dejar que un grupo de aventureros y resentidos destruya todo lo que ha costado tanto sacar adelante.

* * *

—Don Raúl: tengo un negocio muy bueno entre manos. ¿Quiere almorzar conmigo? —La voz bronca de Silberman actuó como un sedante.

El maitre y los garzones de “El Escorial” veneraban la poderosa efigie de Silberman. Eligió una mesa al lado de la ventana del vasto comedor. En nada contribuía el día gris a realzar los oscuros contornos de La Moneda.

—Hay una gran propuesta en perspectiva, don Raúl —comenzó en voz baja, aunque nadie podía oírlo—. La empresa de transportes estatales va a renovar su equipo de buses para todo el país. ¡Se trata de unas dos mil máquinas! ¿Se da cuenta? Son varios millones de dólares en juego. Acomsa representa una fábrica de buses fran-

ceses, de calidad regular, pero de precios bastante competitivos...

Asegurándole una tajada al vicepresidente de la empresa, compadre de Silberman, nadie le quitaría el negocio.

—Lo noto muy decaído, don Raúl. ¡Es cosa hecha! De alargar la mano, no más.

Vásquez se abrió con Silberman y le contó las penurias sufridas, las injusticias de los ejecutivos de Acomsa, el nombramiento de Rolando Cárdenas como director por obra y gracia de Pablo Valdés.

—Usted es muy sentimental, don Raúl. ¡Olvídese de esas leseras! En mis negocios usted siempre ha llevado participación, ¿no es así?

—Pero me fijaron un tope, y por encima de ese tope no recibo nada. A estas alturas del año, su negocio me dejaría muy poco.

—Es que debe poner condiciones especiales. Esta operación puede dar dos o tres millones de dólares en comisiones, sin grandes gastos ni problemas.

—¡Nadie me respalda más arriba!

—¿Y ese nuevo director? ¿No lo conoce usted? A lo mejor lo tienta con una participación...

—¡No, no! Se integró recién al directorio. Y escoba nueva...

—Explíqueme que nadie lo estimula a llevar buenos negocios. Que necesita condiciones especiales para operaciones específicas, ¿comprende? O sea para las que no podrían realizarse sin su concurso. Como es el caso de esta propuesta...

—Es que no quiero pedirle favores a ese huevón.

—Los sentimentalismos no sirven en los negocios, don Raúl. Usted es el único contacto que tengo en Acomsa. Tampoco me gusta esa gente. La otra vez me trataron en forma muy protectora. Pero los negocios son los negocios. ¡Estoy seguro que ese tipo desea que alguien se le acerque a proponerle cualquiera cosa! Debe estar ladrando por hacer méritos. No tenga miedo. ¡Le apuesto que le va bien!

Sus relaciones con Rolando seguían cordiales, y Silberman aclaró su propio caos interno: debía sentirse

contento de que una persona como Cárdenas hubiese llegado a ocupar ese cargo. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Sospecharía Cárdenas de que había tratado de hacerlo saltar de Acomsa? ¿Intentaría desquitarse ahora? Daisy había comentado:

— ¡Es muy poca cosa! A lo mejor cambia ahora que ha escalado. ¡Esa gente es así! Y la Carmen es tonta. Es buena moza y tiene una buena facha, pero no sabe vestirse ni arreglarse. ¡Cómo estarán ahora! Te apuesto que Rolando va a convertirse en el niño de los mandados de la familia Valdés...

Pero Silberman algo despejaba sus dudas.

— A Pablo Valdés deben sobrarle los incondicionales entre sus amistades y parientes — prosiguió Silberman —. Ese Cárdenas debe tener otras cualidades. Seguramente usted no se las conoce, pero Pablo Valdés sí. ¡Le apuesto cualquier cosa! Raramente me equivoco en este tipo de asuntos. Conozco a la gente, don Raúl.

Rolando ocupaba un privado en la oficina de corredor de la bolsa de comercio de Pablo Valdés. Hasta se expresaba distinto, con un tono seguro, reposado, sin sus vacilaciones de antaño.

— ¡Vente para acá de inmediato, si quieres!

Lo recibió en la antesala, inundada con el estrépito de las máquinas de escribir de dos viejas secretarías, y de los telex. Alguna de esas puertas daba al despacho de Pablo Valdés. Le hubiera gustado topárselo, para que el amo de Acomsa se enterase de su amistad con Cárdenas. Vásquez ignoraba que Pablo lo conocía bastante por su sobrino Antonio, aunque no para bien.

— Buena tu idea de plantearme a mi primero el negocio, porque así lo apoyo desde el principio. Y me parecen justas tus aspiraciones. Pero en todo caso debes conversar con Antonio, para no herir susceptibilidades.

— Es que Antonio es enemigo de los tratos especiales.

— Eso déjame a mí. Cuando el negocio llegue al directorio, me encargaré de lo demás. ¡No tengas cuidado!

Acomsa ganó la licitación, y el contrato se firmó a los dos meses del almuerzo con Silberman. Vásquez cosechó dinero y felicitaciones de la plana mayor, pero en un

tono discreto, seguramente para no molestar a Antonio.

—Comienza a correrte de Antonio —dijo Raúl a Daisy—. ya no lo necesitamos para nada. Pero debemos trabajarnos a Rolando.

—Es un marido excelente. ¡Con él todo será más simple...!

—Exacto. ¿Se molestarán si saben que invitamos a Francisco a sus espaldas?

—No les digamos nada. Si hacen algún comentario, les decimos que fue algo informal e imprevisto... ¡Ese tal Ignacio Valdés, el primo de Francisco, es un plomo! La otra vez me vio esperando micro en la esquina, y se hizo el leso. Iba en uno de esos tremendo autos... ¡Qué tipo más engreído!

CAPITULO XXI

El intencionado topón de Bernardo lo enfureció.

—¡Fíjate, coño desgraciado...! Casi me botas.

Bernardo lo miró de arriba a abajo.

—Pero mi mamá no anda con turcos como la tuya.

¡No necesita pedirle plata a nadie!

El mundo desapareció. Le faltaron manos y pies para golpear a Bernardo, que aullaba, pedía auxilio, se cubría el rostro con las manos. Juan Pablo, convertido en un mecanismo de pegar, no interrumpió la faena. Insultos incoherentes se atascaban en su garganta. Sangrando de la nariz, Bernardo logró zafarse y corrió gimoteando a la dirección del colegio.

Lloroso, Juan Pablo contó lo que Bernardo le dijera.

—No debió decirte eso. Pero tú tampoco debiste haber hecho lo que hiciste. Estuvo muy mal. —Una gran frialdad surgía del rostro ascético, amarilloso, del rector—. Los padres de Bernardo contribuyen con mucho dinero para los gastos del colegio. Cuando sepan esto van a exigir explicaciones. Lo que debes hacer es darle disculpas a Bernardo. Ahora, ¿entiendes? Yo creo que así evitaremos dificultades. Luego trataré de convencerlo para que olvide el asunto.

—¿Por qué es tan importante que los padres de Bernardo den plata?

—Porque en el mundo de los vivos las cosas se hacen con dinero. Y el colegio necesita dinero. No todos los padres pagan puntualmente sus cuotas. Algunos están atrasados en años.

—Pero Dios condenó a los ricos.

—No a todos los ricos. Hay ricos buenos y ricos malos. Hay gente que malgasta su dinero, que no sabe cuidar lo que Dios le dio. En cambio otros saben aprovechar bien esos dones, y ayudan a su prójimo. O contribuyen a solventar los gastos de los colegios católicos, como los padres de Bernardo. Así que anda al tiro a darle disculpas. Tienes que ser un niño bueno, ¿no? La soberbia es el peor pecado de los hombres. Da ejemplo de humildad y verás como Bernardo se olvida de todo.

Rojo de vergüenza, con una voz ahogada, casi ininteligible, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, Juan Pablo balbuceó sus excusas ante un Bernardo con la cabeza hipócritamente agachada. Pero apenas el rector se hubo marchado, Bernardo sonrió malévolamente al verlo humillado. Juan Pablo comenzó a llorar, y Bernardo exclamó:

—¡De todas maneras se lo voy a contar todo a mi papá!

Su madre llegó temprano, pero solamente a cambiarse de ropa.

—¿Qué te pasa? —preguntó, al verlo cabizbajo.

Juan Pablo echó a correr sus amarguras.

—Me agarré con un niño que sólo sabe hablar de la gente con plata, y se burla de los pobres. ¿Encuentras tú que es tan importante la plata?

—¡Por supuesto que sí! Siempre debes tenerlo presente, para que no te vaya a ocurrir lo que a tu papá. Podríamos seguir siendo ricos, de no ser por su falta de visión para los negocios...

—Pero yo creo que el dinero sólo trae cosas malas.

—Juan Pablo recordó su diálogo con su padre días atrás.

—¿Tu papá te lo dijo? Como perdió todo lo que tenía, ahora habla mal de los ricos, y de que el dinero es cosa del diablo, o poco menos. Pero cuando lo tenía se las arreglaba de lo más bien para gastarlo a manos llenas... ¡Ojalá que no salgas como él!

El formal reclamo de los padres de Bernardo se tradujo en la suspensión de Juan Pablo por dos días, y la amenaza de expulsión en el caso de reincidir. Su humillación ante Bernardo de nada había servido.

Afortunadamente su padre, atemorizado por los médicos, dejó de beber. Heredó de una tía solterona, y el hogar recuperó un cierto nivel de vida. La educación de los hijos salió adelante, y aunque Magdalena no alteró sus costumbres, las riñas declinaron. Una tarde Juan Pablo la vio descender de un automóvil, y besarse con su acompañante, sin importarle que alguien pudiese estarla mirando. Estudiaba en la sala de estar, y al escuchar la llegada del coche, se asomó apartando suavemente las cortinas.

Magdalena no se inmutó al descubrir a su hijo en el salón, con una expresión acusadora en su rostro pequeño.

* * *

Samuel estaba muerto, que duda podía haber. Para Venancio la palabra "muerte" se revestía de una cierta familiaridad, y no porque le hubiese tocado presenciar muchas muertes. Pero un revolucionario jamás podía desterrar la muerte de sus pensamientos. Una revolución siempre deja muertos, y los activistas son los primeros en caer. El gobierno poseía un fichero de todos los comunistas. Cualquier cambio brusco de política interior, y Venancio se pondría en la mira. ¡Y cómo abusaba la derecha en el poder! En su niñez conoció los rigores de la Ley de Defensa de la Democracia, aunque no directamente, porque su padre vivió siempre al margen de la política. Su trabajo de albañil le proporcionó una cierta independencia, aunque su salud delicada y afición al trago le impidieron eludir los hedores de la pobreza. Apenas reunía algunos pesos, se encerraba en su rancho con una botella de vino a tomar solo, sin molestar a su mujer y sus cuatro hijos, que se reunían en el cuartucho vecino. La otra habitación servía de dormitorio familiar, menos para Juana, la mayor de las hijas, que ponía su jergón en la cocina una vez terminada la comida. Raramente Juan aparecía antes de la medianoche. Todos sabían que a su hermana la iban a buscar y dejar en auto

hombres mayores, bien vestidos.

—¡Preocúpate de tu hija, huevona, que se lo lleva patinando todas las noches! —le gritó a su madre Encarnación, que vivía casucha de por medio, durante una disputa—. En eso debías fijarte, más mejor, en lugar de llenarte el hocico con huevadas.

—¡Mi hija es mayor y sabe lo que hace! —contestó su madre, tranquila—. ¡En cambio el sinvergüenza de tu marido se pesca a sus hijas cada vez que se cura! Y la mayor apenas tiene 14 años. Preocúpate de cuidar a esas pobres niñas. Pero se te cae, porque el viejo te hace zumbiar cuando le da la gana. ¡Y tienes que aguantarle todo! ¡A ver si aprendes a escupir p'al cielo...!

Su primer contacto con la muerte lo tuvo a los seis años. Despertó con los espantosos gritos de una mujer, y las voces de varios hombres tratando de acallarla. Una densa niebla impedía ver a más de dos metros, pero Venancio se escurrió detrás de una casucha, y se asomó. Muy cerca estallaron ráfagas de metralleta, entre los alaridos de la misma mujer, y el griterío de los niños. Tres o cuatro hombres salieron de la cabaña del Chuma Flores, y se metieron en un auto que se alejó de la población a gran velocidad. Flores, militante comunista, andaba huyendo de la policía política, pero esa noche había ido a dejarle un poco de plata a su mujer y sus dos pequeños hijos. Alguien lo delató. Llegó un auto con cuatro tipos armados, y como la mujer de Chuma protestara, uno de los hombres la tiró lejos de un bofetón. A sus gritos acudió Chuma, y cuando trató de golpear al agresor, que hedía a trago, fue ametrallado a boca de jarro, a la vista de los niños. Y arrancaron. Metiendo la cabeza entre los que atestaban la miserable vivienda, Venancio vio el cuerpo sangrante de Chuma. El olor picante de la pólvora se desvanecía lentamente.

Las crepitantes ráfagas, los aullidos animales de la mujer y el llanto de los niños serían fieles compañeros de sus sueños y vigiliadas durante años, así como los denuestos de los policías ebrios y la visión del cadáver masacrado.

—¡No hay justicia para los pobres...! ¿Cómo podemos defendernos de los abusos? Nadie escucha nuestras quejas. ¿Ayudó alguien a la viuda de Flores? —Venancio

comenzó a integrarse a los muchachos que se reunían sigilosamente en la población a escuchar a los activistas—. Debemos prepararnos para la conquista del poder. Mientras los ricos gobiernen sólo dictarán leyes que los favorezcan a ellos. ¡Cuánto le ha costado al pueblo ganar sus derechos! Se los entregan con cuentagotas, después de largas discusiones en el congreso, de arreglines y componendas, que a la larga desvirtúan nuestras auténticas y legítimas aspiraciones. El orden establecido burgués se halla edificado sobre cimientos graníticos, inamovibles. ¡Solamente con la revolución podremos echarlo abajo!

Creció y maduró con esas ideas día a día machacadas por los agitadores del partido en mil reuniones clandestinas.

—Como primer paso debemos desenmascarar los mitos de la burguesía. “El roto es flojo y le gusta que se lo den todo”, sostienen. Y se llenan el hocico con la igualdad de oportunidades dentro de una sociedad clasista por excelencia; la igualdad ante la ley, cuya falsedad todos hemos comprobado personalmente, etc. ¿Es perezoso el pueblo por naturaleza? Aquí conviene distinguir entre países ricos y países pobres. En los primeros, la paga mínima alcanza para vivir con un cierto decoro y, lo más peligroso de todo, se aprende a valorizar el dinero. A través del ahorro el pueblo suele olvidar su inferioridad social, y le cuesta menos aceptar su condición de oprimido. Ciertamente en esos países al pueblo no se le califica de “flojo”. Pero en países como el nuestro, el obrero gana apenas para sobrevivir, y nunca para ahorrar ni valorizar el dinero. Y esto es una gran ventaja, porque así no nos dejamos encandilar por los oropeles del capitalismo. Por eso a nuestra gente le da muchas veces lo mismo trabajar que quedarse sin hacer nada, porque gana lo mismo pidiendo limosna. Y entonces la burguesía nos acusa de flojos. Es la mayor falacia, porque la gran mayoría de las personas sólo tiene una cierta capacidad de lucha. Y en todos los estratos sociales. ¿Qué ocurre con la clase proletaria? Primero debe luchar para ganarse el sustento, y después, para obtener alguna educación. La mayoría llega a mitad del camino. Se frustra

en sus aspiraciones, se deja vencer por la amargura, pierde el entusiasmo por seguir luchando y se dedica a la vagancia, la mendicidad, el trago, la delincuencia y la prostitución.

“Todo esto se asienta en el propio sistema pedagógico burgués, fundamentado en el paternalismo, la prepotencia y el autoritarismo. La pedagogía actual parte del concepto de que unos saben y otros no saben, y elabora recetas que llenan la conciencia de los alumnos como se llena un saco. A lo largo de los siglos, este mecanismo ha servido para alienar y enajenar a las masas explotadas inculcándoles la ideología burguesa como “la verdad” que recubre todo el aparato social. Porque existe todavía la relación opresor-oprimido. Un de nuestras primeras metas, cuando lleguemos al poder, será crear una verdadera “pedagogía de la liberación”, que permita encontrar una verdad común en el debate, la reflexión y la creación. ¡No es que el roto sea flojo! Simplemente no se le dan las mismas oportunidades por la propia estructura del sistema, que inicia su acción concientizadora en la escuela primaria. Los que se imponen en el mundo burgués no son los mejores. O los más inteligentes. O los de condiciones morales más relevantes...”

Venancio pensaba en su padre. Bueno, honrado, trabajador, pero la falta de audacia y empuje de los triunfadores lo dejó a medio camino. Nunca pudo levantar cabeza. Bastante hizo por sus hijos, luchando contra el medio adverso y una salud frágil, precaria, progresivamente deteriorada por el alcohol que bebía cuando enfrentaba obstáculos difíciles de franquear. Su vida, honorable dentro de su miseria, terminó durante uno de los inviernos más crudos recordados por Venancio. Lo velaron en la misma casucha, con la lluvia triscando en el techo, y filtrándose con el viento por las numerosas hendiduras. Las velas se apagaban y el aguacero se escurría por el piso de tierra, ya empapado por el vecindario que visitaba al finado. Una gotera humedeció la vieja sábana con que amortajaron su cuerpo magro, dejándole libre el rostro cuyos huesos pugnaban por asomarse a través de la piel translúcida. Un carpintero de la población ofreció el ataúd, y a veces, en medio del temporal, guiándose en

la oscuridad por los martillazos que iban uniendo las tablas a medio desbistar, Venando acudía a ver como el cajón progresaba.

En una carretela facilitada por otro vecino lo llevaron al cementerio, bajo el implacable diluvio. Venancio, entonces de 12 años, y su hermano Narciso, de 7, escoltaron el carrito que remolcaba el panteonero sobre los caminillos lustrosos de agua del camposanto, tapándose sus cabezas con hojas de diario, porque la madre se quedó en la población acompañada de sus hijas. Narciso y Venancio lloraron cuando el cajón se hundió en la fosa, pero sus lágrimas fueron absorbidas por la lluvia que empapaba sus rostros.

De regreso se toparon con un cortejo de impermeables y paraguas.

La muerte de Samuel, que tampoco pudo ser muy gloriosa, garantizaba la discreta acción corruptora realizada por Lolás en su quinta sobre muchos funcionarios del gobierno.

* * *

Con Ema se metían por los pasajes del centro, y se extasiaban contemplando ropas, joyas, zapatos, menajes, que el comercio exhibía tentadoramente en sus escaparates. Como ganaba dinero a montones, Dorila se atosigaba de compras durante esas excursiones, mientras Ema oía su "reseña semanal" sobre lo acaecido en Acomsa, con descripciones de gran colorido de algún lío en ciernes entre la secretaria tal con el empleado cual, de los inusitados aumentos de sueldos para ciertos favoritos, y las últimas novedades de los adulones de la gerencia. A Ema en cambio su salud y edad inspiraban las más insólitas enfermedades en su conversación, aunque no ese día, en que la vereda, aun húmeda con la lluvia de la víspera, traspasaba la suela de sus zapatos en la tarde despejada pero fría.

—Por favor, nada le digas a Eloisa Ramírez. Podría sentirse, tú sabes. Pero Elvirita se ha conquistado a un

caballero adinerado y distinguidísimo. ¡Imagínate! Fue un caso de amor a primera vista, porque a Elvira le gusta de verdad, también. ¡No vayas a creer que lo hace por puro interés! Es un solterón riquísimo. Con decirte que le ha puesto un espléndido departamento a Elvirita frente al Santa Lucía. ¡Muérete! Algo de muy buen gusto y elegante, con dos dormitorios, pieza de empleada, central de agua caliente y calefacción. ¡Y todo alfombrado! —Ema parecía en éxtasis—. O sea, estoy viviendo sola ahora. Y aunque echo de menos a Elvirita, me hallo más desahogada. Tú sabes: mi pieza en la pensión es incómoda para dos personas. Por desgracia, no puedo irme a vivir con ella. El señor Valdés prefiere visitarla ahí, porque en su casa recibe a sus amigos y parientes. ¡Vieras la plata que le pasa a Elvira para sus gastos! Con decirte que le alcanza hasta para darme a mí. Me ha prometido arrendarme un departamentito más adelante. ¡Ha sido siempre tan buena hija la Elvirita! —Ema atrapó una lágrima con el pañuelo—. ¡No vayas a contarle nada a Eloisa! Como comprenderás, Elvira se fue de la casa de don Moisés Lolas. Veo las cosas tan bien encaminadas, Dorila, que estoy casi segura que el señor Valdés va a casarse con Elvira. Total, ¿dónde va a encontrar otra muchacha igual, tan seria y educada? Sería la mejor esposa del mundo.

¡Con qué facilidad Ema olvidaba las penurias sufridas por culpa de Elvira hasta dos meses antes! Dorila miró a su envejecida amiga, y prefirió no hacer su comentario.

—¡Te felicito de todo corazón! Y felicita a Elvira en mi nombre.

—¡Puedes hacerlo personalmente! Quedé de juntarme con ella en el pasaje Matte para tomar té.

Elvira las esperaba en el portal, entre una multitud apresurada, que iba y venía bajo la luz de los escaparates. Se veía hasta de mejor color, y su buen gusto para vestirse, agregada a la óptima calidad de su ropa, realzaba su figura delicada. Alegre, comunicativa, y no huraña, terca y bastante arisca, como Dorila la recordaba, constituían otros cambios notorios en la hija de Ema.

—¿Cómo lo pasaste donde el señor Lolas? ¿Se portó

bien contigo Eloisa?

—¡Oh, sí! Siempre fue muy amable. Pero es muy fregada y exigente.

—¿Y qué tal las otras niñas?

—¡Había de todo! —Se instalaron en la primera mesa disponible del salón de té—. Unas muy señoritas, de buena familia, educadas en buenos colegios. Pero había otras muy ordinarias.

Pero Eloisa las toleraba, prosiguió Elvira en un tono inocuo, porque varios amigos de Lolás preferían a esas audaces dispuestas a cualquier cosa para dorarle la píldora al amo. Como una tal Dolores Manríquez, que había invitado a un garzón un domingo a su casa, y aunque una amiga de Elvira la pilló, no quiso acusarla. El hombre no volvió más, porque seguramente Dolores lo había conquistado para algunos de los invitados a la quinta.

—¿Se llamaba Samuel el mozo? —Dorila la escuchaba con creciente interés.

—Sí, ¿lo conocía usted?

—Pero si yo lo recomendé, y quedé bastante mal con Eloisa por su desaparición.

Pero se guardó los demás detalles.

* * *

Apretando contra el pecho un estuche de cuero con su almuerzo —una ensalada cocida, un huevo duro y alguna presa de ave o pescado frío—, Robinson González marcaba siempre adelantado en el reloj control. Y con un abrigo gris en el invierno, o sus ternos oscuros, sobrios, ya bastante trajinados, en las temporadas de calor, atravesaba los pasadizos de Soinco saludando a diestro y siniestro. En su escritorio de contabilidad, cumplía con los ritos preliminares al inicio de la jornada: abrir los cajones, guardar la lonchera, sacarse la chaqueta, que colgaba cuidadosamente del respaldo de su silla y cubrir con bocamangas negras los puños de su camisa. Ya en posición de ataque, encendía un cigarrillo, y se lanzaba a

revisar los traspasos, comprobantes, ingresos y egresos, que Finanzas y Contabilidad no cesaban de producir. A mediodía tomaba su almuerzo sin moverse de su sitio, y aprovechaba para leer el diario que su jefe le facilitaba.

Perfectamente lampiño, con su pelo retinto bien engominado, y un rostro de notable palidez y sin arrugas a los 50 años, solía recibir la visita de algún compañero que iba a plantearle sus problemas y a pedirle consejo. Y gozaba indeciblemente cuando sus recomendaciones encontraban acogida o arrancaban exclamaciones como ¡tienes toda la razón! ¿cómo no se me ocurrió a mí? Con el tiempo su prestigio de consejero rebasó el ámbito de la oficina y se extendió a sus relaciones sociales y familiares, ambas bastante restringidas.

Concluida su diaria labor, bajaba siempre dos cuerdas por Compañía, para coger el bus más desocupado. Por lo general hacía el trayecto de pie, en el angosto pasillo, hasta Irrarázaval con Pedro de Valdivia. Vivía en el tercer piso de un antiguo edificio, cerca del paradero. El té con Susana, su mujer y sus dos hijos, aún estudiantes de colegio.

—Son niños tranquilos, aplicados. Heredaron muchas de las cualidades de sus padres. ¡Pero no las mejores! —Comentaba viendo—. Creen que la plata la regalan. Llevamos 20 años de casados y nunca hemos comprado nada a crédito.

El padre de Robinson, un alto funcionario de Incoa, lo alentó a estudiar medicina, pero una úlcera gástrica lo frustró. Debió incorporarse a la administración pública, pero después de la muerte de su padre, los bajos sueldos fiscales le aconsejaron emigrar a la empresa privada. El año anterior había cumplido 18 años en Soinco.

A las siete de la mañana, Robinson ocupaba el baño por 40 minutos, mientras Susana se ocupaba de su desayuno y colación. Descendía veloz la escasamente iluminada escalera, atravesaba Irrarázaval, ya con un tránsito tumultuoso y, lloviese o no, se colaba al amparo de la mediagua a esperar el autobus. Solía envidiar a los automovilistas que cruzaban sin mayor premura, pero la mantención de un vehículo superaba sus expectativas económicas. Y cómo olvidar los accidentes. Un compa-

ñero de oficina había perdido al menor de sus hijos, que llevaba al colegio, cuando la puerta de su coche se abrió al chocar, y el niño cayó al pavimento. Si una excesiva espera en el paradero lo hacía renegar de su calidad de peatón, el recuerdo de esa tragedia le volvía la calma. Ya a bordo de una micro, la vida retomaba su ritmo normal, aún en medio de los empujones y pisotones, y la presión de los demás cuerpos. O sumergido en una asfixiante atmósfera de emanaciones humanas.

Algunos discrepaban con su personal enfoque de la realidad, inspirada en su formación católica.

—Las amantes y los enredos con mujeres sólo están al alcance de los ricos —sostuvo en una de esas largas discusiones matutinas en Incoa, antes de iniciarse la jornada—. Hay que ser realista. Soy un empleado y gano muy poco. Tengo mujer, hijos y una casa que mantener. ¿Voy a endeudarme para darme gustos?

—¿Y qué harías si una mujer te lo pone en bandeja? ¿La dejas pasar para no encalillarte? —Grandes risotadas.

—Es raro que una mujer se lo ponga a sí no más a uno. Hay que entrar en gastos, invitarla a tomarse un trago o a comer... Son trabajos largos, por lo común.

—Pero los ricos, a tu juicio, tienen derecho a hacerlo.

—¡No digo que los ricos tengan derecho! Pero pueden hacerlo, que es distinto...

Sin embargo de pronto lo acometían ciertos conatos de rebeldía frente a las injusticias, y entonces arremetía contra este mundo tan mal hecho. Pero sus arrebatos sólo duraban breves minutos.

—Total: todos nos moriremos algún día, y enfrentaremos al juicio divino. ¿Qué importa lo demás?

CAPITULO XXII

Fingiéndose agente de Investigaciones, Venancio Muñoz llamó a Dolores a la quinta de Lolas. La amenaza de una inmediata detención desarmó a la mujer: había actuado por encargo de un amigo, pero no sabía más. Muñoz y su gente atrincaron al hombre en su departamento. Uno de los capos argentinos del tráfico de drogas, cuyo nombre y dirección ignoraba, le encargó citar a Samuel a una casa en Andrés Bello para encomendarle una misión. Y llegaron donde el señor Herrera.

—Dos argentinos conocidos míos, que estaban de paso, me pidieron permiso para reunirse en mi casa con ese joven Samuel —reconoció el hombre, calmoso—. Se fueron de aquí con él, y no he vuelto a verlos. Los argentinos volvían ese mismo día a Buenos Aires. Pero no viven allá, porque se lo llevan viajando. Trabajan en importaciones.

Proporcionó los nombres, pero desconocía sus direcciones. Con sus contactos en Investigaciones, Peña consiguió que detuviesen a Herrera. El hombre mantuvo tozudamente su primitiva versión, y no entró en contradicciones. Admitió su amistad con conocidos traficantes, pero aseguró ignorar sus actividades. Pronto quedaba en libertad.

¿Cómo calzaba Aliro Faúndez en la trama? Uno de los traficantes debió sobornarlo, e inocentemente, Rafael entregó a su amigo. Más allá Diógenes no podía llegar, dado los riesgos que implicaba una acción directa contra Faúndez.

En cuanto a Dolores, se la dejó tranquila, para evitarle problemas a Dorila con Eloisa. Tampoco al partido le correspondía luchar contra la delincuencia, y menos en el caso de las drogas. Porque el vicio que socababa a la sociedad burguesa, constituía un aliado gratuito y poderoso.

* * *

Juan Pablo debió trabajar como procurador desde su primer año de derecho, dada la situación económica hogareña. La salud de su padre empeoraba, y la mamá insistía en su vida extraconyugal, aunque ahora con discreción.

Aprendió box, y comenzó a inspirar respeto, aunque no un aprecio fácil. Entre sus amigos de esa época, admiraba a Ignacio Valdés, sobrino segundo de su tío Marcos Pérez, seguramente porque poseía todo lo que a él le faltaba; riquezas, gran apostura, y una suerte increíble con las mujeres, tal vez lo más codiciado por Juan Pablo. Porque no esquivaba una intensa vida social. El medio lo empujaba hacia los agrados burgueses, pero un fin de fiesta lo hizo recapacitar y fue bastante decisivo para su existencia algo irresponsable de esos años.

Un desconocido latifundista del sur dio un gran baile para presentar a su hija en sociedad. Como la dueña de casa, pequeña, de ojos achinados, no conocía a sus invitados, la enorme casa de República se hizo estrecha para contener a los colados. Muchos se emborracharon: un sillón colocado en el relleno de la escalera, para que la debutanta diera la partida al baile, lo hicieron rodar por los peldaños en medio de una incontrolable turbamulta.

Cinco amigos bastante bebidos lo metieron a empujones en un automóvil. Buscando una salida a Alameda, daban vueltas por las calles oscuras a gran velocidad. Al doblar una esquina el coche subió a la vereda y embistió a una mujer gorda que, cogida de sorpresa, no atinó a moverse. Saltó lejos con el golpe. Lecaros, el conductor, que apenas conseguía mantener los ojos abiertos de

borracho, estuvo a punto de perder la dirección. Pero no frenó. La expresión de horror de la víctima disipó la incipiente embriaguez de Juan Pablo. A través de la ventanilla posterior divisó un bulto en el bordillo de la acera solitaria. Otro muchacho comenzó a gritar histérico:

—¡Volvamos a recogerla! ¡No podemos dejarla así!
Lecaros sólo paró en Alameda.

—Si lo hacemos nos pescan los pacos, y nos harían la alcoholemia —hipó—. Y nos pasarían a todos para adentro. ¡Me costaría mucho sacármela! Y además tendría que enfrentar al viejo.

Juan Pablo revisó los diarios en los días siguientes, pero ninguno informó de atropellos. ¿Quién podría ser esa mujer corpulenta? Alguien de origen modesto, a juzgar por sus vestidos, y el pañuelo rojo anudado a su cabeza. Su cara redonda, regordeta, desfigurada por el espanto, permanecía indeleble en la mente de Juan Pablo. Pero el hecho definió su vida, en cierto aspecto. Se concentró en su carrera, se vinculó con la gente de izquierda, y al iniciar su segundo año de leyes, se metió al partido socialista. Su estrella empezó a mejorar casi junto con la muerte de su padre. Se casó con Angélica, entró como abogado de una empresa norteamericana, y dio sus primeros pasos en la política. A quienes se burlaban porque, siendo socialista, se había casado con una mujer de fortuna y de familia conservadora, replicaba:

—No elegí la cuna donde nací. Pero puedo elegir en política. ¡Y no por eso voy a renunciar a mi familia!

Pero los manejos de una camarilla, que insistía en descalificarlo dentro del partido por su origen social, bloqueaba su camino al parlamento. También Angélica, que nunca había sido muy comunicativa, desarrolló de pronto una inusitada impenetrabilidad. Secretos celos irrumpieron en la tensa vida de Juan Pablo. Ningún indicio que delatara a otro hombre. Las riñas aumentaron en frecuencia y gravedad. Un día Angélica tomó a sus dos hijos y partió donde su madre. Aunque siempre había rechazado la posición política de Juan Pablo, su suegra hizo lo imposible para que superasen el conflicto. Angélica aceptó volver a casa, pero antes de un mes otra

pelea, peor que las anteriores, los separó definitivamente. Apremiada por su madre, Angélica confesó que nunca había estado realmente enamorada de Juan Pablo: sólo se casó con él para olvidar la decepción que le ocasionara su primer novio. Su situación conyugal le hizo perder tiempo, clientes importantes y la postulación a un cargo en la directiva del partido. Recién cumplía 24 años.

Abribuyó la actuación de Angélica a la decadencia de la burguesía nacional. No dudaba que su mujer algo escondía dentro de esa particular hipocresía alimentada y desarrollada a la sombra de su formación religiosa. Fustigando sin piedad a la derecha en el seno de su partido consiguió limar las suspicacias, aunque temerosos de que ganase un excesivo ascendiente, muchos seguían oponiéndole obstáculos. Y bruscamente, como bajo un mágico conjuro, la anhelada candidatura a diputado cristalizó. Luz apareció en el segundo año de su nueva soltería, y durante un tiempo evitó que sus relaciones con la desenvuelta mujer, también separada, rebasasen los límites de una cómoda amistad.

Como pasó de esta íntima decisión a un nuevo matrimonio constituiría para Juan Pablo un enigma tan insondable como los motivos que condujeran a Angélica a dejarlo.

* * *

Quizá la vida de Robinson González hubiese seguido sin variaciones hasta su muerte, de no haber conocido a Daisy de Vásquez. O si se hubiera mantenido firme en su determinación de no asistir a la comida con que Soínco celebraría sus 25 años. Pero sus compañeros le dieron buenos argumentos para que superase su fobia a las trasnochadas. Porque la baja de las importaciones, con los últimos impuestos y depósitos previos, hacía temer una reducción de personal. Se hablaba de una nómina con los futuros despedidos, y aunque no pasaba de un rumor, los más aprensivos ya se sentían en la calle. A

pesar de su antigüedad y del mesurado aprecio que le dispensaba el contador dentro de su árido carácter, el propio Robinson desconfiaba. El subgerente general, hombre poco comunicativo, temperamental y escasamente amable, opinaba que había muchos empleados en contabilidad. Por esos mismos días su hijo menor enfermó. Los gastos habían comenzado, y seguramente seguirían.

También se decía que Mateo Sierralta, fundador y propietario de la empresa, asistiría a la comida para aliviar las tensiones. Español de nacimiento, beato, tozudo y autoritario, Sierralta había sufrido un infarto cardíaco dos años antes, y desde entonces se mantenía al margen de Soinco, quedando a cargo de todo Manuel Lagos, el gerente general.

Bebió con cierta premura. Pronto sus pálidas, verdosas mejillas, se encendieron, y las palabras se le enredaban entre los dientes. Después de años de verlo compuesto, equilibrado y juicioso, sus compañeros lo instaban a seguir tomando. La noticia de que Mateo Sierralta no asistiría se despojó de su connotación agorera bajo la música aullada por los parlantes, y las parejas que se ajustaban al ritmo de un mambo, con el alcohol transmutado visiblemente en alegría. Los ojos de una rubia alta, cuyo cuerpo ceñía un vestido celeste, que bailaba con el gerente general ya muy eufórico, se encontraron con los de Robinson. Y creyó notar que le sonreía.

— Es la señora de Raúl Vásquez — le informaron.

Para Robinson, Vásquez simbolizaba el arribismo, la insolencia y lo pretencioso. Además integraba el privilegiado grupo de los vendedores, cuyas comisiones duplicaban, triplicaban y hasta quintuplicaban el sueldo de un empleado común.

Empinó su vaso para darse valor. Fue su "trago de la muerte", porque acentuó la descoordinación de sus movimientos al acercarse a Daisy para pedirle el próximo baile. No advirtió el gesto de fastidio de Manuel Lagos, pero la reacción de Daisy, que lo miró de arriba a bajo despectiva, exacerbó su ánimo. En otra ocasión se habría percatado de que el ambiente se tornaba denso. En cambio ahora vió su dignidad y prestigio en juego. Hizo una

venia pasada de moda, y al coger a Daisy por un brazo su torpeza pareció brusquedad. Daisy se desprendió de un tirón. Uno de los vendedores apartó a Robinson violentamente. Muy rojo, con la voz entrecortada, intentó dar explicaciones. Haciendo ostentación de que había recibido una imperdonable ofensa, Daisy se alejó seguida por el gerente general y otros jefes, todos intentando calmarla. Despavorido al compenetrarse de los imprevistos efectos de su acto, Robinson trató de seguirla. Pero el mismo vendedor lo sujetó con brusquedad.

— ¡Suéltame! ¡Qué te has imaginado! — Su voz enfurecida se destacó nítida.

Alguien acudió a rescatarlo y lo condujo a un sitio aislado, donde pronto llegaba el contador general con una gran severidad impresa en su rostro:

— Don Manuel está muy molesto. Es preferible que se vaya a su casa.

El alcohol exaltaba su furia y frustración hasta la náusea, pero las palabras de su jefe lo volvieron a la realidad. Obedeció de inmediato. Sólo en su casa, y más recuperado, intuyó las consecuencias que el incidente podría depararle. Prefirió no despertar a Susana, que descansaba de los ajetresos del día. Durmió a tirones, con el flujo y reflujo de la náusea removiendo su organismo. Amaneció con una sensación de pesantez y repugnancia mental y corporal, mientras la resaca de lo bebido esa aciaga noche llegaba a su boca. ¡Cómo habría deseado quedarse en cama! Y tener que presentarse en la oficina, todavía. ¡Habría dado la mitad de su vida para no volver más allá! Prefirió no contarle nada a Susana. Suficiente para ella con la enfermedad del niño, y aunque notó su manifiesta descompostura, debió achacarla a la fiesta. Intentó aliviar su dolor de cabeza con una aspirina, pero la sensación de asco lo acompañó lealmente durante todo el viaje.

¿Cómo procederían? Seguramente su jefe lo notificaría con una voz apropiada a las circunstancias. Pero, ¿y si el suceso no había trascendido? Todos beben demás en las fiestas, y a muchos suele pasárseles la mano. Pero el agrio rostro de Manuel, aún vívido en su memoria, socavaba esos conatos de optimismo. Jamás nadie había visto

al gerente general ni siquiera ligeramente achispado, porque la pacatería de los Sierralta no toleraba conductas equívocas ni siquiera en la vida privada de la plana mayor de Soinco. El malestar en los ojos de Manuel, y en los del círculo de caras que lo rodeó, tratando de vejarlo con sus solas miradas, porque las mujeres los inhibían para acudir a un lenguaje eficaz... Sólo en el rostro bonachón de Rolando Cárdenas, el único vendedor con calidad humana de Soinco, notó una expresión de solidaridad, que la turba no tardó en engullir. No habría piedad para él. ¡Tantas veces que se había sentido orgulloso de su carrera en Soinco! Ciertamente carecía de facetas brillantes a lo largo de esos 18 años. Debió tolerar flagrantes injusticias, sentir como se esfumaban muchas de sus aspiraciones. Pero siempre terminaba por resignarse, sin acumular amarguras ni echarse a morir, aunque Susana le increpaba su falta de ambiciones, o que no intentaba hacer valer sus derechos.

—¿Para qué? —se defendía Robinson—. Total: tan mal no me ha ido.

* * *

—¿Cómo sabes que es prestamista?

Alborotados por el viento norte, los plátanos orientales del parque hacían ondear las luces de las farolas del alumbrado público sobre los dos hombres.

—Por un auxiliar de Incoa, que es mi amigo. Una vez me encontré con él en la calle, cerca de donde vive la vieja. Me dijo que había ido a pagarle unos intereses, porque un funcionario de Incoa estaba encalillado con ella. ¿Las cachái? Haciéndome el huevón le pregunté por la dirección de la vieja. A lo mejor le puede interesar el dato a mi patrón, le dije. Y me la dio. Anduve sapiando, conversé con el encargado del edificio, que siempre está a medio filo, y supe que la viejita vivía sola. Hay que dar el golpe de día, porque en la noche cierran la puerta.

—Esas viejitas caen chanchitas. Son muy fáciles. ¡Suenan bonito cuando uno las apreta...! Hagámoslo

mañana mismo, compadre, ¿qué le parece? Voy a llevar laque, no más. No hay que trabajarla a cuchilla. ¡A veces se demoran en entregarlas, gritan, y la sangre salta...!

—Mañana le pido permiso al patrón para ir al doctor, entonces. El sabe que me duele remuchazo la esparda. ¡No he visto niuna! Le aposté luca al Colo y la U le voló la raja... Nos juntamos en la esquina de MacIver con Santo Domingo, a las cuatro.

La lluvia pronto generaba en las aceras verdaderas fuentes, donde se estrellaban los chorros de las azoteas disparando gruesos goterones. Y los automóviles lanzaban bocanadas de agua sobre las veredas, empapando a los transeúntes desprevenidos. Todos corrían, guareciéndose bajo los paraguas, o entre las solapas alzadas de los abrigos y chaquetas.

—¡Lluvia cabrona! Estoy mojado hasta las bolas... ¡Vamos! Es el cuarto piso. Por la escalera, no más. Y a la vuelta, lo mismo. No te olvides. Tú primero. Después, yo te sigo.

El pasadizo del cuarto piso, vacío. Ningún ruido dentro del departamento. A la segunda llamada la hoja se entreabrió, cautelosa. Una voz desconfiada, de mujer, preguntó “¿quién?”. La cadena del seguro seguía en su sitio.

—Vengo de Incoa. Mi amigo Ramón Inostroza me pidió que le trajera unos cheques...

La anciana quitó el seguro, dudando. Los hombres se colaron de golpe, y cerraron la puerta. El miedo saltó del rostro mofletudo, grasoso de la mujer.

—¿Qué quieren? ¿Quiénes son ustedes?

Intentó huir hacia el interior, pero el laque golpeó secamente su cabeza. Cayó sin un quejido. La lluvia cubrió el breve silencio.

—¡Yo a los colchones! ¡Vos buscái en los armarios...!

La febril actividad desplazó todo ruido de viento y aguacero. Abrir y cerrarse de cajones y puertas. Prendas desparramadas sobre el piso. Telas rasgadas con tensa velocidad. Imprecaciones, y por último, un grito de triunfo.

—¿Vis? ¡Mansa tucá de billetes...! Apurémonos, que pueden llegarle clientes a la viejita.

Sobre el piso de la salita de estar, el cuerpo de la usurera permanecía encogido, definitivamente inmóvil.

—¡Encontramos la veta, compadre! Tenemos que buscarnos más viejitas o viejitos prestamistas.

Los dos hombres guardaron el botín en sus bolsillos, sin apresurarse en exceso.

—Pero, ¿cómo vamos a averiguarlo? No es tan fácil.

—Es que yo, haciéndome el huevoncito, voy a preguntarle a mi amigo de Incoa, ¿cachái? Me va a contar que la viejita paró las chalupas. Pero seguramente su jefe va a tener que buscarse otra. Es tipo de confianza: siempre le encargan estas cosas. O que vaya a rescatar letras o cheques protestados...

—Usted es muy reabiloso, compadre. ¡Le falta hablar, no más! ¡Ojalá nos siga yendo bien!

—Si Dios también se acuerda de los pobres, compadre. ¡No vino a ayudar a los ricos, solamente...!

* * *

Anulado su matrimonio, Lina Miller arrendó un departamento en Pedro de Valdivia Norte, separado por un parque del Mapocho, en cuya ribera sur se alternaban los faroles, escaños y llorones del paseo de la Costanera. Habría sido difícil para Pablo Valdés entrar y salir inadvertido de ese edificio con apenas ocho departamentos, cuyos moradores se conocían entre sí. También Lina prefería mantener en secreto su relación, porque a sus amigos o parientes les habría costado comprender su amor por un hombre mayor. Lo hubiesen atribuido a interés, así fuese social o económico. Y siendo discreta por naturaleza, nada le contó a nadie, ni siquiera a su madre.

Aun Felipe le rogaba que volviesen, pero todo cuanto una vez los uniera había desaparecido. Cada vez más identificado con la izquierda, se hallaba a punto de inscribirse en el partido comunista. A veces, medio en serio,

medio en broma — aunque Lina intuía el despecho en sus palabras — sostenía que el tiempo de la derecha llegaba a su fin.

— La venganza del pueblo será implacable.

— Pero, ¿cuáles son las grandes ofensas que le han hecho al pueblo estos últimos años? Los pobres han sido la gran preocupación del gobierno actual.

— Tú estás ciega, como toda la derecha — replicaba entonces Felipe.

La inflexibilidad de Lina distanciaron sus aspiraciones. Porque su vacío anímico Pablo no había tardado en llenarlo, procurándole además una gran paz interior. ¡Cuánto necesitaba de la experiencia y la madurez! ¿Le ocurriría lo mismo a otras mujeres? Es la falta del padre, le dijo alguien años antes. Quizá fuese así, porque su padre había muerto cuando aún no entraba en la adolescencia.

— Todos tienen sus debilidades. Que sea a mi padre al que busco, o que necesito protección, ¿qué más da...?

Se veían dos y tres veces por semana, en un departamentito que Pablo arrendó en la primera cuadra de avenida Bulnes. Se juntaban en las mañanas, a la hora de almuerzo, o en las primeras horas de la tarde, porque el resto del día Pablo lo dedicaba a su casa o a la atención de sus compromisos sociales, políticos o de negocios. Los miércoles asistía a una reunión de directorio de una compañía industrial en Valparaíso, y visitaba de paso la sucursal de Acomsa. Entonces Lina lo aguardaba en el departamento de su madre en Viña, pero siempre en medio de un gran sigilo.

No resultó difícil conocer a Pablo, su miedo al pecado, sus remordimientos por ese amor clandestino, y la ocurrencia de que hacía perder su tiempo a Lina.

— Muchos tipos que conozco van a casas de citas. Otros se enredan con sus secretarias, hasta con las empleadas de su casa, o con mujeres de vida alegre, que andan en busca de hombres maduros, de buena situación, con el exclusivo propósito de explotarlos. ¡Cualquiera creería que son pobres víctimas!

— ¡Eşos tipos saben muy bien lo que buscan! — reía Lina—. Y las mujeres se lo dan... Pero no vas a compa-

rarme a mí con una de esas niñas...

—¡Por supuesto que no! —Por la cara maliciosa de Lina comprendía que bromeaba—. Para empezar, la plata te sobra. Pero me necesitas tanto como yo a tí.

Muchas veces le bastaba sentirlo cerca, o escuchar su voz, o que Pablo le hiciese alguna leve caricia, o la besara. Y aunque le producía una secreta hilaridad, escuchaba con atención cuando Pablo leía trozos de la Biblia y los comentaban. Había comprado un ejemplar, y lo mantenía sobre el velador.

—Creo que el amor llena más la vida que cualquiera religión. Si no lo ves así es porque tu formación te ha acondicionado mentalmente. Y por suerte no terminaste deshumanizado, como esos beatos amigos tuyos.

—¿No ves nada de positivo a mi catolicismo, entonces?

—¡Por supuesto que sí! A veces me da risa tu miedo al pecado, pero es mejor que entregarle el alma a una religión para que se la administre como algo independiente de uno. Por lo menos, tú te preocupas personalmente de salvar tu alma. Yo habría preferido, eso sí, que todo esto lo tomaras como algo estrictamente humano. Sé que para tí soy algo como un mundo nuevo, y entrar en un mundo nuevo no es fácil. Lo sé muy bien. A muchos les trae problemas de conciencia, como a tí. Y para resolverlos oran, van a misa, se confiesan y piden perdón por sus pecados. En cambio tú no eludes tus responsabilidades. Pero te sientes culpable de algo, lo que me parece un error, porque tu religión te impide descubrir la verdad.

—¡Todo lo miras tan intelectualmente! —Pablo se impacientaba a veces—. Precisamente, porque no practicas una religión. La fe proporciona los medios para descubrir a Dios. Desgraciadamente no sé teología para aclararte esos problemas. Reconozco que la fe me fue impuesta por mi familia, nunca la he puesto en duda, ni he tratado de buscarle justificaciones. La acepté a lo carretonero, como suele decirse. Pero así y todo llena un aspecto importante, fundamental de mi vida.

En cambio sólo el amor colmaba los vacíos de Lina, o tal vez, su manera particular de entender el amor. Quizá Pablo estuviese en lo cierto, porque se sentía incapaz de

vibrar con determinadas ideas. En sus relaciones amorosas buscaba el afecto y la comprensión, y Pablo sabía dárselos. Porque sus raros arranques pasionales, lejos de haberla llenado, de provocarle satisfacciones duraderas, no tardaron en desvanecerse como el sabor de un guiso después de haberlo tragado. ¿Se debería todo a una simple inseguridad, mayor de la que admitía? Porque en su relación con los hombres buscaba una certidumbre, tanto espiritual como material. Precisamente Felipe la había defraudado cuando dejó de darle esa confianza que tanto necesitaba. Lo veía debatirse desorientado, pugnando por autotranscenderse en medio de un maremágnum ideológico, buscando la respuesta a sus dudas internas en doctrinas políticas, en lugar de buscarlas en el amor, en su mujer, en todo lo tangible que poseía. Pablo en cambio, fuese o no por su fe —cosa que Lina dudaba— poseía una enorme confianza en sus principios y en sí mismo, y conseguía comunicárselo a la gente y a ella misma.

En la lucha por justificar sus actos, algunos creían saber como hacerlo en el caso de Pablo, y otros daban palos de ciego, como Felipe.

—Fuí a la exposición de mi tío Ricardo —dijo Pablo, una tarde.

Almorzaban en el departamento. Detrás de los visillos, la Plaza de la Constitución y el palacio de La Moneda, se perfilaban desdibujados bajo un sol brillante.

—La modelo que usó eres tú ¿no es cierto?

Lina, cogida de sorpresa, enrojeció intensamente.

—¿Por qué me lo preguntas? —atinó a decir.

—Porque te pareces mucho a "La muchacha de la fuente". Y Florencia dijo que tú habías sido vecina de mi tío.

—¿Florencia te contó? —preguntó Lina, en un tono ausente—. Por eso está tan rara, últimamente. Se niega cuando la llamo, y no ha vuelto a invitarme a su casa.

—Florencia no acepta los divorcios. Fue educada así, por lo demás. Es culpa mía, en parte, y asumo la responsabilidad. No creo que le importe mucho que hubieses sido modelo de mi tío. Pero sí tu separación.

—¿Y si hubiera sido la modelo de tu tío? ¿Qué de

malo tendría? ¡No creerás que a esa edad fuí su amante!

—¡No, por supuesto! Pero quizá tu error fue haberte casado con un tipo joven, apenas unos años mayor que tú. Hay mujeres que necesitan de la experiencia que dan los años. Y evidentemente, tú eres una de esas.

Lina rompió a llorar, acometida por un súbito desamparo. Pablo la abrazó y le acarició el rostro con gran ternura.

CAPÍTULO XXIII

En esta oportunidad se trasladaron a María Chantal del sector de Ignacia y a sus amigas, que conocían a la familia del señor, para dar lugar al nuevo golpe. Un amigo de su familia la convenció para que Ignacia voluntariamente se fuera a Londres. Su esposo y su hija, de nueve años, se había quedado en el hogar.

La experiencia vivida en el Medio Oriente durante Ignacia que los principios de nada sirven frente a la fuerza bruta, pero para comprender algo de elemental en su vida dimensión, se requiera volver a un punto por un. A su madre y a quienes le proporcionaban refugio en Londres como una obra de teatro de Zola, porque la ciudad inglesa llegó a negarse a su estado, y cuando se dio a una presión nunca ocurrida de antes. Y por tanto, se a María Chantal entre de París y Londres. La vida le había comprendido la labor de vivir y mantenerla a vivir por el resto de sus días en esta de vida. Los sentimientos fueron y gracias a la experiencia además que desgracia de ella.

La mujer que se encontraba en Bélgica y como se dijo en Londres no pudo regresar a María Chantal de Charles-Ferdinand, cuando a París se encontraba en la fin habiendo sido conocida de ella por algunos. Para una de las personas se encontraba que habían con Lorena fue precisamente del hogar de Charles, cuando era primo de María Chantal.

De que a los 40 años, el día que iríamos con Carlos

CAPITULO XXIII

Loreto responsabilizaba indirectamente a Marie Chantal del secuestro de Ignacio en Damasco, y los árabes, que conocían a la viuda del sultán, podrían intentar un nuevo golpe. Un amigo de su familia la convenció para que Ignacio culminase su educación en Londres. En cuanto a su hija, de novia ahora, se había quedado en Santiago.

La experiencia vivida en el Medio Oriente demostró a Ignacio que los principios de nada sirven frente a la fuerza bruta, pero para comprender algo tan elemental en su real dimensión, se requería sufrirlo en carne propia. A su madre y a cuantos le preguntaban explicó su aventura como una obra exclusiva de Zobeida, porque la verdad incluso llegaría a negársela a sí mismo, achacándola a una pesadilla nunca ocurrida de veras. Vio por última vez a Marie Chantal antes de partir a Londres. Las balas le habían comprometido la columna vertebral y, condenada a vivir por el resto de sus días en silla de ruedas, los padecimientos físicos y morales la sumergieron además bajo decenas de años.

Su madre arrendó una cómoda casa en Belgravia, y como su dirección en Londres no pudo negársela a Marie Chantal de Chateau-Ferrand, atribuyó a ella que su presencia en la City hubiese sido conocida desde sus comienzos. Pues una de las primeras invitaciones que recibieran con Loreto fue precisamente del duque de Rochester, casado con una prima de Marie Chantal.

De unos 40 años, el duque irradiaba una curiosa

impasibilidad desde su único ojo —usaba otro de vidrio—, engastado en un rostro anguloso, largo, notablemente helado. Alto, nervudo, una oculta vitalidad emanaba no obstante de cada uno de sus reposados movimientos. Su frialdad parecía haber contagiado a su esposa, aunque también el ancestro teutón de Isabelle, por parte de su abuela materna, podía ser responsable de la cara enigmática, raramente inescrutable de la rubia, vigorosa y bien conformada mujer. Tan alta como el duque, algo indefinible que proyectaba su persona desconcertó desde el primer momento a Ignacio, provocándole una secreta mezcla de desconfianza y curiosidad. En cambio Margaret, la hija mayor, delgada, de tez alba y pelo de una áurea palidez, simbolizaba lo inmaterial.

Seguramente el duque veía en el joven chileno un pobre partido para su primogénita, aunque nunca lo exteriorizó, pero Ignacio creía advertir en él una apenas perceptible tensión al verlo llegar. Para Loreto, Margaret encarnaba la culminación de sus sueños: una nuera emparentada con la realeza británica. Pero Ignacio se sentía incapaz de renunciar a las innumerables aventuras que a diario se le ofrecían, y ahora dentro de la propia nobleza. Cotidianamente debía darse el incomparable placer de elegir. Y aunque procedía con cautela, para evitarse líos, sus enemigos proliferaron —maridos, pretendientes o amantes despechados— a los que simplemente resolvió ignorar. Además ninguno llegó nunca a las vías de hecho, pues se limitaban a furibundas miradas o a insultos anónimos por teléfono, o todo lo aceptaban con la tradicional flema británica. Pero en una vida así las envidias, inquinas y rencores había que tomarlos como ingredientes indispensables y aún necesarios. De alguna manera debía resarcirse también de las humillaciones sufridas en manos de Amín el-Sheba, y durante ese primer tiempo en Londres llegó a sentirse con el mundo en sus manos. El peligro, por otra parte, hacía aún más atractivas sus aventuras, justificándolas en cierta medida. Tampoco lograba enamorarse del todo de Margaret.

Guiada al catolicismo por la familia francesa de su madre, comulgaba al menos una vez por semana, y trató de que Ignacio la imitase. Aunque nunca se había carac-

terizado por su vida piadosa, Ignacio esgrimía su catolicismo ante cualquier requerimiento y, a instancias de Loreto, trataba de cumplir con las devociones mínimas. Poco le costó entonces darle en el gusto a Margaret.

En cuanto a Loreto, Londres no tardó en resultar más placentero que París. Le sobraban las invitaciones, porque el romance de su hijo con Margaret de Rochester constituía un sólido aval.

* * *

Al entrar notó el cambio. Lo saludaron como a un condenado a muerte, o desahuciado por alguna grave dolencia. Nadie le preguntó nada. Las mujeres se hicieron como que no lo veían, y sus compañeros de contabilidad, luego de un rápido "buenos días", se pusieron a trabajar en medio de furtivas ojeadas. Y Rogelio, uno de sus amigos, tartamudeó que debía terminar con urgencia un informe. El contador lo llamó, y Robinson sintió un general debilitamiento. Su jefe no lo saludó ni lo invitó a sentarse.

—Usted sabe que la oficina está reduciendo personal —comenzó el hombre canoso, de rostro ancho y labios delgados, con su opaca voz de costumbre—. Hasta ahora pude mantenerlo fuera de las listas, aunque su renta es un tanto alta. Pero con lo de anoche, no hay nada que hacer. Me llamó temprano el subgerente general para decirme que, por instrucciones perentorias de don Manuel, usted queda despedido a contar del primero. ¡Lo siento mucho!

Su rostro no reflejaba emoción alguna. Robinson estalló, aunque mantuvo baja la voz. Enumeró todo lo positivo que realizara durante su permanencia en Soinco. No siendo un ejecutivo ni mucho menos, había luchado por mantener la concordia, la paz y la disciplina entre el personal. Debía saber el señor contador que acudían a pedirle consejo, porque confiaban en su buen criterio. ¡La de molestias que se ahorró la firma gracias a

su anónima acción conciliadora! El contador le interrumpió fríamente:

—No se le contrató para esas tareas, señor González. Para eso están el jefe de personal y la gerencia. A usted se le pagaba como ayudante de contabilidad. Y eso no lo hizo mal. Pero las cosas cambiaron.

Pidió autorización para hablar con el subgerente y Manuel Lagos, incluso. El otro se encogió de hombros.

—Allá usted. Pero le advierto que es inútil.

Con la cara ardiente, Robinson atravesó contabilidad rechazando a sus compañeros, que ahora salieron a su encuentro. Seguramente conocían de antemano la sentencia, pero prefirieron mantenerla en secreto hasta que le fuese notificada oficialmente.

—El señor Leyton no puede recibir a nadie. En todo caso le consultaré y le avisaré. —Gloria, la madura secretaria, no disimuló su conmiseración.

Al gerente general se le esperaba alrededor del mediodía, le informó Ilse, una espigada descendiente de alemanes. Desde su escritorio, Robinson llamó a casa de Mateo Sierralta.

—El señor Sierralta está muy delicado, y el médico le ha prohibido terminantemente recibir visitas o llamados.

Todo su organismo hervía como una sola brasa, mientras un frío sudor resbalaba por sus sienas. Sus compañeros se acercaron amistosos ahora, solidarios también. Sin mirarlos, partió al baño. Frente al espejo se quedó contemplando sus rasgos envejecidos, estragados, pálidos.

—Nunca te arriesgaste a nada. Es cierto. Nunca le disputaste nada a nadie. Si alguien se interpuso en tu camino, no intentaste apartarlo. Te molestaba un poco, solamente. Y ahora todo ha concluído. A tu edad no encontrarás una ocupación ni por la mitad del sueldo de Soinco. Y aún te faltan cinco años para jubilar...

Ahí está el consejero... A ver si le sirve su buen criterio para no morirse de hambre. Y su hijo enfermó. Empezó a llorar. Al oír que alguien entraba, se mojó el rostro y se marchó. Ni siquiera miró al otro. Al salir se cruzó con el contador, pero no le cedió el paso, como acostumbraba. Había tomado una decisión: iría donde

Daisy de Vásquez. Necesitaba gritarle en la cara a esa mujer engreída, que jamás debió sufrir amarguras. Conocía la dirección de Vásquez, porque una vez acompañó al contador a dejarle unos documentos que debía llevar al sur.

Un automóvil conducido por una mujer cuarentona se detuvo ante el semáforo, casi frente a Robinson. Obedeciendo un impulso irracional, abrió la portezuela y se instaló junto a la avelada conductora.

—¡Disculpe, pero se trata de un asunto de vida o muerte! —Y agregó, empezando a recapacitar ante su inesperada acción—: ¿Sube usted por Providencia?

Ella asintió.

—¿Qué le ocurre? —Ya recuperada del impacto, la mujer aceleró frente a la Plaza de Armas, y dejó atrás varios buses. En su cara beatífica, ancha, sus ojos sonrieron—. ¡Nunca había conocido a un hombre tan resuelto! A cualquier otro que se me hubiese metido así al auto lo habría insultado. O habría llamado a un carabinero. Pero en usted vi algo... ¡No sé!

Robinson sonrió pálidamente. Al bajarse, la mujer le dio su nombre y dirección, pero no tuvo donde anotarlos. y estaba apurado. Vaciló al enfrentar el edificio de tres pisos. ¿Y si Raúl Vásquez aún estaba allí? No importaba: los afrontaría a los dos juntos, aunque fuese lo último que hiciese en su vida. Subió tan veloz la escalera que llegó sofocado al tercer piso. Aguardó unos segundos para tomar aliento. ¿Procedía bien? Vio rojo de nuevo. Actuaría con la misma decisión irracional que le hizo colarse al auto. Con esa determinación que hasta en los héroes de cine le sonaba inverosímil. La puerta se abrió a medias, y asomó el rostro sorprendido de una empleada con sus labios bien retocados.

—¡Está durmiendo! —replicó impertinente la mujer, e intentó cerrar.

—¡Por favor, espere un segundo! Es algo muy importante.

Y de súbito empujó la puerta hasta atrás. La empleada ahogó un grito. Tomándola de un brazo la echó fuera del departamento. Y cerró de golpe. La mujer arremetió a puñetazos y puntapiés contra la hoja, chillando como

un energúmeno. Otra voz femenina vino desde el interior. A punto de desvanecerse por la emoción, atravesó la sala de estar. Los gritos alterados que llamaban a la empleada lo guiaron. Una puerta se abrió al final del pasadizo. Daisy, desnuda, retrocedió aterrorizada. La excitada voz de un hombre que creyó reconocer. No era la de Vásquez. Daisy, con su cara desencajada, retrocedía. Topó con el respaldo de la cama. Intentaba cubrir inútilmente su desnudez. Detrás asomó el rostro descompuesto de Manuel Lagos, el gerente general de Soinco, también desnudo. Robinson debió afirmarse en el marco de la puerta para no caer. Pero entonces se compenetró de su ventaja, y miró a la pareja acusador, despectivamente. Hasta el cuerpo de Daisy, que lo estremeciera al primer golpe de vista, perdió su atractivo. Antes que nadie dijese una sola palabra, se retiró.

Susana se preocupó al verlo llegar a esa hora.

—Pedí permiso para venirme, porque me sentía pésimo con la tomatina de anoche. ¿Cómo está el niño?

—¡Muy bien! El doctor me dijo que eran cosas de la edad, solamente.

Nada le contó a su mujer. ¿Para qué preocuparla? Como a las cinco de la tarde Susana lo despertó de su siesta para anunciarle la visita del contador. Robinson recibió a su jefe en pijama, y cuando Susana los dejó solos:

—¿Cómo se las arregló? Don Manuel llegó a pedirme que deje todo en nada. Que usted es demasiado antiguo y valioso para prescindir de sus servicios. Por favor, cuénteme, ¿qué hizo?

Robinson, con una débil sonrisa, contestó:

—Pregúnteselo a don Manuel. —Y no quiso añadir nada más.

Esa mañana nadie se atrevió a importunarle con preguntas. Antes de cinco minutos lo llamaban de la gerencia. El rostro colorado, anguloso, y la gruesa nariz de Manuel, reflejaban una gran seriedad sobre el correcto terno azul. Y su voz no disimuló una reprimida emoción:

—Le ruego que no comente con nadie lo sucedido ayer. Se lo pido como hombre, como marido y como padre de familia. Su puesto está seguro. Incluso tendrá

un aumento. Pero usted no ha visto nada, ¿entendido?

Robinson replicó calmoso:

—No se preocupe, señor. Si algo he aprendido en esta vida es a comprender a la gente. Y solamente por eso vale la pena vivir.

* * *

Eladio Carrasco, el nuevo pensionista, de unos 55 años, exhibía profundas hendiduras en las mejillas y la frente de su cara cetrina. Un perenne cansancio afloraba a través de sus ojos. Alto, un tanto gibado, siempre correctamente vestido, usaba un sombrero flexible, de flamante apariencia para salir. Cuando en las mañanas hacía antesala para el baño, sobresalía con su bata de ilustre prosapia, aunque ahora algo hilachenta y con un tajo junto a la basta. Alejandro acababa de atender un llamado telefónico y volvía a su pieza, cuando una voz grave lo llamó desde el pasadizo:

—¿Es suya esta libreta? Se quedó en la mesa del teléfono. Desgraciadamente no he tenido tiempo de presentarme a toda la gente de la casa, especialmente a los jóvenes —prosiguió con un tono de disculpa—. Me avengo más con los jóvenes que con los viejos. —Rió—. ¿Usted estudia? Lo que es yo trabajo en la administración pública desde hace quince años. ¡No hallo las horas deirme! Pura política. Si uno no se apadrina con un diputado o senador, se queda marcando el paso por sécula. ¡Es una casa de putas! —bajó la voz, aunque en el corredor, ya oscuro, irrumpían velados los distantes ruidos de Alameda—. Los políticos meten a sus amantes... ¿Se da cuenta? ¡El Estado les paga hasta sus potos! ¿Qué me dice usted? O meten a cualquier patán para salir de algún compromiso. El nuevo vice es un señor que salió no se sabe de dónde. ¡Político, por supuesto! Se ha rodeado de una camarilla de chupamedias, que le celebran hasta los pedos que se tira. Entre ellos están haciendo una reorganización y dando ascensos. ¡Como yo no estoy en el grupito privilegiado, de nuevo me postergaron! —Lanzó

un profundo suspiro—. Y ahora me tiene viviendo aquí. Estaba de allegado donde una hija, hasta que llegó el primer nieto. Un amigo me recomendó esta pensión, mientras busco algo mejor...

Desde el fondo avanzó la poderosa figura del constructor civil, y Alejandro aprovechó para despedirse.

—¡Pase a verme! —le rogó Eladio—. Tengo muchas cosas interesantes que contarle sobre la administración pública en este gobierno...

El viernes Rebeca celebró su cumpleaños con una fiesta. Alejandro acudió con la esperanza de encontrar a Ingrid. No la veía desde esa memorable noche. Cuando dos días después pasó por su casa, la voz de la madre bajó desde el segundo piso informándole que Ingrid andaba en el cine. La segunda vez se encontró con la sala de estar alborotada por dos amigos de Gastón que intentaban sacarlo vanamente de una de sus depresiones. Ingrid lo saludó alegre, pero en ningún momento pudo estar a solas con ella.

—¿Juntémonos mañana a tomarnos un trago? —la invitó al despedirse.

—¡No puedo! Estoy con clases de cerámica, y no tengo tiempo para nada. —Usó un tono que sonó a definitivo.

A muchos de los invitados de Rebeca los veía por primera vez.

—¡Eh, Alejandro, ven! —Sofía lo llamó—. Te presento a Isidro Sotomayor, primo de Víctor...

—Ya lo conocía de nombre.

—¡Pero nunca lo he visto por mi Walhalla! Vaya uno de estos días por allá... Júntese con Víctor.

Darío Fuentes andaba muy pálido, con una camisa de doble postura.

—¿Se falló el concurso "Copihue", Darío?

—No sé. Ahí está Inesita. Era del jurado. Inesita, ven, queremos hacerte una pregunta...

Inesita acudió con su enorme busto ceñido en una blusa de encajes, el rostro vivo, recargado de cosméticos, acartonado, y una mirada agresiva y risueña al mismo tiempo.

—Sí, sí. El primer premio lo obtuvo Rosa Campu-

sano... Presentó unos cuentos preciosos, realmente extraordinarios...

—¡Por Dios, Inesita! El día que Rosa Campusano escriba un buen cuento soy capaz de pasarme en pelotas por el centro.

—¡Siempre con tus insidias, Darío! Rosa Campusano es una magnífica escritora. Además está muy enferma... Había que estimularla. Tú sabes que el marido la abandonó, además. ¡Merecía el premio por donde se le mirase!

—Pero entonces no hables de la calidad de sus cuentos...

—¡Contigo no se puede hablar! —Y molesta, Inesita se alejó del grupo.

—Así son los concursos literarios aquí. ¡Este país no tiene remedio!

—Excepto que el pueblo llegue al poder, ¿no es así, Darío? —intervino Víctor, risueño.

—¡Ya quiero verte ese día...!

—¡Hola, Ismael! ¿Cuándo llegaste? ¡Te hacía en Venezuela! —saludó Sofía a un tipo que recién entraba.

—Así es, pero volví hace una semana.

—Este es Ismael Rioseco, periodista, especializado en cine y teatro frívolo —lo presentó Sofía, que llevaba una ceñida polera sin mangas, y los ojos remarcados con rimel.

—¿Qué hacía en Venezuela? —inquirió Alejandro.

—Exiliado económico —replicó Ismael, hombre es-pigado, rubicundo, que irradiaba salud y mostraba su perfecta dentadura al sonreír—. Parálisis de la mano derecha, como decía un amigo.

—¿Por qué parálisis?

—¡Por firmar cheques sin fondo, viejo! —Darío hizo en el aire el amago de trazar una firma—. ¿Ves? ¿No es como estar paralítico? ¿Y que tal las mulatas?

—¡Extraordinarias! Mujeres de fuego. Yo tuve una maravillosa... ¡Me gusta la leche de tu palo, chico, me decía!

—¡No se te quita nunca lo cochino! —Sofía rió de buena gana.

—¿Y cómo se ve la cuestión política de afuera?

— Creen que nadie le quita el triunfo a Allende.

— ¿No les decía yo? ¡Si esta es carrera corrida!

— Es que el señor Frei, con sus indecisiones, también...

Rebeca condujo a Alejandro donde un tipo de pelo oscuro. A su lado una señora bien peinada, con una chomba roja de cuello alto, y un rostro perfecto, aunque bordeando los sesenta.

— Don Marcial Alamos, tío de Jorge Alamos, el escritor de que te hablé — lo presentó Rebeca.

— ¿Así que usted también escribe? ¿Novela, poesía, cuentos?

— Estoy escribiendo una novela...

— ¡No hay como la buena prosa! — comentó la mujer, que era Doris Schmidt, la escultora —. Durante mi última estadía en París tuve oportunidad de conocer a Cortázar. ¿Ha estado en París?

— No, nunca he salido de Chile — explicó Alejandro, tímido.

— Debía visitar Francia. Es increíble lo que ayuda a los artistas el ambiente parisino...

— Rebeca le encuentra un gran talento — dijo Marcial.

— Rebeca lo dice de puro buena amiga que es, no más. ¡Nunca ha leído nada mío!

— Pero tiene una gran intuición.

— ¡Imaginense! ¿Cuántos años lleva trabajando en antigüedades y alternando con artistas, escritores y poetas? — agregó Doris.

— ¿Le falta mucho a su novela?

— Estoy terminándola. ¡Pero tengo que corregirla, todavía!

— Es el trabajo más largo y aburridor. Apenas la termine, llámeme. Tendré el mayor gusto en pasársela a Jorge. Es muy exigente y sabe mucho, debo advertirle... A mi juicio, está destinado a convertirse en uno de nuestros grandes escritores.

— Ojalá le guste...

— ¡Tenga confianza! Le irá bien, se lo aseguro. — Los ojos de Doris brillaron con cierta ternura al mirarlo—. Pero usted debería viajar. Se le abrirían nuevos horizontes. Chile es muy agradable, pero es como vivir en una provincia. Uno tiene que depender de las amistades, de

las recomendaciones. ¡Y eso no puede ser!

Volvió Rebeca.

—¡Cuéntanos la firme, Rebeca! ¿Cuántos años cumples?

—¡Cuarenta y dos! Lo saben demás... Y no me salgan con el chiste de que hace años que los estoy cumpliendo.

De pronto Doris Schmidt le dijo en un aparte:

—Lo más importante es que usted tenga confianza en lo que hace. La opinión de los demás es secundaria...

Sin proponérselo, Alejandro oía lo que conversaba Darío Fuentes con Víctor, Sofía e Ismael.

—¿Sabes que a tu amiga Ingrid se le dio vuelta el paraguas? —decía la actriz en esos momentos, cuyo rostro bajo la lámpara de lágrimas semejava una máscara.

—¡Ya salió la lengua de víbora! —exclamó Darío.

—Pero si es verdad —aseguró Sofía con su voz ronca—. Anda para arriba y para abajo con la Mariana Stahl, que es una lesbiana reconocida. Mariana anduvo a las vueltas de Ingrid hace unos años, pero le fue mal. Ahora se las ve juntas por todos lados.

Alejandro se disculpó con la escultora, trezada en una discusión con Rebeca y Marcial sobre las naturalezas muertas de Juan Francisco González.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alejandro, con un leve temblor en la voz.

—Las ví hace dos días. Y una amiga de Mariana me dijo que Ingrid era su nuevo amor. Es algo muy reciente...

—¿Estás celosa? —preguntó Darío, muy serio.

Brillaron los ojos de Sofía al mirar a Fuentes. Pero dejó paso a una risotada despectiva.

—¡Sabes bien que esas cosas se me pasaron hace tiempo! Y mientras tenga a esta preciosidad es difícil que me vuelvan. —Sofía se colgó del brazo de Víctor Garcés, con un coqueto mohín—. Reconozco eso sí que Ingrid es una mujer sensacional. Gusto de lesbianas. Y de ciertos invertidos, que le encuentran cara de un hermoso efebo. ¡Pero es tan yegua para sus cosas...!

Un extraño rencor impregnaba la última frase, que sorprendió al trémulo Alejandro.

—Eso le pasa a las mujeres que son tan reprimidas

—comentó Víctor, con lentitud.

—Y que son calientes, además —exclamó Sofía, sarcástica—. ¡Calientes e hipócritas!

La enfática afirmación de Sofía inhibió a Alejandro para hacer cualquier comentario.

CAPITULO XXIV

Su nombramiento como director de Acomsa trajo importantes cambios en la vida de Rolando y su mujer. Arrendaron casa en Las Condes, compraron un automóvil, y los compromisos sociales se multiplicaron. Aparte de algunas esporádicas fatigas, Carmen sobrellevaba bien su embarazo. Al cabo de tantos años de privaciones, las alegrías del desahogo material la ayudaron a superar en parte las molestias.

—¡Tan prudente y discreta que es Carmen! —comentó María Luisa, a la hora de comida.

—Y sabe escuchar —agregó Pablo—. ¡Son pocas las mujeres que saben escuchar! Y cada día se parece más a mi abuela Florencia.

—Sobre todo en ese retrato que hay en el dormitorio. Es donde más María Luisa se parecía a tu abuela, papá. —Florencia se quedó pensativa, como evocando a su hermana muerta.

—¡Así es! Lo curioso es que hasta en su carácter apacible Carmen es como mi abuela. —Y añadió, con un suspiro—: Así habría sido nuestra María Luisa...

—Con Carmen la tenemos de nuevo —exclamó María Luisa, con una cierta melancolía—. Para mí es como si fuera otra hija.

—Y es tan bonita —terció Florencia—. Tiene regia facha, y unos modales tan suaves, tan finos.

—Y esa misma humildad interior que, según mi padre, hacía tan atractiva a mi abuela —terminó Pablo en un tono lejano.

María Luisa acompañaba a Carmen durante tardes enteras, y a veces iban juntas a "Los Nogales", o de compras al centro, e incluso a la Vega Central para proveerse de pescados y mariscos.

—¡Es terrible estar casada con un hombre tan ocupado! —comentaba María Luisa—. Ya lo comprobarás tú misma con Rolando. No dispondrá ni de un minuto diario para conversar contigo. Pero los dos son hombres serios. Se puede confiar en ellos.

Ese día María Luisa buscaba erizos. Fuentes atestadas de colas de gambas, camarones, langostinos, huevos de pescado, locos apaleados —listos para echar a la olla—, lenguas de machas y canastos de choritos, cholgas, almejas, y ostiones, colocados uno al lado del otro, brillando bajo la luz artificial, en medio del zumbido del público que resonaba en los rincones del enorme recinto y el aroma a productos frescos del mar. Merluzas, cojinovas, róbalos, lisas, corvinas, congrios rojos, negros y dorados, colgaban de los ganchos con sus ojos redondos y rojas agallas al aire ante la mirada crítica y el aguzado olfato de los compradores.

—A Pablo le encantan los mariscos —decía María Luisa—. A veces hemos ido los fines de semana a San Antonio o a Cartagena solamente a comer erizos. Pablo conoce todos los restaurantes de la zona. Y hasta unos boliches infestos donde hay marisco y pescado fresquitos. ¡Y lo vieras en Talcahuano! Le encantan esos lugares típicos, populares, donde se come bien. ¡Hasta a Puerto Montt hemos ido sólo para buscar buenos mariscos! Y cuando Ignacio, el sobrino de Pablo, que tú no conoces, volvió a Chile, siempre nos ofrecía su avión con piloto y todo para que fuésemos a Chiloé o Puerto Montt por el día. Ahora casi nunca salimos juntos. ¡Ni siquiera vamos al cine! El tiempo apenas le alcanza para atender sus compromisos. Y aumentarán cuando llegue la campaña senatorial. Antes Pablo no se dedicaba tanto a los negocios. "Los Nogales" le ocupaban apenas unas pocas horas a la semana. ¡Fueron tiempos mejores, querida Carmen! —Suspiró largamente.

Carmen la escuchaba silenciosa, atentamente, notando como María Luisa se dejaba de pronto invadir por

la melancolía, recordando esos bellos tiempos cuando iban seguido a "Los Nogales", y permanecían días enteros jugando canasta durante el invierno, mientras afuera llovía, o un frío agudo, húmedo, aplastaba los campos.

—¡Lindos tiempos esos, Carmen! La familia estaba más unida. Entonces me sentía más esposa y más madre. ¡En cambio ahora...! —Y de inmediato, como arrepentida de tales arranques—: ¡Claro que Pablo es tan bueno! Como ha luchado y vivido para nosotros. Y siempre ha sido tan trabajador, aunque no lo necesitaba. Nuestro matrimonio ha funcionado bien, Carmen. ¡Y tú sabes como son estos tiempos! Sobran las separaciones y las infidelidades.

Y en un momento de intimidad, María Luisa le confesó:

—¿Sabes? Habría preferido que Pablo tuviese una amante, pero que no me dejase tanto tiempo sola. Yo pienso que a los hombres pueden tolerárseles ciertos pecadillos. ¡Siempre que cumplan con sus deberes de marido!

—¡Vieras el trabajo que tiene don Pablo! —comentaba Rolando—. No para un momento desde que llega en la mañana hasta que se va ya de noche. ¡Apenas se toma un tiempo para almorzar!

Carmen había sido siempre bastante reacia a la vida social, porque aparte de su familia carecía de amistades. Su sobrenombre de "gringa" derivaba no solamente del color de su pelo y ojos, sino también de su carácter apartadizo, callado, apacible, aunque nunca huraño.

—Todos los gringos que he conocido eran así, tranquilinos, quitados de bulla —decía su padre.

Pero la actividad comercial, que estaba convirtiendo a Rolando en el brazo derecho de Pablo Valdés, según María Luisa, implicaba invitar gente. Al principio Carmen se trababa entera, no sabía como encarar una comida o un coctel, y aunque María Luisa le inspiraba confianza, le costó pedirle consejo. María Luisa no solamente le sugirió el menú, sino además le facilitó manteles, cubiertos y copas, para que la comida saliese como "Dios manda".

—Cada vez que tengas un compromiso, llámame,

para que lo planiemos juntas —la notificó—. Así lo hice con Florencia, al principio. Hasta podemos ir a la Vega para hacer las compras. ¡Así sale más barato!

Incluso María Luisa le regaló una mantelería y un cubierto completo, sin uso, sobrevivientes de los regalos que recibiera para su matrimonio, rechazados por sus hijos porque les parecieron pasados de moda.

Ahora Daisy siempre la llamaba, y aunque la aburría su cháchara, la escuchaba con santa paciencia. Únicamente sabía de vestidos y fiestas, de la gente de sociedad, a la que sólo conocía de nombre, y de los tipos atractivos.

—¡Me dan ganas de ser soltera de nuevo! —exclamaba, así fuese adherida al teléfono por horas o durante algunas de sus visitas vespertinas, a veces sin previo aviso.

¿Cómo sería Daisy en realidad? Porque a lo lejos Carmen recordaba un comentario hecho por Rolando antes de su encuentro con Francisco en el cementerio.

—¡Dicen que le presta su mujer a uno de los ejecutivos! Claro que es un pelambre. ¡No me consta!

Nunca Carmen le había oído alusiones hirientes, pero coincidió con la época en que Rolando empezó a sentirse progresivamente acorralado por Raúl, entonces su jefe en Acomsa. Y sólo acudía a su memoria cuando Daisy insistía en su extremada frivolidad, que a veces le hacía sentir vergüenza ajena. ¡Parecía mentira que una mujer viviese exclusivamente para divertirse, para pasarlo bien, para provocar a los hombres! De alguien así podía esperarse cualquier cosa.

Pero entonces se arrepentía por su falta de caridad cristiana.

* * *

Sólo tiempo después Robinson González recapacitaría en los efectos que sobre su personalidad ocasionara su cuasi salida de Soínco. Durante los primeros días vivió en medio de una permanente sobreexcitación, irritabilidad y nerviosismo extremo.

—Debías ver a un médico —le aconsejó Susana.

Pero sabedor del origen de su mal, compró un calmante por su cuenta y riesgo, porque ni siquiera se decidía a franquearse con su mujer sobre lo sucedido ese día. Necesitaba ordenar sus pensamientos, disponer de un poco de paz, de tiempo para reflexionar, y poder sacar así alguna conclusión. ¡Qué absurda y ridícula le parecía su vida anterior! ¿Respetó alguien su puntualidad y buen criterio, sus buenas intenciones, su apego y lealtad a la oficina? No había sido contratado para aconsejar al personal, ni para cautelar los intereses de la compañía. Para enrielar al empleado por el buen camino existían recursos más expeditos que darle una retahila de consejos: amenazarlo con el llamado “sobre azul”. ¿Qué Fulano de Tal tramaba una huelga o instaba a sus compañeros a presentar un pliego de peticiones? Nada más simple que echar a Fulano de Tal. Su tardía y casi fatal experiencia le había servido para comprender que, dentro de una oficina, daba mejores dividendos la simulación que la acción.

—Hay que ascender trabajando poco, pero haciéndose el que se dejan los pulmones en la pega —había comentado alguien muy práctico.

Vivió fuera de este mundo, simplemente, al margen de la realidad. Y pensaba con pavor que, de haber quedado cesante, se habría convertido en un pobre hombre, apocado, interiormente demolido, incapaz de volver a levantar cabeza. Ese Robinson González conformista, servicial y conciliador estaba muerto y sepultado. Había vivido 50 años pensando que hacía lo justo. Había llegado a contemplarse a sí mismo con un cierto orgullo, especialmente cuando alguien agradecía sus consejos. De ahora en adelante se cuidaría de cometer esos errores. No tardaron sus compañeros en captar el cambio, porque cuando alguien venía a hacerle confidencias, personales o ajenas, le contestaba en el mejor tono, aunque con sequedad:

—Perdona, viejo, pero tengo mucho trabajo atrasado.

Seguía llegando con su puntualidad de costumbre, saludaba con una venia breve a todo el mundo, incluyendo al contador general, se instalaba en su escritorio, y

de allí no se movía hasta la hora de salir. En dos ocasiones se topó con Manuel Lagos, que lo saludó con amabilidad. Pero el marido de Daisy en cambio pasaba por su lado muy erguido, limitándose a lanzarle a veces alguna despectiva mirada. ¿Se habría enterado de lo acaecido esa mañana en su casa? Seguramente no, porque Daisy, como toda mujer infiel, debía proceder a escondidas, aprovechándose de la ausencia de su marido, pensaba Robinson. Y al llegar a esta conclusión no dejaba de sentir una cierta lástima por Vásquez. Todo esto lo hizo reflexionar en su seguridad, porque quizá dependía exclusivamente del paso del tiempo para que Manuel reconsiderase su decisión adoptada por un motivo tan humillante, y se deshiciera de él. O si Manuel se retiraba de Soinco, y lo reemplazaba el subgerente general, podrían echarlo de inmediato para reparar las debilidades de la anterior jefatura.

Enterado de que Rolando Cárdenas, el único que la noche de la fiesta exteriorizase un gesto humanitario hacia él, se iba a otra firma, lo esperó una tarde a la salida. Los demás empleados abandonaban el edificio como presos que recuperan la libertad. Pero algunos se quedaban en la puerta, porque allí se armaban los panoramas para la tarde, como encerrarse a jugar cacho o dominó en uno de los bares cercanos.

—Supe que se había librado de la reducción de personal. ¡Me alegré mucho! —le dijo Rolando.

—¡Así fué! Pero no me siento muy seguro aquí. ¿Me podría ver alguna posibilidad de trabajo donde se va? Usted sabe... puede venir otra reducción en Soinco, y no siempre voy a tener tanta suerte.

—¡Con el mayor gusto! Llámeme en un tiempo más.

Y al dirigirse al paradero, Robinson recordó a la señora que esa mañana lo llevase en su automóvil hasta la casa de Vásquez. ¿Qué sería de ella? Parecía una mujer de buena situación, dueña de un coche nuevo, y viuda, según recordaba de lo conversado durante el trayecto, mientras la mente de Robinson hervía. Gutiérrez era su apellido, y vivía en la calle Los Sauces, en Vitacura. ¿Podría encontrarla a partir de esos vagos datos? Regresó a Soinco, y buscó Los Sauces en el mapa de Santiago

de la oficina de partes. Quizá la señora Gutiérrez pudiese ayudarlo a encontrar otra ocupación.

Quince minutos después de su diálogo con Cárdenas, tomaba el bus para Vitacura en medio de un calor agobiante. ¡Con que decisión se había metido al coche de la señora Gutiérrez esa mañana! ¿Qué pensaba hacer entonces? Enrostrarle a Daisy que por su ligereza e irresponsabilidad un hombre de 50 años había quedado sin trabajo. Se rió en el pasillo atestado de pasajeros. ¿Qué le habría contestado la mujer de Vásquez?

Seguramente, lo hubiese hecho salir a empellones.

* * *

Venancio Muñoz a la cabeza de la primera columna vociferante, bajo el cielo anubarrado que aceleró el crepúsculo. Las oficinas se vaciaban, y por ambas vías de la Alameda cundía el flujo de vehículos. El desfile bajaba por el costado norte de la avenida, engrosándose con los nuevos contingentes vertidos por las calles laterales, a medias organizados, restando velocidad al tránsito. Irritados bocinazos se plegaron al bullicio humano. Los estribillos tendían a sincronizarse, y los carteles, pancartas y estandartes también se balanceaban más o menos al unísono por encima de los desfilantes.

—¡El pueblo-unido—jamás será vencido!

Hombres, mujeres y niños gritando simultáneos, integrándose progresivamente. ¡Tanto que costaba movilizar a la gente! Preferían irse a sus casas o tomarse un trago con los amigos. O quedarse conversando en cualquier esquina de las poblaciones. ¿Cómo hacerles entender? A esas alturas el desfile ya debería ser un solo compacto cauce de hombres y mujeres desbordando la calle. Había que poner nerviosos al gobierno y a la oposición, y autocompenetrarse del poder que procura la plena movilización. Venancio Muñoz no se cansaba de pregonarlo: únicamente desplegando su fuerza el pueblo se empujaría a sí mismo. Los demócratas cristianos, con los recursos fiscales, lograban sabotear esos intentos.

—¡Muera la derecha! ¡Abajo los momios explotadores!

Desde autos y buses, rostros indiferentes e irónicos, o irritados por el congestionamiento. Los carabineros evaluaban las filas desde sus motos y radiopatrullas. No lejos, las jorobas de los guanacos, e incluso la torrecilla de una tanqueta. Frente a la Biblioteca Nacional, un apretado contingente de carabineros con cascos y escudos plásticos. No cabía duda: el gobierno buscaba un enfrentamiento para deshacer la marcha convocada contra las recientes alzas. Venancio recorrió rápidamente a los jefes de grupos para alertarlos. Aunque el desfile contaba con autorización, intentarían impedir su arribo al centro.

— ¡La izquierda-unida-jamás será vencida!

En las veredas, aglomeraciones de curiosos, aguardando quizá algún imprevisto desenlace. Por Santa Rosa irrumpieron centenares de jóvenes de la democracia cristiana, brincando y gritando desafortunadamente contra la marcha que avanzaba cada vez con mayor lentitud. Como un alud al bloquear la corriente, el tránsito de San Antonio, que aceleró cuando el semáforo le dio la pasada, paró el desfile. Automóviles, buses y camionetas impacientes aullaron un coro de bocinazos. El griterío de los manifestantes aumentó de volumen para contrarrestar a los jóvenes demócratas cristianos, que ahora les endilgaban insultos. Venancio notó que los carabineros iniciaban una maniobra envolvente, desplegándose por ambos costados de la Alameda para impedir el encuentro de los dos grupos. El tránsito dio un lento paso. Las emanaciones de aceite y bencina y el sudor conformaban una atmósfera pesada, irritante. El desfile intentó desplazarse, redoblando su grito. Otro pelotón de muchachos decé salió por San Antonio, protegiéndose entre los vehículos. Volaron las frutas podridas, los huevos y guijarros. Un proyectil impactó a un carabinero. El monstruo policéfalo aulló. Una mujer estuvo a punto de caer con su guagua, y al gritar movía la boca como en una película muda. Los carabineros avanzaron desde la Biblioteca, como ante una señal, y se inició la batalla campal. Los decé lanzaban objetos, tratando de impactar

a los carabineros. El griterío atronó la tarde agónica, se multiplicó con las bocinas de buses y automóviles. En-sordecido, Venancio divisó el chorro del guanaco espar-ciéndose en un abanico sobre la multitud. Rodeados. Imposible adelantar o retroceder. La presión del agua enfrió el entusiasmo. Y ahora el gas lagrimógeno, en medio de secas explosiones. Un caos de tos y humo.

Venancio guiaba a las mujeres y niños al costado sur de la Alameda, a las calles Londres y San Francisco. Inú-tilmente: los carabineros surgían por centenares, y arrem-etían con sus lumas. Uno gigantesco se abalanzó sobre Venancio con su escudo y el bastón en ristre. Se sumer-gió en medio de la gente descontrolada, que sacaba laques y palos para defenderse. Una mujer cayó a su lado, y golpeó la cabeza en el pavimento. Venancio la ayudó a incorporarse: la sangre fluía de su sien, con un chicuelo lloroso aferrado a su falda.

El ardor insoportable del gas lagrimógeno lo cegó. Por todos lados hombres, mujeres y niños lo apretuja-ban. Nada permitía oír. Cayó de rodillas y se rompió los pantalones. Ni siquiera podía abrir los ojos para orien-tarse. Sabía que se hallaba en la parte central de la Ala-meda, entre San Antonio y Estado. Si conseguía sortear los automóviles, llegaría a Londres. De súbito dos cara-bineros surgidos del meremágnum lo arrastraron a un carro que aguardaba metros más arriba. Pero entonces una turba enardecida rodeó a Venancio y a sus captores. Las férreas garras aflojaron su presión. Venancio se abrió paso entre buses que frenaban sobre él. Saltó por delante del parachoque de un automóvil, y se metió por Londres. Como llegar a un oasis. Muchas personas acu-dían curiosas a saber qué ocurría. Aún le lloraban los ojos con el irritante gas. A sus espaldas, gritos, bocina-zos, explosiones. ¿Era posible que huyera? ¿Iba a dejar a su gente a merced de las fuerzas represivas? Decenas de manifestantes pasaron corriendo por su lado, entre ellos Emilio Poblete, un jefe de grupo. Lo conminó a dete-nerse.

—¡Debemos volver! —exclamó, con determinación.

Venancio y Emilio lograron abrirse paso contra la multitud que inundaba Londres arrancando de Alame-

da. Los restos del desfile desintegrado presenciaban el nuevo teatro de la lucha, al lado de la Biblioteca Nacional. Para allá corrió Venancio. El flujo motorizado recuperaba su velocidad normal. Nubes de gases lagrimógenos se desvanecían en el aire tibio. Cuando Venancio llegó a Santa Rosa, los últimos miembros de la concentración se perdían a lo lejos. Los carabineros metían a los detenidos en los carros. Venancio se paró, con el escozor del gas en sus ojos. Los carros partieron con su carga viva.

Todo había terminado.

CAPITULO XXV

La conquista de Lady Anne, la segunda esposa del ministro de Agricultura, de apenas 25 años, engrosó el contingente de enemigos de Ignacio. Verse desplazado por un chileno de 19 años de la inagotable sensualidad y pericia de la mujer parecía excesivo. Pero en su euforia Ignacio no husmeó la amenaza. Para asegurar la privacidad de sus encuentros, Anne arrendó un departamento en pleno centro de Londres, en un antiguo edificio dotado de acceso por dos calles.

—Tengo una amiga que hace el amor como nadie —comentó una tarde Anne—. ¿Te importaría si la llamo?

La proposición lo pilló de sorpresa, porque recién comenzaban a quitarse la ropa ante el gran espejo que cubría toda la pared frente al lecho, donde las imágenes repetían cada uno de sus gestos con gran impudicia, como en una película erótica. Aunque Marie Chantal lo había iniciado en el particular deleite de disfrutar de dos o más mujeres simultáneamente en el piso del Bois de Boulogne, Ignacio sólo practicaba a lo lejos ese refinamiento. Anne llamó a su amiga por teléfono. Desvestido y recostado en la cama Ignacio vio como Anne, también desnuda, iba a abrir la puerta, y regresaba con Isabelle. El corazón de Ignacio se paralizó y Anne, riendo de buena gana, corrió a tenderse a su lado. Algo como una leve sorpresa se reflejó en el rostro inescrutable de Isabelle.

—¡Qué rico! —exclamó en un tono incoloro, y se desvistió con sorprendente celeridad.

Aunque placentera, sombrías premoniciones empañaron la jornada: algo le decía que no todo se había producido tan casualmente. Haber yacido con la madre de su novia se le antojó abominable, por grande que hubiese sido el desenfado de Isabelle. Al día siguiente le costó partir donde Margaret, aunque no podía dejar de hacerlo. Y al entrar en la casa se cruzó con Isabelle, que lo saludó impertérrita, como si jamás hubiera ocurrido algo.

Pero al recibir en su casa un juego de fotografías, de notable nitidez, donde aparecía acostado con Anne e Isabelle, lo desbordó el terror. Nada, ni una nota, acompañaba las fotos. Trémulo llamó a Anne, y la seca voz de un sirviente le informó que "mylady" había partido a Escocia para visitar a unas primas. Regresaría la próxima semana. ¿Quién y cómo pudo hacer ese trabajo? Voló al departamento, y por el conserje, previo pago de cien libras esterlinas, supo que el lugar se utilizaba para filmar escenas eróticas a través del espejo. Detrás existía un completo estudio, dotado de modernas cámaras que incluso podían operarse a control remoto desde la misma cama. Ignacio recordó que Anne había encendido unas luces muy poderosas en cuanto llegó Isabelle. Y explicó riendo que así la escena se reflejaría mejor en el espejo. Por mera rutina Ignacio inspeccionó el departamento y verificó todo.

Sus compañeras habían posado sin inhibición alguna, preocupándose de que las cámaras enfocasen las actitudes más escabrosas. Pero, ¿quién pudo haber planeado todo eso y para qué? Medroso, Ignacio arribó a casa de Margaret. El diminuto y viejo mayordomo, con una desusada gravedad —así le pareció, al menos— lo hizo pasar a la biblioteca. Y un minuto después, antes de que los insólitos acontecimientos de las últimas horas terminaran por aplastarlo, llegaba Isabelle en traje de amazona con su cara hermética de siempre.

—Margaret no quiere saber nada más de usted —empezó serena, luego de cerrar la puerta—. Recibió unas fotos... Le costó sobreponerse, aunque es bastante controlada, como usted sabe. Se fue a orar al colegio y va a regresar tarde.

—Pero, ¿quién pudo hacer algo tan... monstruoso?
—tartamudeó Ignacio.

—Los monstruos suelen hacer cosas monstruosas
—suspiró ella, impávida—. Interpretelo como quiera,
pero olvídense de mi hija. ¡Adiós!

Aunque las calles de Londres permanecían sumergidas en una densa niebla, cuando Ignacio regresaba en su automóvil al anocheecer de ese día aciago, sus ideas se habían aclarado bastante. Todo apuntaba a Isabelle. Ciertamente contó con la complicidad de Anne, a quien la unía una amistad más que íntima. Además el duque de Rochester, como primo de la reina, era un apoyo vital para el marido de Anne en el gabinete. Pero, ¿por qué? Para impedir, con brutal irrevocabilidad, el matrimonio de Ignacio con su hija. La evidencia del motivo lo golpeó sin misericordia. Había caído en una trampa satánicamente urdida. Isabelle se delineaba como una entidad malévola, desprovista de todo escrúpulo, capaz de cualquiera aberración, por inicua que pareciera, para salirse con la suya. Siempre impenetrable, había tejido con paciencia su telaraña para atrapar a la mosca. Y esa mosca, que por un momento se sintió en la cúspide de la gloria, atiborrada de halagos, se dejó coger con toda ingenuidad. Su ego había recibido una herida mortal, quizá mayor que la inferida por Amin el-Sheba, a quien sólo guiaban sus instintos primitivos, desprovistos de sutilezas y maquiavelismo. Pero tanto en el sheik como en Isabelle, el mal asomaba encarnado sin atenuantes.

Pensándolo bien, su amor por Margaret no era tan grande, aunque como su madre apreciaba las conveniencias de ese matrimonio. Pero haberlo perdido todo, hundiéndose además en el ridículo... ¡Como para ponerse a llorar a gritos! Pronto Ignacio captó que el hasta entonces benéfico ambiente de Londres, se tornaba amenazador. ¿Sería su imaginación, sus sentimientos de culpa? Su ruptura con Margaret se supo con instantánea celeridad. Anonadada, Loreto no podía consolarse. Inútilmente Ignacio le juró que se trataba de una pelea normal entre enamorados. Pero Loreto barruntaba algo más. También ella advertía un sutil cambio en sus amistades, especialmente en las más allegadas al duque y la

familia real. En un último arrebató, Ignacio resolvió aceptar el desafío, y dar la batalla final. Le demostraría a Isabelle y Margaret de lo que era capaz.

Pero esa noche, al volver de una cita, dos disparos atravesaron su parabrisas, y uno le rozó el pelo a la altura de la sien. Le habían hecho fuego de un automóvil en marcha, con sus luces apagadas, que aceleró y dobló en la esquina próxima con un agudo chirriar de neumáticos. Ignacio, demudado, estuvo a punto de estrellarse contra un bus. Hizo la denuncia a la policía, pero nada se logró averiguar. Pero ya había adoptado una decisión: no permanecería un día más en Londres. También Loreto lo comprendió así, y con la muerte en el alma, emprendió con su hijo el regreso a Chile, una semana antes de que mayo terminase.

El reencuentro con su país le hizo bien. Pudo mirar con serenidad sus traumas, frustraciones y sinsabores. Lo había obtenido casi todo, y si en algo falló fue por simple negligencia, por no haber sabido cuidarse. Pero tanto en Inglaterra como en Francia lo conocían e incluso llegaron a admirarlo, envidiarlo y odiarlo. No era un don nadie en esos viejos países plagados de tradiciones, vicios y no pocas sorpresas.

Muerto su abuelo, cuyos últimos años lo sumergieron en una arteriosclerosis que aniquiló esa agilidad mental tan admirada por Ignacio, su madre quedó como única heredera a raíz del asesinato de Salvador. Durante esa corta permanencia en Chile —dos meses— le confesó a Juan Pablo Castillo, devoto auditor de sus notables, insólitas y variadas aventuras, en especial las de alcoba:

—La vida me ha enseñado que el mal existe y es fundamental no olvidarlo. Hay que tomar lo que nos den y aprovechar las oportunidades, pero tratando de no molestar al vecino. —Así sintetizaba su filosofía de la vida.

Y de pronto Ignacio resolvió partir a Estados Unidos a estudiar administración de empresas. Algo le decía que aún no llegaba su tiempo de radicarse definitivamente en Chile. Su madre intentó disuadirlo, porque vivir en Norte América superaba su buena voluntad y deseos de no separarse de Ignacio. ¡Nada tenían que ver esos salvajes norteamericanos con los europeos! Sutilmente Igna-

cio le recordó los serios reveses que sufrieran ambos en el viejo mundo, y Loreto agachó la cabeza.

Pero determinó permanecer en Chile.

* * *

Quizá su brevedad —unas 98 carillas— constituyese un defecto de su novela. Además algo le faltaba, pero no sabía qué. De no haber sido por la escasa afición de Francisco a leer, le habría mostrado el manuscrito.

—Terminé mi novela —le contó esa mañana, en el primer recreo—. Pero aún no tiene título... ¡Ninguno me convence! Pero eso puedo dejarlo para el último. Pienso mostrárselo a Jorge Alamos. ¿Lo conoces tú?

—Ni de nombre. Y pasando a otra cosa, ¿has estado con Ingrid?

—¡Claro que sí! Pero como hace una semana que no venías...

Le contó su aventura.

—Pero no ha vuelto a querer nada conmigo. ¡Como si nada hubiera pasado!

—A esa clase de mujeres hay que dejarlas hacer lo que quieran. —Francisco se encogió de hombros—. Recibirles lo que dan y no pedirles nada. Así dice un tío mío. No vas a echarte a morir, ¿no?

Nada podía hacer, especialmente después de los venenosos comentarios de Sofía en casa de Rebeca. Debía llamar a Marcial Alamos. Sería la prueba definitiva, porque una vez entregado el manuscrito a Jorge Alamos, tendría que afrontar las consecuencias. Se echó en su cama. Por la puerta ventana, que se abría a un balcón con una balaustrada amarillenta de tiempo y lluvia, penetraba el sol de mediados de setiembre. Ya venían las Fiestas Patrias, que pasaría en su casa. Si le dejaría su original a Alamos, y así dispondría de una semana para leerlo. Llamó a Marcial.

—¡Véngase esta tarde para acá con su novela! Mañana mismo se la entregaré a Jorge, porque viene a almorzar aquí.

En su vieja casa de muros encalados de Portugal, con una araucaria erguida en su estrecho antejardín, Marcial lo hizo pasar a un vestíbulo de altísimo techo, con un balcón a media altura, donde se emplazaban anaqueles con libros añosos. Como trasladarse al pasado, a escuchar historias impregnadas en perfumes añejos. Marcial le ofreció un vino viejo, ajerezado. Como a las siete apareció una antigua fotografía de vida social: él con vetustas barbas blancas, rematadas en punta y ella, muy tiesa, con el largo rostro avinagrado, y un gran peine de carey en el moño. Ambos, parientes cercanos de Marcial. Su conversación giró en torno a la parentela, las enfermedades, la muerte y polvorientas intrigas con protagonistas largo tiempo asilados en el cementerio. Alejandro se retiró a las nueve, un poco mareado con el vino y la ininterrumpida cháchara. Marcial lo acompañó hasta la puerta.

— Me voy fuera de Santiago durante las fiestas.

— ¡Perfecto! También Jorge tiene proyectado pasar esos días en la playa, para corregir un libro de cuentos que publicará pronto. Al regreso se lo presentaré. Y conocerá de su boca qué opina sobre su novela.

Esa noche se desveló. ¿No se habría adelantado? Quizá debió hacerle una nueva corrección a su obra. Se revolvió inquieto en la cama. El tránsito se aquietaba en las calles bajo la noche tibia. Aun "El Castillo" vomitaba las risotadas de los trasnochadores, que pronto fueron distanciándose y muriendo. El rugido bronco, poderoso, del león del zoológico, rompió un breve lapso de silencio. Se estremeció. La voz de la fiera se extinguió lenta, esparciéndose sus últimos ronquidos por la ciudad dormida. Pobre animal, pensó. Lo había escuchado en otras ocasiones, aunque no con tanta nitidez. Encerrado en una estrecha jaula, privado de por vida de su libertad.

Pero, ¿no era también él un prisionero, un cautivo de sus propias indecisiones, de su debilidad? ¿A qué compadecer a la fiera, cuando sólo vivía para saciar sus apetitos? En cambio él, libre y todo, se veía cercado por barreras, temores e incertidumbres. Se movía a impulsos de circunstancias incontrolables, como un ciego desplazándose en medio de una multitud indiferente. ¡Ya esta-

ba arrepentido de haberle entregado el manuscrito a Marcial Alamos! Nada mejor que un escritor para saber como había quedado su novela. Si veía talento o no. Y ante un juicio negativo de Jorge Alamos, empezaría algo nuevo. Y tanto más escribiese, mejor expresaría su inspiración. Quizá llegase pronto a sentirse satisfecho desde las primeras líneas surgidas de su pluma. Porque ahora, al releer ciertos párrafos, no podía creer que fuesen obra suya.

El cielo con densas nubes, y algunas ráfagas frescas. Francisco no asistió a clase de romano. Junto a él se sentó Fuad Atala, el macizo árabe que tanto admiraba Nazar, aspergiendo lavanda. Fuad hacía veladas burlas de la doble barba del profesor, o de su manera de pronunciar las eses. No podría quedarse a la próxima clase, porque necesitaba resolver unos problemas en su fábrica. ¿Quería acompañarlo? Total: no valía la pena asistir a constitucional, y volverían para economía política. Francisco no se divisaba por parte alguna. Mientras recorrían Vicuña Mackenna, bordeada de construcciones monótonas, Atala le explicaba que producía artículos de caucho. Y esperaba instalar pronto una industria de neumáticos para competir con Insa.

Un hombre corpulento, casi negro, con un guardapolvo azul, le mostró a Fuad unos diseños de baterías. En su sobria oficina, Atala firmó varias cartas que le pasó una secretaria madura, flaca, de anteojos. Muy eficiente, aunque asusta por lo fea, comentó al pasar. Alejandro comparaba al Atala, experimentado empresario, dueño de una industria importante, con el Atala alumno de derecho, sujeto a horarios e interrogaciones, privándose voluntariamente de una libertad que su posición económica garantizaba. Con una fortuna semejante Alejandro no habría estudiado un día más, pero Fuad perseguía el título de abogado como un arma en su lucha para conquistar el mercado. Cada uno encerrado en su propio mundo.

Se asomaron a la fábrica, con decenas de máquinas manipuladas por obreros con guardapolvos azules, concentrados en su labor, dentro del implacable estrépito de los mecanismos y el aroma irritante de los ácidos. Pero

no pudieron recorrerla en vista de la hora. Arribaron cuando el timbre anunciaba el comienzo de la última clase. Ahora encontró a Francisco, le relató su visita a Marcial Alamos, y le planteó sus vacilaciones y temores.

—¿Temor a qué? Lo peor que puede decirte es que tu novela no sirve. Es tu primer libro y es difícil achuntarle a la primera. ¡Debes estar preparado para cualquier cosa!

Atravesaron el parque ya con sus árboles cargados de verdes brotes.

—Pienso irme a un retiro espiritual durante el Dieciocho. Me gustaría que conocieras al padre Alfonso. ¡Es un gran tipo!

Estas vacaciones no serían como las de invierno. Porque las tres semanas de julio en su casa, con un tiempo lluvioso, frío, transcurrieron junto a las imágenes de Ingrid, Sofía, Rebeca y a veces, de Elvira. Días inocuos, que se les deslizaron entre los dedos leyendo, o revisando el borrador de su novela, aunque allí el trabajo poco le cundía. Todo lo incitaba a no hacer nada, a quedarse muchas veces durante horas pensando necedades, o salía a pasear cuando el tiempo lo permitía. Raramente se juntaba con sus conocidos, porque le parecían siempre iguales, aplastados por el provincianismo, con sus inquietudes aletargadas, incapaces de sostener un diálogo que no fuese sobre las vulgaridades de siempre. O con un tono casi supersticioso abordaban el lío de algún rico terrateniente de los contornos con la mujer de un conocido personaje de la ciudad.

El juicio de Alamos comenzaba a antojársele decisivo para su futuro, sensación que esas cortas vacaciones acentuaría con el aislamiento provinciano atacando su organismo como un moho denso.

Trepó los escalones oscuros que conducían a la residencial. Afuera quedaba el día gris, fresco de septiembre.

CAPITULO XXVI

Nunca había visitado ese barrio con casas precedidas por bien cuidados jardines, que a esa hora recibían el refrescante riego automático, o de las mangueras susurrantes manipuladas por sus propietarios en tenidas hogareñas. ¡Qué poco sabía de Santiago! Siempre ateniéndose a un invariable itinerario, como si cualquiera alteración le fuese a provocar algún trastorno o contratiempo. Sólo ahora recapacitaba en esos detalles, porque antes todos los actos de su vida, aún los más triviales, le parecían coincidentes con el camino que se había trazado desde su juventud. Recorriendo siempre los mismos caminos es difícil enfrentar situaciones nuevas. Pero entonces no le interesaba lo novedoso. Sólo el peligro de la cesantía le reveló algo elemental: cuando uno rehuye lo nuevo, otros nos proporcionan las novedades... Unas copas demás lo pusieron a las puertas de la catástrofe. ¡Qué ciego fue, sin duda! Se veía viejo para enmendar rumbos, y al pensar así un gran descorazonamiento lo acometió. Cruzaba ante una casa con enormes ventanales y muros de piedra, con una niñera columpiando a una chica de cortos años en el jardín, y escuchó una voz a sus espaldas. La señora Gutiérrez, sorprendida, asomada a la ventanilla de su auto:

—Lo conocí de lejos. ¿Qué anda haciendo por aquí?

—Venía a verla, precisamente. Pero no anoté su dirección esa vez.

La mujer vivía en la cuadra siguiente.

—¡A qué ni siquiera se acuerda de mi nombre! Me llamo Flora Gutiérrez.

La casa de un solo piso, con flamantes muros de ladrillos barnizados, lustrosos. Detrás, un jardín pequeño, con algunas flores y plantas asediadas por malezas, que denunciaban descuido.

—¿Cómo le fue esa mañana? Me quedé preocupada.

—¡Me fue muy bien! —se limitó a informarle—. Todo resultó perfecto.

No quería destruir el prestigio que gozaba a los ojos de la mujer. Que no fuese a considerarlo un aprovechador, un oportunista desesperado por mejorar de situación.

—Soy viuda. ¿No se lo dije esa vez? Enviudé hace diez años, pero no he querido casarme de nuevo. Mi matrimonio no fue muy feliz, porque mi marido era muy picado de la araña...

Sus tres hijos, dos hombres y una mujer, no paraban de darle nietos: ya tenía media docena. Robinson aderezó su vida con los aliños indispensables para mantener la imagen que Flora se había formado de su persona. Aburrido de su actual ocupación buscaba algo con mayores expectativas. Porque las constantes trabas legales afectaban las importaciones, el rubro principal de su oficina.

—¿Por qué no pone un aviso en “*El Mercurio*”? ¡Apuesto que le va bien!

Jamás se le habría ocurrido buscar trabajo mediante avisos en el diario, porque el instinto le hacía desconfiar del sistema. Quizá Flora, aparte del alto concepto en que lo tenía, carecía de los medios para ayudarlo directamente. Pues en ese momento debió ofrecerle algo. Las rentas de algunas propiedades le permitían vivir desahogadamente, sin grandes preocupaciones, le explicó.

—¿Quiere quedarse a comer?

—¡No, muchas gracias! No tengo como avisarle a mi señora.

—¡Qué lástima! —La respuesta de Robinson la desencantó—. Otro día será. ¿Por qué no me da el teléfono de su oficina para llamarlo?

Nada le contó a su mujer, porque habría tenido que revelar todo lo ocurrido ese día, y prefería postergar

las confidencias para más adelante. Había que darle tiempo al tiempo.

* * *

El sol descendía sobre la piscina, rodeada de un compacto césped, homogéneo, lustroso, fruto de un constante cuidado, y de macizos de tulipanes, hortensias y crisantemos. Dada su orientación nada debía temer de las sombras de las araucarias, ailantus y gravilleas que la separaban de la casa. Solamente Julio y Ladislao resoplaban en las aguas translúcidas, alborotándolas, arrancando guturales resonancias de los muros de azulejos, Juan Pablo, Ignacio y José Manuel, recostados en sillas de lona, se asoleaban, con un carrito cargado de licores y refrescos al alcance de la mano.

—Así que tu tío Pablo obtuvo un triunfo bastante holgado. ¿Qué opinan los socialistas, Juan Pablo?

—¡La derecha siempre ha ganado ahí! Sólo una vez la decé la anduvo desplazando...

—El tío Pablo será un excelente senador, acuérdense de mí. ¡Y no lo digo porque sea mi pariente!

—¡No me cabe en la cabeza que seas diputado socialista...!

—Sólo por tus prejuicios, José Manuel. Si pensaras fríamente, verías que nada tiene de raro.

—¡Qué calor! —exclamó Ignacio—. Les juro que hice llenar la piscina porque me carga verla vacía... Nunca pensé que podría inaugurarla hoy. La celebración de tu victoria ha sido completa. ¡No puedes quejarte, Juan Pablo!

Julio salió de la pileta, y se quedó sentado en el borde, con las piernas metidas en el agua agitada, que reflejaba el sol en nubes de destellos. Ladislao seguía chapaleando, lanzando de pronto cúmulos de gotas que iban a refrescar a los más alejados.

—¿Cómo se gestó tu postulación? Nunca lo hemos comentado. —Ignacio se sirvió un poco de whisky.

—Ramón Rivera, que es del comité central del par-

tido comunista, quedó bien impresionado conmigo una vez que comimos en casa de Felipe Lennard, un profesor de sociología de la Universidad Católica, y me recomendó al diputado Diógenes Peña.

—¡Lo conozco mucho! —rió Ignacio—. No pierde oportunidad de lanzarme tallas. ¡Es enfermo de comunista!

—¡Por primera vez en mi vida llegué en el momento preciso! Peña era partidario de que los comunistas no presentaran candidato propio, sino de buscar una alianza con los socialistas. Pero el partido comunista tiene en la lista negra a Severino Véliz, el candidato que los socialistas querían presentar. Entonces Peña me invitó a una reunión privada, le parecí bien, y me patrocinó. Si no hubiese sido por la presión comunista, mi partido jamás me habría nominado...

—¡Así que estás comprometido con los comunistas, más encima! —exclamó Julio, escandalizado. Todos rieron.

—En política los apoyos decisivos vienen de donde menos se piensa —comentó Ignacio.

—¡Exacto! Si no hubiera conocido a Felipe Lennard, por ejemplo, no se habría producido mi contacto con Ramón Rivera. ¡Y supieran por qué me hice amigo de Lennard...!

—¿Por qué?

—Una mañana estaba en el Banco de Chile con Aníbal Iturra, otro profesor de la Católica, cuando entró una mujer de un cuerpo perfecto, pero muy menuda. Llevaba unos pantalones ceñidos y una polera como un guante. ¡Extraordinaria! Saludó a Aníbal. Era Lina Miller, la mujer de Felipe Lennard.

—Pero si la conozco —dijo Ignacio, interesado—. Como tú dices, tiene buena figura, aunque no es bonita. Sus facciones son algo toscas, pero su colorido es muy especial...

—¿Dónde la conociste? —Juan Pablo pareció alterarse—. ¡Tú sólo conoces a las mujeres en la cama...!

—El prestigio suyo, diputado. ¡Ojalá no se sepa en el Congreso!

—Yo era amigo de una prima. Lina no tenía más de

quince años entonces.

—Con mayor razón te la serviste —terció Ladislao, cuyo rostro mofletado se contrajo con una mueca lúbrica.

—¡Las cosas tuyas...! Estamos entre hombres, ¿no es así? —Ignacio no disimuló un cierto malestar.

—¡Es muy atractiva! —prosiguió Juan Pablo—. La vez que la conocí, Aníbal Iturra tenía invitado a comer a Felipe Lennard. Me vio tan entusiasmado con Lina, que me invitó también. Pero esa noche no pude hablar casi nada con ella. No es de las que se da a la primera. Terminé haciéndome amigo del marido. Y eso me ha inhibido un poco.

—¡Qué te importa! —Ladislao se dejó caer de bruces, proyectando su imponente trasero hacia el sol—. A las mujeres de los siúticos hay que darles con caja.

—No todas se dejan dar —comentó Ignacio, filósofico.

—A propósito, ¿qué es de esa rubia tan buena, medio vecina tuya, que una vez se te dejó caer por sorpresa? ¿Daisy se llamaba? Te lo ponía de frentón.

—No he vuelto a verla. Me la presentó un primo. Es casada.

—Pero cuéntame más de Lina Miller —insistió Juan Pablo—. Siempre ha sido muy seria conmigo. Pero si me das algún dato... tú sabes: las mujeres no se cierran tanto en casos así. Además ahora está separándose, o ya se separó...

—¿Qué quieres que te diga? Si contigo es seria, va a seguir siéndolo, no te quepa duda. Es un error creer que por el solo hecho de conocerles aventuras pasadas a una mujer, todo se facilita.

* * *

—A veces me demoro en pillarlas —reconoció Diógenes Peña—. La solución puedo tenerla a la vista, y no las pesco. ¡No es la primera vez que me pasa!

Las orgías en la quinta de Lolas seguían en el anonimato. Pero entonces Peña recordó a Dolores, la mujer

que oficiara de anzuelo para dejar a Samuel fuera de circulación. Dolores podría ser más eficaz que el propio Samuel, porque los mozos no tenían acceso a la intimidad de las alcobas. Al primer sondeo la mujer se negó con una cierta altanería, pero la advertencia de que podrían acusarla de colaborar con los traficantes de drogas, y de complicidad en la desaparición de Samuel, la puso razonable. Pero después de una primera conversación, Diógenes comprendió que el manejo de Dolores, muy simplona, cogida por el alcohol y las drogas, no resultaría expedito. Y la torpeza y el peligro caminan juntos. Debía probarla antes de encomendarle tareas delicadas.

—No es por su inteligencia que Lolás la tiene en su quinta —comentó psicológicamente Venancio Muñoz.

Bastaba que Dolores retuviese algunos nombres, especialmente de aquellos próceres de la democracia cristiana cuya asistencia a las reuniones de Lolás Samuel alcanzara a verificar. Quizá algunos acudían a la quinta sólo para gozar de un esparcimiento gratuito. Pero otros podían haber contraído deudas de juego en el pequeño casino que el astuto árabe mantenía de seguro con ese propósito. Y así esos representantes del gobierno quedarían a su merced. Diógenes veía la quinta como un complejo destinado a la corrupción, que cubría las grandes debilidades del hombre, “baraja, tinaja y raja”, según el aforismo español. Y aunque no existían pruebas del uso de drogas, tampoco ese recurso sería despreciado por Lolás, a juicio de Peña. Dolores negó esa posibilidad, pero sus palabras nada probaban, porque podían manejarla extremando las precauciones.

¿Qué perseguía el partido comunista con el espionaje de Lolás? Completar los antecedentes de los jefes demócratas cristianos para presionarlos en la consecución de algunos objetivos inmediatos.

—Hay un aspecto positivo para nosotros en este gobierno —sostenía Peña—: la facilidad con que podemos infiltrarlo. Es cierto que la decé nos ha desplazado un tanto en algunos sectores populares, pero a su alero nos hemos metido en todos los puntos claves del país, especialmente en los medios de comunicación. Y de ahí

nadie nos moverá.

Como a las dos semanas de que Dolores iniciara sus actividades, informó a Venancio:

— Me he hecho de una amiga muy buena en la quinta.

¡Es como mi hermana!

— Pero no se le ocurra contarle nada. ¿O ya lo hizo?

— Dolores lo negó con un énfasis miserable—. Esto es muy peligroso, tiene que probarla mucho primero.

Diógenes le entregó una Minox, fácil de usar y esconder, porque durante una bacanal siempre hay un momento en que los protagonistas bajan la guardia. Pero Dolores ignoraba que Eloisa, aconsejada por Lolas, celoso de sus pasos hasta en los menores detalles, había organizado un servicio de espionaje interno para prevenir sorpresas ingratas. Y precisamente Mercedes, mujer de unos 30 años, de temperamento simpático, apacible y discreta, cumplía esta tarea. ¿Se juntaban las mujeres con los invitados fuera de la quinta? ¿Bebían en exceso? ¿Utilizaban drogas o excitantes? ¿O cobraban dinero por sus atenciones? Durante una gran recepción, que duró toda la noche y se prolongó hasta el día siguiente, Dolores logró tomarle varias fotografías a uno de los hombres de la presidencia, aprovechándose de su embriaguez. Pero mientras dormía con él, alguien le sustrajo la cámara, y a las pocas horas, Dolores se hallaba en la calle.

Peña supo por Dorila que la amiga de Dolores era una soplona. Eloisa ignoraba que detrás de aquel intento de espionaje actuaba el partido comunista: lo atribuía a enemigos personales de Moisés Lolas, deseosos de dañar su reputación.

Así terminaron para Diógenes y su gente las expectativas de espiar las alegres reuniones de Lolas.

CAPITULO XXVII

Poco tardó Alejandro en conocer la vida de Eladio Carrasco, el nuevo pensionista, funcionario del departamento de ganadería de Incoa. Su voz monótona narraba con amenidad, y nunca faltaba en su habitación una botella de vino. Una buena radio de velador, una piraña disecada, bastante a mal traer, regalo de un tío, y una lámpara de pie con un densa pantalla, otorgaban un cierto misterio al modesto ambiente.

Carrasco era uno de los 600 funcionarios de la empresa estatal encargada de complementar la producción nacional de carne, leche y trigo, cuando ésta no alcanzaba para abastecer la demanda interna. Durante la anterior administración de Incoa, Carrasco llegó a desempeñarse como ayudante del gerente general, cargo que confería un cierto estatus: debía concertar entrevistas y atender en su representación asuntos importantes cuando a su jefe lo pillaba el tiempo. Además alternaba cotidianamente con los ejecutivos y el propio vicepresidente. Pero con el cambio de mandamás, el gerente general fue reemplazado. El nuevo jefe le entregaba todo a Miriam López, la secretaria de la gerencia, mujer madura, bien conservada, atractiva, de larga trayectoria en la empresa, y Carrasco se pasaba días enteros sin hacer nada. Pronto una muchacha rebosante de salud, y bien formada, que recomendara el senador Berríos, llegó a complementar las labores de Miriam. A la joven se la sindicaba como amante del macizo, jovial y parlanchín parlamentario, un asiduo concurrente a los almuer-

zos del consejo de Incoa.

Eladio terminó en una sala pequeña, vecina a la gerencia, que compartía con el secretario del comité ejecutivo, Florencio Villanueva. Sus funciones se habían reducido al mínimo, y aunque otro tanto ocurría con el joven Villanueva, su condición de flamante miembro del partido de gobierno garantizaba su inamovilidad. Porque Eladio se había dejado estar, a pesar de los consejos de su anterior jefe. Como antiguo funcionario de Incoa, conocía los altibajos de la política, y decidió no comprometerse en exceso. Ahora se arrepentía. Al gobierno demócrata cristiano le auguraban por lo menos un período más, aunque tanto la derecha como la izquierda de la propia Incoa opinasen lo contrario. Como a la tercera semana de su separación del cargo, el gerente general lo llamó.

—Estoy reorganizando el trabajo de mi oficina —le informó el hombre corpulento, de aspecto bonachón y voz gruesa—. Quiero ser bien franco con usted: no le veo un trabajo específico aquí. ¿Por qué no se busca usted mismo un lugar donde trasladarse? Tengo excelentes informes suyos, y quiero ayudarlo.

—Yo creo que mi trabajo es muy importante para la buena marcha de esta oficina —apeló Eladio nervioso, con una voz débil e irresoluta—. Quizá usted no sabe lo que yo hacía.

—Prepáreme una minuta con todas las funciones que usted desempeñaba en la gerencia. Con ella en mano adoptaré una decisión —replicó el gerente.

Bastante inspirado, sintiendo que las ideas fluían con nitidez y coordinación, Eladio llenó tres carillas para describir sus actividades. Pero 24 horas después de haber entregado su informe, y cuando aguardaba nervioso el llamado del gerente, recibió una resolución que disponía su inmediato traslado al departamento de ganadería. Su presentación no había merecido siquiera un comentario del gerente general.

También el infortunio lo alcanzó en su vida doméstica. A la llegada de su primer nieto, debió dejar la casa de su hija. El dinero nunca abundó en sus bolsillos, y ahora lo necesitaba para mudarse. Los funcionarios de

Incoa acudían a usureros durante sus apuros económicos. Ramón, un auxiliar semicalvo, de mejillas chupadas y rojizas, y con el sombrero adherido a su cabeza, le consiguió un préstamo al 10 por ciento de interés mensual. Se sintió derrotado. Le faltaban tres años para cumplir la sesentena, y seguía al tres y al cuarto, sin casa propia, y con nulas expectativas de mejorar de situación. Aunque de salud firme, el reumatismo le amargaba los inviernos. Atribuía la mala suerte a su separación. Porque tuvo casa en un barrio decente, cuya construcción a través de la caja de empleados públicos le demandó grandes sacrificios a él y su mujer. Aquí la voz de Carrasco se hizo nostálgica.

Cuando Eladio se dirigía al paradero de buses, Beatriz lo miraba alejarse a través de la ventana, apartando los visillo sin inhibiciones. No abundaban los enredillos extramatrimoniales en su vida. Todos sin importancia, que nunca se habían prolongado por más de dos o tres meses. Pero la juventud y vitalidad de Beatriz hizo todo diferente. El marido hacía clases de noche, día por medio, ocasiones en las que regresaba tarde. Durante cuatro meses nada entorpeció su romance. Visitaba a su amiga los lunes, miércoles y viernes. La falta de hijos del joven matrimonio constituía otra ventaja. Pero algún vecino dio la alarma, porque el marido voló a casa de Eladio para acusarlo a su mujer. Y se encontró con un descomunal escándalo al volver esa noche. Histérica, descontrolada, su mujer lo echó con viento fresco. No podía seguir viviendo con un inmoral. ¡Qué ejemplo para sus hijos! Se juntó con Beatriz, que al cabo de una disputa parecida con su esposo, resolvió dejarlo, y tuvieron la suerte de conseguirse un modestísimo departamento. Acusándolo de abandono de hogar y adulterio, la esposa de Eladio le quitó la casa y una parte considerable de su sueldo. Aunque en difícil situación, Beatriz compensaba sus amarguras. Pero la estrechez económica no tardó en superar todo control. Debieron mudarse a una pensión de mala muerte, y al año de sus respectivas separaciones, Beatriz decidió volver con su marido, que nunca había dejado de rogarla.

Pero su mujer no quería nada con él mientras viviese.

Casada dos años antes, y aún sin familia, su hija le ofreció hospedaje por un pequeño aporte para solventar los gastos de arriendo. De allí se trasladó a una residencial, cuya dueña buscaba la compañía de un hombre maduro, serio, responsable. Mujer otoñal, apacible y trabajadora, le hizo bastante llevadera su soledad, pero quería matrimonio. Resultado: debió salir en busca de un nuevo alojamiento.

Y llegó a la pensión de doña Margarita.

* * *

Ya en la escuela de negocios de la Universidad de Harvard, Ignacio vivía en el mismo recinto universitario, en uno de los departamentos para alumnos. Pero las muchachas se introducían en su dormitorio incluso durante su ausencia, y siempre hallaba una o dos en su cama. Temeroso de meterse en líos, buscó un alojamiento retirado, que mantuvo en una total reserva.

Cuando el otoño expiraba en medio de resueltas lluvias, recibió la imprevista invitación de Terence Stanford Jr. a una fiesta en su casa al día subsiguiente. Jamás lo había oído nombrar siquiera, y le preguntó al aseo de su departamento. La sorpresa asomó a la afilada cara del muchacho, porque Stanford le sonaba como una persona importantísima. Ofreció preguntarle a un macizo, congestionado y estentóreo reportero del *Boston Register* que vivía en el mismo edificio. El propio Peter Blume acudió en persona a informarle. Con su hirsuto pelo de un rubio descolorido, empezó por pedirle whisky, y en menos de quince minutos dio cuenta de media botella. Protagonista de múltiples historias, algunas tenebrosas —aunque heredero de una fortuna, sus millones no habían cundido por milagro—, también a Stanford se le vinculaba al crimen organizado. Cinco años antes debió afrontar una acusación por conducta inmoral. A los 60 años se había casado por cuarta vez con una belleza de 20, de origen humilde, pero que al amparo del millona-

rio, y antes de su matrimonio, logró coronarse como Miss América.

Blume pestañeó como deslumbrado por un poderoso foco cuando Ignacio le mostró la invitación. ¡Y pretendía hacerle creer que nada sabía de Stanford! Jamás invitaba a desconocidos, y para llegar a él ni siquiera servía una recomendación del presidente de Estados Unidos. Un ejército de policías privado custodiaba su residencia rodeada de cinco mil acres de parques. Como Ignacio insistiera, Blume, con los ojos brillantes por el alcohol ingerido, le dijo:

—Alguien tiene que haberle sugerido su nombre. Como usted es tan apuesto, quizá lo invita para ofrecerle un contrato de cine o televisión, porque Stanford está metido en esas cosas. Debe ir de todas maneras, pero *taken in is it!* La fauna que rodea a Stanford es peligrosa.

Las palabras de Blume sacudieron su desinterés inicial. En la helada noche la larga fila de automóviles avanzaba con paso de tullido. Los hombres del magnate identificaban a cada uno de los invitados desde las garitas que flanqueaban el acceso a la residencia, en las afueras de Boston, apoyados por enormes perros sujetos con cadenas a postes de acero, como un aguafuerte animado del infierno. Aunque para Ignacio los castillos y palacios distaban de constituir novedades, lo apabulló el tamaño monumental de la mansión de Stanford, con un vestíbulo y salones extensos como naves de iglesias. El gran hombre en persona acudió a recibirlo. De estatura mediana, algo grueso, su doble barba que pendía sujeta por delicados pliegues, le confería una cierta apariencia de producto manufacturado, impregnado en lavanda y desodorantes. Su calvicie plástica relucía bajo la luz de las enormes lámparas, y sus ojos hundidos irradiaban una cordialidad cambiante que puso a Ignacio en guardia.

—Lewis Buttermeyer, un director de cine que trabaja para mí, me sugirió su nombre. —Lo abrazó efusivo—. Sostiene que usted es el protagonista indicado para su próxima película, *El hermoso Antínoo*, creo que se llama.

Y antes de que Ignacio replicase, llamó a un individuo pequeño, de rostro ratonil y ojillos inquietos.

—Este es el gangster Mike Murano, gran amigo mío

—lo presentó, con naturalidad—: Mike, acompaña al señor Valdés a recorrer la casa. ¡Vale la pena conocerla! —concluyó Stanford, haciéndole un guiño.

Guiado por Murano, Ignacio atravesó el descomunal salón, ya repleto de invitados.

—De sólo verlo, me doy cuenta que usted puede llegar donde quiera al alero de Stanford —comenzó Murano con su voz siseante, apretada—. ¡Y muy rápidamente! Porque con ese respaldo le costará muy poco encumbrarse. Pero cuando uno llega muy arriba, queda a la vista de todos... ¡Y eso no es bueno!

Remató la frase con una mueca que apenas alteró su cara diminuta. Pero sus ojos fulguraban, y ante el desconcierto de Ignacio, lanzó una carcajada que reveló su boca atestada de grandes dientes, afilados y dispares. Habían llegado a los acuarios y en el estanque de la orca, la favorita de Stanford, según Murano, el enorme cetáceo bostezó e Ignacio pensó que su dentadura parecía una réplica ampliada hasta el infinito de la del pequeño gangster. Uno de los invitados de Stanford tuvo la mala suerte de caer al acuario, y nunca se encontraron sus restos, le contaba Murano. Como lo habían visto caminando bastante ebrio cerca del vivero, debió terminar en el vientre de la ballena asesina. Simultáneamente le aplicó un sorpresivo, corto y seco empujón, pero sujetándolo de un brazo para impedir que Ignacio fuese a dar a las fauces de la orca, pues acudió solícita. Por poco se desmayó. Murano celebró su chiste con una estrepitosa carcajada.

Reapareció Stanford y condujo a Ignacio al salón de baile. Una sonrisa perpetua jugueteaba en los gruesos labios de Terence, aunque sus ojos mantenían una dureza y frialdad implacables. Abrazó a Ignacio por los hombros, diciéndole:

—Espero que seamos grandes amigos. Admiro la belleza en hombres y mujeres, porque la inteligencia prefiero evitarla. ¿Entiende usted? Pero también tengo amigos muy inteligentes, como Murano, por ejemplo. Es el ejecutor más hábil de Estados Unidos. —Su voz adoptó un tono confidencial, mientras su mano regordeta bajaba hasta la cintura de Ignacio, y le oprimía la carne con

delectación. El joven se desprendió con suavidad, y Stanford estalló en una estentórea risotada—. ¡Eh, Barbara! —gritó se súbito—. Esta es mi mujer. Te presento a un nuevo amigo, don Ignacio Valdés, latinoamericano.

Una mujer alta, con pelo retinto, tez mate, y ojos zarcos de inusitada transparencia, que apenas cabían en su cara, avanzó entre el gentío con un vestido negro ceñido y escotado. Saludó a Ignacio con su rostro impasible, como si no hubiese reparado en él. Instintivamente le recordó a Isabelle, pero de inmediato le volvió su espléndido trasero, y desapareció con dos mujeres y un amigo en una sala con mesones atiborrados de manjares. Disculpándose, Stanford fue a saludar a otras personas. Una de las acompañantes de Bárbara se volvió a Ignacio, y le hizo un guiño. De inmediato Mike Murano se materializó junto a él. La vigilancia del pistolero comenzaba a ponerlo nervioso, y su sensación de desconfianza no menguó cuando Murano, enterado del gesto de la mujer, le cuchicheó:

—No es bueno caerle mal a la señora del amo. Tiene mucha influencia sobre el **boss** y puede echar abajo a cualquiera. Pero si se interesa por otro hombre, el gran jefe se pone celoso. ¡Y eso es peor, todavía! Porque la mano de Stanford es muy, pero muy larga...

El canoso Lewis Buttermeyer, de cara estragada al extremo de su larga humanidad, y ojos rodeados de grandes ojeras, volvió a liberarlo de Murano. Cogiendo a Ignacio de un brazo, abordó su próxima película basada en la vida de Antínoo, el esclavo griego favorito de Adriano.

—Se rodará en los lugares donde ese joven vivió, o sea en la antigua Bitinia, en Asia Menor, y también aquí, en nuestros estudios. Y usted es el tipo indicado para interpretar a ese personaje.

—Pero yo nunca he actuado —dijo Ignacio, vacilante, recordando a Marie Chantal que lo había comparado con el legendario adolescente—. Además estoy estudiando...

—La película le dará fama y fortuna —prosiguió Buttermeyer, interrumpiéndolo—. Imagínese que el productor será el propio Stanford. Está dispuesto a gastar

todo el dinero necesario para producir la más colosal superproducción de todos los tiempos...

Murano, a prudente distancia, pero escuchando el diálogo, miraba sardónico a Ignacio. ¿Que no sabía actuar? Se le haría un rápido curso, y su trabajo no interferiría con sus estudios. Cada toma demandaría apenas unas horas y se le iría a buscar y dejar donde fuese. No parecía prudente una tenaz negativa.

—¿Cómo llegó a mí?

—No puedo divulgar mis métodos —rió Buttermeyer—. Pero como andaba buscando por cielo y tierra a un hombre que fuese la encarnación de la belleza masculina, mis agentes se movilizaron por todas partes.

Regresó Stanford.

—¿Está todo arreglado?

—Nuestra estrella tiene algunas reticencias —explicó el director—. Pero estoy seguro que todas serán superadas.

Terence alargó a Ignacio un cheque por medio millón de dólares.

—¡Es un simple adelanto de honorarios! —exclamó, risueño.

—No, gracias. Sólo aceptaré anticipos cuando haya tomado una decisión —replicó Ignacio con una firmeza que despertó sorpresa en Stanford, desconfianza en Buttermeyer, y desprecio en Murano. Lanzando una de sus risotadas, Stanford palmoteó los hombros de Ignacio, y guardó el cheque.

—Espero que su decisión sea favorable —expresó Buttermeyer, incómodo.

—Dejemos que nuestro invitado se divierta, Lewis, —dijo Stanford, y arrastró al director, no tardando en desaparecer ambos entre la multitud.

También Murano hizo el amago de seguirlos, pero Ignacio notó que se quedaba en las cercanías, atisbándolo. Decenas de muchachas con el busto desnudo y faldas transparentes, saludaron a Ignacio como Antinoo, sin duda a instancias de Buttermeyer y del propio Stanford. Conduciéndolo a una especie de triclinio, le sirvieron entremeses y vinos indeciblemente envejecidos. Pronto supo que esas jóvenes, aspirantes a estrellas,

habían sido especialmente contratadas para atender a los invitados importantes. ¿Y Bárbara? Se abrió paso entre el gentío, cruzó junto a Ignacio sin mirarlo, y se alejó. Su desdeñosa actitud le molestó secretamente.

Bajo una particular iluminación estroboscópica, las actuaciones de acróbatas chinos, malabaristas, cantantes y bailarines, y los turgentes bustos desnudos configuraban una visión orgiástica, carnavalesca, alucinante. Desde los rincones penumbrosos, la cara lauchesca de Murano exudaba peligrosidad al entrecruzarse sus miradas. ¿Por qué tanto control? Pero el alcohol no tardó en obnubilar al esmirriado gansgter en la mente de Ignacio. Sincrónicamente, las luces se apagaban entre gritos y risas, y en uno de estos oscurecimientos una mano le deslizó un papel doblado que inconscientemente apretó y guardó en el bolsillo de su chaqueta, mientras dos muchachas se afanaban sobre su cuerpo, y una boca hambrienta pugna por devorarlo. Volvió la luz. Las jóvenes rieron al verlo tan azorado, y descubrió a una adolescente, recién llegada sin duda, dueña de los senos más enormes jamás vistos por Ignacio, sostenidos en alto por algún invisible andamiaje. No podía despreciar semejante maravilla anatómica, y la condujo a uno de los dormitorios, pero se colgaron otras tres jovencitas y debió repartir las caricias que habría preferido prodigar exclusivamente a la tetona.

Cuando de madrugada, agotado y arrastrando los pies, Ignacio decidió marcharse, Stanford y su mujer ya se habían retirado. Buttermeyer, y desde luego, Mike Murano, lo dejaron en la puerta.

—Espero que acepte nuestra proposición. ¡Ah! Stanford me encargó decirle que la casa está a su disposición. Venga cuando quiera, porque la casa de Stanford está siempre abierta para los amigos de Stanford. ¡Los buenos amigos, por supuesto...!

Murano lo acompañó al auto.

—¿Sabe? Lo encuentro demasiado indeciso. Y eso no es bueno con Stanford. El le ha tendido una mano de amigo y usted duda en tomarla. ¡Son miles los que desearían una oportunidad así!

Ignacio nada contestó, mientras Murano proyectaba su inquietante dentadura como una despedida.

CAPITULO XXVIII

—Jorge aún no vuelve de la playa. ¿Por qué no se viene a tomar un trago a la casa esta tarde?

Sus intenciones de visitar a Ingrid ese primer día de su regreso a Santiago se frustraron en el ambiente primaveral, enervante y con olor a asfalto.

—¡Es una gran cosa que tenga condiciones para escribir! Nunca será rico, pero tendrá grandes satisfacciones espirituales —dijo Rigoberto Jorquera, amigo de la infancia de Marcial, y corrector de pruebas de una editorial. De gruesa barriga, su rostro redondo, bermejo, apenas se perfilaba tras los destellos de sus lentes sin marcos. Su voz ahogada de tanto fumar surgía heroicamente desde las profundidades de su garganta—. También quise ser escritor, ¿te acuerdas, Marcial? Pero no tenía talento.

—Yo encontraba muy gratos tus artículos. ¡Debiste insistir! Y a propósito, ¿no podrías hacer algo por este joven escritor en Zig-Zag?

—Primero tengo que conocer la opinión de Jorge, don Marcial —exclamó Alejandro, estimulado por la acogida.

La bocina de un bus aulló en Portugal, pero llegó diluída al salón penumbroso.

—¡Ojalá pudiera! Pero yo no tengo voz ni voto en el departamento editorial. Cuando mucho podría presentarlo a don Gabriel Osorio, que es uno de los lectores de la editorial. Pero es un caballero que nunca se compromete a nada.

Se marcharon juntos de casa de Marcial esa noche. Rigoberto caminaba resollando como una máquina de vapor.

—Soy muy amigo de Reinaldo Cristi, un profesor de literatura de la Universidad de Chile con mucho sentido crítico. Es un hombre de verdadero talento. Ha escrito varios estudios sobre autores extranjeros...

—¿Colabora en algún diario? Nunca lo había oído nombrar.

—No, no escribe en diarios ni revistas, excepto en los Anales de la Universidad. Podría mostrarle su manuscrito, también. Dos opiniones valen más que una...

Pero Alejandro lo escuchaba a medias. Cada vez le parecía más importante para su porvenir literario el juicio de Alamos.

—¡No eche en saco roto mi consejo! —insistió Jorquera, cuando se despedía en Alameda. Pasó una muchacha de pantalones, y Alejandro la siguió con la mirada en la noche tibia, bajo la luz débil del alumbrado. ¿Qué sería de Ingrid?—. Le recomiendo a Cristi de todo corazón. ¡Es my buena persona!

Francisco no apareció por la escuela esa mañana, pero pudo enterarse de que nada notable había acaecido durante su ausencia. Marcial lo llamó temprano, cuando recién volvía de clases.

—Jorge llegó. Venga esta tarde a mi casa. Prefiero no adelantarle nada.

Una coñazonada le susurró que la opinión de Alamos sería adversa. El tono cauteloso de Marcial Alamos había despertado en eco agorero. Y cuando enfrentó a Jorge Alamos, sintió una inmediata repulsa por él. ¿Cómo pudo entregarle su novela a alguien que ni siquiera conocía de vista? Con un rostro pálido, curiosamente encogido, y una boca donde se había troquelado una expresión despectiva, el brillo de sus lentes realzaba su aspecto sardónico. Su voz engolada pronunciaba las palabras con la afectación de un lord inglés. Saludó fríamente a Alejandro, mirándolo de arriba abajo, mientras Marcial, siempre correcto, se veía menos afable y comunicativo que en otras ocasiones. Alamos reanudó su charla con Marcial sobre un reciente encuentro con Neruda y

Nicolás Guillén, de paso por Chile en esos días, y su volumen de cuentos ya listo para ir a la imprenta. De pronto cogió el manuscrito de Alejandro, hasta entonces debajo de unas revistas norteamericanas, y pasándoselo le dijo simplemente:

—No sirve.

Se quedó mirándolo con su cara contraída, mientras la luz se reflejaba burlesca en sus anteojos.

—El tema es demasiado manido. No hay nada que interese, realmente. —Se encogió de hombros, siempre con especial lentitud y frialdad—. Además está plagado de lugares comunes y errores de sintaxis. Yo marqué algunas solamente, las más notorias, porque habría sido una tarea de nunca acabar... Tampoco le aconsejo insistir con otra obra. ¡No encuentro que usted tenga condiciones literarias! El verdadero talento se da muy de tarde en tarde...

No supo como se marchó. Le zumbaban los oídos y le hervía el cerebro. Marcial lo condujo hasta la puerta, hablándole con la voz apesadumbrada de quien ofrece condolencias. Alejandro se internó como un ebrio en el cálido crepúsculo primaveral, impregnado de efluvios a bencina quemada, aceite y alquitrán, sintiendo la mente separada de su cuerpo. ¡Qué opinión más lapidaria y definitiva! Por lo menos había esperado escuchar alguna frase alentadora, algún consejo estimulante, como la recomendación de que no se desanimara, porque aún le faltaba experiencia. Pero nunca una respuesta tan cruel, desalentadora e incluso pérfida. Caminó hasta la pensión con las palabras de Alamos rebotando dentro de su cabeza, mientras la tensión acumulada durante los días de espera se posesionaba de sus músculos consolidándose en un cansancio doloroso. En su imaginación congestionada se entrecruzaban lacerantes la cara sarcástica de Alamos y las blancas opulencias de Ingrid. La derrota y el desánimo pesaban sobre su organismo como algo real. ¡Francisco y Rebeca sabían que su manuscrito lo tenía Alamos! Tendría que contarles la verdad. Llegó a la residencial con el cuerpo adolorido, como después de una violenta sesión de gimnasia. En el vestíbulo oscuro se topó con la visitadora social, de vestido celeste estam-

pado, muy acicalada y fragante. Su sonrisa espontánea lo apabulló en lugar de levantarle los ánimos.

Tiró el manuscrito sobre la mesa, y se echó en la cama, que crujió peligrosamente.

* * *

Escasos momentos de gloria, quizá ninguno, veía Eladio Carrasco al recapacitar en su vida. Pobre, viejo, su situación tendía a empeorar. El único hecho positivo del último tiempo lo había constituido el asesinato de la prestamista. Aunque los criminales se llevaron los cheques, no se atrevieron a negociarlos: vencieron sin ser cobrados. Pero Eladio vivió zozobras. Como necesitaba dinero, Ramón le recomendó a una señora que se iniciaba en el ramo.

—Con ella no va a tener problemas —le explicó el auxiliar—. Los que llevan años en esto son mañosos, desconfiados y duros. Usted vio como era “la tía Eufrosia”... Pero también paró las chalupas. ¡Hasta ahora no han hallado ni huellas de los que la mataron...!

Un antiguo jefe de Incoa, ahora jubilado, que vivió metido con prestamistas, le encomendaba mes a mes a Ramón la tarea de cambiarle los cheques previo abono de los intereses. Ramón comenzó a ofrecer plata por encargo de esos mismos renoveros a otros funcionarios de Incoa, cobrando una módica comisión. Y así se hizo de una apreciable clientela.

La prestamista vivía en un viejo edificio color gris verdoso, en Tenderini. Flaca, de pelo entrecano, y bien vestida, recibió afablemente a Eladio.

—El dinero es de una prima mía, que es muy rica, pero quiere ganar más... ¡usted sabe!

Los usureros raramente reconocen que son los dueños del capital. Eladio extendió dos cheques. La mujer actuaba con torpeza, aunque se preocupó de repetirle las cantidades para llenar los documentos. Uno garantizaba el préstamo mismo, y el otro la “ganancia”, explicó ella con suavidad.

¿Cómo vivir contento así? Pronto Eladio descubrió que dos o tres funcionarios de ganadería, incluido el jefe, descollaban por un envidiable nivel de vida, a pesar de sus menguadas rentas. Mario Díaz, hombre de rostro filudo y ojos claros, que atendía clientes sin distraerse un segundo y nunca subía la voz, almorzaba seguido afuera, usaba buena ropa, y ya poseía automóvil.

—Parece que Díaz es hombre de plata —comentó Eladio con Valentín Gormaz, muchacho astuto, locuaz, bullicioso, provisto de una enorme nuez de adán.

—¡Ese nunca ha tenido un peso! Llegó aquí hace dos años. Tenía un solo terno viejo, lustroso, y fumaba a la pura bolsa. Ni fósforos compraba. Pero tiene montada una máquina en la distribución de carne. Dicen que cobra cinco pesos por el kilo extra que le entrega a los distribuidores y carniceros. El pago lo recibe en billetes. ¡Así no quedan huellas!

Porque una tarde Díaz había salido con otros compañeros a tomar un trago, y como se le pasó la mano bebiendo, los invitó a todos a un restorán caro, y pagó la cuenta sin arrugarse. También el jefe del departamento, un enorme gordo muy alegre, robaba a manos llenas, pero a ninguno de los dos había manera de probarles. “Señor: no te pido que me des, sino que me pongas donde haya...” Y eso hacía el partido con sus favoritos. Pero no con todos operaba milagros la oración. El cargo de Eladio, pesado y opaco, no le habría permitido ganar un centavo extra aunque se hubiese resuelto a profitar. En cambio Díaz, a menos de dos metros de su escritorio, ocupaba un puesto destacado en la mesa del banquete.

Una mañana se dirigía por Ahumada a su banco, cuando divisó a un antiguo funcionario de Incoa conversando con una mujer muy acicalada, en la que reconoció a la usurera. Robinson González conservaba su tez cenicienta y seguía engominando cuidadosamente su pelo negro. Eladio se quedó mirando los titulares y portadas de diarios y revistas frente a un quiosco. Se habían topado de tarde en tarde, pero únicamente para intercambiar las preguntas que la buena crianza impone. Ahora González irradiaba cautela, y no esa fácil alegría y amabilidad de otrora.

– Te vi conversando con una señora que yo también conozco. ¿Es pariente tuya, por casualidad?

– Amiga, solamente. Es prima de una señora de mucha plata, que conocí hace poco. ¡Gente muy distinguida!

– Pero esa señora es usurera. Presta plata al diez por ciento mensual.

Los ojos de Robinson crecieron desmesurados.

– El dinero es de una prima muy rica que tiene.

– Es la segunda vez que estoy con ella. La primera fue precisamente en la casa de su prima. ¡Quién lo hubiera creído! Uno nunca termina de conocer a la gente...

Eladio disfrutó de la fugaz satisfacción de haber desenmascarado a alguien.

* * *

Inmóvil, los ojos clavados en el techo, como Andrés Rodríguez después de la paliza, fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Repentinamente se levantó, encendió la luz y revisó la novela. Las anotaciones de Alamos brillaban en casi todas las hojas, subrayando esta o la otra frase, con signos interrogativos o de exclamación en los márgenes. Hasta creyó oír diabólicas carcajadas emanando de aquellas páginas, burlonas risotadas que salían de la boca de vieja de Alamos, salpicándolo de saliva corrosiva. Alamos había leído con acuciosidad, no perdonando una línea, practicando una verdadera vivisección de ese manuscrito que tantas horas de trabajo le demandara. La gravedad de su juicio se agigantaba en su mente alterada. No era el resultado de una improvisación, sino de una cuidada lectura de la obra. Volvió a recostarse, y se hubiera quedado allí toda la noche de no haber recibido un llamado telefónico de Sofía.

– Tengo gente en la casa. ¿Por qué te has perdido? ¡Ven para acá...!

Volvió la vida a su cuerpo, y aunque la cara sarcástica de Alamos y su voz artificiosa largando sus despectivas conclusiones permanecían lacerantes, un discreto

optimismo lo poseyó al dirigirse donde la actriz. Nerviosa, lo besó efusivamente. Isidro Sotomayor, Darío Fuentes e Ismael Rioseco también fueron cordiales. Lo golpeó la ausencia de Víctor Garcés. También llegaron algunos integrantes del grupo teatral de Sofía. El vino caliente le sentó bien. Darío, ya con los ojos inyectados de beber en medio del aire turbio con el humo de los cigarrillos, esgrimía sus consabidas monsergas contra la derecha, mientras Sotomayor lo escuchaba vaso en mano. De pronto Sofía lo condujo al sofá y le preguntó por Víctor. El calor del cuerpo de la mujer y su perfume lo excitaron levemente.

—Hace tiempo que no lo veo. Desde antes de salir de vacaciones.

—Nuestras relaciones no marchan bien —le dijo Sofía en voz baja, pero tuvo que volar a la cocina donde algo se derramaba, dejando trunca su confidencia.

El departamento, en un antiguo edificio no lejos del consulado de los Estados Unidos, poseía un amplio salón. Alejandro permanecía aguardando el regreso de la actriz, pero oyendo a Fuentes.

—A mí no me vienen con grandes escritores chilenos, con jóvenes revelaciones. Son puros inventos del maraco de Fedón y su grupo. Todo es así en este país de mierda. Hay un grupito que sigue controlándolo todo. Hacen y deshacen como si el país fuese su propiedad privada. Tienen sus diarios, sus escritores, sus editoriales y los críticos que los inflan.

—¿Qué me dices de Neruda, la Mistral, Huidobro?

—Esos se hicieron famosos lejos de aquí. A los escritores que se hacen de un nombre afuera, no les queda más que aceptarlos. Pero trata de hacerte un nombre aquí sin besarle el culo a Fedón primero. Este país es una provincia. Habría que terminar con esa mal llamada aristocracia para hacer un Chile verdaderamente democrático. De lo contrario las 800 o no sé cuántas familias seguirán haciendo de las suyas por los siglos de los siglos.

—Pero ahora están muy venidas a menos. La democracia cristiana, con la reforma agraria, las ha tirado de espaldas.

—¿Venida a menos? Eso creen algunos. Pero están

vivas, fuertes como nunca, esperando el momento de asestar el golpe. Y les aseguro que lo intentarán tarde o temprano.

Fuentes volvía a enfrentarlo con Alamos. Porque tanto éste como el propio Garcés basaban su futuro literario en la crítica oficial. Un comentario elogioso en "*El Mercurio*" daba nombre y prestigio, aunque no vendiesen un solo libro. Y consagrados podían tirar la pluma por el resto de sus días. Garcés sostenía con cinismo que este procedimiento gozaba de validez universal. El partido comunista, por ejemplo, destacaba a sus simpatizantes o conmlitones, poseyesen o no algún talento o real valor. En un mundo dominado por la publicidad e infiltrado por la izquierda, un nombre cualquiera repetido por los corifeos del partido se aseguraba un puesto en el olimpo intelectual. De ahí la importancia de un buen padrino, según Fuentes. Aunque entre los conocedores fuese calibrado en su auténtica dimensión —si lo leían—, para el grueso público sería el gran hallazgo literario. Ese público vociferante, que repite todo cuanto la propaganda pondera, que jamás invertirá un peso en adquirir un libro, y cuando lo compra no lo lee, servirá de caja de resonancia para el escritor protegido. Se le abrirán las puertas de la televisión y la radio, a colaboraciones en diarios y revistas, a becas, a buenos cargos, etc. No siendo una gran meta, ser conocido es siempre un buen comienzo. Sin un padrino, el escritor novato queda entregado a su suerte. Aun publicando un libro se arriesgaba a que nadie lo comentase. Gastón Lizama lanzó su novela aterrorizado, pensando que Fedón podría destruísela. Y así ocurrió. Por supuesto que Fuentes despotricaba contra el sistema dentro del régimen actual, pero ¿lo haría en uno de izquierda?

—Voy a citar otro caso, el de Laureano Véliz. Hace cosa de dos años escribió una novela excelente. Nadie le dió bola. Y fue la única novela publicada ese año. Alguien le preguntó a Fedón qué le había parecido el libro de Véliz. Contestó que no lo conocía ni de nombre. Y Laureano fue en persona a dejarle su libro. Y ese cabroncete que Fedón está formando como heredero de su cetro, tampoco dijo nada de Véliz, por supuesto. Y tuvo la

patudez de decir que en Chile ya no se escribían novelas. ¿Qué me dicen? Para tener la conciencia tranquila y opinar lo que quieran, simplemente no leen las cosas nuevas. Excepto que vengan recomendadas. O sea, hasta la fecha, Véliz es un escritor no nato. Pero si algún día se destaca en el extranjero, de seguro que el señor Fedón y su discípulo van a cantarle loas. Dirán que por alguna desafortunada circunstancia se les pasó la novela de Véliz cuando fue publicada. Pero que nunca es tarde para reparar las omisiones. Es tan cínico ese amanuense de Fedón que en la exposición de Brunilda Reinoso alguien comentó el libro de Véliz, y yo lo oí decir: "Pero si esa novela no tuvo ninguna repercusión. Nadie la comentó, que yo sepa..."

— Bueno, estaba diciendo la verdad. ¡Ni él ni Fedón la habían comentado! — expresó Sotomayor, muy serio. Hasta el propio Fuentes rió.

— Lo peor de todo — concluyó Fuentes —, es que Véliz puede morir sin que nadie reconozca sus méritos. Y su obra permanecerá totalmente olvidada hasta que el último ejemplar de su única edición se apolille en algún rincón cualquiera.

La discusión contribuyó a desmoralizarlo aún más. Se dedicó a tomar, hasta que las voces comenzaron a llegarle desde una gran distancia. Aunque muy razonables los planteamientos de Fuentes, el problema era otro. Escribir pensando en el éxito o en los comentarios favorables de tal o cual crítico, y no obedeciendo a un impulso superior e irresistible, parecía un simple autoengaño. Indudablemente, muchos escritores procedían así. Pero, ¿de qué les servía, excepto para halagar su vanidad y ganar algunos pesos? Nadie se acordaría de su obra a la larga, como en el caso de Véliz, sobre cuyo verdadero talento sólo cabía el testimonio de Fuentes. Se quedó dormido, y despertó sacudido por las risas de los demás.

Sofía le mojaba el rostro con una toalla húmeda.

CAPITULO XXIX

El tránsito escaso de los domingos tornaba grato deslizarse por Costanera, con el sol rebotando en las aguas del Mapocho, y las frondas de los sauces cambiando de color bajo el viento primaveral. Siempre abría los ojos a eso de las siete de la mañana, y ya no los cerraba de nuevo. Antes los domingos se le hacían cortos pensando en que el lunes se reuniría con Pablo. Pero los remordimientos, que nunca lograra superar, obligaron a Pablo a adoptar una decisión. Adujo que se sentía viejo para ella, que la privaba de oportunidades, que lo de ambos nunca pasaría de ser algo con escaso porvenir, etc. ¿Por qué Pablo se preocupaba de esos detalles? Lina nada le exigía. Para tenerla le bastaba coger el teléfono, y aunque transcurriera una semana sin verse, lo recibía siempre con la misma alegría. Nada decidió mientras duró la campaña política. La tensión nerviosa, los ajetreos, las interminables reuniones, no le dejaban meditar en su conflicto. Y se sentía débil, además. Nunca la visitó tanto como en ese período, porque Lina lo reanimaba, le levantaba el espíritu, le devolvía la vitalidad. Pero concluida la elección y obtenido el triunfo, también su indecisión hizo crisis. Su religiosidad, su particular noción del pecado, su sentido de la vida conyugal bastante rígido, pudieron más. Quizá consolidó su creencia de que Lina no buscaba amor, sino simplemente una protección paternal, como se la había dado Ricardo.

El automóvil trepó lentamente por la ladera del San Cristóbal, dejando a Santiago en el bajo, sumergido en

sol, diluïdos los barrios periféricos tras una bruma suave. Dejó que el paisaje matutino engullesse sus pensamientos. Una hilera de ciclistas se aferraba a la pendiente, y uno de camiseta rayada, húmeda de sudor, el rostro cruzado por una cicatriz acuosa, le lanzó una intensa mirada. Desde la cumbre columbró a lo lejos, donde la enorme cordillera iniciaba su despegue hacia el firmamento, las casas de "Los Nogales" y sus amplios potreros y campos labrados que ascendían suavemente por la pendiente andina. ¿Había subido el cerro para reencontrarse con los lugares que le recordaban a Pablo? Aparcó en un ensanchamiento del camino, con una casucha donde arrendaban caballos, y caminó hasta el borde de la explanada. La vista abarcaba todo el barrio alto de Santiago, y la cordillera encanecida. Aspiró profundamente el aire de la mañana, que invadió su organismo junto con un ruido de pasos aproximándose por detrás. La sorprendida y risueña expresión simiesca de Juan Pablo Castillo, con dos chicuelos rubios, uno con anteojos.

—La ví desde lejos y no podía convencerme de que era usted. ¿Qué anda haciendo por aquí?

El chico mayor lo tironeó de una manga.

—¿Me acompaña? Voy a dejar a este par en sus caballos, y conversamos... ¡Tenía muchas ganas de verla! Antes por lo menos nos encontrábamos de tarde en tarde...

Siempre le había parecido suficiente y poco simpático, y su repentina comunicabilidad no le hizo cambiar de opinión. "Juan Pablo es de los que nunca da puntada sin hilo...", había comentado su ex marido.

—¿Cómo está su señora?

—Muy bien. La dejé durmiendo. Los domingos nunca se levanta antes de la una.

Conversó con un muchacho de aspecto cansino, flaco, con una pierna tiesa, y cuando los niños treparon a sus monturas, volvió donde Lina.

—No tenía idea de que era amiga de Ignacio Valdés —empezó Juan Pablo, con una sonrisa poco convincente.

—¿Lo conoce?

—¡De toda la vida! Tenemos unos primos en común. Muy especial, realmente. Es el más grande don Juan que

ha habido en Chile... ¡Tiene una suerte increíble con las mujeres!

—Sí, es muy buen mozo. Pero ha engordado. ¡Ya no es el mismo!

—Ustedes fueron muy amigos, según entiendo, ¿no? Intentaba darle a su voz un viso de seriedad, pero sus gruesos lentes sonreían picarescos.

—Estuve una o dos veces con él, solamente. Fue amigo de una prima mía. —Lo miró con serenidad, sin el asomo de una sonrisa.

—¿Sabía que salí elegido diputado? —El brusco cambio de tema ahondó la fisura—. Porque no nos veíamos desde antes de la elección.

—Sí, lo supe por el diario. También me lo había contado Felipe. ¡Me alegro mucho!

—Fue una dura pelea... ¡Todo me ha sido siempre muy difícil! En cambio a otros las cosas se le han dado en bandeja. A Ignacio, por ejemplo. Nunca ha tenido que esforzarse por nada. —Su voz reflejaba una cierta sinceridad.

—Yo creo que uno mismo se hace las cosas fáciles o difíciles, ¡Uno se busca sus dificultades!

—¿Usted cree que yo me he buscado mis dificultades? —Pareció tan escandalizado, que Lina sonrió.

—No lo digo por usted. ¡Lo conozco tan poco! Creo que hoy es el día en que más hemos hablado. Lo decía como algo general. ¿No cree que uno mismo se traza sus caminos?

—¡Jamás! ¿Usted piensa, por ejemplo, que Ignacio lo hizo?

—Es que en él se juntaron tantos factores: una facha estupenda, toda la plata que quiere, gran familia, inteligencia, muy atractivo, además. Fue un superdotado, en la práctica. ¡Nunca he conocido un tipo más buen mozo! Era como de otro mundo... No ahora, eso sí.

—Ignacio es un tipo con mucha suerte, nada más. ¡Qué va a ser superdotado! ¿Dónde están sus realizaciones? ¿Cuál es su obra? Ha tenido todas las oportunidades del mundo, y no ha aprovechado ninguna. Excepto tener mujeres por cientos...

—Hay hombres que se sienten realizados conquis-

tando mujeres —murmuró Lina, con una suave sonrisa. El sol quemaba levemente ahora, pero de pronto alguna brisa venía a meterse entre sus cabellos rubios separándolos con delicadeza.

—Seguramente. ¡Las mujeres se mueren por lo tipos bonitos...! No les importa lo que hay detrás. ¡Usted sabe que a Ignacio le han corrido que es homosexual...!

—¿Qué laya de amigo es usted?

—¡Lo hemos comentado con él! —Se cortó un segundo, pero de inmediato irguió su pequeña cabeza, coronada de abundante pelo negro—. El se rió solamente. Total: a las mujeres esas cosas le dan lo mismo...

—¡Tiene muy mala opinión de las mujeres! —Lina rió francamente—. Y un político necesita el apoyo femenino. Además está equivocado. El atractivo físico está por encima de las consideraciones morales. ¿O es que los hombres no se dislocan por las mujeres estupendas, aunque se les corran las peores cosas? Y el hombre es más sensible a la belleza física que la mujer. Hay mujeres que se mueren por hombres feos. Y no he conocido a ningún hombre que persiga mujeres feas, aunque puede casarse con una fea, eso sí.

—Un amigo hizo una vez una fiesta con las mujeres más feas de Santiago. Las escogió por lo horribles, ¿entiende? Fue muy gracioso, realmente. ¡Hallarse en medio de todos esos monstruos...!

—¿Y no se dieron cuenta? —Lina reía de buena gana—. ¿Eran tontas además de feas?

—¡No, no! Había algunas muy inteligentes. ¡Superdotadas, como dice usted! Quizá algo pisparon... ¡Pero se hicieron las lesas! —Por un instante fugaz pareció humanizarse, deponer su actitud calculadora, acechante. Pero los niños llegaron a pedirle helados en cuanto bajaron de los caballos. Los amonestó brevemente por su impertinencia, y les pasó dinero—. ¿Vamos a tomarnos un trago? ¡No sabe como quería estar con usted!

—¿Por qué? —La pregunta de Lina fue directa.

Bajó los ojos, como buscando una respuesta apropiada.

—Pues... Porque, ¡hacía tanto tiempo que no la veía!
—Lina intuyó que, una vez más, no había podido ser

franco—. ¡Vamos a celebrar este encuentro!

—¡Muchas gracias! Pero tengo que volver a casa de inmediato. ¡Mi mamá siempre va a verme los domingos!

La sonrisa de Juan Pablo cayó de su cara y rebotó contra el suelo reseco. Lina estuvo tentada de agacharse y recogerla.

—¿Y otro día? ¿Digamos mañana?

—¿Usted quiere que me eche encima a su señora? —exclamó Lina en su tono festivo—. Los hombres casados son muy peligrosos. ¡Adiós!

Y se alejó, dejándolo tristemente recortado contra el cielo, con sus anteojos relampagueando al sol. ¿Cómo pudo llegar a parlamentario un hombre así? Quizá para triunfar en política se requerían condiciones innaccesibles para su entendimiento. Pablo y el propio Ignacio habían sido obligados a presentarse como candidatos, tanto por su nombre como por la presión de un importante sector del país. Pero Juan Pablo había peleado paso a paso su candidatura, e incluso Felipe tuvo que ayudarlo. Y parecía evidente que la diputación se la debía a su calidad de instrumento fácil de usar. A Lina no le cabía duda ahora.

Cuando salía del estacionamiento divisó la figura flaca del parlamentario, dirigiéndose a buscar su automóvil. Los niños debían ser hijos de su primera esposa, que lo abandonara por razones desconocidas, según Felipe. Pero a una mujer podrían sobrarle los motivos para desencantarse de Juan Pablo, pensaba Lina, como su falta de misterio, por ejemplo. Demasiado transparente. La buscaba a ella porque la sabía separada. No creía que los hombres cometiesen una falta al proceder así. Pero en Juan Pablo se traslucía que actuaba con la creencia de que las divorciadas son más fáciles, atribuyéndole como tantos hombres una gratuita posición de inferioridad.

Al recordar las torpezas del diputado sonrió melancólica, porque en esos momentos necesitaba de un hombre que la ayudase a salir de su difícil trance. Pero los tipos como Juan Pablo jamás llegaban a captar esas sutiles brechas.

No había nacido para amante.

* * *

A tres meses de la muerte del gringo, aún Julio solía inquietarse. ¿Y si los asesinos buceaban en todas las actividades de Wiley en Chile?

—¡No debimos mostrar tan pronto nuestro cambio de fortuna! —comentaba con Adelaida—. Y menos inventar eso de la herencia. ¡Fue cosa mía, lo sé! Pero cualquiera que se interese por el gringo y sepa que compartía la oficina conmigo, sospecharía de inmediato al verme tan próspero...

—¿Para qué le das más vueltas a eso? Total: el dinero te lo dejaron. ¡No lo robaste!

—¿Tú crees que esos tipos me darían tiempo para defenderme? ¡Esos disparan primero...!

Sus dudas no le impidieron trasladarse a una oficina más moderna y ampliar su negocio de corredor de propiedades. Discreta vida social. Aunque los Vásquez los visitaban seguido al principio, la sobriedad de los Sánchez les hizo distanciarse con gran alivio para Adelaida.

—¿Por qué no invitas a Ignacio? —le había sugerido Daisy—. ¡Debe ser fascinante conversar con él en la intimidad!

—Ignacio es de otro mundo social. Aunque somos parientes, apenas nos vemos de tarde en tarde en las reuniones familiares.

Cualquiera alusión a “drogas” o “traficantes” de la prensa, Julio las asociaba a su enigmático benefactor. Imposible desterrar las aprensiones que el gringo le despertaba. Adelaida en cambio tomaba el dinero de Wiley como un justo premio a los sacrificios y honradez de su marido, que jamás había perdido la fé ni transigido con sus principios. Ajeno a la política, siguió bregando solo, ganando poco, descapitalizándose, hasta quedar a un pelo de tocar fondo. Vivieron años de gran estrechez. ¡Ni que hablar de invitaciones a los amigos y parientes! Y no se vislumbraba una pronta mejoría. Para Adelaida la aparición del gringo era una auténtica obra de la Providencia.

—¿De la Providencia? El gringo fue un criminal, un traficante de drogas. Quizá cargaba con más de una muerte sobre su conciencia. Lo único a nuestro favor es que no conocemos la verdadera procedencia de esos

dólares. "Ojos que no ven, corazón que no siente..." Pero como cristianos no podemos considerar la herencia de un criminal como obra del buen Dios. Sería sacrilego pensar así. Es un gran golpe de suerte, solamente. Algo que llegó a mis manos sin haberlo buscado.

-¡Pero lo merecías, Julio! Lo merecías, -insistía Adelaida con particular énfasis.

-Hay mucha gente con más merecimientos. Los méritos de un cristiano se reconocen en la otra vida. No es bueno atribuirle a Dios los bienes materiales que uno recibe. Verdaderos santos viven y mueren en la más completa miseria. ¿Tú crees que no merecían un destino mejor? Para mí esto fue como sacarse la lotería. Nada más.

CAPITULO XXX

Al cambiarse de ropa Ignacio encontró el papelito que le pasaran durante la fiesta. "Lo llamarán de parte mía", decía la nota, y aunque nada identificaba al autor, Ignacio intuyó que era de Bárbara. Cuando ese sábado se disponía a almorzar, una voz profunda, indefinible, de hombre o mujer, lo saludó por teléfono:

—¡Salve, enviado de Satanás! A partir del martes, y durante trece noches sucesivas, le rendirán culto en la Iglesia de Belcebú de los Diablos de los Primeros Días. Una limusina negra, encortinada, lo esperará a las once y media de la noche en la plazoleta de los Pioneros.

Nada alcanzó a preguntar, porque su interlocutor cortó. Peter Blume lo visitó al anochecer, y tuvo que contarle algunos pormenores de la fiesta en la casa de Stanford.

—Está obligado a aceptar su proposición. De lo contrario se expone a muchos peligros: la invalidez, la deformación de su rostro, la ceguera y hasta la muerte. —Su opinión concordaba con la de Murano. Y al despedirse, con el rostro encendido como las luces señalizadoras del freno, le recomendó—: ¡Manténgame informado! Y *taken in is it*, en todo caso.

El martes al anochecer, una llamada le recordó su compromiso. La curiosidad pudo más que sus temores. Nervioso, avanzó hacia el fúnebre carro en medio de heladas ráfagas que fustigaban sus piernas. Un hombre vestido de negro le abrió la portezuela, con una silenciosa inclinación de cabeza, e Ignacio se encontró en las

tinieblas, porque las cortinas bloqueaban toda luz. Al frente se encendió una frase: "No levantar las cortinas. Muerte". Bajó del vehículo a la oscuridad de un recinto helado. Una luz lo guió hasta una habitación circular, donde la misma voz del teléfono lo instó a desnudarse. De allí pasó a una sala enorme, débilmente alumbrada por un brasero encendido a los pies de una imagen del demonio esculpida en obsidiana. Sobre el piso embaldosado se abría la estrella de cinco puntas, y en los muros, regularmente espaciadas, hornacinas al parecer vacías. La voz lo conminó a pararse en el centro de la estrella, vuelto hacia el ídolo, sin mirar hacia los lados.

Un coro femenino, que entonaba un himno, avanzó a sus espaldas. Una a una y dándole el dorso, giraron lentamente alrededor de Ignacio trece mujeres jóvenes, desnudas, precedidas por Bárbara de Stanford. Cogían algo de un depósito abierto a los pies del fogón, y lo arrojaban a las brasas por turno, sin detenerse. Avivadas las llamas, iluminaron con intermitencia los contornos, despidiendo una densa humareda que ocultaba por un instante la imagen demoníaca. Un aroma enervante colmó el recinto, e Ignacio entrevió en el fondo de las hornacinas horrorosas cabezas de gárgolas. La ronda se detuvo, y tres mujeres lo separaron del brasero y de la efigie del diablo.

—¡Enviado de Satanás! —exclamó el oficiante, con un tono conminatorio—. Las Trece Elegidas de Belcebú te saludarán por turno. ¡No debes volverte! ¡Salve, enviado de Satanás!

—¡Salve! —repitió el coro femenino.

Casi dio un salto cuando unos labios húmedos le besaron el trasero. Ahogando risas nerviosas, recibió trece besos iguales.

—¡Enviado de Satanás! Ahora debes poseer a la Elegida que te separa de Belcebú, sin hacerla cambiar de posición, ni tratar de mirarle el rostro.

Bajó la vista y la paseó en torno con disimulo: las Trece Elegidas, prosternadas, proyectaban hacia él un círculo de nalgas parpadeantes. A juzgar por su opulencia, el trasero que lo enfrentaba podía ser el de Barbara. Exacerbado con el aroma imperante, acometió tres ve-

ces, sin darse tregua. Tambaleante, volvió a erguirse sobre la estrella, y las Elegidas se alejaron entonando un cántico de acción de gracias al demonio.

A las dos de la madrugada descendía en la plazoleta de los Pioneros, aún mareado con el ritual y el humo de las hierbas arrojadas por las Trece Elegidas al fogón.

Buttermeyer lo llamó en la tarde.

—He resuelto aceptar —dijo Ignacio.

Y minutos después, la voz de Murano saltaba desde el fono.

—¡Lo felicito! Pero ahora tiene que andar con mucho cuidado. Porque lo que es bueno puede convertirse fácilmente en malo...

Estaba cogido en la red de una trama tenebrosa, aunque excitante. La ceremonia de esa noche en la iglesia de Belcebú fue una réplica de la primera. Hubo una variación: la Elegida era otra.

Cumplidas doce jornadas, en la mañana del día décimo tercero recibió el guión de *El hermoso Antínoo* cuando salía para la universidad. Durante el recreo, un mensajero le entregó un sobre, y se alejó sin esperar respuesta. "Salga de inmediato de la ciudad hasta mañana. No debe ir a la iglesia de Belcebú esta noche". Armó rápidamente un maletín, porque la intuición le ordenaba obedecer a ojos cerrados. Se alojó en un motel, a cien kilómetros de Boston, acometido de un progresivo terror. ¿Como pudo ser tan precipitado de prestarse al rito satánico?

Al regresar esa mañana a Boston, bajo una lluvia arremolinada, se sentía más tranquilo. Nada durante el día. Peter Blume lo visitó en la tarde, cuando el edificio parecía a punto de desintegrarse con las arremetidas de agua y viento. Sin comentarios le pasó una crónica que publicaría el *Boston Register* en la primera página del día siguiente: "Asesinato masivo de trece mujeres en extraño templo". Un incendio había destruido esa madrugada una propiedad aislada, en los andurriales de Boston. Entre los escombros se encontraron los cuerpos carbonizados de trece mujeres, previamente ametrallados. Se presumía que la construcción había sido utilizada para rituales demoníacos, concluía el artículo.

—¿Por... por qué me trajo esta información? —tartamudeó Ignacio horrorizado.

—Un desconocido me telefoneó al diario para que le adelantara esta crónica a mi vecino, Ignacio Valdés. Y a juzgar por su palidez, no hay duda que la noticia lo afecta —terminó Blume, risueño.

Apenas se había marchado, la voz de Murano tala-dró sus tímpanos:

—Antes de dar cualquier paso, tantee primero el terreno. ¡No siempre contará con amigos que lo pongan sobre aviso!

* * *

Una gripe de primavera lo retuvo en cama, y allí lo encontró su tío esa tarde. Francisco leía *La imitación de Cristo*, y Alfredo, con fingido recogimiento, esbozó en el aire la cruz de la bendición.

—¿Te molesta si fumo? —Se sentó en el sillón, a los pies del lecho. En el jardín, las flores de una ceiba absorbían el sol—. Es un día maravilloso para dar una vuelta por San José de Maipo. ¿Te sientes muy mal?

—Tengo la cabeza abombada. Apenas puedo leer.

Un anaquel con libros, el escritorio y su silla completaban el mobiliario.

—Encontré lo que andaba buscando hace tiempo, Panchito. Una mujer joven, que sabe llevarme, sin las complicaciones ni el histerismo de Ingrid. Estoy viviendo momentos muy, pero muy agradables... Y tú, ¿qué me cuentas de nuevo?

—Esperando que terminen las clases, solamente. ¡Es tan aburrido leyes!

—Pero es una carrera especial para los políticos. Y más ahora, con un senador en la familia. No ayudé nada en la campaña de Pablo... ¿Ha dicho algo? A lo mejor está sentido conmigo.

—Pero el papá dijo que usted había dado mucha plata. Se acordó emocionado el otro día de su aporte...

—¡Menos mal! A veces, entre parientes, el dinero

pelado no se agradece. Total: tengo bastante y me cuesta poco largarlo. Como que la gente no agradece cuando uno coopera con lo que más tiene. ¿Te has fijado?

—El sacrificio siempre impresiona más. Pero yo creo que dar algo, nos cueste o no, siempre es bueno.

—¡Menos mal que piensas así! ¿Sabes? No me siento en edad para meterme en campañas políticas. Y menos lejos de Santiago. Si Pablo hubiese sido candidato aquí habría dejado los bofes trabajando por él. Cuando joven me iba a cualquier parte con los candidatos del partido. Me alojaba en pensiones de mala muerte, o en hoteluchos sin baños, a veces... Me sacrificaba, en realidad. Aunque lo pasaba bien. Me reía como caballo con las ocurrencias de la gente del campo, con sus tallas y fiestas... Señor Vardés, me decían. Nos quedábamos noches enteras escuchando historias de entierros, de pactos con el diablo... ¡Eran lindos tiempos! A uno lo trataban como un rey. Le daban lo mejor. Y las huasas no lo hacen nada de mal en la cama. Tenía una amiga muy simpática en Chanco. “Deje ponerme una almuada debajo, para que dentre mejol”, me decía.

Alfredo hizo una pausa para fumar. Francisco lo escuchaba riendo, el rostro congestionado por el resfrío.

—Una vez fui a Coinco, un pueblito cerca de Rengo. Fue para la presidencial del 38, cuando salió Aguirre Cerda. Tenía 25 años entonces... ¡25 años! ¿Te das cuenta? Me recibió un tal Temo Aguilera, un tipo muy zafado, bueno para la fiesta y el cauceo como él solo. Era el jefe de la campaña en la zona. Me llevó a conocer a don Hortensio Retamal, uno de los próceres del partido conservador, y el hombre con la pichula más grande de la región. “¡Hay que declararla monumento nacional!”, me decía Temo. “Usted no puede irse de Coinco sin conocerla.” Don Hortensio —me parece que lo estoy viendo— tenía una cara ladina, como de zorro. Usaba una manta larga y un sombrero de huaso que no debía haberse sacado ni para dormir. Nos recibió en el comedor, donde había uno de esos enormes aparadores antiguos, llenos de molduras y huevadas... Temo empezó a ponderar el pico de don Hortensio en su propia cara. Que tenía que amarrarse una toalla en la base para no desfondar a

las mujeres. "Muéstresela al caballero, don Hortensio. Mire que vino de Santiago para vérsela, no más. ¡Cómo va a dejar que se vaya así...!" Y don Hortensio agachaba la cabeza, y se revolvía en su asiento como un chiquillo avergonzado. "Las cosas que dice usted... ¡Quizá que va a creer el caballero!" Yo notaba que don Hortensio hacía unas raras maniobras debajo de la mesa. "¡Va a creer que usted no es el más aperado de Coinco! Y me va a dejar en vergüenza a mí, más encima". Don Hortensio seguía con sus raros ajetreos, como sobándose algo. Pero no quiso mostrarnos su pichula. Temo se hizo el ofendido, y nos fuimos. Al día siguiente salimos temprano para Rancagua. Al pasar frente a la casa de don Hortensio, lo vimos en el corredor. Aún no salía el sol. Entonces ví que con sus manos agitaba una cosa enorme en el marrueco, como saludándonos al pasar. Era su penca. ¿Te das cuenta? ¡El amor propio pudo más...!

Francisco reía y las lágrimas del resfrío corrían por sus mejillas.

—¿Y eran muy duras las campañas?

—¡Nada! Todo simple, no como ahora, que hay que pelear con esa tropa de rotos insolentes y mal agradecidos. Uno solamente iba a conversar con los jefes de las campañas, se reunía con los electores, y les decía a cuanto se pagaría el voto. Nada más. Y si trataban de engañar o de votar chueco, no se les pagaba nada, aparte de otras cosillas... ¡Eran grandes tiempos esos! Ahora las peleas son muy duras. Los rotos están aleccionados por los marxistas y los cabrones demócrata cristianos. Se sienten con derecho a todo. ¡No hay nada peor que la democracia! Que todos los votos valgan lo mismo es una aberración. Hay gente que no sabe dónde está parada. Vota por el que le paga más, o por el que les promete más. ¡O por pura tincada! Es la misma cosa. Se escandalizan con el cohecho. Por lo menos entonces la rotada recibía su platita, una empanada y su cañonazo de vino. Ahora sólo recibe promesas. Nada más. De que se van a repartir lo que tienen los ricos, de que los ricos serán pobres, y los pobres ricos. ¡Toda esa sarta de consignas que los comunistas manejan tan bien...!

—Pero la ignorancia del pueblo no favorecía a nadie.

Yo creo que el pueblo ha ganado en estos últimos años. No por los marxistas, sino gracias a las corrientes progresistas de ahora. La gente es bruta cuando no tiene educación. No sabe distinguir entre lo bueno y lo malo, entre la verdad y la mentira. La ignorancia es mala, porque todos los inescrupulosos se aprovechan de ella. Sea la izquierda o la derecha, los traficantes de drogas, los tratantes de blancas... ¡Qué se yo!

—Pero con la decé, que sólo le interesa mantenerse en el poder, puede pasar cualquiera cosa... ¡Acuérdate de mí! Soy muy pesimista para el futuro. Veo que se presentan tres candidatos, porque no habrá manera de entenderse con la decé. Y con tres candidatos el triunfo de las fuerzas de orden es muy difícil...

—¿Por qué tan derrotista, tío? ¡Y eso que le va tan bien!

—¡Por eso mismo! Tengo miedo que comience a irme mal ahora que estoy viejo. Que me quiten lo que tengo. Que pierda a esa niña que me gusta tanto... ¡Es extraordinaria, realmente! Tan fina, tan suavecita. Y es apenas no de medio pelo, sino de terciopelo. La mamá es de una siutiquería espantosa. De las que ladra. Pero aún en esas familias surgen de repente cosas tan deliciosas.

—¿Ve? Por eso es conveniente que todos tengan derecho a la educación. Hace veinte años no habría tenido oportunidad de conocer una niña así, ¿no?

—Sí, por esta vez tienes razón.

* * *

Abrió los ojos pasado el mediodía. Caían algunos goterones, que no tardaron en multiplicarse. La lluvia actuó como un sedante. Se dio una ducha helada, y tragó sin ganas la sopa deslavada, y unos tallarines con algunos trozos de carne dura. Trató de meterse en *Calígula*, de Camus, en un volumen que Ingrid le prestase, pero empezó a cabecear. Lo despertó un llamado de Sofía. Necesitaba hablar urgentemente con él. No en su casa, porque Darío Fuentes la perseguía día y noche. Alejandro la

citó al "Windsor", un salón de té inocuo por naturaleza, espacioso, y donde podrían aislarse de los vecinos. La polera roja destacaba su breve busto. Besó a Alejandro, pidió una taza de té y se lanzó a toda velocidad con su voz baja, alterada, resuelta, dando cortas chupadas al cigarrillo con sus gruesos labios.

—No sé que le pasa a Víctor. ¡Tiene que estar loco! Siempre lo he encontrado un poco esquizofrénico. Pero no hasta este extremo. ¡Imagínate! Desaparecerse así no más, sin decir nada. Como si nunca hubiese habido algo entre nosotros...

—¿Ni siquiera te ha llamado?

—¡Sí, claro que sí! Pero como de repente enmudece, lo llamé en la mañana. ¡No podía seguir así, como comprenderás! Me contestó friamente. Le preocupa que sus padres sepan que lo llaman mujeres. ¡Hasta en eso es un mocoso huevón! Estoy muy ocupado, con pruebas. Y luego me salió con su domingo siete, cuando lo emplacé. —Sofía calló, con los ojos brillantes, respirando corto.

—¿Y?

—Que era preferible terminar con lo nuestro. Necesita concentrarse en los estudios... ¿Qué me dices? De loco. Le pregunté si había algo en mí que le molestara especialmente. ¿Sabes con qué me salió? ¡Que le molestaba todo! Que estaba aburrido de mí. Así, directamente. O sea, me tira como a una basura. Como algo que ya no sirve para nada. No puede hacerme algo así. ¡Vieras como he sido con él! Se lo he dado todo... ¡Te juro que estoy con los nervios hechos trizas! Creo que no podría aguantar más. Soy capaz de pegarme un tiro. ¡Es algo horrible! —Y transfigurada con su propia exaltación, lanzó un grito corto, seco, extraño, animal, que hizo saltar a Alejandro en su asiento. La gente se volvió a mirar, pero Sofía retomó su relato muy tranquila, desentendiéndose del mundo, y como nadie estaba seguro de donde había salido el grito, todos siguieron con lo propio—. ¿Por qué un hombre hecho y derecho como Víctor no puede tener una amante y estudiar al mismo tiempo? Casi todos los hombres tienen su amiga. ¡Pero no me tienen a mí! Debía darse con una piedra en el pecho por su suerte... ¿Qué le cuesta dedicarme una o dos horas,

aunque no sea todos los días? ¿Digamos dos o tres veces por semana? No le pido más. ¡Y algo tan chico quiere negármelo...! He tenido que hacerme dos electroshocks por su culpa.

Sofía aplató el cigarrillo a medio consumir entre los surcos del cenicero de vidrio. La camarera trajo el té.

—Quería pedirte que llames a Víctor, y trates de averiguar qué le ocurre conmigo. Te lo agradeceré enormemente, lindo. Sé que te avienes con él y Víctor te estima. ¿Podrías hacerme ese favor?

La voz de Víctor Garcés, incolora como siempre, apenas se destacaba del rumor fresco de la ducha.

—Sofía es buena para un tiempo, no más. Se puso demasiado dominante, y cargosa. Cierto que aprendí mucho con ella. Tengo muchas cosas que agradecerle. Pero todo tiene su límite. ¡Me dejó hasta la coronilla! Te autorizo para que le digas eso textualmente. Y que no vuelva a llamarme. Porque me negaré.

Las penurias de Sofía le hicieron olvidar las propias. No la halló en su departamento. Sofía sola, despechada. Era su momento. Una mujer así, con tanta experiencia, le daría confianza en sí mismo. Quizá pudiese hallar su verdadero destino, en vez de andar dando topetones aquí y allá. Sofía podía enriquecer sus vivencias de escritor, y hasta lo inspiraría. Voló al teatro, pero ya el ensayo había concluido. Partió donde Isidro Sotomayor. Lo acompañaban un periodista y una colorina maciza, de enorme boca. Le brindó una acogida de viejo amigo. Pero Sofía no apareció. Pasada la medianoche llegó un profesor de literatura, con una jovencita cuyos anteojos le conferían una apariencia de mosca. Sotomayor terminó leyendo algunos de sus últimos cuentos, que el profesor y la colorina, con bastante alcohol en el cuerpo, aplaudían y elogiaban. Especialmente el del hombre que al ducharse se quedaba sin agua, pero con el cuerpo jabonado. Sotomayor daba a la lectura las inflexiones apropiadas para acentuar el dramatismo del relato.

Fue a la escuela de buen ánimo y conversó con Francisco. Por suerte su amigo nada le preguntó sobre su entrevista con Alamos. Sofía lo llamó a la hora de almuerzo.

—¿Podría verte esta tarde? Quiero contarte mi conversación con Víctor.

—¡Voy a estar muy ocupada, lindo! Por favor, cuéntame por teléfono.

Desazonado, Alejandro así lo hizo.

—¡Era de imaginar! Ese niño necesita madurar, todavía. ¡No sé como fui a meterme con él! Por tonta me pasa, también. Por suerte anoche conocí a Felipe Rosas, que viene llegando de Europa. Es un tipo encantador, extraordinario, en realidad. Profesor de literatura y escritor. Ya te lo presentaré. ¡Somos el uno para el otro! Fue un caso de amor a primera vista. Que no trate Víctor de volver atrás ahora... ¡Ya no lo necesito!

Alejandro volvió a su dormitorio cabizbajo, y se topó con la poderosa figura del constructor civil. La rechoncha silueta de Morales asomó fugaz a su mente deprimida.

CAPITULO XXXI

El hermoso Antínoo progresaba rápido, y prefiriendo el anonimato, hasta donde fuese posible, Ignacio acudió a un nombre de fantasía. Lawrence Raymond se transformó en la revelación secreta del cine, en el astro más apuesto de todos los tiempos, que solamente el público conocería en vísperas del estreno de la película.

Nada de Stanford ni de Barbara, aunque sobre el destino de ésta Ignacio algo barruntaba, estremecido. Extraña mujer: le ofreció su amor a través de los vericuetos tenebrosos de un culto satánico que, aparentemente, terminó por devorarla. Su ardid para mantener escondido el engaño de nada había servido.

Para Buttermeyer, Stanford viajaba por el Medio Oriente, atendiendo sus intereses petroleros, y en cuanto a Barbara, disfrutaba de las islas del Egeo. Tampoco Mike Murano daba señales de vida. Nada decía la prensa de la identidad de las mujeres masacradas en el templo incendiado. El dinero es el padre de la discreción, sostenía Blume. Convencido de que Ignacio sabía más sobre el asunto intentaba tirarle la lengua, pero abrirse con Blume equivalía a pregonar su secreto *urbi et orbi*.

Quince días después Terence Stanford Jr. parecía destrozado en Damasco por un atentado terrorista. Se pensó en la OLP, porque el magnate mantenía un gran volumen de negocios con Israel. Pero la organización palestina rehusó atribuirse la paternidad de la carga explosiva colocada bajo el lecho de Stanford. Al día siguiente la bodega que albergaba los tambores de peli-

culas de *El hermoso Antínoo* fue decerrajada y los rollos reducidos a cenizas. Buttermeyer aceptó el desastre con filosofía, y partió de vacaciones a Canadá. Abruptamente, y a muy poca distancia en el tiempo, concluía para Ignacio tanto su papel de Enviado de Satanás como de Antínoo.

—Me dijeron que una de las muertas del templo era Barbara —empezó Blume, después de servirse una porción de escosés.

—¿Sí? ¿Cómo lo supo? —¡Qué difícil era mantener la calma!

—No puedo revelar mis fuentes. —Con un aire de gravedad profesional, Blume se sirvió más whisky—. Pero es un secreto muy bien guardado, porque corrieron millones. ¿Entiende? ¡Millones...! Y todo para nada, porque igual mataron a Stanford.

—Pero Stanford murió en un atentado terrorista...

—Eso es para la exportación. Stanford tuvo pruebas de las actividades satánicas de Barbara, y la hizo matar con todas las otras para disimular. ¡Por eso incendiaron el templo! De todo eso se encargó Murano. Como Stanford era muy desconfiado, decidió deshacerse de Mike. Pero lo descubrieron. Trató de esconderse en el Medio Oriente, donde tiene grandes socios. Y usted ve: así y todo lo ejecutaron. Stanford subestimó los contactos que Murano tenía en la mafia. ¡Apreciaban mucho a ese enano!

—Pero, ¿cree que yo corro peligro? —preguntó Ignacio, vacilante.

—¿Por qué? Usted era un simple actor que contrataron para hacer una película. Si tuvieran algo contra usted, lo habrían eliminado al comienzo, como una advertencia para Stanford. Se limitaron a quemar la película como escarmiento. Puede considerarse un hombre muy afortunado —concluyó Blume, bebiendo el último sorbo de la botella de escocés que empezara al comienzo de la sesión.

La prensa siguió aferrada al atentado de la OLP. Pero a Barbara, que el millonario recogiera del arroyo cuando apenas cumplía 15 años, nadie volvió a nombrarla. Y la historia de las 13 mujeres calcinadas en el templo

también pasó al olvido. ¿Por qué Mike Murano había protegido a Ignacio? ¿Por un simple y desinteresado aprecio? Preguntas éstas que, como muchas otras, jamás tendrían respuestas en las historias de Stanford, Barbara, la Iglesia de Belcebú, y del propio Murano.

Poco le costó a Ignacio delimitar su responsabilidad ante la policía, porque su relación con Stanford había sido solamente de trabajo, y además era un estudiante extranjero recién llegado a Estados Unidos, con escasas vinculaciones en Boston. Y nadie lo asoció con la Iglesia de Belcebú.

Antes de un mes el caso Stanford comenzó a desaparecer de las noticias. Y aunque la prudencia nunca había sido una de sus cualidades, Ignacio optó por cambiarse de departamento, y arrendó uno más seguro, lejos del anterior. Una mañana se encontró con Blume montándole guardia frente a la facultad, con sus ojos espantosamente hinchados, secuela de alguna tomatina de la víspera. Temiendo una mala noticia, prefirió dejarlo hablar. Como desconocía la nueva dirección de Ignacio, se lamentó, debió madrugar para pillarlo en la universidad. Necesitaba un favor, expuso confidencial, y lo condujo hasta un cercano cafetín. Frank Trabucco, un miembro del hampa, había logrado salvarse de la cárcel atestiguando en un proceso por drogas y corrupción ventilado en Chicago. Pero la mafia lo buscaba para ajusticiarlo. Un cuñado de Trabucco y gran amigo de Blume —“mi verdadero hermano”— lo ocultaba momentáneamente. La única manera de salvarlo era sacándolo del país. Blume siempre le había proporcionado certeras informaciones. Pero tanto Trabucco como su cuñado deberían comprometerse a no intentar siquiera identificar a su benefactor. Ignacio llamó al abogado de su familia en Santiago, y en cinco minutos quedaba todo resuelto.

Tiempo después se enteraría de que el pandillero, luego de vivir algunos años en Santiago, sin sobresaltos, bajo el nombre de Henry Wiley, había sido localizado por la mafia y ejecutado.

* * *

—¿Cuál es nuestro problema de fondo? Uno solamente: destruir un sistema que funciona automáticamente, sin necesidad de renovarse. La burguesía es como esas antiguas ciudades amuralladas, que prácticamente se defendían solas. Los atacantes debían arriesgarlo todo para tomárselas. Y no siempre lo conseguían. Lo mismo ocurre con nosotros. De ahí que sea tan difícil imponer el marxismo en forma pacífica. Las defensas automáticas de la burguesía son casi invulnerables...

En la sala de conferencias, montada en un decrepito galpón de madera agrietada, reinaba un silencio alterado a veces por los gritos de unos chicuelos que jugaban a la pelota en las cercanías. Desde lejos llegaban los bocinazos de automóviles y buses. El charlista, sentado entre Venancio Muñoz y el jefe local del partido, vestía con atildamiento, con un pañuelo del mismo color que el de la corbata asomado en el bolsillo superior de la chaqueta. Bebió un sorbo de agua.

—Nuestra labor, entonces, debe consistir especialmente en desprestigiar las instituciones burguesas, en demostrar que se asientan sobre estructuras caducas, construidas exclusivamente para sostener a una clase social indiferente a las aspiraciones del pueblo. Entregan las reivindicaciones de a migajas, al cabo de luchas que duran años y años, en medio de sacrificios y tropelías sin cuento. La democracia cristiana es precisamente eso: el capitalizador de las migajas. Habla de cambiar las estructuras, pero su acción, en el fondo, no hace sino consolidar las existentes. Ustedes, como dirigentes de grupos, deben tener presente esto: la falsedad y ambigüedad de estos sectores paternalistas que se presentan como redentores del proletariado.

“En esta lucha no hay términos medios. El pueblo debe conquistar todo el poder”.

“Tenemos la posibilidad de llegar al gobierno a través de elecciones. Ya en el gobierno, nuestro trabajo se facilitará enormemente. Porque la acción de carcomer los cimientos capitalistas, de infiltrarse en los sectores más reaccionarios, de ganarse a las fuerzas armadas para conseguir un ejército popular, contaría con el apoyo gubernamental”.

“Pero, ¿cómo burlar hoy las defensas automáticas de la burguesía? El hombre del pueblo es incapaz de evitar la alienación que recibe a diario por la radio, la prensa y la televisión. Es un ciclo cerrado. Ciertamente es que los sistemas democráticos, al permitir la existencia de los partidos populares, hacen más fácil nuestra acción. Pero también, automáticamente, la burguesía genera sus anticuerpos. La democracia cristiana es uno de ellos. Se aplauden las ideas marxistas, se las comenta en los salones, se considera de buen tono dárselas de izquierdista. Pero solamente de los dientes para afuera, como un mero pasatiempo de café, como un ejercicio intelectual, cuando mucho.

“Porque por otro lado la alienación sigue trabajando activa, impunemente. Proliferan las revistuchas sobre modas, artistas de cine y televisión, gastronomía y otras porquerías destinadas exclusivamente a la clase alta. Días pasados *El Mercurio* traía una serie de consejos destinados a las madres que enviaban a sus hijos a clases. Del desayuno que debía dársele a los niños. Pan, leche, mantequilla, por sus calorías. Y venían las recomendaciones, impregnadas de ternura. La mantequilla hay que sacarla del refrigerador por lo menos una hora antes de servirla, señora. —Risas—. De este modo será más fácil esparcirla sobre la tostada. También es conveniente tener algún embutido, como mortadela o jamón, para prepararle algún sandwich al niño. Como ustedes ven, una completa e intencionada ignorancia de nuestra realidad social. ¡Cuántas familias populares sólo tienen como único alimento para el día una taza de té puro con un pedazo de pan!

“Una revista destinada a la juventud decía: “Ya es tiempo de guardar los esquís y preparar el bote...” —Nuevas risas—. Todo destinado a las clases económicamente acomodadas. Ni siquiera a la clase media nacional. Y nuestro pueblo lee estas porquerías y se impregna de todos esos consejos destinados a los poderosos. Vive así una vida falsa, porque la propaganda burguesa lo aliena hasta el extremo de que llega a despreciar a su propia clase, a odiarla, inclusive. Recuerdo una obra teatral sobre la vida de los negros en Norteamérica. Uno de lo

personajes decía que los niños negros, acostumbrados a ver como la gente de color era siempre la mala o violenta en las películas y series de televisión, aplaudían cuando uno de sus hermanos de raza era castigado... ¡Imagínense!”.

“A la burguesía hay que darle con el mocho del hacha, sin compasión alguna. Y para lograr este objetivo el pueblo debe tener muy clara su conciencia de clase. Debe sentirse orgulloso de su condición de obrero, y tener la seguridad de que es la única clase social merecedora de poseer todo el poder político y económico de este país...”

* * *

Un día cualquiera Cesar Ovando comenzó a saludarlo, aunque hasta ese momento ignoraba incluso su nombre. Vestía siempre correctos trajes oscuros, en contraste con su rostro ancho, pálido, cuyos ojos huidizos jamás descansaban. Caminaba erguido, con la barbilla exageradamente levantada, y muy a lo lejos se le veía acompañado.

A principios de octubre se sentó al lado de Alejandro en la clase de economía política, impregnado en un fuerte perfume y el humo de los cigarrillos rubios, que fumaba con parsimonia. Miraba con los ojos entrecerrados, desde arriba, con una mezcla de ironía y desconfianza, y su voz untuosa, de suaves inflexiones, le recordó a Alejandro el protagonista chino de una película de terror que viera en su niñez. Comentarios cáusticos sobre el profesor, de lo aburrido de su clase, de que se daba mucha importancia, cosas todas sin interés para Alejandro.

—Sólo me incorporé a clases en mayo, por motivos de salud. Mi asistencia es bastante mala —explicó Ovando, al concluir la lección—. Durante las vacaciones de invierno caí con una gripe que se me complicó y convirtió en pulmonía. ¡Soy muy delicado del pulmón!

No se le despegó durante el recreo. Alejandro buscaba con la mirada a Francisco, pero sin encontrarlo.

—¿Conoces a Rafael Figueroa? —preguntó César, con su tono entre azucarado y sarcástico, viendo que un joven moreno, de pelo crespo y amigo de Bezanilla, saludaba a Alejandro—. Tipo de mala clase. Le viene por su sangre negra.

—¿Sangre negra?

—¿No lo sabías? Es mulato. La madre es una Lenormand, un francés que llegó de la Guayana, hijo de una negra. ¡Gente muy ordinaria y mal nacida! Es cuestión de mirarlo, no más. ¿No te habías fijado en su pelo motudo? Además tiene *callana*.

—¿Qué es eso?

—¿La callana? Es una mancha que todos los descendientes de negro llevan en alguna parte del cuerpo, generalmente en la nalga. Hay muchos tipos con callana aquí.

—Pero a Chile llegaron pocos negros.

—Es lo que dicen. Pero muchos apellidos son de origen negro, como Subercaseaux, Figueroa, Blanco...

—¿Blanco es negro? ¡Esa sí que es buena! ¿De dónde sacas todo eso?

—Me gusta la genealogía. Mi apellido, por ejemplo, es antiquísimo. De los más antiguo de Chile. Con decirte que mi abuela es sobrina nieta de José Miguel Carrera, y Carrera es la familia chilena de más rancio abolengo. —Junto con afirmar algo, caminaba tres o cuatro rápidos pasos en diagonal, como para darle énfasis a sus argumentos—. Y por parte de mi padre, desciendo de los incas. Mi abuela paterna es una Cucicanqui, chozna directa de Atahualpa. ¡Son pocas las familias limpias en Chile! Pero yo te he visto conversando con un muchacho Valdés, que es de lo mejor de Santiago. ¡Esa sí que es gente distinguida!

—¿Conoces a la familia de Francisco?

—Sólo de referencias. Es de los mejores linajes de Chile. Se remontan a la primera época de la conquista. —Le brillaban los ojos amarillentos, y las aletas de sus narices se pusieron pálidas—. Gente así siempre será dueña de este país. Nada sacan con reformas agrarias y todas esas porquerías que inventan los amargados socia-

les, esos que ni siquiera tienen un antepasado para muestra.

—Pero, ¿para qué sirve un buen apellido cuando no hay dinero detrás?

—¡Las preguntas tuyas! Es el mejor capital que puedes tener en Chile. ¡Todas las puertas se te abren! Y también se te abren las piernas de las mujeres de clase media y las siúticas, que se vuelven locas por los tipos aristocráticos. ¿No te has fijado como los miran cuando andas con tus amigos? A todas les gustaría estar con ustedes. ¡Aquí el arribismo es espantoso! Muchas mujeres entran a leyes solamente para conocer algún tipo bien nacido, soñando casarse con él. —Y prosiguió doctoral—. Lo mejor de Chile se encuentra en los apellidos castellanos. Los vascos le siguen. Y pare de contar. Todos los demás son unos recién llegados, unos advenedizos.

—A propósito, ¿conoces a un escritor de apellido Alamos, Jorge Alamos?

—No será de los Alamos Ramírez.

—Creo que el segundo apellido es Ramírez.

—¡Ah! Déjame hasta ahí. Por lo Alamos son buena gente. Pero por lo Ramírez tienen una bastardía muy fea, bastante próxima.

—¡Me imaginaba! —exclamó Alejandro, y comprendió que le estaba siguiendo el juego a Ovando.

Entonces se encontraron con Francisco, y Alejandro los presentó.

—Tenía muchas ganas de conocerlo —expresó César, con gravedad—. Usted es de los Valdés de Reyna, ¿no?

—Sí, mi abuelo era Valdés de Reyna.

Ovando echó una significativa ojeada a Alejandro, como diciéndole, ¿no te lo advertí?

—Ustedes entroncan con los Carrera, por línea paterna.

—Sí, claro. ¡Sabe mucho de estas cosas!

—Es que la genealogía es el fuerte de César —puntualizó Alejandro.

—¡Qué entretenido! Yo tengo un tío, Alfredo Valdés, que sabe mucho de familias chilenas. Siempre me cuenta las cosas más divertidas.

Ovando los invitó al casino. **Mayorazgos, bastardías,**

solares, callanas, arribistas, malévolos comentarios con un corrosivo sarcasmo, en un tono inconscientemente fruncido, más gracioso incluso que sus conclusiones.

—¡Pero si ese es mulato completo! Tiene una callana del porte de una mano... ¡Varios se la han visto! —O también—: Una bastardía en la segunda generación. Muy mala clase. ¡De lo peor que hay!

Al unírseles Bezanilla, Ovando trazó su ascendencia con facilidad. Desde ese día, en cuanto divisaba a Alejandro o Francisco corría a juntárseles.

Pero algo en Ovando le producía una secreta desconfianza.

CAPITULO XXXII

Mariana abrió desmesuradamente los ojos, y se precipitó sobre Ignacio con los brazos extendidos en el enorme vestíbulo del Banco de Chile colmado de público a esa hora. Y le presentó a Ingrid.

—¡No has cambiado nada! Solamente te noto un poco más delgada.

—En cambio tú tienes varios kilos demás —comentó Mariana, en tono crítico.

—¡La buena vida! —exclamó Ignacio, mirando a Ingrid, que permanecía callada, observándolo curiosa—. Son las doce. El Crillón está al lado, ¿me acompañan?

—¿Usted es el famoso Ignacio Valdés? —preguntó Ingrid, calmada.

—Yo soy Ignacio Valdés. Que sea o no famoso, es otra historia.

Un hombre alto, de unos sesenta años y mirada penetrante, llamó a Ignacio.

—¡Tío Hernán! ¡Qué gusto de verlo! —Presentó a sus acompañantes.

—Sólo una interrupción muy corta. No te olvides del proyecto Riesco, por favor. ¡Es importantísimo! Házmelo llegar cuanto antes.

—Se lo envié ayer en la tarde. Debe estar en su oficina.

Quedaban pocas mesas disponibles en el gran salón del hotel. Mariana adoptó un aire de importancia al sentirse observada por la gente.

—Ignacio es el hombre con mayores condiciones para

cualquier cosa que he conocido. Pero nunca ha sabido aprovecharlas, ¿no es así, tesoro?

—¡Es lo que tú crees! Pienso que las he aprovechado bastante bien, pero a mi manera, desde luego.

—Es lo importante, después de todo —terció Ingrid.

—Pero, ¡imagínate, Ingrid! Un hombre que tuvo Hollywood a sus pies, que le ofrecieron contratos cinematográficos, que convivió con lo mejor de la realeza europea, ha venido a terminar como diputado en Chile.

—¡Es el único lugar donde podía ser diputado! Algo podré hacer por el país. Es más importante que ser actor de cine en Norteamérica, o pariente político de la reina de Inglaterra. ¿No les parece? Soy chileno, y mi familia vive aquí desde la conquista.

—¡Le encuentro toda la razón del mundo! —exclamó Ingrid, con una cierta convicción en su voz lisa—. El señor que conversó con usted en el banco, ¿es un político, también?

—Sí, mi tío Hernán Valdés, primo de mi padre. Es senador por Bío-Bío. Anda muy preocupado con un proyecto para defender a los agricultores de la reforma agraria.

—Pero deberían cambiarle el nombre al proyecto. ¡Miren que llamarlo Riesco! Los Riesco, los Valdés, los Correa y otras familias han sido terratenientes tradicionales en este país. ¡Póngale proyecto Zapata o Zúñiga! —exclamó Mariana.

—El patrocinador es el senador Riesco —explicó Ignacio, riendo con la observación—. Es bueno que un proyecto así lleve el nombre de una familia vinculada históricamente a la tierra. ¿Por qué despreciar las tradiciones? Esa es cosa de los marxistas. También atacan nuestro sistema judicial, la constitución, todo lo que consideran burgués... Es la necesidad la que hace cambiar las instituciones, a través de un proceso natural, y no las revoluciones.

—¡Estás cada día más reaccionario! —dijo Mariana.

—¡No hablemos de política, mejor! —intervino Ingrid—. ¿Saben? Estoy leyendo *La peste*, de Camus. ¿La leyó usted? —Se dirigió a Ignacio.

—No. Sólo he leído *El extranjero*. Pero ví algunas

obras de teatro de Camus, en Francia.

Repentinamente enfurruñada, Mariana miró su reloj con ostentación, y se puso de pie.

—¿Cómo? ¿Te vas ya? —También Ignacio se paró.

—Sí, tengo varias cosas que hacer todavía. ¡Llámame en la tarde! —le dijo a Ingrid, con una cierta furia contenida.

—Mariana anda preocupada, ¿o es idea mía? —Ignacio volvió a sentarse—. ¡Qué lástima! Es tan encantadora... ¿Son muy amigas?

—Bastante, aunque nos conocimos hace poco tiempo. Es muy especial, muy ella misma...

—Usted sí que me parece muy especial —dijo entonces Ignacio, con una calculada lentitud.

—¿Por qué?

—Le encuentro mucho carácter, una personalidad muy firme. Me gusta la gente así. Le propongo una cosa: vámonos a almorzar a mi casa. ¡La piscina está deliciosa! Pasemos a buscar su traje de baño.

—¡Es una idea excelente!

* * *

Había conocido a Soledad cuando la estirada mujer llegó preguntando por su marido, y Raúl Vásquez debió atenderla mientras localizaban a Antonio. De buena figura, su dura expresión y apariencia altanera impedían todo acercamiento. Apenas acudió Antonio, se encerraron en su oficina, y Raúl volvió a verla un par de veces más, de pasada y siempre en Acomsa.

Retiró una orden de compra, y bajó por Moneda en la tarde abochornada, la mente saturada con el irritante comportamiento de Antonio, de cómo había cambiado después de la licitación de los buses. Acentuó su frialdad, y se tornó agresivo. No lo citaba a reuniones, lo saludaba apenas, y se reducía a impartirle algunas órdenes perentorias. Aunque Raúl no le temía, la conducta de su jefe directo lo desazonaba, y con mayor razón considerando su relación con Daisy. Le hizo el quite a una vendedora

ambulante con un canasto atiborrado de caramelos, chocolates y galletas, y estuvo a un tris de estrellarse con la puerta de un automóvil que una mujer abría desde el interior. Ella se quedó mirándolo sorprendida y Raúl, improvisando una sonrisa, la ayudó a bajar. Como su acompañante también salía del coche, debió preocuparse de atenderla a su turno. Y se encontró con Soledad de Valdés, que lo saludó secamente.

—Pero preséntanos, Soledad —exclamó la otra, en un tono de reconvención.

—Mi prima Virginia. —Soledad parecía deseosa de terminar pronto.

Estatura mediana, unos 35 años, Virginia le clavó los ojos oscuros con una desconcertante fijeza. Su vestido de seda blanca, con flores estampadas, y una pesada pulsera de oro, atrajo las miradas de dos mujeres que pasaban por la estrecha vereda.

—¡Usted se parece tanto a alguien que conocí hace años! —dijo ella, con una voz gruesa, afinada—. Al padre de mi primer marido. ¿Cómo es su nombre?

—Virginia, se está haciendo tarde. Benjamín te citó a las tres y media. Y su estudio se llena...

—¡Sí, sí! Voy al tiro. ¿Dónde podría llamarlo? Me encantaría verlo de nuevo.

Le dió el teléfono de su oficina. Nada comentó con Antonio, pero este tocó al pasar el hecho, con su actitud incolora de siempre, desprovista de cordialidad. Virginia lo llamó al medio día siguiente, y lo invitó esa tarde a su casa con una sorprendente resolución. Se sobrecogió frente a la gran residencia revestida en piedra gris, con buganvillas en sus esquinas, y precedida por un amplio patio de estacionamiento. Un matrimonio deslavado y una tía vieja acompañaban a Virginia. No se excusó por acudir solo, porque tácitamente había comprendido que así lo quería la mujer. Las visitas se marcharon antes de las nueve, y Virginia le hizo un gesto disimulado para que se quedara. Se preocupaba para hacerlo sentirse comfortable. Le acercaba el cenicero, le mantenía lleno el vaso de whisky, le preparaba ella misma las tostadas con caviar. ¿Cómo no hallarse a gusto en un espumoso sillón, forrado en terciopelo, y rodeado de finos muebles y

porcelanas? El amplio salón albergaba una elegancia cálida, sobria, acogedora, y tras sus ventanales encortinados se columbraban frondosos árboles.

— Me separé hace cinco años de mi segundo marido. ¡No sé como lo aguanté tanto! Siempre le gustó el juego, pero tenía suerte. Con el tiempo empezó a beber mucho, y con trago no se juega bien.

— Nunca he jugado.

— Comenzó a perder y a endeudarse. Cuando descubrí que me estaba comprometiendo a mí en sus manejos, me separé. — Se quedó mirándolo con sus ojos alegres, separados por una nariz aquilina, que no desequilibraba el armonioso conjunto.

— ¿Y su primer marido?

— Murió. — Se sirvió whisky—. Fue un hombre extraordinario: trabajador, buen marido, buen padre. Lo conocí en Europa, cuando mi papá era representante del salitre. Llegó con una misión brasileña. Pertenecía a una de las familias más distinguidas de Río. ¡Fuimos muy felices!

Pero murió a los diez años de matrimonio de un infarto, dejándola con dos hijas, una ya casada y la otra en plena adolescencia, que por esa semana visitaba a una amiga en Zapallar.

— No tuve hijos con mi segundo marido. Fue para mejor, después de todo.

— ¿Ha pensado casarse de nuevo?

— No sirvo para vivir sola —replicó, pensativa—. Necesito un marido. ¡No un hombre, solamente! —añadió con una suavidad cómica—. Tengo plata, así que tampoco necesito que me mantengan. Pero creo en el matrimonio, ¿ve? Es una buena institución.

La mucama de uniforme trajo una bandeja con queso mantecoso y aceitunas gordas, relucientes.

— O sea, usted vivió mucho tiempo en Brasil. — Lanzó el comentario descuidadamente.

— La verdad es que nunca me he venido de allá. ¡Es un país maravilloso! Todo lo que me dejó Joao está en Brasil. Esta casa y otra que tengo en Zapallar las heredé de mis padres. Vendí el fundo cuando comenzó el lío de la reforma agraria. Varias veces he estado a punto de

deshacerme de todo, pero soy muy sentimental. ¡Me gusta Chile! Pero prefiero no invertir aquí. Antonio, el marido de Soledad, quería que comprara acciones de Acomsa. Pero ese es un buen negocio para tipos como Pablo Valdés, solamente.

—¿Conoce a don Pablo?

—Muy poco. Sólo en la casa de Antonio y en matrimonios.

—Este... Su prima Soledad parece muy estirada.

—¿La encuentra usted? Es buena tipa y muy simpática en la intimidad. Pero con el marido que se gasta...

¡La compadezco!

—Yo trabajo con él —exclamó Raúl, aliviado—. ¡Me alegro que opine así!

—¡Es un pobre tipo! Si no fuera por Pablo Valdés, y lo que heredó de sus padres, se habría muerto de hambre. —Y bruscamente—: Y usted, ¿es feliz en su matrimonio?

—Yo creo que sí. —La pregunta lo pilló desprevenido—. Me avengo bastante con mi mujer. No hemos tenido hijos, pero creo que no nos ha hecho falta.

—¡Los hijos unen mucho! No sé que habría hecho sin mis hijas. Es lo que me recuerda a Joao, también. Es la única vez que he estado enamorada. Era bastante mayor que yo. Me formó, en la práctica. Cuando nos casamos yo era un pajarito, criada a la antigua, apegada a mi mamá, con la cabeza llena de esos prejuicios religiosos que a uno le meten cuando chica. Después que Joao murió, lloré semanas enteras. ¡Me dolía todo el cuerpo de tanto llorar! Lo que es la vida, ¿no? Tanto que uno llora a los muertos, cuando ellos están mejor que uno, después de todo. La muerte es un descanso para todas las penurias de esta vida, ¿no cree? Pero uno llora a los muertos, los compadece.

—No lo había pensado así.

—¡Son los vivos los que se quedan solos y tristes! Joao me lo decía. Perdió un sobrino muy querido en un accidente automovilístico. Fue algo espantoso. Mi marido era el más tranquilo. Total: la muerte fue instantánea, me decía. No sufrió nada. Que haya quedado destrozado es terrible para nosotros, pero no para él.

La mucama anunció que la comida estaba lista. De caderas estrechas y piernas delgadas, Virginia caminaba con una cadenciosa agilidad.

Y así Raúl se encontró metido en el mundo de Virginia. Recién cumplidos los 30 años, por lo menos había empleado doce en conquistar una posición social. Y en esa batalla vió como otros, ayudados por la suerte, lo obtenían todo. Había ocurrido con Rolando Cárdenas. En cambio Raúl, aunque aportase los mejores negocios e iniciativas, en Acomsa ya le habían fijado un techo. Hasta las felicitaciones se las escatimaban para no envanecerlo, como oyerá decir a alguien, y siempre debería pelear el último centavo de sus legítimas comisiones. Solamente la mediación de Rolando lo ayudó a recibir un trato mejor en el negocio de los buses, y tampoco nada extraordinario. Debía luchar por todo, y además meter a su mujer. Así, cuando Virginia le propuso invitarlo a comer con Antonio y su prima, replicó que le bastaba verse a diario con él en Acomsa. Y ella no insistió.

* * *

Venancio Muñoz fue un asiduo de la parroquia de la población, mientras estuvo a cargo de un cura norteamericano muy joven, e incansable para organizar competencias deportivas y pasatiempos. Cuando el gringo se fué, llegó un cura viejo, perezoso y ladino, sólo preocupado de sacarle dávidas a los fieles acomodados, porque la iglesia se alzaba en el límite de la población y el barrio de Cerrillos. Se olvidó de las misas y ni siquiera hizo la primera comunión. Integrado a la juventud comunista del barrio, pronto se imbuía de ateísmo y materialismo histórico. Pero entonces la Iglesia empezó a preocuparse de las clases populares, inquieta sin duda por la creciente indiferencia de la burguesía y clase media. Y el pueblo siempre acoge a quienes le ofrecen reivindicaciones en este mundo.

Mientras los curas le enseñasen al pueblo a luchar por sus derechos, a no dejarse explotar, a exigir una

paga justa por su trabajo, a pedir una mejor distribución de los ingresos, evitando que todo fuese engullido por los insaciables patrones, podía considerárseles colaboradores en una causa común.

—Esta labor constituye una excelente base para sembrar luego las ideas marxistas —señaló en una charla Leonidas Poblete, uno de los ideólogos jóvenes del partido, y ex seminarista—. El verbo “pedir” se transforma con facilidad en “exigir”, e incluso en “tomar por la fuerza” cuando se insiste en negativas y tramitaciones. En esta acción la Iglesia necesariamente debe seguir debilitándose, porque su doctrina no fue concebida para la lucha temporal, sino exclusivamente espiritual. Y cuando interviene en la primera, surgen de inmediato las contradicciones internas, porque lo humano y lo divino serán siempre términos incompatibles en la práctica. En el mundo la religión no puede proporcionar las armas para obtener el pan real, sino solamente ese pan único que es el cuerpo de Cristo. De ahí que el marxismo rechace por principio esa dualidad. Cuando los servidores de la divinidad entran en la lucha por la supervivencia física de sus seguidores, inician el proceso de su autodestrucción. Este progresivo debilitamiento se aprecia en diversas actitudes. Aunque la Iglesia sigue preconizando el celibato eclesiástico, por ejemplo, los curas cada vez lo acatan menos. Los sacerdotes que trabajan en las poblaciones terminan a veces enredándose con alguna mujer, con las mismas jovencitas burguesas que colaboran con ellos en su acción pastoral. Y es común que cuelguen las sotanas y se casen. La iglesia se ha visto obligada a mostrarse tolerante con estas “flaquezas”, y ahora no lanzá contra esos sacerdotes el anatema de la excomunión. Se limita a llevarlos a otros lugares, donde puedan reiniciar su vida, siempre bajo el ala protectora de la religión, evitando así que se conviertan en sus peores detractores, como ocurría antes. Pero en esencia, y esto es lo importante, la Iglesia sigue siendo nuestra enemiga, porque su acción siempre favorecerá a la larga a la burguesía. Hasta hace pocos años, los curas eran los regalones de los latifundistas, especialmente en las épocas de misiones. Entonces enseñaban la humildad

y conformidad con los bienes buenamente dispensados por el Señor. Pero cuando vieron que en las ciudades se estaban quedando sin clientela, les bajó el amor por los pobres...

Ciertos hechos aislados, por otra parte, contribuían a alimentar ese secreto rencor contra los curas. La novia de un dirigente de las juventudes comunistas se había enamorado del joven párroco que reemplazara al sacerdote viejo. Eficiente, activo y vital, organizó el movimiento obrero católico y los centros de esparcimiento, clubes deportivos y programas culturales para sacar a los muchachos de la vagancia, el vicio y la delincuencia. A nadie sorprendió en exceso el romance, porque el cura solía cantar y hasta bailar en las fiestas parroquiales. Pero el novio no reaccionó con tanta filosofía. Y fue a la parroquia para ajustar cuentas con el causante de sus desventuras. Pero el sacerdote resultó duro y el agresor debió retirarse machucado y con la cola entre las piernas. Enceguecido de odio y frustración, planteó su caso al partido. Años antes, el incidente habría constituido un excelente trampolín para desatar una campaña contra la Iglesia. Pero soplaban otros vientos. La acción social del sacerdote gozaba de popularidad, y una acusación pública en ningún caso lo habría desprestigiado. Al revés: eso significaba que el cura "se las podía". El pueblo prefería a un sacerdote macho.

El partido recomendó al joven militante que se buscase otra mujer. Pero después de una rencilla, la muchacha dejó al cura, y volvió a los brazos de su prometido. Se casaron rápidamente, y se fueron lejos de allí. Al poco tiempo el cura obtenía la dirección de la joven de sus propios padres y partió a buscarla. La muchacha empacó sus cosas y lo siguió. Esta vez el párroco se marchó de la población y dejó todo botado. El marido perdió los estribos. ¿Valía la pena seguir guardándole las espaldas a la Iglesia? Una cosa era solidarizar con su teología de la liberación, pero sin perder de vista que seguía enrolada en el bando contrario. Había que aprovechar toda ocasión de desprestigiarla, de desenmascarar sus verdaderos propósitos. Fue la tesis que se impuso.

El partido inició una campaña encubierta contra la

Iglesia en la población. *El Siglo* relató que la tarea evangelizadora de un joven sacerdote había culminado en lo de siempre: los burgueses, con o sin sotana, bajan al pueblo en busca de nuevas emociones. Pero solamente en procura de placeres transitorios, porque para casarse procedían siempre por conveniencias familiares y económicas.

Una poblada, reunida subrepticamente por el partido comunista, intentó incendiar las instalaciones parroquiales, y una efigie del cura fue quemada públicamente. Y se hizo especial hincapié en su parentesco con uno de los parlamentarios demócratas cristianos. De paso se le asestó un golpe al gobierno que, con su odiada promoción popular, infiltraba día a día las poblaciones.

El partido mantuvo movilizado a los habitantes del sector, y estimuló la furia anticlerical con la difusión de otros escándalos, generalmente inventados. El gobierno decé entraría pronto a su último año.

Así Venancio Muñoz llegó a la convicción de que la Iglesia debía ser siempre mirada con desconfianza.

CAPITULO XXXIII

Quizá por su manera artificiosa de pronunciar, o porque jamás miraba de frente, Ovando no conseguía simpatizarle. Y en la escuela siempre lo buscaba o se pegaba a Francisco o cualquiera de los amigos que Alejandro le presentase. Rodrigo Bezanilla se reía al comienzo de su "espantosa siutiquería".

—¡Ovando Soto! Y pronuncia sus apellidos con un tono especial.

—Es Ovando Cucicanqui, por el padre —apuntó Alejandro, defendiéndolo.

—¡Para que más! Ovando Cucicanqui... ¡Hay cada patudo!

Un día César lo llevó a su casa en Los Leones. Su padre padecía alguna enfermedad, reflejada en su extrema palidez, y un rictus que contraía constantemente su rostro alargado, flaco, y el nerviosismo de la madre la traicionaba en sus menores gestos. El hermano mayor estudiaba arquitectura. Apagado, sin nada destacable, se parecían en la mirada huidiza, pero carecía del tono untuoso y la rara elocuencia de César. También vivía en la casa una niña rubia, de no más de dos años.

—Es hija de la empleada —le explicó César, confidencial—. Pero la consideramos prácticamente de la familia.

La última hora de clase acababa de finalizar. Alejandro vio que Ovando interceptaba a Francisco cuando se dirigía a la salida, y le conversaba con su abundancia de gestos y desplazamientos en el antepatio empedrado. El

vozarrón de Fuad Atala lo sobresaltó:

—Acompáñame a buscar una matriz que mandé hacer, y después te invito a almorzar.

Aunque en plena primavera, nubarrones amenazantes avanzaban desde el norte. La moto de Francisco aceleró con un poderoso rugido, mientras Ovando atravesaba Santa María. Tomaron por Pío IX, bordearon el San Cristóbal y siguieron por avenida Perú.

—Los rotos están liquidados porque son flojos. El que me hace la matriz vive como un perro, en un conventillo. Y podría ganar cualquier plata, porque cuando quiere, trabaja muy bien. Es un verdadero artista. Pero apenas gana unos pesos, se los toma. Trabaja entre mona y mona. Y no tengo otro a quien mandarle hacer estas cosas. Obligado a aguantarlo, no más. Es lo que me enfurece. ¡Tener que depender de estas mierdas!. Me atrasan todo, me dejan en mal pie con los clientes. No respetan nada. Les da lo mismo el tiempo ajeno y la plata de los demás.

Pero ante una mujer sacaba la cabeza por la ventanilla, y le lanzaba requiebros subidos de color. Y se daba vuelta para seguir mirándola, despreocupándose de la conducción. Pero sus buenos reflejos le permitían sortear a tiempo los peligros, aunque no impedían los sustos de Alejandro. La Paz, Recoleta, Independencia. Cerca de los cementerios, Fuad entró por una calle bordeada de casas míseras, todas de un piso, donde los chicuelos jugaban al fútbol desaprensivamente, sin preocuparse del automóvil que avanzaba sobre ellos. De una esquina surgió un carruaje negro, viejo, destartado, con una especia de ataúd sobre la cabina. Imposible concebir nada más tétrico que ese furgón desajustado, conducido por un hombre flaco, de rostro cetrino.

—¡El cochero de la muerte! —exclamó Fuad, riendo—. Alguien me contó que unos funcionarios de la morgue salieron de farra en un furgón mortuorio, se curaron como pico, y chocaron por aquí. ¡Quedó el desparramo...!

Fuad estacionó en una callejuela ciega, rodeada por casitas de ladrillos. Un perro, que dormía en la cuneta, donde se acumulaban basuras, se levantó entre ladridos

famélicos.

—Espérame unos minutos. No vale la pena que vengas.

Fuad dejó puesta la radio, que transmitía una música disonante, con ciertas estridencias premonitorias, adecuado marco para el mísero panorama desprovisto de relieve bajo la luminosidad mortecina, que el cielo encapotado tamizaba. Se quedó como sobrecogido, y cuando los primeros goterones se estrellaron contra el parabrisas, el locutor anunció *El encantamiento de la primavera*. Nunca hasta entonces había tenido paciencia para escuchar a Stravinsky. A veces el encuentro con el arte depende de circunstancias insólitas.

Debió obligar al maestro a terminar la matriz en su presencia, porque quería postergarla para el día siguiente, le explicó Fuad al regresar, luego de una prolongada ausencia.

—Bien: ahora vamos a almorzar. Tengo mucha hambre.

En un restorán árabe de Recoleta, y atendido por el dueño, que conocía a Fuad, Alejandro disfrutó de las hojas de parra, acelgas, berenjenas y zapallos italianos rellenos con arroz y carne. Algo se mareó, porque despacharon una botella de vino entre los dos y unos bajativos “por cuenta de la casa”. Fuad conducía a gran velocidad por Vicuña Mackenna, pero ahora más concentrado en el volante.

—Después te voy a llevar a mi nido de amor. ¿Sabías que cuando las mujeres se echan coca en la zorra sienten que se los está metiendo un elefante? Una amiga mía se aficionó al LSD. ¿Conoces a un tal Efraín Torrealba? Se hace pasar por médico o algo así. Es el sumo sacerdote del LSD en Santiago. Según Torrealba, con el LSD se entra en el paraíso. Organiza unas reuniones con cabritas jóvenes, y a todas les da LSD. Se empelotan, y arman grandes orgías. ¿Te has fijado todo lo que inventa la gente para tirar? Pero lo mejor de Torrealba es un tratamiento que ha craneado para las mujeres con problemas sentimentales y nerviosos. La “caricioterapia”. Es una nueva ciencia descubierta por este sabio. Según mi amiga, Torrealba usa un socio o ayudante, porque tiene que

ser entre dos la cosa. Hacen que la mujer se desnude y comienzan a correrle mano. Luego se la tiran por turno. ¡Creo que a la tercera sesión quedan como nuevas...!

Lanzó una carcajada cavernosa. Un cliente esperaba en la fábrica, y Fuad dejó a Alejandro leyendo revistas en una salita.

— ¡Ando con suerte! Para ese cliente que viste era la matriz que fuimos a buscar. ¡Quedé como un rey!

En avenida Matta un automóvil acababa de chocar. Derribó un poste del alumbrado público, y quedó semi-tumbado en el bordillo, humeando. Una mujer daba gritos despavoridos, que Alejandro alcanzó a oír a través de la ventanilla abierta de Fuad. Los curiosos se acumulaban rápidamente.

— Debe haber muerto alguien.

La idea de la muerte se hacía presente por segunda vez durante el día. Algo se le ensombreció el ánimo, que el almuerzo y el trago consiguieran levantarle. Lloviznaba de nuevo. Fuad se detuvo al final de una calle que describía una larga curva, orillada por edificios de departamentos, cerca del cerro Santa Lucía. Entrando al vestíbulo, Alejandro por poco se estrelló con Elvira, que hizo un breve, casi imperceptible amago de saludarlo, pero desviando la cara apretó el paso. Estuvo a punto de seguirla.

— ¿La conoces? Me gusta mucho, pero es muy estirada — comentó Fuad en el sobrio recinto, un tanto oscuro.

— La conocí hace tiempo. ¿Vive aquí?

— En el cuarto piso. Un viejo jaibón la viene a ver casi todos los días. La mantiene vestida como un maniquí, y con auto a la puerta. Parece que es hombre de mucha torta, porque le arrienda uno de los departamentos más grandes...

En la salita de estar descollaba una electrola. Fuad puso discos y fue a la cocinilla a sacar hielo. Alejandro se asomó al dormitorio, ocupado casi íntegramente por una enorme cama.

— ¡De campeonato! ¿Qué te parece? — Su voz atronaba el estrecho ambiente. Puso un disco, y tomando el teléfono —: Voy a llamar a unas amigas.

Y su desafinado vozarrón hizo un dúo con el andrógino cantante flamenco:

*Y están clavadas dos cruces
En el monte del olvido...*

* * *

—Yo no estaba enamorada cuando me casé con Joao. Lo encontraba viejo. Entonces me preocupaba el que dirán. Mis padres se volvieron locos con él. ¡Es tu gran oportunidad, Virginia! ¿No te das cuenta? Tenían razón. Pero entonces no lo comprendí así. No creas que me casé forzada. Lo hice por propia decisión, conscientemente. Quería tener mi vida, no seguir siendo una hija de familia. Y nunca me he arrepentido. Terminé loca por Joao. Porque la mujer siempre se enamora del hombre que le da seguridad, que la protege. Y yo creo que al hombre le pasa algo parecido.

Pero evitaba las aventuras, aunque durante su nueva soltería los pretendientes llegaban por docenas, le confesó riendo. O matrimonio o nada. Virginia lo llamaba a diario, y se veían cada vez más seguido.

—¿Te casarías conmigo? —le preguntó una tarde Raúl, después de su tercer whisky.

Virginia encendió calmadamente un cigarrillo.

—¿Y destruir tu matrimonio?

—No contestas mi pregunta.

—Te contestaría que sí encantada si estuvieras soltero. ¡No quiero tener remordimientos de conciencia!

—¡Los dos somos mayores de edad! —exclamó Raúl, con cierto fastidio—. Mi amor por Daisy se ha enfriado, y no por culpa tuya. Para hablarte con franqueza, nunca nos ha unido nada espiritual. Y hay cosas que nos han ido distanciando, aunque procedíamos de acuerdo... —Se interrumpió.

Virginia, que lo escuchaba anhelante, no lo instó a seguir.

—Tampoco hemos tenido hijos. No hay una familia, ¿ves? Y ella no quiere tenerlos.

—Como te he dicho, necesito un hombre en la casa, que sirva de respeto para Constanza. Como has visto, es bastante indisciplinada. Y que me de seguridad a mí, además. Pero me gusta proceder con toda franqueza, sin cartas tapadas, a cara limpia.

Tal vez Constanza fuese un problema, porque no simpatizaban. Y la chica de 15 años, poco agraciada y con una inagotable vitalidad, parecía difícil de dominar. El año se acercaba a su término. Rolando Cárdenas había distanciado sus visitas a la oficina. Consciente o inconscientemente, los Cárdenas se hacían buscar: nunca tomaban la iniciativa de llamar a los Vásquez. El negocio de los buses haría más de la mitad de las utilidades de Acomsa para ese año. Pero ni este hecho mejoraba su posición en la empresa. La antipatía de Antonio seguía en ascenso. Y el propio gerente general, tan bien dispuesto hacia Raúl cuando Acomsa se adjudicó la licitación, volvió a su trato circunspecto, distante y frío de costumbre. Raúl atribuía su actitud a la labor de zapa realizada por Antonio en su contra. Porque el éxito del negocio se achacaba a Silberman. A Raúl sólo le reconocían su amistad con el judío, de haber servido de nexo entre Acomsa y aquél. En el fondo, sus servicios no se requerían. Virginia constituía su único escape para sus penurias. Sus últimos escrúpulos tambaleaban, pero debía enfrentar a Daisy, que aún mantenía su amistad con Antonio. Sólo al recordarlo la humillación se convertía en un ardor sofocante, que por poco lo hacía reventar como un sapo. Pero sabía desconectarse de los pensamientos ingratos.

Quizá fue determinante para Raúl un repentino comentario de Antonio:

—Sé que estás muy amigo de la prima de Soledad. ¡Hay muchos millones ahí! Y de dólares. —Usó un tono burlón, sarcástico, y sin esperar respuesta se encerró en su oficina.

Se abrió con Daisy esa noche, cuando recién terminaban de comer. De la cocina venía el ruido de la loza que la empleada lavaba. Daisy se quedó mirándolo,

incrédula.

—¡Tú estás loco! —exclamó, recuperándose. Sentada frente a él, con la mesa redonda de por medio, su rostro se desencajó momentáneamente—. ¿Piensas dejarme así, tranquilamente? ¿Qué te has imaginado...? ¡Te lo he dado todo, Raúl! ¡Todo! He hecho cualquier cosa por ayudarte... ¡Hasta me he metido con hombres que no me gustaban!

Su voz subía progresivamente de tono, mientras la expresión de su cara pasaba de la sorpresa a la cólera.

—Tú nunca has hecho nada que no te guste, Daisy. ¡Perdóname! Y el señor Antonio Valdés te encanta. ¡No me vengas con cuentos! Te aguanté demasiado...

—¿Me aguantaste? ¡Si tú mismo lo tramabas todo! Los invitabas a la casa y me dejabas sola con ellos. Y me decías que tenía que atenderlos bien. “Tenemos que llegar arriba como sea, m'hijita”. —Imitó la voz de Raúl.

—No es el momento de discutir estas cosas ahora. De algo puedes estar segura, eso sí: nunca pude acostumbrarme a la idea de que te acostabas con otros hombres en mi propia cama. ¡Reconozco que fuí culpable! Pero sólo ahora me doy cuenta de que lo nuestro fue cualquier cosa, menos un matrimonio decente. Y ahora quiero terminar con esta farsa. ¡No quiero seguir comiendo mierda! ¿Entiendes?

Por un instante Daisy pareció que iba a estallar en un ataque histérico. Sus ojos se abrieron desmesurados, las aletas de su perfecta nariz se estremecieron, y de su boca abierta surgió un sonido gutural. En la cocina cesaron los ruidos: seguramente la empleada no quería perderse una sílaba del tenso diálogo. Y entonces Daisy rompió en convulsivos sollozos. Se cubrió el rostro con las manos, en un gesto infantil, y se echó de bruces sobre la mesa del comedor.

Raúl abrió la puerta de la cocina, y encontró a la empleada pegada a la hoja. Le ordenó secamente que se fuese a su dormitorio.

—¡Déjate de llorar! —Se paró junto a Daisy—. La cosa no será tan terrible. Si eres razonable, vas a estar mejor que ahora. Porque no te abandonaré. Te daré todo el dinero que necesites. ¿Entiendes? Podrás com-

prar lo que quieras: ropa, joyas, auto nuevo. Si quieres, podrás irte a dar la vuelta al mundo.

Daisy no dejaba de llorar: su espalda combada se agitaba espasmódica.

—Si quieres, puedes casarte de nuevo. En ese caso, no seguiría ayudándote. Pero mientras permanezcas soltera, nada te negaré. ¡Piénsalo bien!

La voz de Daisy emergió distorsionada por el llanto, entrecortada, casi ininteligible.

—¡Nunca te daré el divorcio! Primero, muerta. ¡Sinvergüenza, cínico, cabrón...! Sí: cabrón. ¡Eso es lo que eres!

—Pero no quiero seguir siéndolo —replicó Raúl, calmado, encendiendo un cigarrillo—. Si no me das la separación me casaré en Uruguay o México. ¡Y no te largaré ni un puto peso! Elige tú. Lo que es yo, quiero empezar a vivir honorablemente.

Y se fue donde Virginia. A su regreso Daisy, ya acostada, pero despierta, se limitó a mirarlo fijamente, sumida en un taimado silencio.

Raúl se acostó, y pronto dormía profunda, plácidamente.

CAPITULO XXXIV

Sus primeros recuerdos rebosaban escenas con su padre desempeñando el papel principal. La sentaba en sus rodillas para contarle historias, o estrechándola entre sus brazos la hacía sentirse embargada de una dulce modorra. Como hija menor, "llegada de contrabando" cinco años después del último de una serie de tres hijos, y única mujer, Angélica se había criado en una cierta soledad, en un mundo de gente mayor, que le daba órdenes o le enseñaba esto o lo de más allá. Así procedían con ella sus hermanos, aunque poco los veía. Los dos menores la eludían por acusete y llorona. El mayor se lo llevaba estudiando o leyendo, y solamente aparecía a las horas de las comidas. Creció rodeada de temores oscuros, que se perfilaban en las grandes habitaciones de Dieciocho, o en la vieja casa de Algarrobo, al lado de la playa, donde pasaban los fines de semana, y también veraneaban desde principios de enero.

Y fue allí donde encontró a su padre inmóvil, sobre la hamaca donde dormía la siesta en el corredor frente al mar, cuando acababa de cumplir los doce años. Enmudeció ante su extraordinaria palidez y boca entreabierta. Al tocarle una mano el hielo se comunicó a todo su cuerpo. Estalló en gritos, mientras abrazaba y besaba el cadáver. El médico diría después que había muerto de un ataque fulminante al corazón mientras dormía.

La muerte de su padre acentuó su natural tendencia al aislamiento y la melancolía. Tampoco su adolescencia fue pródiga en amistades. Sólo se juntaba con algunas

compañeras de colegio y sus primas, pero no las buscaba ni llamaba por teléfono. Conoció a Raimundo en casa de su prima Ana María, cuando el muchacho hacía su tercer año de ingeniería civil, y ya se destacaba por su fuerte personalidad. El flirteo no tardó en transformarse para Angélica en un enamoramiento enfermizo. Pero volvió a encontrarle un sentido a la vida. Su notorio cambio tranquilizó a la mamá, que seguía viviendo para el recuerdo de su marido, rezándole noche a noche, comulgando a diario en su memoria, y visitando su tumba dos y tres veces por semana, acompañada siempre de Angélica.

La muchacha empezó a vivir prácticamente para Raimundo.

—¡Qué genial es todo lo que dice Raimundo! ¿No? —comentaba en las reuniones familiares, y la molestaba que los demás se quedasen fríos.

Porque Raimundo se parecía a su padre en el rabioso anticomunismo, y en esa enorme confianza que irradiaba cada uno de sus gestos. Pero un día Raimundo le comunicó con serenidad que había pensado detenidamente “en lo nuestro”, y no quería hacerla perder más tiempo. Inútilmente lloró y rogó. Y aún enterada de que Reimundo había mantenido paralelamente un romance con la hija de un rico maderero español, cuando la frecuentaba, insistió en llamarlo. Y ante sus negativas se sumergió en un profundo ensimismamiento. Ni su madre, que le enrostraba su falta de dignidad, amor propio y entereza, ni sus rezos y mandas, lograban consolarla. Dejaba transcurrir las horas encerrada en su dormitorio, sentada en un sillón junto a la ventana con vista al jardín, o recostada en el lecho, hasta que la luz del día se debilitaba. Sólo se recuperaba de esas especies de letargos cuando la oscuridad engullía los detalles de su alcoba. Comía en medio de un terco silencio, contestando con monosílabos las preguntas, esforzándose por aparecer más comunicativa únicamente cuando llegaban visitas y su madre la obligaba a quedarse acompañándola.

Insensiblemente, su desazón desembocó en un gran odio contra la prometida de Raimundo, que una prima le describiera como de tipo español —de nombre Dolores, todavía—, y de gran desenvoltura, porque Raimundo

aborrecía la timidez, incluso en las mujeres. Y quizá allí radicaba la génesis de su desgracia. Tarde para comprenderlo. Angélica, de pocas palabras, bastante irresoluta para sus 18 años, no encarnaba ni remotamente lo que Raimundo buscaba. Porque no le interesaba proteger. Si hubiese descifrado a tiempo uno de sus comentarios, tal vez todo habría resultado distinto:

—Medirse con un timorato, un acomplejado, no tiene ninguna gracia.

Buscaba una pareja igualmente fuerte, capaz de secundarlo en su vida, y no a quien debiese apoyar, moral o materialmente. Pronto el nombre Dolores simbolizaría su odio, su frustración, sus desencantos. Daba vueltas a su desconocida imagen, incubando en su corazón los mayores males hacia ella, las peores desgracias, sin escatimar la muerte, con una ferocidad que llegaba a corroerla dolorosamente. Hasta acudió a la iglesia donde, según su prima, Raimundo y Dolores asistían a misa de nueve. Angélica, el rostro invisible tras un velo negro de su madre, que comprara en uno de sus viajes por España — ¡cómo odiaba ese país! —, se instaló en la nave lateral, en las primeras filas, porque a Raimundo le gustaba ponerse adelante. Y así también lo hizo esta vez, mientras el pecho de Angélica se contraía con verdaderos espasmos de lacerante angustia. ¿Sería capaz de soportar toda la liturgia, celebrada por un sacerdote viejo, con una voz monótona y casi ininteligible, teniendo a la vista a Raimundo y la orgullosa Dolores, con su cabeza erguida, mirando a Dios de igual a igual, santiguándose y arrodillándose como quien dispensa una gran concesión? ¡Cómo la aborreció cuando el sacerdote iniciaba la consagración, con su tono cansado de anciano! “Porque El mismo, en vísperas de su pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan...” Dejaba fluir su odio detrás del velo, proyectándolo con toda su alma contra su enemiga, como si fuese algo material capaz de herirla. Y como de pronto pensara que el tul impedía de alguna manera la libre emisión de su rencor, se lo alzó, indiferente a que alguien la descubriese allí, con el rostro desfigurado por la pasión, mientras la voz cascada, de vieja moribunda, proclamaba: “Hermanos, este es el sacramento de nues-

tra fé". Pero ninguno de los dos volvió la cabeza. Permanecían muy concentrados en el oficiante, como si el mundo hubiese desaparecido en derredor.

Angélica, incapaz de aguantar hasta el final, se retiró.

* * *

Aún la primavera no ofrecía nada positivo. Los días avanzaban como a tirones, envueltos en una pegajosa, melancólica y enervante malancolía. En la segunda quincena de octubre, un general de ejército se acuarteló en su regimiento. Se pensó en un golpe de Estado. Grupos de muchachos, a medias organizados, partieron de la escuela para solidarizar con el gobierno. ¡Nunca antes el régimen había gozado de tanto respaldo pluripartidista!

Desde la residencial Alejandro se enteraba de todo por la radio de los estudiantes de agronomía. La situación vino a normalizarse al caer la noche. Supo algunos entretelones por Francisco, que los conoció a través de su padre. Conforme al conducto regular, el oficial había pedido una audiencia con el Presidente de la República, generalísimo de las fuerzas armadas, para plantearle problemas institucionales. Pero no fué recibido. Y se acuarteló para despertar a la opinión pública. Pablo Valdés consideraba el hecho como el quiebre decisivo de una larga situación no resuelta entre gobiernos, políticos y militares. Marcaba un hito importante en el progresivo distanciamiento del sector castrense de los políticos. Los militares calificaron el régimen decé como "gorilismo civil".

Pero Alejandro no tardó en relegar el incidente a un brumoso segundo término. No conseguía interesarse en la carrera de derecho, y quizá de ahí derivaba su estado de ánimo. Empezaba noviembre y veía con pavor como se aproximaba la fecha de los exámenes. César Ovando le había propuesto que estudiaran juntos en su casa, amplia, cómoda, tranquila, pero le dio una respuesta ambigua: no quería comprometerse excesivamente con él. Sus inquietudes genealógicas y sociales y su afición a los pelambrillos, terminaron por irritarlo, y como Ale-

jandro se sentía incapaz de disimular su desinterés o desagrado, Ovando debió darse cuenta. Para captar esas actitudes poseía una sensibilidad privilegiada. Evidentemente su negativa lo disgustó. Además por ese mismo tiempo la repentina muerte de su padre obligaría a Ovando a interrumpir sus estudios, todo lo cual contribuyó a desencadenar el enfriamiento en sus relaciones. El señor Ovando había fallecido de un cáncer pulmonar. La madre entró en un colapso nervioso, y César tuvo que ocuparse de atender los asuntos familiares, porque su abuela, Etelvina Cucicanqui, desconfiaba de su hermano mayor, el arquitecto. Todo esto lo supo Alejandro por Rodrigo Bezanilla y Sebastián Vergara, que seguían viéndose con Ovando, porque muy pocos en la escuela se habían enterado del deceso de su padre.

Durante la tarde lo llamó sorpresivamente Víctor Garcés, para invitarlo a la obra que acababa de estrenar Sofía. Su libro de cuentos ya estaba en la imprenta.

—¿Cómo irá a reaccionar el ambiente literario con *La tía Emilia y otros cuentos*? La envidia hace que la gente se muestre tal como es.

Escaso público para un drama mediocre, a juicio de la crítica, que llevaba apenas una semana de representaciones.

—¿Has estado con Sofía?

—No, por cierto. Pero me mandó dos invitaciones, con una tarjeta muy simpática. Parece que ya se le pasó la histeria conmigo. ¡Ese tal Rosas debe haberla tranquilizado!

—¿Lo conoces?

—De vista y de nombre, solamente. Tiene cara de buen gallo. Se ve muy suave, como femenino. Es de los tipos que le gustan a Sofía. ¡Su gama es bastante amplia, como sabes! Dicen que Rosas es muy inteligente, que se doctoró en literatura en la Sorbona. ¡No es un cualquiera!

—¿De qué edad?

—30 años, creo. Hombre maduro, ya reposado. Es otro cambio en Sofía, porque siempre le han gustado los veinteañeros como máximo. ¡Los que sean capaces de satisfacer sus exigencias sexuales, que son bastantes! Quiero verla como está. A ver si el cambio le ha hecho

bien.

En la primera fila, la acción se desplegaba sobre ellos, prácticamente. El público no ocupaba ni la cuarta parte de la capacidad del teatro. La obra, de corte policiaco, de un francés de tercera categoría, carecía de un especial atractivo, pero su truculencia permitía a Sofía lucir sus condiciones histriónicas. Gritos de horror, expresiones de odio o pánico súbitos, escenas de acción descabelladas y artificiosas. Sofía actuaba para Garcés, a quien le guiñó un ojo con disimulo. Llevaba un atuendo sugerente, algo como una bata sin mangas, abierta adelante, y debajo, una malla transparente que le cubría todo el cuerpo. Esto le permitía todo un despliegue exhibicionista a los ojos de Víctor, porque las butacas quedaban justo frente a un sillón donde la actriz se sentaba seguido. Garcés no disimulaba una progresiva excitación.

En el estrecho pasillo de los camarines Ismael Rioseco conversaba con un tipo de modales lánguidos, bien vestido. Era Felipe Rosas, que fumaba una pipa con un tabaco muy aromático. Allí comenzaba una escalera que conducía al camarín de Sofía. La actriz se asomó brevemente, y llamó a Víctor. Alejandro e Ismael escuchaban a Rosas, que con un grave tono de profesor hacía un análisis crítico de la obra.

—A mi juicio se ha ido superando noche a noche. Esta es la primera obra en que la veo actuar.

Ismael hizo una concisa reseña de la carrera de Sofía.

—¡Lástima no haberla visto en esas piezas, que son verdaderamente buenas! Durante todo ese tiempo yo estuve en Europa.

Víctor bajó risueño, con una mancha de carmín en su mejilla, junto a la comisura, que afortunadamente la penumbra del lugar disimuló. Sólo cuando caminaban por Estado en dirección a Alameda, Alejandro preguntó por Sofía.

—¡Tan caliente como de costumbre! No tienes idea lo que me costó sacarle la malla, porque es de una sola pieza, y la tenía completamente pegada al cuerpo... ¡Estuvo muy bueno! ¡Ah...! Te mandó saludos. —Ale-

jandro rió de buenas ganas, y otro tanto hizo Víctor—. Debe creer que me reconquistó. De nuevo se va a frustrar. Cosas así, rápidas, de entrada y salida, como se dice, me parecen buenas. Lo más rico era verle los cuernos a Rosas cuando bajaba la escalera. ¡Le llegaban al techo! Por eso solamente valía la pena... Uno de los grandes placeres del adulterio es saber que hay un huevón engañado, ¿no te parece? Sea el marido, el novio o el amante. Sin ese detalle los adulterios se convertirían en vulgares coitos, sin mayor sabor...

Cerca de Alameda una mujer alta, joven, cuya silueta no habría podido pasar inadvertida, atravesó su camino.

—¡Esa es la Mariana Stahl! Muy buena y muy puta, aunque ahora se ha puesto lesbiana, según me contaron. Decían que andaba con Ingrid... ¡Tú estabas esa vez! Pero Ingrid entró de nuevo por la senda del bien. ¡Se casa, parece!

—¿Ingrid? ¿Se casa? ¿Con quién? ¿Cómo lo supiste?

El legítimo asombro de Alejandro sorprendió a Víctor.

—¿No lo sabías? ¡Es la noticia del momento, viejo! Ingrid se casa con el mejor partido de Chile, con el Apolo del Tercer Distrito, Ignacio Valdés, un tipo que tiene más historias que Schahrasad y millones para comprarse este país a puertas cerradas. ¿Tanto tiempo que no la vez?

Nada le había contado a Víctor de su entrevero con Ingrid, porque se sentía inhibido para comunicarle a otros ciertas cosas íntimas, excepto a Francisco, en cuya discreción confiaba plenamente. Francisco solía nombrar a su primo Ignacio en un tono admirativo y al mismo tiempo cauteloso, como no queriendo ahondar en su persona. Su suerte con las mujeres había llegado a constituir un mito, e integraba las tradiciones del gran mundo santiaguino, le dijo Víctor. Y ese super hombre iba a casarse con Ingrid.

—¿Cómo se conocieron?

—Creo que a través de Mariana, la que pasó recién. Fue una de las innumerables amantes de Ignacio, porque después ha tenido tantos hombres como mujeres Ignacio... Lo más gracioso es que, al parecer, Ignacio le

levantó Ingrid a Mariana. ¿Te das cuenta? Parece raro que un hombre como Ignacio se case con una mujer como Ingrid, a quien conocemos tan bien, ¿no?

—¿Conoces a Ignacio?

—Solamente de vista. Podrían escribirse varios volúmenes con sus aventuras... Recibe como un príncipe, según me han dicho. Tiene un palacete en Las Condes y una casa en su fundo "La Rinconada" que es un verdadero museo colonial. ¡Una maravilla!

—Tenemos que seguir cultivando la amistad de Ingrid, entonces, para que nos invite —comentó Alejandro, desabrido.

Comieron unos sandwiches en "El Bosco", como siempre colmado de parroquianos, humo y ruidos. La Ingrid, tal como lo recibiera esa noche, con el busto apenas cubierto por una camisa translúcida, su sonrisa incitante y su total entrega, no abandonaba su imaginación.

—¿Sabes? A lo mejor Ingrid te llama cuando esté casada y se acuesta contigo. Muchas mujeres como Ingrid, que de soltera fueron muy calientes, pero reprimidas, se largan a todo trapo cuando se casan. Me pasó algo así hace como tres años, con una niña de unos 18 años que atendía en el café "Haití". La invité a salir varias veces, pero nada. Quería que nos casáramos. Y se pintó a un turco viejo y rico, uno de los clientes del café. Un día no la encontré más, y me contaron la historia. Como al mes me llamó por teléfono. Me dijo que ahora podíamos ser amigos, porque ya estaba casada. ¿Qué me dices? Vivía en un departamentito en pleno centro, porque el turco era muy avaro. Salía tempranito a negociar en la compra y venta de dólares, de oro, de un cuanto hay. Tú sabes que en el "Haití" te ofrecen desde una casa en la costa, hasta una mujer para el fin de semana. Así que me la tiré hasta en la tina de baño. ¡A lo mejor Ingrid hace lo mismo contigo!

Casi se abrió con Garcés, pero no compartía su indiscreción, que defendía sosteniendo: "¡Es un honor para una mujer que digan de ella que es buena para la cama...!"

—Puede que te llame a tí...

—Conmigo quedó molesta. Las mujeres son muy jodidas. No perdonan las torpezas...

CAPITULO XXXV

Entró a la tienda de Rebeca buscando un marco para fotos. Aunque solía verla en casa de su madre, prima del primer marido de la anticuaria, había conversado pocas veces con ella. No podía considerarla su amiga, quizá por la diferencia de edad. Por su parte Nora, esencialmente práctica, eludía las reuniones de Rebeca con sus amistades del ambiente artístico, aduciendo que esta gente abusaba de la generosidad de las personas como Rebeca para comer y beber gratis. Tampoco a Lina la atraía el medio intelectual. Prefería a los hombres refinados, y no a quienes se solazaban explayándose sobre cosas abstractas, ilusorias, alienantes incluso, como su ex marido y sus amigos. Su particular amistad con Ricardo Valdés no había surgido de su afición por la pintura.

Solamente sus antigüedades acompañaban a Rebeca. Admiraba lo bien que se mantenía esa mujer ya madura, con su rostro estilizado desprovisto de arrugas notorias. Ni siquiera intentaba teñirse las canas de sus sienes, que le conferían una particular distinción.

—Tu mamá me contó que te habías separado. ¡Te ves realmente estupenda!

¿Podría abrirse con Rebeca? ¡Cómo le costaba entrar en el terreno de las confidencias cuando a su vida íntima concernía! Ni su madre sabía de sus amores con Pablo Valdés. Pero sus demonios pugnaban por liberarse. Rebeca no la interrumpía, excepto por la ocasional lle-

gada de algún cliente. Al terminar la besó en la frente y la abrazó con mucha ternura.

—Los hombres mayores son fregados. Pero se me ocurre algo. Hay un médico siquiatra, que ha permanecido soltero desde que se separó de su primera mujer hace unos diez años. Tiene unos 40. Es muy fino, culto y de buena presencia. Se llama Mario Fuentes. Voy a invitarlo para que nos tomemos un trago juntos. ¡Estoy segura que te va a encantar!

Desconfiaba de los romances prefabricados, porque consideraba el azar uno de los aliños básicos del amor. El conocimiento sin intermediarios se revestía de un particular atractivo, pero nunca se había enamorado a primera vista, ni sentido por nadie una irresistible pasión pasajera. Los hombres más decisivos en su vida, como Felipe y el propio Pablo, habían llegado sin buscarlos. Sólo Ignacio Valdés le había provocado una profunda, auténtica y extraña conmoción al conocerlo donde Mariana Stahl, durante su adolescencia, pero nada hizo por llamar su atención, inhibida también porque lo sabía íntimamente relacionado con su prima. Y al toparse con él meses después, pudo darse el gusto de contemplarlo friamente, como quien admira una obra de arte.

Pero acudió a la cita de Rebeca. Observador, tranquilo, juicioso, el médico no prodigaba sus palabras. En la penumbrosa quietud del salón, ligeramente adormecida, a raíz de una prolongada lectura nocturna, nada la incitaba a desplegar sus armas y tácticas con ese hombre tan serio en apariencia. Pero su voz reposada ejercía un efecto sedativo sobre Lina. Al marcharse le estrechó la mano brevemente, como impulsado por un apuro repentino.

—Lo encuentro atractivo —replicó a la pregunta de Rebeca.

Cerca del mediodía, Mario Fuentes la llamó con el tono usado por los médicos para dirigirse a sus pacientes, aunque muy afectuoso.

—¿No te decía? —Rebeca al teléfono, a los pocos minutos—. Mario quedó encantado contigo. Me despertó para pedirme tu número.

Lina pronto se convenció de que la anticuaria no se había equivocado al presentarle a Mario.

* * *

—Te traigo la noticia del año. ¡No me la vas a creer!
—comenzó su tío, cuando entraban al club por la puerta de socios. El ruido de las bolas de billar irrumpió en el pasillo, y Alfredo se asomó rápido para ver a los jugadores—. Pero instalémonos primero.

Bordearon el enorme vestíbulo, con sus mesas desocupadas en los rincones, y pasaron ante la Venus que se perfilaba en un ensanchamiento del pasadizo.

—¡Hola, Agustín! —saludó a un tipo cariredondo, con anteojos de gruesos marcos y fisonomía de lechuga, que venía del bar—. ¿Conocías a Agustín Barriga? ¡Creo que es el tipo más insolente de Santiago! Le hizo una a Rodrigo León... Agustín estaba furioso con él, no sé por qué cosa. ¡Es muy rencoroso! Una vez Rodrigo lo invitó a almorzar a su fundo, en Lampa, y Agustín llegó con su mujer y una hermosa torta de regalo.

En la vara del bar una decena de socios bebía el aperitivo, pero las mesas permanecían vacías en su mayoría. Alfredo enderezó hacia una esquina alejada, colindante con la calle Nueva York, cuyos antiguos edificios aparecían truncos tras las ventanas.

—Pues haz de creer que a los postres, el propio Rodrigo partió la torta, y se encontró con que debajo de la crema había una bosta fresca de vaca. ¿Qué me dices tú? Y había invitados...

—¡Le habrá tirado la torta por la cabeza!

—Rodrigo es muy gente. No quiso hacer un escándalo. Lo hizo salir con viento fresco, no más. Pero, ¿te das cuenta lo insolente que es Agustín? Todo lo que ha tenido que sufrir la Chelita, su mujer. ¡Es una santa!

—Pero, ¡cuénteme su novedad, tío!

Alfredo se arrellenó en su asiento, se acomodó el nudo de la corbata, y empezó muy serio:

—Igancio quiere casarse con Ingrid. ¿Qué me dices?

—Pero, ¿cómo? ¿Dónde la conoció?

—No lo sé. Pero todo pasó hace menos de un mes. Jaime Pinto, tío de Ignacio, me lo contó. ¡Casi me fui de espaldas! Parece que Ignacio está enamoradoísimo.

—¿Está seguro que es la misma Ingrid?

—¡Segurísimo! Jaime me dio el nombre completo, porque es muy fijado en los apellidos. Y eso de Lizama Nielsen le sonó muy mal. Para mí es un problema de conciencia. No puedo aceptar que Ignacio se case con una mujer que ha sido mi amante. ¡Claro que lo sabes tú, solamente!

—Ignacio es mayor de edad, y las ha vivido harto. Tiene 25 años. ¿no? Si está tan enamorado, como usted dice, ya es tarde para hacer algo. En estos asuntos es preferible no meterse.

—¡Claro que es una mujer sensacional! Y la dejé ir... A lo mejor estoy celoso. ¡Y no es nada de tonta! Pero era tan dominante...

—Seguramente a Ignacio le gustan las mujeres dominantes. Además recibió demasiadas cosas de la vida, y supo usarlas bastante bien. ¿Qué más quiere?

—¡Pero es que es hijo de mi hermano mayor, ese hombre tan extraordinario!

—Por lo menos usted conoció a Ingrid antes que se case con Ignacio. En cambio el tío Benjamín ya vio lo que hizo con la señora de su sobrino. ¡Esa sí que fue fea! Y a lo mejor Ignacio ni siquiera se casa. ¡Puede arrepentirse a última hora!

—¡Es cierto! Por lo demás, yo desfloré a Ingrid. ¡Es una garantía de que hasta ese momento no había probado varón! Claro que eso no puedo comunicárselo a Ignacio... ¡Todo queda en familias, además! Sí: eres muy juicioso, Panchito. La suerte de algunas mujeres, ¿no? Pescarse a uno de los hombres más ricos de Chile. Y al más codiciado.

—Pero Ignacio está bastante gordo. No es ni la sombra del Ignacio de antes. Si sigue engordando, va a convertirse en un adefesio.

—Le viene por lo Vergara. Eran todos unos barriles de sebo. Inmensos, con doble barba, y unas guatas como globos. Ramiro Vergara era de los que no se veía la

pichula, aunque la tuviese parada. ¡Como sería la ponchera que se gastaba.!

—¿Y cómo está su niña?

—Cada día mejor. ¡Tan cariñosa que es! Me siento como si tuviese 18 años, Panchito. No hay nada como el amor. Y parece que el amor a esta edad es el mejor de todos. Más reposado, sin angustias. Además que uno está con toda la experiencia... ¡Realmente, soy un hombre muy feliz!

—Pero, ¿se siente unido a ella por algo espiritual, también?

Alfredo ordenó los aperitivos. Francisco pidió un coctel de tomates, sin alcohol.

—Estás cada día más sobrio, Panchito. ¡Por supuesto que hay algo espiritual! Con Ingrid fue una simple calentura, porque en la cama era fabulosa. En cambio con Elvira me siento unido por una ternura, por algo tan especial. Es tan suave, tan dulce, tan buena chica... ¡Es un verdadero ángel! He tenido mucha suerte, en realidad. Pero el futuro lo veo incierto. ¡Esos cabrones de la decé nos van a entregar a los comunistas! Y con los rojos arriba, Chile va a convertirse en un infierno.

—Quizá sea una prueba necesaria, tío. Yo creo que los partidos tradicionales se han puesto demasiado rígidos... Por eso se han debilitado. Y esa debilidad la aprovechan muy bien los marxistas.

—Es que con la decé no hay entendimiento posible. ¡Se ensoberbecieron! Piensan que su gobierno es el mejor que ha tenido el país en toda su historia. ¿Te das cuenta? Pero este ha sido un gobierno débil, de puras apariencias. Porque toda esa gente es resentida o venida a menos. Nada de lo que han hecho los sobrevivirá. ¡Acuérdate de mí! Están infiltrados hasta las masas por los rojos. Y hablan de cambiar las estructuras. ¡Imagínate! Nuestra institucionalidad es lo mejor que tenemos. Pero sólo los partidos de orden lo ven así. ¡Las instituciones no pueden tocarse! Sería el caos... Y han tenido suerte con el precio del cobre. ¡Están con las arcas llenas, para peor! E insisten en llevar candidato propio.

—Si triunfa la izquierda, es porque Dios quiere probarnos. De alguna manera saldremos adelante. ¡No le

quepa dudas!

—Cuando los marxistas llegan al poder, no lo sueltan más. Se las arreglan para infiltrar las fuerzas armadas, los colegios, todo. Por eso te digo que la democracia cristiana no tiene perdón de Dios. ¿Oíste a ese enano del señor Madrid, que apenas se levanta del piso? Decía que el concepto “democracia” había que revisarlo. Y lo mismo el de “libertad”. ¿Qué me dices tú? ¡Y un demócrata cristiano, todavía! Todos estos enanos son unos amargados... ¡Tienen el complejo “del escote”, como decía Hernán Valdés!

—¡Ese sí que no estaba en mis libros!

—Aunque se empinen, no pueden mirarle el escote a las mujeres. ¡Tendrían que subirse a un piso...!

* * *

Mientras duró la ceremonia del matrimonio de Raimundo y Dolores —supo la hora en la página de vida social—, Angélica permaneció recostada en su lecho dejando que su odio escapase lentamente, como la sangre por una ancha herida, sin contenerlo, deseándole a ambos todos los infortunios imaginables.

Como Angélica nunca volviera a mencionar a Raimundo, su madre llegó a pensar que ya lo había olvidado, quedándole como una secuela ese carácter triste, retraído, silencioso, no muy diferente del natural, pero más acendrado. ¿O quizá aún no se desligaba de esa pasión, la cual, transformada ahora en algo malsano, inconfesable, tenebroso, la corroía internamente? ¿Por qué no le interesaban otros jóvenes? ¿Por qué se aferraba a ese aislamiento? Disponían de los recursos para subsistir sin trabajar, pero si no la urgía un novio, podía entrar en una oficina, o en la tienda de alguna de sus amistades para entretenerse.

—¡Es monstruoso que a los 18 años te estés convirtiendo en una solterona, cuando sobran las oportunidades!

Angélica se encogía de hombros. Habría podido gritarle a su madre que lo de las tantas oportunidades era

pura ilusión. Que ciertos hechos no vuelven a repetirse en esta vida. Que solamente tuvo un padre y cuando murió supo que jamás lo recuperaría. Que únicamente había un Raimundo, el hombre que colmaba todos sus sueños, y ahora no lo tenía. Y aunque joven y bonita, sus expectativas de recuperarlo le parecían nulas. Porque también Angélica había alentado la esperanza de reconquistar a Raimundo, casado y todo.

Durante varios días barajó la idea de convertirse en su amante, porque el mero hecho de jugársela a la tal Dolores la llenaba de un morboso regocijo. Pero entregarle su virginidad a Raimundo se le antojó excesivo. No la merecía. Rehusó tomarla mientras pololearon, cuando nada habría sido capaz de negarle, porque Raimundo aspiraba llegar virgen al matrimonio junto con su novia. No. Postergaría su venganza hasta después de casarse. No para eludir su soledad, ni para olvidar sus rencores, sino para cultivarlos mejor, resolvió acoger el consejo materno y buscar un hombre para casarse. Como requería un mero instrumento, no valía la pena ponerse muy regodiona. Cualquiera daba lo mismo.

Sus primas la acogieron sorprendidas, al verla abandonar esa especie de exilio, esa renuncia a toda actividad social. Y volvía con un cierto brío renovado, traducido en sus deseos de lucir bien, de vestirse a la moda, de pintarse un poco, en fin, de todo cuanto antes evitara. Y la víctima no se hizo esperar. Juan Carlos Castillo, flaco, alto, bastante feo, pero poseído de un cierto desamparo interior que le cayó en gracia. Además, hombre de izquierda. Porque Raimundo, al enterarse, herviría pensando que su primera novia había terminado casándose con uno de esos odiados "rogelios". Su amor propio sufriría al constatar la nulidad de su acción concientizadora.

Pero debió afrontar las críticas. ¿Cómo ella, una muchacha buena moza, de regia facha, se trababa en un romance con ese tipejo de aspecto amargado, carente de fortuna, y de izquierda más encima? Aunque de gran familia, todos conocían la frivolidad de su madre. Tanto sus primas como su mamá enronquecieron intentando hacerla cambiar de parecer. Pero ella se limitaba a sonreír misteriosamente, sin defenderse, ni siquiera cuando las críticas adquirían un tono hiriente. Jamás columbra-

rían siquiera sus secretos motivos. Tanto su madre como sus parientes vivían de convencionalismos, alimentándose de cosas hechas, sin comprometerse a nada, temiéndole a todo, en especial al que dirán. Porque el miedo, los escrúpulos y prejuicios, aniquilados por su odio, habían dejado de interponerse en su camino hacia la venganza.

Quedó en cinta de inmediato, porque los hijos tenían que llegar, aún no estando enamorada de Juan Carlos. Y aquí fue donde la intuición de su marido falló, porque nada hizo por conocerla más a fondo, para sustraerla de su tenebroso mundo, donde sus planes de desquite se mantenían vivos, tumultuosos, lacerantes. Porque Juan Carlos vivía exclusivamente para la política, para materializar sus sueños de redimir a la clase trabajadora, él, que se dislocaba por la burguesía. Que había buscado a una mujer de su condición social para casarse. Que no disimulaba su orgullo al presentarla con su nombre y apellidos. Que se envanecía de la elegancia y figura distinguida de Angélica. Evidentemente Juan Carlos adolecía de una grave tara, de la que sería muy difícil o quizá imposible curarlo. Ahora comprendía por qué le había ido siempre tan mal con las mujeres: le faltaba la fibra humana, simplemente. Y ella no se sentía con alma de redentora para intentar salvarlo.

Continuó nutriendo su rencor, alentada con la posibilidad de formalizar pronto la anhelada vindicta. Por sus primas supo que Raimundo había movido apesadumbrado la cabeza al imponerse del casamiento de Angélica con el socialista Juan Carlos Castillo. Como lo previera, su maniobra no cayó en el vacío. Podía llamarlo ahora. Bastaba coger el teléfono. Y entonces, cuando retomaba todos los hilos de la trama para vengarse de Dolores, de escamotearle a Raimundo aunque sólo fuese a sus espaldas y en sigilo, sin obligarlo a separarse, descubrió que lo odiaba.

Sí: aborrecía a Raimundo. ¿Desde cuándo? ¿En qué momento su gran amor había sufrido ese drástico viraje? Quizá su matrimonio, de alguna secreta manera, había producido ese imprevisible cambio, esa fórmula de alquimista que permitió transferir su odio de Dolores a Raimundo. Y esta convicción recién revelada le impedía

entregarse al hombre cuyo amor la hiciera dar pasos tan decisivos para su futuro. Porque también rechazaba la idea de mantener la farsa de su matrimonio con Juan Carlos. Necesitaba recuperar la libertad para cultivar su aversión por Raimundo, para acariciarla en la soledad de su dormitorio, sin verse obligada a escuchar y entender a un marido del que se sentía día a día más distante. De un marido al que tal vez hubiese podido amar, pero que nunca hizo un esfuerzo por comprenderla.

Ahora, en su vida, sólo habría lugar para el odio.

CAPITULO XXXVI

Soñó con Ingrid. Bella, irreal, y proyectando paralelamente una terrible sensualidad, con su rostro perfecto deformándose bajo una excitación animal, y su cuerpo que se endurecía hasta transmutarse en un atado de músculos presta a matar y devorar a sus amantes como un moderno endriago.

Despertó transpirando. Ingrid se casaba. ¿Cómo Francisco nada le había dicho? Siendo Ignacio su primo quizá prefería solayar el tema delante de Alejandro, que conocía tan bien a la muchacha. ¿Por qué no llegaba a nada duradero, definido, con las mujeres? Elvira, amante de un viejo rico. ¿Sería su falta de dinero? Pero Víctor Garcés carecía de fortuna personal, y sin embargo Sofía se dislocó por él. Poseía sin duda un atractivo que a él le faltaba. Ingrid sólo quiso una aventura pasajera, y de no haber llegado allí esa noche, guiado por la intuición de Francisco, jamás habría vivido ese momento. Todo circunstancial: nada de lo que planeaba seriamente se plas-maba en la realidad. Como si todo le resultase por azar. Podía calcular 99 posibilidades, pero con seguridad acertaría la centésima, la única no prevista.

—Todo lo piensas demasiado —le dijo Francisco al día siguiente, durante el primer recreo. Sentados en un peldaño frente al patio recibían al estimulante sol de la primavera—. Ahí puede estar tu problema. Lo mejor es lanzarse un poco a la brutanteca, como se dice, y tratar de salir adelante sin calcular mucho lo que vendrá. Se pierde espontaneidad.

—¿Sabías que tu primo Ignacio Valdés se casa con Ingrid?

—¿Es la misma Ingrid? ¡No tenía idea! —comentó Francisco, sin mucha elocuencia ni un particular interés—. Tiene que ser muy regia, entonces, porque Ignacio siempre ha sido exigente. ¡Ha conocido tantas mujeres! Claro que muchas veces los tipos así se casan con lo primero que se les presenta.

Cambió de tema, ante la sosa acogida de su amigo:

—¿Has visto a Bezanilla? Quedé de ir con él a la casa de César Ovando, para darle el pésame. Lo llamé anoche, y no lo encontré.

—¿Es tan importante que hagas esa visita?

—Bueno, soy amigo de César...

—Por tí lo conocí, y también Bezanilla. —Vaciló un instante—. Ovando es un tipo raro, como me dijiste una vez. Supe que el cáncer de su padre fue un suicidio. Bezanilla me contó. Y la madre está completamente trastornada. El otro día andaba con el pelo teñido de verde. ¡Imagínate! Y una niñita que vive con ellos es hija natural del hermano mayor y una empleada. Tú no lo sabías, ¿verdad?

—¡Nunca lo hubiera imaginado! Mayor razón entonces para visitarlo...

Francisco lo miró serenamente, como queriendo transmitirle sus pensamientos con el sólo poder de sus ojos francos.

—Es que algo tiene Ovando contra tí. ¿O no te habías dado cuenta?

—¿Contra mí? ¿Por qué lo dices?

—Voy a contártelo todo, mejor. —Suspiró—. El otro día Rodrigo me pidió que lo llevara en mi moto a darle el pésame a Ovando. Aproveché para dárselo yo. De repente comenzó a hablar de tí en forma muy despectiva... Entonces le dije que era amigo tuyo, y que cambiara de tema. Pero siguió.

—Pero... ¿qué decía?

—¡No tiene importancia! Y no insistas, porque no te lo voy a decir. Ovando no es tu amigo, solamente. Algo habrás hecho o dicho que le ha caído mal. Tuve que ponerme firme para cortarlo. Tú mismo me dijiste que algo en él no te gustaba. Seguramente se ha dado cuenta

de tu desconfianza. Estos tipos quisquillosos suelen reaccionar así. Total: ¿para qué lo necesitas?

— Me preocupa que me ande desprestigiando delante de mis amigos.

— Si tus amigos te aprecian, no le harán caso. ¡Olvídate del asunto!

Su intuición había sido certera con Ovando, pero no supo aprovecharla. Imaginaba qué podía decir. Que era un provinciano, de una familia venida a menos. Que vivía en una residencial de mala muerte. ¿Cuándo habría comenzado? Quizá cuando le propuso estudiar juntos los exámenes, y Alejandro se corrió. Ovando no había disimulado su malestar. Y en venganza acudió a su inagotable veneno verbal. Además sabía que la amistad de Alejandro con Rodrigo, Sebastián y Francisco se había iniciado en la escuela. No los unían vínculos familiares o sociales de afuera.

Pero le interesaba conservar ese grupo cuya confianza jamás habría sido capaz de ganarse por sí mismo. Y ahora no necesitaba compartirlo con Alejandro.

* * *

Desde hacía tres meses que el gordo Astudillo llevaba la contabilidad del departamento de ganadería. Había trabajado antes para una empresa privada, en San Felipe, su ciudad natal. “Mucha pega, y poca paga”, decía, recordando esos tiempos. En Incoa ganaba más y con menos esfuerzo. Y no tardó en ingeniárselas para eludir hasta esas mínimas tareas. Quería desquitarse de los años de explotación, y las horas se le iban leyendo el diario, o en largas chácharas telefónicas, o integrando cuanto grupo se armaba en los pasillos o en el mismo departamento. A quién le reclamase atrasos, los achacaba a “un gran recargo de trabajo en estos últimos días”. Eladio Carrasco oyó cuando se lo decía al contador general, con su rostro inflado, saludable, encendidas las mejillas y los ojos brillantes, mientras mantenía un diario abierto en la página del consultorio sentimental. El contador, hombre de vista estrábica, que nunca se sabía para dónde miraba,

no se alteró al escucharlo. Se limitó a recomendarle que se apurara.

De no más de 30 años, Astudillo caminaba con unos trancos desmesurados para su rechoncha humanidad. Su escritorio, en un rincón estratégico, el más aislado de la oficina, desaparecía bajo un montón de papeles, carpetas y archivadores de palanca. Complementaban su equipo una máquina de calcular eléctrica, que de tarde en tarde hacía funcionar con estrépito, y otra de escribir, siempre protegida con una cubierta plástica. "Para que no se resfriase", había comentado jocosamente alguien. Trascendió que el gordo había escrito al consultorio sentimental de *La Tercera* porque, a pesar de su mujer y sus cuatro hijos, necesitaba una amiga extra sin prejuicios ni compromisos, "para retorcerle el pescuezo".

—Diego Alcántara lo va a llamar ahora, haciéndose pasar por mujer, porque es buen imitador. Le va a decir que leyó el consultorio, y que quiere conocerlo... —le explicaron a Eladio Carrasco.

Desde no más de cinco metros, Alcántara prometió recoger a Astudillo dentro de 15 minutos, frente a la puerta principal del Banco del Estado, en un Opel rojo. El gordo reía nerviosísimo, escuchando a la que creía una mujer. Al colgar, y viéndose observado, contó que lo habían llamado con urgencia de su casa, y acudió al jefe, también cómplice de la broma, para pedirle permiso. Desde las ventanas todos podían ver al gordo midiendo la vereda con sus largos trancos, y echando constantes ojeadas al reloj. Apenas divisaba un automóvil rojo, emprendía una corta carrera, y exteriorizaba su frustración al verlo seguir de largo. O al comprobar que el conductor era un hombre. Todo esto entre las carcajadas de sus lejanos espectadores. Por último se fue.

Tres días después el diario trajo una respuesta a su carta. "Solitario: he leído con mucha pena lo triste y abandonado que te sientes..." Venía un teléfono y de firma un nombre: Norma. El gordo concertó una entrevista para esa misma tarde. Al día siguiente, y concluida la jornada, sin la presencia de las dos secretarías, Astudillo alzaba la voz exultante. ¡Por fin empezaría a pasarlo bien! Como siempre andaba "fallo al oro" las mujeres no lo cotizaban. Pero ahora disponía de varias "hembras ardientes", casadas, viudas, solteras y separadas, ganosas

de divertirse y gozar de la vida.

—¡Nada de compromisos ni noviazgos! ¿Entienden? Amor libre, solamente. Ya le hablé a mi amiga Norma, que es una viuda de unos 40, maciza, de buenas hechuras, para que fundemos el Templo del Amor. ¡Ese es el nombre que le puse! Al tiro voy a hacer los estatutos. Queremos algo serio, no al lote.

—¿Podemos entrar nosotros?

—¡Claro que sí! Son como 20 mujeres que cortan las huinchas... Una tiene un kindegarten en su casa. Hay dos salas de clases que sólo se ocupan de día. Ahí haremos las reuniones. Las inscripciones las abriré ahora mismo. Apúrense, porque una vez copado, no recibiré más solicitudes de ingreso.

Con su voz cansina y mirada indefinida, llegó el contador general para recordarle a Astudillo, ya instalado en la máquina de escribir, el balance del mes.

—Voy a hacer un trabajo urgente que me encargó el jefe, y me pongo de cabeza en eso...

Al terminar cada artículo del reglamento, Astudillo se frotaba las manos, y lanzando unos guturales gritos de placer, lo leía en voz alta:

—Todas las mujeres que forman el Templo del Amor serán para todos los hombres de esta institución. Queda prohibido enamorarse o formar pareja para seguir juntos más de una sesión. El quebrantamiento de estas disposiciones será causal de expulsión inmediata... ¡Putas que me quedó bien esto! "...será causal de expulsión inmediata..."

Los quince artículos, drásticos y definitivos, quedaron listos al día siguiente. Pero la satisfacción del gordo fue interrumpida por un llamado.

—Sí, señor Miranda. ¡Es que me encargaron un trabajo muy urgente...! —Hablaba con la voz suave, melosa, servicial, que adoptaba con los jefes—. Recién lo estoy terminando. ¡En un par de días lo tengo listo! ¡Ah, sí, claro! Bueno... Trataré de tenérselo mañana, entonces. —Y cuando hubo colgado—: ¡Lo único que sabe es hueviarla con su balance! Todo el día controlándome. ¡Ni que fuera un colegial...!

* * *

Ahora Robinson González sabía que la usura procuraba una parte de los ingresos de Flora Gutiérrez. ¡Qué decepción! Pero dadas las circunstancias en que la conociera, la mujer permanecería siempre en sus recuerdos como un hito. Por el contador de Soinco se enteró del rápido encumbramiento de Rolando Cárdenas en Acomsa. Lo llamó, y dos días después se entrevistaba con el reposado vendedor, ahora más gordo con tanto almuerzo y cóctel, le explicó de buen humor.

—Soinco no marcha bien, y se habla de nuevos despidos.

—¿Y por qué no hace la prueba como vendedor? Yo podría colocarlo en Acomsa, pero con una renta no mucho mejor de la que tiene. De vendedor tendría mayores posibilidades.

—No creo tener pasta para eso —suspiró Robinson.

—Es que yo le entregaría una buena cartera. Comenzaría bien. Puede triplicar y cuadruplicar sus ganancias... ¡Nunca es tarde para empezar!

—Pero, ¿tendría que trabajar a las órdenes del señor Vásquez?

—El señor Vásquez se retiró de Acomsa. —Rió Cárdenas—. Resolvió separarse de su señora para casarse con otra. Dicen que es muy rica.

—Siempre ha buscado la plata. Así se rumoreaba en Soinco. Si la encontró, que la aproveche.

Pidió plazo hasta el día siguiente para resolver. Pero todo en Soinco le recordaba sus momentos difíciles. Dejó de dudar. Además quería darse el gusto, aunque sólo fuese una vez en la vida, de presentarle su renuncia al contador, diciéndole que había encontrado algo mejor. Llamó a Rolando.

—No se arrepentirá. ¡Va a ver usted! Será como nacer de nuevo.

¿Sería así? Conoció tipos que perdieron sus puestos a las puertas de jubilar, y nunca lograron levantar cabeza de nuevo. Como un funcionario de Incoa, que fue exonerado gracias a una confusa maniobra política, y no pudo hallar otro trabajo. Lo recordaba siempre decentemente vestido, con sus ternos bien planchados, camisas limpias, y zapatos relucientes. Tres años después lo vería

convertido en una ruina: el traje ajado, la camisa grisienta, el calzado sucio, mal afeitado, y con el semblante del bebedor empedernido. ¿Qué le habría ocurrido a él si hubiese perdido su ocupación? Sin duda que no se hubiese entregado al trago ni esperado el advenimiento de un milagro. Hubiera buscado hasta el fin, sin aflojar, por grande que fuese la desventaja de su edad.

Y ahora, voluntariamente, a los 50 años, golpeaba a las puertas de una nueva vida.

La inauguración del Templo del Ancho quedó para el viernes siguiente. Por su ocupación, los señores Diego Alcántara se comprometieron a dirigir la ceremonia.

—Haremos una velada para el día —estaban ya el guiso y la cena—.

Dándole a la fiesta todo el fin de semana, Amalillo inventó una comisión de servicio de la oficina en el sur a parir del viernes por la tarde, para matricular a su familia. Llegó de mañana a Inca, y en la mañana se dedicó a "chequear" a los asistentes, porque los hombres del barrio gustaban a la cantidad de mujeres.

—No importa que sobre en suero! Algunos podrán sacrificarse con dos artes. ¡Me siento capaz de servir a cuatro!

Siendo con las mujeres y entre los hombres, uno debía renunciar voluntariamente. Y para la próxima reunión quedara en el primer lugar.

—Cada día el hijo viejo, no con que espere un día para quedos —empezó Eladio, de vuelta de la escuela, en la oficina aun saca—. Me comprometo a enseñar después del ayudo y la lectura de los maestros. ¡Yo quiero perdeme todo así!

Diego Alcántara y Valeriano Gómez, como señores riles, transportarían "el guiso", según lo dijo el director. Eladio fue con Gómez a la del barrio en busca de dos cincuentenas, una verde y la otra roja. La segunda muy polda, y de una cantidad que no podía ser alguna cantidad parecida y más una libra de azúcar.

CAPITULO XXXVII

La inauguración del Templo del Amor quedó para el viernes siguiente. Por su amistad con los abasteros, Diego Alcántara se comprometió a conseguir la carne.

—¡Haremos una verdadera *órgia*! —exclamaba el gordo, sobreexcitado.

Dándole a la fiesta todo el fin de semana, Astudillo inventó una comisión de servicio de la oficina en el sur, a partir del viernes por la tarde, para tranquilizar a su familia. Llegó de maleta a Incoa, y en la mañana se dedicó a “chequear” a los asistentes, porque los hombres deberían ajustarse a la cantidad de mujeres.

—¡No importa que sobren cueros! Algunos pueden sacrificarse con dos o tres. ¡Me siento capaz de servirme a cuatro!

Siendo seis las mujeres y siete los hombres, uno debía renunciar voluntariamente. Y para la próxima reunión quedaría en el primer lugar.

—Como soy el más viejo, no creo que vaya a ser rival para ustedes —empezó Eladio, de vuelta de la colación, en la oficina aún vacía—. Me comprometo a retirarme después del asado y la lectura de los estatutos... ¡No quiero perdeme todo eso!

Diego Alcántara y Valentín Gormaz, en sus automóviles, transportarían “el ganado”, según la expresión del gordo. Eladio fue con Gormaz a Pila del Ganso, en busca de dos cincuentonas, una viuda y la otra separada. La segunda muy pálida, y de ojos hundidos, cuya dentadura postiza resaltaba estentórea entre sus labios fuerte-

mente pintados, y de poco hablar, y la primera, una matrona opulenta, con una bocaza agresiva, que reprendió a su hija en uniforme de liceo porque vino a preguntarle por la comida.

—¡Hágansela ustedes mismas! Yo también tengo derecho a vivir mi vida. Estoy joven y no voy a quedarme como empleada de ustedes hasta que me muera. ¡Alguna vez quiero pasarlo bien!

Astudillo se trasladó temprano a la sede del Templo del Amor, en Irarrázabal arriba, para “afinar los detalles”. Temía que su mujer lo llamase con cualquier noticia, como casi siempre ocurría en vísperas de algún panorama grato. Deberían negarlo, aunque su casa se estuviese incendiando.

Bajo un pequeño parrón, vecino a las dos salas de clases, ardía el brasero atendido por Alcántara. Baja y algo maciza, Hilde, la anfitriona, irradiaba vigor, salud y menos edad de los 45 que confesaba. Su tipo rubio provenía de sus ancestros alemanes, le explicó a Eladio. Una mujer de apariencia melancólica, de unos 40 años, que resultó la Norma del consultorio sentimental; una joven bastante agraciada, de no más de 30, recién separada, y una gorda alegre, casada, de edad indefinida, completaban el contingente de invitadas. En mangas de camisa, Astudillo iba y venía, creciendo en euforia, acentuada por los copones de vino que no paraba de echarse al cuerpo.

—¡Ni que estuviese en una matiné infantil! —comentó Alcántara.

Con su mejor terno, Eladio descollaba por su edad, corrección y medida. Contemplaba los ajetreos desde un rincón del patio cuando llegó Hilde a exponerle su situación de viuda, que vivía sola, porque sus dos hijos, ya casados, trabajaban en el sur. Pero la idea del kindergarten, para unos treinta chicuelos del barrio, había resuelto su economía, y podía mantener la casa sin sobresaltos. Eladio captó que su condición de separado interesaba a la mujer, pero desde lejos Astudillo llamó a Hilde, y debió interrumpir su historia. Entonces el gordo acudió con el rostro muy congestionado, y le dijo al oído:

—¿Qué le parece la Hildita? Le tengo echado el ojo

para esta noche. ¡Qué lástima que usted no pueda quedarse! Se va a armar una tan buena...

Astudillo leyó los estatutos encaramado en uno de los pupitres, en medio de vítores, gritos y aplausos. Cada vez que la voz engolada del gordo concluía un artículo, Diego Alcántara agitaba unas enormes zanahorias. Y como la viuda pálida, que Valentín Gormaz consideraba un doble de Jack Palance, preguntase por qué lo hacía:

—¡Este es el símbolo del Templo del Amor! ¿No es así, guatón?

Todos, menos la viuda, prorrumpieron en carcajadas. Mientras Alcántara cortaba y repartía el asado, Astudillo, enardecido, propuso que cada uno hiciera algún número, como cantar, recitar o bailar. Como todos ya comían, la moción fue rechazada tácitamente. Entonces Astudillo volvió disfrazado de esperpento, con el chaleco dado vuelta, los pantalones arremangados y una media en la cabeza. Hizo pantomimas y cabriolas en el centro del patio, y de pronto, a caballo en una escoba, se largó a girar como loco en torno al brasero. En una de estas vueltas aterrizó violentamente y se quedó inmóvil, como muerto.

—Está demasiado cosido —comentó Gormaz.

Con Eladio lo condujeron a un dormitorio, y el gordo siguió durmiendo como un bendito. Hilde atendía a Eladio, y escuchaba enternecida las desventuras del reposado funcionario, que daba cuenta de un trozo de carne asada con mucho pebre. Alcántara se acaparó a la más joven y Gormaz, que también la tenía en vista, se marchó al verse desplazado. A su juicio, de las restantes mujeres “no se hacía una”. La gorda casada, de cierto atractivo, se esfumó y no volvió a vérsela. Seguramente había vuelto a su casa para no celar al marido, comentó Hilde.

—¡Estás quebrantando los estatutos! —reconviniéron a Gormaz—. Aunque no te guste una mujer, deberías sacrificarte.

—El encargado de los estatutos está durmiendo la mona, así que me siento en libertad de acción.

—Tendré que encargarme yo de darle el bajo a estas dos mujeres —dijo entonces Agustín Soto, un cuarentón gordo, sanguíneo—. ¿Y qué hará el guatón cuando des-

piente y se encuentre sin yunta?

—¡Tendrá que correrse una paja!

Alcántara se retiró con su pareja, y Agustín, resuelto a cumplir con el reglamento, intentó conducir a las dos mujeres a un dormitorio. Pero a la Jack Palance le bajó el pudor, y se marchó arrastrando a la matrona de la gran boca.

—¡No me presto para degeneraciones! —exclamó, cuando Hilde quiso retenerla.

También Soto se fue, y Eladio se quedó solo con Hilde.

—Esto da para vivir sin problemas —explicaba Hilde, seductora—. Yo estoy muy sola. Y usted se parece tanto a mi marido. ¡Es igualito...!

De la alcoba donde dormía el gordo surgían sus plácidos y sonoros ronquidos.

—¡El más entusiasta fue el primero en entregar las herramientas! —comentó Hilde—. ¡Y tomó tan en serio lo del templo!

—Pero fue una buena idea, después de todo —replió Eladio, enlazando a Hilde por los hombros—. Lo malo es que se quedó sin nada. ¡Nadie sabe para quien trabaja!

Cuando despertó, Astudillo se encontró solo y tuvo que tomar su maleta y volver a su casa. Contó que la comisión de servicio había sido cancelada, mientras la resaca alcohólica hacía girar el mundo en su torno.

* * *

Repentinamente Alejandro se encontró solo, en la práctica. Ingrid, a punto de casarse. Una vez fue a visitarla por sorpresa, y la encontró esperando a Ignacio. Irradiaba buen ánimo, confianza en sí misma, y lucía más femenina. Se preocupaba de su apariencia. Con un bonito vestido y retocada, su natural atractivo crecía desmesuradamente. ¿Era la misma Ingrid que se le entregara una noche, apenas unos meses antes?

Francisco prefería estudiar a solas, en el Cementerio

General, donde le cundía más. Y sus reuniones religiosas copaban su tiempo libre. Le confesó a Alejandro que una secreta vocación sacerdotal, presente desde su niñez, se hacía cada vez más imperiosa. Lo veía a lo lejos y brevemente. Ovando terminó separándolo de sus otros amigos, porque tanto Rodrigo Bezanilla como Sebastián Vergara lo evitaban. No valía la pena exigirles explicaciones. En cuanto a Fuad Atala, estudiando y atendiendo su fábrica, sólo aparecía de tarde en tarde. Pero sus anécdotas siempre le levantaban el ánimo.

Vivir de la experiencia ajena... Para un escritor parecía más o menos natural. Pero, ¿era realmente un escritor? Tanto se había desvanecido su fe que ni siquiera intentaba buscar una autoafirmación. En la residencial, Eladio Carrasco le salió al encuentro de excelente humor.

—¡Me caso, mi amigo! Así que pronto no me verá más por aquí.

Y en el vestíbulo bastante sombrío Alejandro se enteró de la fiesta del gordo Astudillo.

—No estoy en edad para vivir en una pensión. Me siento viejo, y necesito algunas comodidades mínimas. Por esta vez he tenido suerte.

Todos salían adelante, de una manera u otra, menos él. Con cierto pavor advertía como sus amistades iban distanciándose. ¡Y qué decir de las mujeres! Sofía con su nuevo amor y Rebeca, que se cuidaba de oponer siempre una sutil e infranqueable barrera. Y había sido amante de Gastón Lizama, de Rafael, el pintor amigo de Elvira y de otros, pero con Alejandro encarnaba el arquetipo de la corrección, de la honestidad femenina, de la conducta intachable. Seguramente Alejandro carecía de las herramientas indispensables para penetrar la siquis del sexo opuesto. Como si lo aquejase una ceguera en ese campo, algo como un especial daltonismo.

Se asomó al balcón. Su mente se llenó con el flujo de la movilización que saturaba Alameda y Vicuña Mackenna, y envolvía como un anillo giratorio la estatua ecuestre de Baquedano. Más allá, las laderas arboladas del San Cristóbal, y abajo, en la vereda, una multitud transeunte, imbuída en sus propios y secretos mundos.

Tantas mujeres caminando solas, talvez rumbo a una cita o ya de regreso. O quizá sin un destino fijo, deambulando como él solía hacerlo, sin que sus caras vulgares, bellas o feas nada dejaran traslucir.

La atmósfera de la calle se le hizo sofocante con el sol de la primavera, que arrancaba vaharadas de alquitrán, bencina y aceite quemados. Sobre la mesa que servía de comedor, el manuscrito. Comenzó a hojearlo, e insensiblemente se sumergió en su lectura. Llegó la oscuridad, encendió la luz, y no paró hasta doblar la última página. ¿Por qué Alamos había sido tan lapidario? Al recordar el juicio despectivo del escritor sus esperanzas se enfriaban. Todo primer intento adolece de imperfecciones. Los lugares comunes eran corregibles con facilidad. Pero, ¿a quién mostrarle su novela? Otros podían opinar distinto. Rigoberto Jorquera, el amigo de Marcial Alamos, le había ofrecido presentarle a un profesor, cuyo juicio literario apreciaba especialmente. Pero el tío de Jorge Alamos había sido testigo de su desgraciada experiencia. Seguramente lo trataría con un tono conmisericordioso, y al pensar así se quedó vacilando. Pero, ¿ni siquiera sería capaz de superar algo tan insignificante? ¿Se quedaría eternamente dudando del auténtico valor de su manuscrito porque no se atrevía a llamar a Marcial Alamos?

—¿Así que únicamente para conocer a Jorge me visitaba? ¡Es el colmo! Rigoberto Jorquera lo encuentra muy inteligente. ¿Sabe? Me dijo que usted también podía mostrarle su original a Reinaldo Cristi.

El propio Jorquera atendió el teléfono.

—Ahora mismo llamo a Cristi. Trabaja en el ministerio de Educación. Pase a verlo mañana en la tarde, sin miedo, y llévele su manuscrito. ¡Olvídese de Alamos! Cristi le dirá la verdad. Y si también lo encuentra malo, no se eche a morir. Lo primero que uno escribe puede ser malo, realmente. En esos casos hay que escribir otra cosa.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, luego de recorrer un largo y oscuro pasillo, invadido de un añejo olor a café, se presentaba ante Cristi. La estrecha oficina recibía luz desde un patio interior, entre muros desconchados. De unos 40 años, delgado, pálido, su ceño crispado

se distendió al enterarse de que venía de parte de Rigoberto Jorquera.

—No me llamó. Debe haberse olvidado. ¿De qué se trata?

Superó el desánimo que el incumplimiento de Jorquera le provocase.

—Déjeme el manuscrito. Ahora estoy bastante ocupado, pero vuelva en un par de semanas más.

Ojeó rápido la novela, mientras Alejandro se mordía los labios, y metió la carpeta en un cajón de su escritorio. Pensó que alguien de aspecto tan severo como Cristi difícilmente encontraría buena su obra. Atravesó Ahumada en la calurosa tarde de noviembre, atontado por el ruido de un tránsito pesado, enervante, entre un fluir apretujado de peatones acalorados y mujeres con los brazos desnudos. Nada reflejaba ese ir y venir de caras más o menos herméticas. Volvió a su mente la imagen de la corriente sumergida. Tampoco de la faz impenetrable de Cristi podía deducir anticipadamente una respuesta negativa.

Se encontró con un recado de Jorquera. No había podido llamar a Cristi esa mañana, porque en cuanto llegó a su oficina debió partir a Rancagua.

—Conversé con él en la tarde. ¡Le produjo una buena impresión! Y eso es positivo.

Su ánimo experimentó un inmediato repunte.

* * *

En Brasil, Raúl comprobó *in situ* el poderío económico de su nueva mujer. La diferencia de edad no se advertía, porque Virginia se conservaba bien y se cuidaba mejor. Gozaba viendo lo impecable que lucía, siempre con la mejor ropa, al reflejarse en los espejos murales y los cristales de los escaparates. Todo cuanto alguna vez —¡tan poco tiempo antes, en realidad!— perteneciera al mundo de los sueños, se había hecho tangible. Regresaron a Chile en noviembre, en plena primavera.

Daisy había terminado por darle la nulidad, intimi-

dada por la resuelta actitud de Raúl. Pero la separación le costó su coche y diez mil dólares en efectivo, aportados por Virginia. Durante su último encuentro, Daisy le gritó públicamente que no quería volver a verlo en la vida. Esa mañana la llamó con una cierta aprensión, pero Daisy parecía olvidada de todo. Más delgada y rejuvenecida, su rostro ya no exhibía tensión, sino una cierta paz interior que Raúl no le conocía. El departamento, redecorado y bastante acogedor, le despertó una cierta añoranza. Con un auténtico entusiasmo, Daisy le explicó donde había comprado tal sillón, esa cortina, o la alfombra.

— Al principio me dediqué a odiarte, solamente, después pensé que tal vez tenías razón. Recordé lo difícil que te resultaba todo. Las injusticias que habían cometido contigo. Pero me daba rabia pensar que yo fuera la sacrificada.

— ¿Has visto a otros hombres?

— ¡Por supuesto! A varios amigos antiguos y algunos nuevos. Pero he descubierto que ninguno me gusta realmente. Y empezaba a echarte de menos.

Raúl la besó entonces, y ella empezó a llorar calladamente.

— Hemos sido unos niños. Como me gustaría empezar de nuevo, borrar todo el pasado, volver a nacer... ¡No estoy arrepentida de lo que he hecho! Pero creo que vivimos con mucha precipitación. Quizá no debimos tomar nuestro matrimonio como una sociedad comercial. Porque tú eres el único hombre con el que me siento realmente feliz...

— Lo mismo me ocurre contigo. Pero la falta de plata me tenía loco. Ahora la tengo, pero te necesito.

— ¿Y tu mujer?

— Es buena persona. Pero tú eres mil veces mejor. Y más joven, además. Por otra parte, todo le pertenece. Sus amistades se hacen las que me respetan, pero en el fondo deben despreciarme. Y su hija apenas me mira. Al principio ni me saludaba. Virginia tuvo que obligarla a que por lo menos me diera los buenos días. Es una pituquita consentida. Pero el dinero es tan necesario. Y no importa de donde venga. Me casé con Virginia pensando

seguir contigo. Total, ¿qué más da el matrimonio? Lo importante son las personas, y no las leyes. Contigo puedo seguir siendo feliz, aunque no estemos casados. Y tendrás de todo.

—O sea, quieres que me convierta en tu amante —rió ella, en medio de sus lágrimas.

—¿Para qué le das nombre? ¿Por qué “amante” y no mujer, simplemente? Tú seguirás siendo mi mujer, y Virginia será mi esposa, ya que tanto te interesa la legalidad.

—¡Miren al pachá! Como quien dice, su esposa y su concubina. ¿Seré yo la favorita de tu harén?

—¡Por supuesto!

—Quizá sea mejor. Un hombre me dijo que con su amante hacía todo lo que no se atrevía hacer con su esposa. Porque ella le producía un respeto especial. ¿Te pasaba a tí lo mismo conmigo?

—Yo creo que sí.

—Entonces quizá resultes mejor como amante que como marido...

Elegido director de dos bancos y de una empresa naviera, asumió además la gerencia general de la Provedora Nacional de Alimentos, todo en representación de Virginia. ¡Cuántas inversiones había hecho su difunto marido durante sus visitas a Chile! Con el ejercicio directo del poder, el trato de la gente cambió. El propio Antonio Valdés lo llamó una mañana para felicitarlo y ponerse a sus órdenes. Fue su mayor sorpresa, porque pensaba que el amor propio de Antonio le impediría un gesto así. Pero la soberbia, el orgullo y la prepotencia no poseen otro aval que las riquezas. ¿Podemos ser altivos cuando no tenemos para pagar el bus? Y todo había empezado con un casual encuentro con la mujer de Antonio Valdés. Otro factor decisivo para el éxito: la suerte. De nada valen las buenas ideas, la capacidad de trabajo, la honradez, si el azar no nos tiende una mano.

Ahora lo tenía todo. O casi todo. Virginia, una esposa buena, respetable, digna, elegante. Vivía para darle el gusto. Y aunque Constanza, con sus caprichos, le dispensó molestias al principio, pronto enmendaba rumbos. Escuchaba sus inquietudes, le daba consejos, e intentaba

paulatinamente de jugar ante ella el papel de padre. A los 15 años, algo desorientada y sobreprotegida por Virginia, que nunca le había negado nada, aún quería más.

Veía casi a diario a Daisy. La nueva relación llegó a ser más plena y feliz que sus años de casados. Como si recién vinieran conociéndose, descubrían ignotos aspectos de sus personalidades, cuya existencia su precario matrimonio les impidiera sospechar siquiera.

Desde la gerencia general de la Provedora Nacional de Alimentos, ante el vasto escritorio de nogal, Raúl pensaba en que la esquivada fortuna bien pudo nunca llegar. Pero allí estaba maciza, real, elocuente.

CAPITULO XXXVIII

Francisco lo llamó esa noche con la misma voz confidencial y grave de Rodrigo Bezanilla para citarlo al departamento de Andrés Rodríguez. Poco había sabido de Ovando los últimos dos meses, pero Francisco se mantenía al tanto de sus andanzas a través de Bezanilla. Después de recluir a su madre en un sanatorio para enfermos mentales, se dedicó a administrar los bienes familiares, incluidos los de su abuela paterna, Etelvina Cucicanqui, invertidos en acciones.

Conversaban en una fuente de soda estrecha, cerca de la residencial, en una noche calurosa, enervante, premonitoria. Al poco tiempo Ovando liquidó algunos valores de su abuela para comprar acciones de Salar del Inca, una mina de azufre donde se habría descubierto uranio. El negocio se lo aconsejó un tío de Sebastián Vergara, corredor de la Bolsa de Comercio. Pronto las acciones duplicaron su valor, y Ovando, entusiasmado, invirtió en Salar del Inca más fondos de doña Etelvina. Como descendiente de Atahualpa, el nombre del mineral le sonaba auspicioso. Al mes las acciones alcanzaron cuatro veces su precio original. Fuera de quicio con el éxito, Ovando vendió todos los bienes de su abuela para meterlos en las mineras milagrosas. Liquidaría cuando éstas hubiesen llegado al tope, y volvería a comprar los primitivos papeles, haciéndose una diferencia equivalente más o menos al cuádruple de todos los bienes recibidos en administración.

Comenzó a vivir en medio de una gran opulencia,

vagamente conocida por Alejandro de ambiguos comentarios hechos por Rodrigo y Sebastián en su presencia, tal vez para zaherirlo. Se hizo una decena de ternos en la mejor sastrería de Santiago, y también un frac, porque Bezanilla se comprometió a hacerlo invitar al baile de estreno de una prima a fines de año. Mantenía a la puerta de su casa un automóvil de lujo con chofer y, por lo menos una vez a la semana, daba comidas y fiestas. Bezanilla le presentó varias amigas, porque Ovando proyectaba casarse como corolario de su prosperidad. Vivía en la Bolsa, alternando codo a codo con los especuladores, que lo comparaban con Gustavo Ross y López Pérez dada su infalibilidad para invertir, según él mismo contaba. Pero hasta entonces sólo había comprado acciones Salar del Inca y ninguna otra. Solía añadir: "Mis antepasados me traen suerte".

Ahora usaba sombrero hongo, zapatos de charol, y un ostentoso reloj de oro con cadena, heredado de su padre. Aunque sus íntimos se burlaban de sus excentricidades a sus espaldas, lo estimulaban a multiplicarlas para disfrutar de su generosidad. Con el auspicio del padre de Bezanilla presentó su solicitud de socio del Club de la Unión, mientras paralelamente buscaba una casa mejor, con recibos más amplios, para atender a sus crecientes amistades.

Entonces las Salar del Inca dejaron de subir.

Se dijo que el hallazgo de uranio era una invención de algunos especuladores para crear un alza ficticia. El éxito fue total, porque las acciones decuplicaron su valor en menos de tres meses. Vendiendo en ese momento, Ovando se habría retirado con una verdadera fortuna, luego de restituirle a su abuela todos sus bienes. Pero a su juicio — así se lo decían en la Bolsa —, los papeles pegarían un nuevo salto después de esa momentánea frenada. Se inició la baja, y vino a percatarse de su ceguera cuando ni siquiera podía recuperar una ínfima fracción de los bienes de doña Etelvina.

A fines de noviembre Ovando invitó a Sebastián Vergara y Rodrigo Bezanilla a una gran comida que hizo traer del restorán Oriente, con langosta y champaña. Aunque demacrado, se notaba tranquilo. Bezanilla con-

taría después que únicamente esa mañana César había tomado conciencia de la magnitud de su ruina, pero nada dijo durante la fiesta. En su automóvil arrendado llevó a Rodrigo hasta su casa, y durante el trayecto lo informó sobre la gravedad de su situación. Bezanilla, que había bebido en exceso durante la noche, se limitó a contestarle trivialidades.

A las once de la mañana Rodrigo llamó a Ovando al recordar sus confidencias nocturnas, y lo atendió la voz afligida de su hermano. César se había disparado un tiro de pistola en la boca. Antes de suicidarse se puso su frac nuevo, que no alcanzara a usar, con la camisa almidonada y corbata de humita, y se tendió en su lecho.

Su abuela, de 80 años, moriría una semana después al enterarse de su ruina.

* * *

El hijo se anunciaba en la prominencia de su vientre, y Carmen, después de dos meses de molestias, se sentía mejor. De buen color y con ánimos, dormía bastante, y sólo asistía a los compromisos que Rolando consideraba ineludibles. Como le gustaba ir con ella a todas partes, trataba de no defraudarlo. María Luisa la llevaba siempre de paseo, o la acompañaba en sus compras, preocupándose de ella como su propia madre.

—Siempre pensé que Francisco terminaría de cura —comentó una tarde María Luisa—. Hasta lo soñé. Es tan bueno. Yo me alegro, porque siempre se necesita un sacerdote en la familia. Y es un hijo que no se pierde. Si alguna vez me quedara sola, podría irme a vivir con él —terminó riendo.

Aunque sus actividades como parlamentario le quitaban tiempo, Pablo ya no se dedicaba tanto a los negocios.

—Yo estaba segura que lo que usted me contaba era pasajero. ¡Don Pablo no podía cambiar tanto!

—Es que a los hombres, con los años, les vienen tentaciones. Por eso tenía mis temores. Y algunas sospechas,

también. De nadie en particular. ¡Siempre trato de evitar los malos pensamientos...!

Ahora las grandes preocupaciones de Pablo eran políticas.

—Vienen tiempos muy difíciles —le oiría decir Carmen durante un almuerzo en su casa—. Los marxistas tienen mucha opción de triunfar en las próximas elecciones. Los demócratas cristianos les están entregando anticipadamente el país, porque les gusta posar de progresistas, de su amplitud de criterio, de su pluralismo ideológico... Ha costado mucho formar este país, darle una institucionalidad sólida, que es un ejemplo para el mundo. Tendremos que sufrir la irresponsabilidad del actual régimen hasta sus últimas consecuencias. Y va a ser difícil salir bien parados. Pero a la larga nos impondremos ¡Tengo la fé más absoluta! Este país es nuestro, de la gente de orden, y no vamos a perderlo así no más. ¡No se lo entregaremos a la mafia internacional del marxismo!

Pablo recibió la noticia del ingreso de Francisco al seminario con serenidad, quizá hasta con resignación, porque habría preferido que su hijo menor continuase la carrera de abogado. Decepcionado de la iglesia moderna, se burlaba de los curas de la nueva generación, que auspiciaban la conveniencia de convivir con su peor enemigo, el comunismo.

—Con razón dicen que Dios ciega a los que quiere perder. Ojalá Francisco sea un sacerdote criterioso, que sepa desde el principio donde se encuentra el adversario bíblico. Que no vaya a convertirse en uno de esos curas modernos, que andan vestidos como cualquier tipo, y se juntan con niñas, cantan, tocan guitarra, y no les hacen asco a la compañía de los marxistas. ¡No sé como pueden haber tantos cretinos sueltos en este mundo, realmente!

Rolando abarcaba cada vez más, y se desenvolvía a sus anchas en terrenos que antes le parecían vedados. Aunque robustecida su confianza en sí mismo, no ignoraba sus limitaciones. Nunca podría ser un creador de empresas como Pablo Valdés, por ejemplo, pero se sabía un buen administrador, un conductor eficiente de lo que ya estaba en marcha. Y como la senaturía absorbía gran

parte de su tiempo, Pablo delegaba en Cárdenas una cuota progresivamente mayor en el manejo de sus negocios. Su confianza en él se había consolidado.

—¿Y tu amigo, el que fue tu compañero en Soinco? —preguntó Carmen. Esperaban el crepúsculo en la frescura del jardín.

—¿Robinson González? Se ha desempeñado perfectamente como vendedor. Era su vocación. ¿Te das cuenta? Estoy resultando bueno hasta para elegir personal. ¡Ojalá que siga yéndonos bien! Ese niño o niña que está por llegarnos debe encontrarnos firmes, consolidados, para que pueda criarse y educarse como corresponde.

—Yo creo que en adelante siempre va a irnos bien. Ya te has hecho un prestigio, y siempre tendrás buenas oportunidades, aunque don Pablo llegara a faltarnos... ¡Qué Dios no lo quiera! Pero podría ocurrir.

—Es verdad. Soy conocido ahora. Don Pablo quiere además que me haga socio del Club de la Unión. Es como demasiado, ¿no te parece? Claro que para un hombre de negocios es conveniente... Pero siempre me acuerdo del arribismo de Raúl Vásquez, de todo lo que hizo por escalar. Me da miedo que me acusen de trepador.

—Pero no lo eres. Y a propósito, nada he vuelto a saber de Daisy. ¿A qué estará dedicada? ¡Pobre! Me da pena...

—¡No la compadezcas tanto! Siempre ha sabido muy bien lo que quiere. Entiendo que está en buenas relaciones con Raúl.

—¿Sí? Porque la última vez que estuve con ella me habló pestes de él —comentó Carmen con su voz suave. Lo sonrosado de sus mejillas le confería un aspecto juvenil, lozano, vital.

—Raúl está cada día más poderoso. Me topé con él hace algunos días, y me saludó en forma protectora. Se siente importante el hombre. ¿Te das cuenta? Hay personas invencibles. ¡No hay nada capaz de detenerlas...!

No había buscado el éxito. Sin el aprecio de los Valdés, aún sería un vendedor, y con seguridad en una firma de menor categoría. Porque las maniobras de Vásquez lo habrían forzado a retirarse de Acomsa. Tuvo

suerte solamente. Muy pocos logran con su esfuerzo, trabajo, audacia y visión, levantarse de la nada y acumular grandes fortunas, como muchos extranjeros llegados a Chile con una mano por delante y otra por detrás. Los admiraba, porque consiguieron imponerse en un medio no siempre favorable. Muchos debieron sufrir durante años el repudio de la alta burguesía.

Pero en Chile la aristocracia termina cediendo. Así opinaba un gran señor venido a menos, al que conociera en Soinco.

—¡A la larga se inclinan ante la plata! No tienen orgullo de clase. Cuando ven pobre a un pariente, empiezan por quitarle el saludo y lo niegan. En otros países en cambio el linaje cuenta. Los ricos ayudan a los parientes pobres, porque así mantienen el honor familiar. Así es en Ecuador, por ejemplo.

* * *

El año comenzaba a cerrarse para Alejandro con la definición de los destinos de varias personas que algún vínculo tuvieran con él. Ovando, muerto; Ingrid, recién casada con Ignacio Valdés, pasaba su luna de miel en Europa; Andrés Rodríguez, según Rodrigo Bezanilla, que de nuevo lo buscaba en los recreos, había sido visto en Lima con un "cholo buen mozo" y a través de Víctor Garcés, supo que Sofía y Rosas se casarían a comienzos del año venidero.

—¡Esa gorda la sabe! No paró hasta encontrar a un cornudo profesional para casarse. Ahora está feliz, porque tendrá un marido respetable para lucir entre sus amistades, y podrá seguir acostándose con el que le dé la gana.

La última sorpresa se la proporcionó Francisco, cuando supo que entraría al seminario.

—Es un mal momento para la Iglesia. Por eso quiero hacerme cura. Hay mucha indiferencia religiosa en la actualidad. Siento que la Iglesia me necesita.

Lo dijo con tanta convicción que Alejandro se con-

movió. Francisco había sido su mejor amigo en ese zarandeado año que concluía, dejándole tantas experiencias nuevas y no pocas frustraciones.

—Puedes ir a verme al noviciado. Allí conversaremos, y me hablarás de tu carrera literaria. Y a propósito, ¿cómo te fue con Jorge Alamos?

Sólo entonces Alejandro le relató su infortunada experiencia.

—¡Qué lástima! Pero no tienes por qué echarte a morir. ¡Muéstraselo a otro! Pienso que eres un escritor, y a la larga te va a ir bien. Pocas veces me han engañado mis tincadas. —Y al recordar a Ingrid, Alejandro pensó lo mismo—. Lo más importante para un escritor es escribir, ¿no es cierto? Lo que la gente diga es secundario. Algún día los verdaderos méritos terminan siendo reconocidos...

Muy nervioso, Alejandro atravesó bajo un gran calor el centro arremolinado por una multitud en compras navideñas, y se encaminó al ministerio de Educación. Abrió cauteloso la puerta de la oficina. Desde su escritorio, Cristi le hizo una venia seca, y lo invitó a entrar. Avanzó trémulo. Señalándole la silla, Cristi sacó la carpeta de un cajón con su acostumbrada seriedad.

—¡Muy buena su novela! Tiene defectos, claro está, lugares comunes, y ciertas faltas de sintaxis, pero la estructura es sólida, los personajes están vivos, y la narración transcurre con una gran fluidez. Hay que trabajarla, eso sí. Yo puedo ayudarlo, si quiere. Pero lo más importante es que usted tiene talento literario. ¡Usted es un escritor...!

Cada una de sus células se expandió como liberada de una hasta entonces insostenible presión. Apenas logró controlar su gran regocijo interior delante del severo Cristi. Con la voz temblorosa, únicamente atinó a repetirle el juicio de Alamos.

—Nadie conoce la obra del señor Alamos, para que su opinión deba ser tomada en cuenta —replicó Cristi, calmoso—. ¿Cómo sabe si no es un envidioso? A lo mejor no quiere reconocer que su novela es buena, original, amena. Las personas así abundan en nuestro medio intelectual. Nunca olvide esto: nadie en el mundo puede

calificar con verdadera imparcialidad lo que usted escriba. Siempre debe mostrarle sus trabajos a personas que lo aprecien, y así evitará desengaños. Una vez que su novela esté lista, se la llevaremos a un amigo mío, que es asesor literario de una editorial. Nada puedo prometerle, pero por lo menos le aseguro que leerán su manuscrito.

Cuando surgió a la calle sofocante, se sentía un Alejandro distinto al que ingresara al viejo edificio. Apretó el manuscrito bajo el brazo, y afrontó sin vacilaciones el violento sol del recién iniciado verano. Ahora la multitud acelerada no le pareció tan lejana, indiferente y ajena. Como si la corriente sumergida, con toda su misteriosa vitalidad, se transluciese bajo la capa de hielo. Todas las desazones vividas durante ese larguísimo año, todas sus frustraciones y amarguras, sus esperanzas y desilusiones, comenzaban a configurar algo definido: su destino de escritor.

Se paró frente a los Gobelinos en medio del ajetreo y el sol implacable, a esperar el trole. Seguramente todavía tendría que sufrir muchas decepciones y tropiezos. Debería luchar contra una crítica provinciana, exclusivista, de grupúsculos, que trataría de ignorarlo. Pero ni la mayor alabanza mejorará una obra mediocre, ni la peor y más malintencionada de las críticas podrá destruir una obra maestra, le había dicho Cristi.

El trole llegó, y Alejandro se metió en el semivacío y sofocante vehículo como en un mundo nuevo, luminoso, pródigo en expectativas.

FIN



Ediciones Arquén Ltda.

OBRAS PUBLICADAS

"Relaciones Internacionales".
(Teoría General).
Claudio Collados.

"El Ministerio de Relaciones Exteriores".
Mario Barros Van Buren.

"La Quebrada"
Crónica de una familia de antes (Novela).
Tobías Barros Alfonso.

"Chile: 500 años de historia".
Un resumen didáctico de la historia nacional.
(Versiones en castellano y en inglés).

"Pedro de Valdivia".
(Epica de la Fundación de Chile).
Mario Arnello Romo.

"Elementos fundamentales de la Diplomacia
Contemporánea".
Mario Barros Van Buren.

"Téngase presente".
Almirante Patricio Carvajal P.

"La Corriente Sumergida" (Novela)
Hugo Correa.

“La corriente sumergida”, es una novela-río, por cuyas páginas desfilan decenas de personajes de todos los estratos sociales santiaguinos. Hasta donde sabemos, no hay precedentes en nuestro país de este tipo de obra, que la encontramos en México, con “la región más transparente” y en Estados Unidos con “Manhattan Transfer”, de Carlos Fuentes y John Dos Passos, respectivamente, para citar sólo a nuestra América.

La acción de esta novela termina en las vísperas de la elección de Salvador Allende. Creemos que el esfuerzo realizado por Correa para retratar en un extenso mural la realidad metropolitana con sus numerosos personajes ha sido cabalmente logrado, y el lector podrá ver, oír y sentir como la vida de nuestra capital palpita a lo largo de sus páginas llenas de colorido y emoción.

No exageramos al afirmar que “La corriente sumergida” es la novela de Santiago.

